

**BILL FLOYD**

# **LA ESPOSA DEL ASESINO**

**¿HAS SOÑADO QUE LA MUERTE  
DUERME A TU LADO?**

**E** DE BOOKS

## **La esposa del asesino**

Título original *The Killer's Wife La esposa del asesino*

Primera edición en México, enero de 2014

D. R. © 2008, Bill Floyd

Published by arrangement with St. Martin's Press, LLC

D. R. © 2015, Ediciones B México S.A. de C.V., por el libro electrónico

Conversión a libro digital: Books and Chips, S.A. de C.V.

[www.booksandchips.com](http://www.booksandchips.com)

D. R. © 2015, Ediciones B México S.A. de C.V.

Bradley 52, Col. Anzures, 11590, México, D.F.

D. R. © 2013, Ediciones B México por la traducción.

Traducción de Mariana Hernández

[editorial@edicionesb.com](mailto:editorial@edicionesb.com)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN 978-607-480-751-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para Amy*

# CAPÍTULO 1

## I

—¿TE CONOZCO?

Alcé la mirada del refrigerador donde comparaba la variedad de comidas congeladas mientras limitaba las opciones de acuerdo a los gustos y placeres de Hayden, y me encontré con un caballero mayor que me veía fijamente arqueando las cejas después de haberme hecho esa pregunta. Un sujeto de apariencia saludable, robusto, con la cabeza cubierta de cabello entrecano, probablemente de sesenta y tantos años que llevaba un suéter casual y pantalones de mezclilla azul.

Nada para alarmarse, aparentemente.

Era tarde, casi la medianoche de un viernes, mi hora favorita para hacer las compras de la semana porque usualmente podía evitar este tipo de encuentros. No era fan de la conversación ociosa con los vecinos ni con nadie en particular; si podía evitarla, mejor. Esa noche, cuando entré al supermercado Harris Teeter y las puertas automáticas se abrieron a mi paso con un sonido suave como el de las esclusas de una nave espacial, me pareció como si tuviera para mí sola toda la tienda. Tuve esa sensación de limpieza, soledad y seguridad que sólo se siente en los lugares públicos cuando están vacíos. Claro que no estaba realmente sola: los empleados adolescentes se recargaban con somnolencia en la zona de las cajas, un par de hombres solitarios —noctámbulos y no profesionistas— se paseaban por el pasillo de la cerveza para matar un poco el tiempo antes de volver a los sofás de sus casas. Uno de esos tipos me estaba mirando las nalgas: lo vi voltear hacia mi trasero gracias a uno de los espejos parabólicos que colgaban de los postes encalados del techo tipo bodega. A mi edad podría haberlo tomado como un cumplido, pero más bien me hizo sentir insegura, así que empujé mi carrito un poco más rápido. La mayoría de las veces la clientela que iba a estas horas era gente completamente ensimismada, con tan pocas ganas de encontrarse con mi mirada como yo con la suya. Eso era exactamente lo que más me gustaba.

Pero ahora este hombre mayor me miraba fijamente a la cara y su pregunta no había sido grosera, así que negué con la cabeza y le contesté amablemente:

—Creo que no.

—¿Leigh Wren? —aventuró.

Aliviada al oír ese nombre, busqué en mis recuerdos pensando de dónde podría conocerlo. Claro que me parecía familiar. Algo se removía en los pozos más profundos de mi mente, una pálida imagen que no terminaba de tomar forma. Mis compromisos sociales habían sido pocos y más espaciados de lo que me hubiera gustado admitir; la mayor parte del tiempo sólo éramos Hayden, la oficina y yo, y así me parecía bien, gracias, así que supuse que había conocido a este

hombre en algún asunto relacionado con el trabajo. Tuve un instantáneo sentimiento de culpa por no poder ubicarlo claramente. Aunque, para ser honesta, no tenía nada particular que lo distinguiera; era un tipo común de Cary. Hasta podía imaginarme su coche en el estacionamiento con un pez cristiano fijado a un lado de la matrícula y una estampa de la campaña Bush/ Cheney del otro.

—Sí, soy yo —contesté—. Disculpe, ¿quién es usted? Le extendí la mano.

Me la tomó y los ojos le cambiaron. Destellaron y parpadearon. Respiró profunda y trémulamente mientras profería:

—Mi nombre es Charles Pritchett. Nunca he tenido que usar un nombre que no fuera el mío, porque nunca he estado avergonzado de ser quien soy. Tu verdadero nombre es Nina Mosley y el 8 de noviembre de 1997 tu esposo, Randall Roberts Mosley, asesinó a mi hija Carrie.

El mundo entero se hizo pequeño. Mi mano se quedó paralizada, igual que mis otras extremidades, pero podía sentir la presión que Charles Pritchett ejercía en ella: hacía que mis nudillos crujieran y apretaba mis dedos entre sí. Traté de zafarme, pero me sujetaba con fuerza; ahora sus ojos parecían unos faros. Temblaba de pies a cabeza; era evidente que había ensayado este momento durante mucho, mucho tiempo y ahora que finalmente había llegado, él padecía una reacción cercana al debilitamiento, una excitación que estallaba en cada uno de sus nervios. En este estado de emoción incluso hubiera podido levitar; era obvio que el señor Pritchett estaba viviendo un momento de verdadera trascendencia personal.

Y la única frase que yo podía pensar en decirle era: *La palabra correcta es «ex marido»*.

Pero aparentemente no me salía la voz. Mi garganta estaba cerrada conteniendo un horrible alarido que esperaba surgir libremente si me atrevía a abrir la boca. Me dolían los dientes. Sentí náuseas y pánico. Quise irme a la velocidad de la luz y volver a mi bendito y familiar aislamiento. Me había olvidado del carrito medio lleno de comida, con la fruta empacada impecablemente (uvas verdes porque a Hayden no le gustan las moradas debido a que poseen demasiadas semillas) y las carnes y los quesos cerrados al vacío, las barras nutritivas para mí y el cereal azucarado para mi hijo. Traté de liberarme de Pritchett y me eché para atrás, golpeé el carrito que giró chirriando sobre sus inestables llantas y se quedó atorado entre la puerta helada del congelador y mis nalgas. Él seguía aferrado a mi mano y hablaba en tonos cada vez más altos.

—Me tomó mucho tiempo encontrarte, Nina, y también bastante dinero. Te ves tan diferente a la última vez que te vi en el juicio. Tienes el cabello de otro color y perdiste mucho peso. ¿Te pintaste el pelo para que la gente no te reconociera? Supongo que lo entiendo: eso de que quieras disociarte de tu pasado. Pero verás, yo no puedo darme ese lujo —la saliva se le juntaba detrás de los dientes apretados—. Yo vivo con mi pasado *todos* los días, *cada* momento que mi hija no está desde entonces. Se fue. Ya sé que la policía dijo que todo lo había hecho tu esposo, pero para mí tú nunca quedaste libre de culpa, para *nada*. Por eso estoy aquí ahora, Nina. Vine a ponerte en evidencia. Voy a destrozar esta tonta ficción de vida que te hiciste, les voy a enseñar a todos quién eres de verdad.

—Disculpe, ¿está todo bien?

Intervino otra voz y me volví hacia ella sólo para encontrarme con el mira-nalgas que estaba parado ahí junto con un cajero ligeramente detrás de él, ambos mirándonos a Pritchett y a mí con algo de preocupación. El cajero parecía electrificado, como si esperara cualquier pretexto para llegar a las manos y saltarle encima a Pritchett; seguramente en su cabeza adolescente bullían

fantasías agresivas contra el hombrecito. A lo mejor Pritchett le recordaba a algún patriarca dominante de su propia historia. El mira-nalgas estaba mucho más tranquilo, sostenía holgadamente su canasta verde olivo llena de productos de porciones individuales con una tensión que sugería que ya había estado antes en confrontaciones como ésta y que generalmente salía del lado ganador. Quizá fuera un ex militar. O quizá sólo fuera un bravucón de bar.

Pritchett soltó finalmente mi mano, pero siguió hablando, ahora dirigiendo sus comentarios a los seudointerlocutores.

—¿Saben quién es ella? ¿Quién era su esposo? Apuesto a que se acuerdan de su nombre. —Sacudió un dedo esquelético frente a mi cara; las palabras le salían como en avalancha, apenas controladas—. ¿Llamamos a la policía, Nina? ¿Quieres reportar este «incidente»? Porque a mí me encantaría. Disfrutaría tener la oportunidad de alertar a las autoridades locales sobre la persona que ha estado viviendo entre ellos durante los últimos seis años.

El mira-nalgas estaba hartó. Puso su canasta en el piso y se puso entre Pritchett y mi cuerpo. Yo seguía retrocediendo, pero no podía apartar la mirada del viejo. Le habían asomado lágrimas a los ojos y el triste peso emocional que acababa de soltar estaba a punto de fulminarlo. El mira-nalgas dijo:

—No sé cuál sea su problema, señor, pero creo que debe dejar a la dama en paz.

El cajero le dijo a Pritchett que era un imbécil. Pritchett alzó las manos con las palmas hacia afuera y retrocedió algunos pasos. Con una voz más firme volvió a sugerir que llamáramos a la policía. Los altavoces cambiaron de una canción de los Commodores a *Take on me*. En un nivel inconsciente, en un murmullo, entendí que de ahora en adelante cada vez que escuchara la trillada melodía de esos sintetizadores sería como la banda sonora de este momento de cisma.

Pritchett gritó hacia mí:

—¿Dónde está Hayden esta noche, Nina? Deberías cuidarlo con más atención. Yo no cuidé a Carrie con la suficiente atención y ya ves lo que le pasó. Tú sabes lo que *él* le hizo.

Eso bastó para que, por fin, diera la vuelta y me echara a correr lejos de ahí resbalando y enderezando el paso mientras iba por el pasillo hacia el frente de la tienda. Las puertas automáticas no se abrieron tan rápido y choqué contra una de ellas. Al día siguiente habría un largo moretón a lo largo de mi brazo, desde el hombro hasta el codo. Pero justo en ese momento no lo sentí; en ese momento mi mano seguía latiendo en recuerdo de que Pritchett me había agarrado sin que yo me pudiera soltar unos minutos antes.

## II

Yo misma había hecho bromas cuando construyeron el centro comercial justo al lado de nuestro fraccionamiento, humor ácido sobre cuánto más conveniente iba a ser éste que el otro que estaba a ocho kilómetros de distancia. Y justo esa noche le agradecí a Dios que estuviera tan cerca. Un giro a la izquierda al salir del estacionamiento, luego un semáforo en la entrada de Kensington Arbor, que me pasé sin siquiera pisar el freno. Después un giro a la derecha: tomé la curva con un giro tan apretado que las llantas rechinaron. Menos de cuatro minutos después de que salí del supermercado, estaba estacionando mi carro enfrente de la casa de los McPherson.

La calle estaba en silencio; las casas, amplias y modernas, habían sido construidas muy juntas, con un patio mínimo entre ellas. La humedad del aire nocturno se concentraba en anillos brillantes alrededor de los faroles. La luz del porche delantero de los McPherson estaba encendida, pero no se veía nada extraño desde afuera. Pero bueno, en este vecindario, en este asentamiento ordinario de hogares familiares comunes y casas urbanas que se había convertido en nuestro refugio, nada parecía extraño jamás. Nuestra casa estaba tres cuadras adelante, una casa citadina con un lugar de estacionamiento y un agradable patio trasero donde Hayden jugaba. Por lo general no lo dejaba pasar la noche fuera de casa, pero me había rogado toda la semana y yo sabía que tenía que hacer las compras de medianoche, así que al final cedí y dejé que se quedara a dormir con su amigo Caleb. Una Yukon rojo quemado estaba estacionada a media banqueta. Era el coche «viejo» de la mamá de Caleb; sin duda, ahora el espacio del garaje lo ocupaba el Escalade que Doug McPherson le había comprado a su esposa en Navidad.

Cerré suavemente la puerta de mi carro y me deslicé por su patio, mirando la calle de arriba abajo para confirmar que no hubiera nada fuera de lo normal, aunque no hubiera podido decir si algo lo estaba. Sólo había venido unas cuantas veces a esta parte del vecindario. Hayden tenía un celular y había considerado llamarle desde que salí corriendo de la tienda, pero me chocó la idea de despertar a todo mundo si nadie estaba en verdadero peligro. Y aunque Charles Pritchett pudiera tener cuentas pendientes conmigo, con toda seguridad no le haría nada a mi hijo. Con toda seguridad no me había amenazado tan abiertamente como yo había pensado. Con toda seguridad no lo haría, no después de lo que le habían hecho a su propia carne y sangre...

*¿Dónde está Hayden esta noche, Nina? Deberías cuidarlo con más atención.*

Miré la calle de arriba abajo otra vez. Unos cuantos carros estaban estacionados en las puertas de los garajes o a lo largo de la calle, pero no había siluetas encorvadas detrás de los parabrisas y nadie observaba desde las oscuras ventanas de las casas. Los hogares estaban amontonados tan juntos que parecían centinelas o las paredes de un laberinto. Usualmente yo apreciaba ese tipo de sensaciones, me gustaba la idea de que había encontrado una fortaleza, pero de algún modo siempre había intuido que ese sentimiento se podía volver en contra mía.

...Pero nunca estuve preparada para que sucediera.

En el último momento decidí no tocar el timbre. Los McPherson ya tenían sus dudas sobre mí, seguro, pero esperaba que sólo fueran dudas como por qué era soltera a mi edad y cosas como: «Es terriblemente reservada» y «¿Dónde está el papá del niño?», ese tipo de comentarios que había oído de pasada de cualquier cantidad de conocidos con bastante regularidad y que había

ignorado sistemáticamente. Yo podía soportar el aislamiento de mis iguales; de hecho, había aprendido a apreciarlo, pero mi hijo necesitaba tener amigos y no quería que no los tuviera por mi culpa. Él estaba en una edad en la que la soledad podía convertirse en la mejor forma de resolver sus dificultades; la siguiente parada era la alienación y después, cuando fuera un adolescente, yo misma tendría que revisar su closet para asegurarme de que no tuviera escondido un rifle de asalto.

No siempre fui propensa a imaginar lo peor. Fue una habilidad aprendida, una destreza de condicionamiento involuntario. Gabby McPherson me dio un breve *tour* de orgullo doméstico la primera vez que llevé a Hayden a jugar, pero yo ya estaba familiarizada con la disposición de la casa; había investigado los planos de todos los modelos cuando empecé a buscar una propiedad aquí. Ella no había hecho nada original con los interiores; los muebles y el acomodo estaban sacados directamente de Martha Stewart... hace cinco años. El lugar donde se suponía que los niños iban a dormir estaba en una estancia al costado de la casa y atravesé con ligereza el patio para asomarme por la ventana. Sólo Dios sabe qué me habrían hecho los vecinos si me hubieran visto, pero la verdad, me importaba un carajo. No me habría opuesto a que una patrulla pasara por la calle: ya había pensado en llamar una, pero esperaba que Pritchett hubiera obtenido cualquier satisfacción que buscara al confrontarme en la tienda y que ahora nos dejara en paz. Mas no lo creía. Mi corazón latía demasiado rápido; podía sentir mi pulso en el cuello y me costaba trabajo tragar saliva.

Admití a regañadientes cierta admiración por el buen gusto de Gabby para la decoración de ventanas. Había comprado en algún lado unas finas persianas verticales pero, por supuesto, los niños habían olvidado cerrarlas así que podía ver hacia adentro. El piso de la sala se había convertido en una clásica zona improvisada de dormir, con *sleepings* desenrollados enfrente del sillón de piel. Había tazones de palomitas terminados a medias y latas de refresco que atiborraban la mesa de centro. La tele de plasma estaba encendida, pero no salía ningún sonido a través de la ventana, así que supuse que estaba en silencio o que tenía un volumen lo suficientemente bajo como para que no despertara a los adultos que dormían arriba. Caleb McPherson estaba acostado a la derecha, hecho bolita, con medio cuerpo adentro y medio afuera de su *sleeping* y con los ojos cerrados. Y ahí, sentado demasiado cerca de la pantalla, recargado sobre los codos, estaba mi bebé portándose mal: veía un video musical con adolescentes que se contorsionaban con muy poca ropa haciendo una coreografía cuyos movimientos consistían en arrimones y jalones. Yo no le hubiera dejado ver ese tipo de cosas en casa —sólo tenía siete años, por Dios—, pero me invadió una ola de alivio al verlo bien; una sensación física como si me cayera agua fría en la cabeza. Un sollozo se me atoró en la garganta cuando pensé que se había mantenido despierto sólo para ver esta porquería, un espectáculo de MTV que tenía estrictamente prohibido mirar: solamente era un niño siendo niño; un niño sano y normal.

Se giró hacia la ventana y yo me agaché rápidamente. Regresé al coche en cuclillas, con una sensación de vergüenza y de que me habían descubierto haciendo algo mal, aunque sabía que él no me había visto y que, evidentemente, no había nadie más despierto en toda la calle silenciosa.

Cerré las puertas del carro y me quedé justo donde estaba. En el espejo retrovisor me vi a mí misma y me dediqué una severa evaluación: parecía demente. Mi cabello castaño claro, que usualmente estaba arreglado a la altura de los hombros con una ligera ondulación en las puntas, un estilo común en las mamás suburbanas de mediana edad, estaba revuelto y enredado. Mi suave



piel, que consideraba mi mayor atractivo, se veía pálida y demacrada bajo la luz de la calle. Y mis ojos, los melancólicos ojos color esmeralda que mis amigas siempre habían admirado abiertamente, pero que a mí me parecían demasiado frágiles, demasiado vulnerables, una invitación a los hombres que les revelaba instantáneamente que yo era alguien dócil y dispuesta, ahora parecían simples canicas sin vida llenas de ansiedad. Me di cuenta de que durante los autoexámenes que me hacía en el baño cada mañana al lavarme los dientes, secarme el cabello y maquillarme, rara vez me miraba a los ojos. Aunque ya me lo había ganado, hacía mucho tiempo que no me había dado la oportunidad de perdonarme. Y bueno, Pritchett obviamente tampoco lo había hecho. Me preguntaba si todavía habría otras personas que tuvieran esas turbias agitaciones, que nunca hubieran encontrado la paz durante todo este tiempo desde que Randy irrumpió en el que debió ser el curso normal y decente de sus vidas.

*Respira profundamente*, me decía a mí misma. No iba a despertar a la familia McPherson; no iba a provocar una escena inconveniente. Pero de ninguna manera perdería de vista la casa esa noche. Si algo había adquirido a un precio muy alto, era el sentido de la urgencia.

A lo largo de los seis últimos años, admito que había habido momentos breves en los que conseguía olvidar quiénes éramos en realidad. Horas, días, incluso a veces semanas enteras en las que me dejaba ir y creía que realmente era Leigh Wren y no Nina Leigh Mosley, Sarbaines cuando era soltera. A veces dejaba que a mi mente se le resbalara por completo que mi nombre había sido otro que el que ahora usaba y que había tenido que cambiármelo legalmente después de lo que había pasado con mi ex esposo.

Pero ese consuelo nunca duraba demasiado. Algo siempre me lo recordaba: un exceso de atrocidades en las noticias vespertinas, una conversación en el trabajo, un detalle legal de algún tipo. Cuando me acordaba, cuando volvía al estado de atención y alerta que ahora era mi estado de ánimo normal, nunca sentía alivio por haberme podido relajar un momento y dejar al pasado donde le correspondía. Más bien me sentía irresponsable, infantil y estúpida. Me sentía egoísta por haber sido capaz de defraudar a Hayden.

Y ahora estaba Charles Pritchett para recordármelo. Seguramente sabía dónde vivíamos. Seguramente lo sabía y seguramente había esperado la oportunidad de enfrentarme, saboreándola, Dios mío, y eso quería decir que iba en serio. Eso quería decir que de ningún modo se sentiría satisfecho por haberme dado un puto susto en la tienda; obviamente había emprendido un proyecto conmigo. Los hombres de su calaña trazan sus vidas como una serie de proyectos y con seguridad llevaba mucho tiempo planeando el mío.

Darme cuenta de esto, y de sus implicaciones, hizo que la cabeza me diera vueltas. No podía darme el lujo de adormilarme, así que empecé a hacer anotaciones en una libretita que guardaba en la guantera. Tonterías sin importancia, apenas podía ver lo que escribía bajo la plateada luz de las farolas, pero necesitaba mantener mis manos ocupadas. Apunté fechas al azar. Garabateé palabras y asociaciones libres. Sabía que si después me molestaba en leerlas no iba a poder descifrarlas. Arrugué las notas y aventé el papel al piso del coche.

Ahora me acordaba vagamente de Pritchett. Era rico, el único apellido de la lista de víctimas que una persona común podría haber reconocido por otra cosa distinta además de que Randy hubiera asesinado a un miembro de su familia. Había sido el único que organizó conferencias de prensa antes del juicio y había habido rumores de que incluso contrató a una empresa de relaciones públicas para que tratara con los medios en su nombre. No podía recordar que estuviera en la corte, pero tampoco es que eso importara mucho; lo más que yo había retenido de esa espantosa experiencia eran imágenes: algunas palabras que otras personas me dijeron, algunas preguntas de los fiscales y los abogados defensores. No podía recordar mis respuestas con claridad, pero estaba segura de que estaban asentadas en algún lugar en los registros oficiales. En mi mente, los recuerdos de ese tiempo estaban sellados en una cripta y enterrados debajo de una capa tras otra, después de algunos años de cuidadoso bloqueo. En ese entonces, una vez que los fiscales estuvieron seguros de mi cooperación incondicional, me protegieron de lo peor de la publicidad previa al juicio y me mudé de vuelta con mi mamá antes de que éste empezara, así que estuve lejos durante la mayor parte del circo mediático que le precedió.

Mi principal recuerdo no era del viejo de carne y hueso, sino de sus apariciones en la tele, en las que apuntaba con el dedo a la cámara y controlaba sus emociones con dificultad, cosa que

cualquiera podía comprender dadas las circunstancias. ¿Cómo había podido olvidarlo? ¿Por qué no lo reconocí cuando se me acercó, por qué no me vino de inmediato su nombre a la mente? Me acordaba de muchos de los nombres de las víctimas, probablemente de la mayoría. Me acordaba de un niño que había sobrevivido gracias a que se escondió en un cuarto de visitas mientras masacraban al resto de su familia. Saliendo de la corte, un día que él había testificado, yo hablé con él y me pareció destrozado, confundido, casi catatónico por la culpabilidad de seguir viviendo mientras que sus seres queridos habían muerto. Era sólo una víctima más entre todos aquellos que habían perdido amigos o miembros de la familia a manos de las terribles obsesiones de Randy. La mayoría no fueron al juicio y nadie los criticó públicamente por ello. Para cuando las cosas llegaron a ese punto ya no había modo de ayudar a todos los hijos e hijas, madres y padres, hermanos, hermanas y esposas. Para entonces sólo se trataba del circo de Randy, la última demostración a la que su mente podrida podía atender por entero, la revelación pública de lo que realmente era por dentro. Y también era mi pareja. Mi compañero.

El festival sangriento de Randy había durado por lo menos una década, probablemente mucho más, y yo estuve ahí durante la mayor parte del tiempo y no había tenido ni la más mínima idea. Pobre Nina ignorante, durmiendo con la bestia completamente desprevenida, aunque algunos pensarán que yo lo había permitido, que en algún punto yo había participado en el espectáculo, en la repugnante cosecha de Randy.

Lo juré entonces y lo hago ahora: *Yo no lo sabía; no hubiera podido saberlo.*

En realidad nunca expresé estos argumentos en voz alta, nunca había estado en una posición en la que tuviera que defenderme de nada y la lógica de estas palabras me sonaban huecas a mí misma desde hacía mucho. Por supuesto que había habido pistas. Por supuesto que yo las había visto con ojos voluntariamente inconscientes.

Pensando en esto mantuve guardia toda la noche dentro del coche. Y todo estuvo en silencio salvo por el sordo eco de mi corazón.

## CAPÍTULO 2

CUANDO LLEVÁBAMOS CASADOS CERCA DE UN AÑO, Randy y yo participamos en un equipo de búsqueda para encontrar a un niño que se llamaba Tyler Renault, desaparecido en la localidad. Dos días antes habían hallado a la madre y a la hermana mayor de Tyler asesinadas en sus camas; los rumores volaban. El Ray era un suburbio en Fresno que usualmente se veía libre de las calamidades criminales de las grandes ciudades. Una línea de investigación suponía que el esposo, que ya no vivía en la casa, había matado a su mujer e hija; de hecho, la policía lo había interrogado varias veces, pero todavía no lo había detenido. Mantenía su inocencia, pero no tenía mucha credibilidad. Otra teoría, que con frecuencia sólo se oía en murmullos, era que la familia había sido víctima de un culto religioso cuyos miembros eran unos jóvenes perdidos que se congregaban en un campamento de casas rodantes fuera de los límites de la ciudad y que vendían metanfetaminas para mantener sus depravados estilos de vida.

Nosotros no conocíamos personalmente a los Renault; su casa estaba a unos kilómetros de nuestro vecindario, y nuestra vida había sido un ajeteo constante desde la luna de miel, que apenas y conocíamos a la gente que vivía en nuestra calle. Randy trabajaba como Encargado de Cumplimiento de Normas para Jackson-Lilliard Corporation, una compañía química internacional que producía tintes industriales para cualquier cosa, desde textiles hasta pintura de casas y viajaba una buena parte del tiempo; tenía que inspeccionar las plantas satélites, auditaba sus directrices de aplicaciones y se aseguraba de que se mantuvieran dentro de los parámetros legales e industriales requeridos. Y Shaw Associates, donde yo trabajaba desde que nos mudamos ahí cuando terminé la universidad, ya me había ascendido de asistente a un puesto de analista en la vicepresidencia de *marketing*, donde evaluaba sus procedimientos de enfoque demográfico y trataba de dirigirlos hacia un modo de optimizar sus beneficios e impacto. Así que no habíamos ido muy lejos en la instalación doméstica desde que nos mudamos. Todavía teníamos cajas en el garaje que ni siquiera habíamos desempacado.

Pero el crimen era de lo único que todos hablaban, así que cuando Judy Larson de la Primera Iglesia Metodista me llamó para decirme que la policía estaba reclutando voluntarios para buscar detenidamente alguna señal de Tyler en los alrededores, por supuesto que nos anoté. Al principio a Randy no le había emocionado la idea, pero aparentemente terminó interesándole. Probablemente aceptó ir sólo para evitar mis recriminaciones, lo que me hizo sentir una especie de petulante satisfacción.

Nuestro sector de búsqueda designado fue un prado justo al este del punto donde la Autopista 1 atravesaba el límite de los suburbios. Una mañana de finales de primavera caminamos junto con otros diecisiete adultos, casi todos extraños, en una línea tambaleante en medio de los tallos

amarillentos de hierba que llegaban a la altura de la cintura y una maleza espesa, manoteando a los insectos que zumbaban alrededor de nuestras caras sudorosas y buscando un cadáver. Un par de policías uniformados que habían sido asignados a nuestro grupo paseaban de un lado al otro de la línea gritando el nombre de Tyler con unos altavoces.

Randy caminaba a grandes zancadas con confianza, tenía una figura imponente en la luz difusa del sol; con 1.93 de altura era el hombre más alto de la línea. Estaba en excelente forma física, sus hombros anchos y el pecho amplio llenaban la playera de Lands' End que le había regalado en su último cumpleaños. A veces todavía me sorprendía a mí misma preguntándome cómo le había hecho para conquistarlo; tenía unos penetrantes ojos cafés y pelo negro muy corto, piel aceitunada y una boca expresiva; era el arquetipo que la mayoría de las mujeres clasificarían de extremadamente atractivo en un catálogo de modelos. Las había notado —solas o en pares, tanto a mujeres mayores como a adolescentes— en el centro comercial o en un restaurante, siguiéndolo con la mirada cuando pasábamos y en esos momentos me sentía horriblemente acomplejada. Yo era bastante atractiva, por lo menos eso pensaba yo, pero muy pequeña, y hasta nuestros amigos comentaban con frecuencia nuestra apariencia como pareja: el físico robusto de Randy y mi complexión en cierto modo más diminuta. Si tenían tacto, decían que nos complementábamos agradablemente; si no, decían que juntos nos veíamos chistosos.

Conocíamos un poco a las personas que estaban buscando a Tyler esa tarde a nuestro lado. Quiero decir que los habíamos visto una o dos veces antes y por lo menos nos sabíamos sus nombres. Roger Adler y su esposa Georgia eran miembros de nuestra iglesia. Él había enseñado matemáticas en la preparatoria local durante veinte años. Ella era una contadora retirada. Sus hijos habían crecido y parecían el tipo de personas activas y satisfechas que la gente siempre sueña ser cuando se jubile. Randy me había comentado alguna vez que probablemente los dos se habían hecho cirugía estética, pero yo no estaba segura. Ambos se veían «muy bien para su edad» en ese sentido estereotípico que se asocia con las parejas mayores que salen en comerciales de revista anunciando vitaminas y alimentos orgánicos. Al principio Roger iba caminando junto a mí. Georgia iba del otro lado junto a él. Roger llevaba un palito que había recogido del piso para golpear a los insectos. Se detenía con frecuencia y miraba atentamente las latas de aluminio y envolturas plásticas que había entre la maleza. Georgia llevaba shorts y sus muslos, gruesos y blancos, pronto estuvieron marcados con rasguños de las zarzas. Hacía como que no lo sentía, pero yo la oía maldecir por lo bajo. Después de unos minutos se cambió de lugar con su esposo para hablar conmigo.

Del otro lado de nosotros, siguiéndole el paso a Randy, iba Dalton Forte, un abogado empresarial que trabajaba independientemente y tenía un despacho en el mismo bloque de oficinas del trabajo de Randy. Forte era uno de esos cuarentones con bronceado permanente y cabello parado que le quedarían mejor a un adolescente de un *reality show*: repulsivo o patético, dependía de tu opinión. Él y Randy jugaban raquetbol algunas veces en su hora de comida y ese día habían empezado enseguida una conversación animada que estaba completamente fuera de lugar, dadas las circunstancias.

Georgia se vio forzada a hacer el comentario obligado sobre lo monstruosa que era la tragedia que había caído sobre la familia Renault. Ya había oído los mismos lugares comunes de todas las personas con las que había hablado durante los últimos días: «Es tan triste, tan sin sentido, la obra de un completo psicótico, tienen que matar al que lo haya hecho en cuanto lo atrapen sin juicio,

que le ahorren un dinero al Estado, es un reflejo de lo mal que está la vida moderna...», una y otra vez. Como si alguien pensara que *no* era una monstruosidad. Pero, por supuesto, yo solté las mismas palabras, sólo para que quedara registrada mi repugnancia. Todd Cline, un policía que vivía en nuestra calle, fue uno de los oficiales que respondieron el llamado de emergencia el día que descubrieron los cuerpos de Trudi y Dominique Renault —que por cierto halló el esposo recién separado, ni más ni menos— y Todd había soltado algunos detalles escabrosos e inquietantes que iban más allá de lo que salía en el periódico. Dijo que a los cuerpos les habían hecho ciertas cosas, cosas que no tenía la libertad de contar, pero que era lo peor que había encontrado en ocho años de servicio: les hicieron algo en los ojos.

Dominique Renault tenía diez años.

—No puedo creer que alguien haya hecho eso, ni siquiera el marido —dijo Georgia limpiándose el sudor del cuello con el cuello de su playera—. Nunca se oye que pasen cosas como ésta en un lugar como éste.

A mi lado derecho sonó un suspiro melodramático de desesperación y yo me avergoncé para mis adentros. Antes de que pudiera callarlo de un manazo, Randy abrió la boca:

—En realidad, «las cosas como ésta» ocurren con más frecuencia en lugares como éste, si con «lugares como éste» te refieres a nuestro «cómodo idilio de clase media con una conveniente salida a la autopista y a sólo veinte minutos del centro de la ciudad». El año pasado, tres de cada cinco homicidios sucedieron en comunidades residenciales como la nuestra, o en vecindarios comunes fuera del centro de la ciudad. Por supuesto que ya nadie vive en el centro de la ciudad, así que «lugares como éste» es un término muy amplio hoy en día, Georgia.

—Qué gusto que estuviera aquí para aclararnos esto, profesor —bromeó Forte—. Sus aportaciones sobre planificación urbana y tasas de criminalidad son invaluable. Ya veo que has estado escuchando la Radio Pública Nacional.

Randy le concedió una sonrisa de «jódete» y señaló hacia el frente de nuestra línea de búsqueda. A cincuenta metros, nuestro prado terminaba en una pared de árboles. Hasta hacía unos pocos años seguramente había sido un trecho denso de bosque. Ahora había partes en las que se podía ver hasta el otro lado: las laderas allanadas y cavadas donde el próximo otoño habría un nuevo complejo inmobiliario.

—Sólo digo que la mayor parte de Estados Unidos ahora consiste en lugares como éste y la tasa de criminalidad se ha mantenido básicamente igual desde principios de los ochenta. Salvo por el crack, por supuesto, y creo que todos estamos de acuerdo en que no mataron a los Renault por un negocio de drogas que salió mal. Lo que tenemos aquí es, o un asunto doméstico clásico, o un individuo perturbado que cometió el crimen. Y que todavía anda suelto, debo añadir. En ese caso, el hecho de que se hubiera llevado al niño en lugar de matarlo en la escena, puede ser indicio de que todavía está vivo. Probablemente no esté cerca de este prado en particular, lo admito, pero siempre hay una posibilidad.

Al igual que mi esposo, yo también veía una buena cantidad de historias de crímenes reales en la tele. Carajo, en horario estelar pasaban tres programas de investigaciones policíacas a la semana que detallaban todo, desde el descubrimiento del crimen hasta el veredicto. Supuse que de ahí era de donde Randy sacaba información para hacer estas afirmaciones generales, porque sabía que no había oído la Radio Pública Nacional ni una vez en toda su vida. Cuando empezamos a salir pensaba que era encantador que hablara sin parar sobre prácticamente cualquier tema como

si hubiera leído ampliamente al respecto. Había tantos tipos de su edad que sólo hablaban de deportes o de dinero, y él me parecía que era más o menos original al hablar así. Con el tiempo me di cuenta de que estaba muy equivocado en muchas de sus opiniones «informadas», ya fuera que citara cosas que había oído de pasada completamente fuera de contexto, o que inventara pruebas para las conclusiones que ya había hecho. De todos modos conseguía expresarse bastante bien y yo ya había aprendido por las malas cuánto odiaba que lo contradijeran, se ponía enseguida a hacer muecas sombrías o a rechazarlo todo por completo, así que por lo general lo dejaba ser. No era un gran problema, cuando era sólo a mí a la que le soltaba sus verborreas, pero cuando había más gente podía ser particularmente complicado.

Esta vez no lo pude evitar:

—Yo creía que cuando secuestraban a alguien sus posibilidades de ser devuelto con vida se reducían con cada día que pasaba sin que lo encontraran —dije en voz baja para asegurarme de que nadie más me oyera fuera de nuestro entorno inmediato.

—Es cierto —concedió Randy, mirándome mordazmente—. Pero si estamos tratando con un psicótico, alguien fuera de control, alguien «en las últimas», por decirlo así, ¿por qué no lo mató en la escena? O sea, obviamente no piensa con claridad, pero entonces ¿cómo puede contener su propia sed de sangre y mantener a una de las víctimas con vida? Y ¿por qué correr el riesgo de moverse, de viajar?

A Georgia, que adecuadamente había dejado claro su disgusto por los crímenes sangrientos, no le gustaba la dirección en que había ido su comentario. Se estremeció un poco y reiteró:

—Bueno, pues es terrible.

Pero ahora había despertado el interés de Forte:

—Tú mismo lo has dicho. Los psicóticos que llegaron a ese nivel de inestabilidad necesitan, incluso, cometer un acto así —dijo sacudiendo la mano adelante y atrás junto a su cabeza y sonriéndole a Randy—, puede que no tome sus decisiones desapasionadamente. Ha abandonado la razón. A lo mejor las voces de su cabeza o los hombrecitos verdes o cualquier porquería enferma que lo motive, simplemente lo obligaron a llevarse al niño. Pero bueno, a lo mejor piensa más claramente de lo que nos gustaría aceptar y cree que puede usar a Tyler como moneda de cambio si los policías lo encuentran.

—O a lo mejor todavía no ha terminado con él —agregó Randy en voz baja. Continuó rápidamente y yo me di cuenta de que en verdad se estaba entusiasmando y comenzaba a darse cuerda. Mi disgusto con este comportamiento era algo en lo que generalmente decidía no pensar, pero cuando estaba ocurriendo sentía como si un tornillo se me enroscara en el estómago. Empecé a decir algo, cualquier cosa para cambiar de tema, pero Randy me anuló sólo con el volumen de su voz.

—Si fue el marido, puede que tengas razón con eso de que use al niño para negociar con las autoridades —le dijo a Forte en un tono de conferencia adecuado, supongo, para discutir con un abogado empresarial—. Pero ya han hablado con el tipo varias veces y no he leído u oído nada por el estilo. Y, estadísticamente, no es una buena idea porque los casos de rehenes por lo general terminan con el secuestrado y el secuestrador muertos. Ahora, si realmente fuera el caso de que el marido se hubiera dejado llevar por una sobrecarga emocional y perdió la cabeza, entonces se acaban las apuestas. No puede predecirse el comportamiento de alguien que actúa en medio de una nube de histeria. Pero hay que adelantarnos y decirlo: lo que de verdad nadie quiere

reconocer, es que un asesino serial asestó el golpe aquí en nuestro pequeño «lugar seguro». Los investigadores que hacen perfiles criminales dicen que este tipo de asesinos generalmente actúan de una manera mucho menos azarosa y descontrolada que la gente que comete crímenes pasionales: planean los crímenes con anticipación, hasta los más mínimos detalles y las más absurdas eventualidades, basándose en alguna fantasía de su mente. Y para ser fiel a la fantasía, se vuelven fríos, analíticos —dirigió una ancha sonrisa a su compañero de raquetbol—, igual que un abogado.

Forte lo miraba de reojo, con vergüenza o con un reconocimiento indeciso, no sé cómo. Dijo: «Gracias, doctor Lecter» y se paró sobre una rama mediana que estaba escondida entre el pasto. La rama se levantó y casi le cruza la cara. Él le dio un manotazo enojado y yo aplaudí para mis adentros.

—Vemos demasiado A&E —le expliqué a Georgia que nos analizaba con los ojos entornados. Obviamente, había decidido que era mejor no dejarse llevar por las opiniones de mi esposo sobre el tema, así que empezó a preguntarme cuáles eran nuestros planes en cuanto a los hijos. Le contesté con las frases habituales: que primero queríamos instalarnos y que ambos teníamos carreras que nos entusiasmaban, ese tipo de cosas. Mi esposo tuvo tiempo de echarme una mirada molesta antes de volver a la carga contra Forte.

—Los asesinos seriales típicamente actúan dentro de una cierta área en torno a su casa base, quizá en estados vecinos, pero rara vez más lejos. Una parte de la emoción, además de cualquier descarga de adrenalina que sea su recompensa, podría ser aterrorizar a la población local —hizo una pausa y levantó la mirada hacia el agradable cielo azul—. Todos los rumores que se han hecho, la atención de los medios, nuestro paseíto por el campo, incluso esta conversación que estamos teniendo, todo esto podría servir a sus propósitos. La simple posibilidad de que alguien que vemos en la calle pueda ser él, le da un aire surreal a nuestra vida cotidiana y, nos guste o no, nos obliga a ser más conscientes de nuestra mortalidad. Apuesto a que todos hemos pensado en eso en los últimos días.

Roger Adler, el marido de Georgia, había estado escuchando en silencio, con la respiración pesada, mientras caminaba un poco más despacio detrás de nosotros. En ese momento dijo:

—No te ofendas, Randy, pero en eso tengo que estar en desacuerdo contigo. No me parece que pensemos en el asesinato como un hecho que debemos apreciar por su valor catártico. Eran niños pequeños.

Su esposa empezó:

—Ah, no, estoy segura de que no quería decir eso...

—No —dijo Randy rápidamente y redujo la velocidad para que el hombre mayor nos alcanzara—. Me parece importante el punto de Roger y me disculpo por haberlo formulado en esos términos. Ya sé que estamos hablando de seres humanos. Ya sé que es real. Sólo postulo que quizá estemos alimentando sin querer el ego de ese tipo —se volteó hacia Forte—. El asesino se ha de regodear con el desarrollo de la historia, ha de haber leído cada artículo y visto cada transmisión. Y al mismo tiempo sabe que nunca podrá compartir lo que hizo, nunca podrá darse la satisfacción de esa última emoción del renombre, porque si lo agarran, está efectivamente muerto y su vida de fantasía se muere con él. Pero si puede controlar ese deseo de reconocimiento, ha de sentir una recompensa sublime al seguir con su vida cotidiana... El trabajo, la iglesia, la familia, convive día a día con su esposa, hijos y vecinos y nadie sabe nada. Si es bueno, nadie sospecha



siquiera más que en un nivel tan profundo que no pueden admitirlo o inmediatamente se convertirían en cómplices... Piensen en el poder que este maldito desgraciado ha de sentir ahora. Todo ocurre en su cabeza, libra un enorme conflicto interno, lucha contra esas fantasías que al final son tan poderosas que tiene que llevarlas a la realidad, mientras que para el mundo exterior se ve como tú o yo. Carajo, tú eres abogado, estás acostumbrado a actuar como si creyeras en cosas que evidentemente no son verdad. Imagínate llevar a cabo una tarea a ese nivel, con metas tan altas. Es un feo escenario, amigo.

Forte me miró a mí para hacer como si ignorara a mi esposo. Dijo:

—Randy es un apostador compulsivo, ¿verdad?

—¿Parece que estaría de acuerdo con eso? —pregunté, haciéndome la pícara, pero en realidad sintiéndome un poco avergonzada por el monólogo de Randy. Ya casi llegábamos al bosque. Todos llevábamos botas de excursionistas que habíamos comprado en tiendas de marca de centros comerciales, y que en realidad no habían visto ninguna excursión real mientras habíamos sido sus dueños. Yo compré las mías cuando todavía estaba en la universidad, justo antes de conocer a Randy. Pensaba que hacían que mis piernas parecieran más largas—. Me encabrono con él sólo porque apuesta contigo en sus juegos de raquetbol.

—Pero si siempre me gana.

Randy quería hablar más para seguir demostrando cómo su mente era tan expansiva que podía imaginarse lo peor con un enfoque de frialdad y curiosidad a la vez. En su carrera profesional como Encargado de Cumplimiento de Normas le pagaban por atraer la atención de todos hacia detalles precisos; si los procedimientos de producción que evaluaba tenían la mínima desviación, podía derivar en demandas legales, intervención federal y millones de dólares en multas contra Jackson-Lilliard. Así que le encantaba darle vueltas a sus pequeños escenarios. Pero la mierda de la que hablaba ese día me molestaba particularmente. De hecho, estaba tan enojada con él que apenas podía contenerme de gritarle que se callara. La escena que se hubiera armado. Todas las personas de nuestro grupo de búsqueda se hubieran vuelto alarmadas hacia las voces cada vez más altas, sólo para descubrir que se trataba de una pelea doméstica. Me mordí la lengua y yo creo que Randy también porque ya no volvió al tema otra vez.

Buscamos a lo largo del campo y a través del reducido trecho de árboles hasta llegar a la ladera que estaba del otro lado, casi hasta donde estaban preparando la tierra para la construcción. No encontramos nada, ni una señal del niño perdido; los objetos más interesantes con los que alguien se topó fueron un casquillo sin balas y un vestido de niña de tamaño infantil, demasiado pequeño y demasiado usado para un niño de siete años como Tyler Renault.

Encontraron su cuerpo un mes después, a treinta kilómetros al oeste de El Ray, tirado en un barranco a un lado de la autopista. Le habían sacado los ojos e insertado un par de dados en las cuencas vacías. Nunca inculparon al esposo Renault; nuestro vecino, Todd Cline, el policía, nos dijo que el señor Renault había quedado libre porque una prueba de ADN que se encontró en la escena del crimen excluyó la posibilidad de que él fuera el asesino. Pero no salió nada al respecto en el periódico, nunca hubo una actualización oficial o una palabra sobre los progresos de la investigación. Pasarían años antes de que juzgaran a alguien por este caso.

# CAPÍTULO 3

## I

ALGUIEN ME DESPERTÓ GOLPEANDO la ventanilla del coche.

Qué vergüenza: era Doug McPherson que estaba de pie junto al carro vestido con una sudadera de la Universidad Estatal de Pensilvania y unos shorts listo para ir a correr, como cada mañana. Llevaba shorts aunque hubiera escarcha en las ventanillas de los carros; mi primera sensación, además de humillación por haberme encontrado durmiendo en el asiento delantero, había sido de muchísimo frío.

Traté de bajar la ventana pero, por supuesto, el carro no estaba encendido, así que abrí la puerta y saludé a Doug. Su mirada inicial de preocupación ya había cambiado a otra, la del beneficio de la duda.

—Pensábamos llevar a Hayden a tu casa cuando regresara de correr —dijo—. Pero me imagino que querías recogerlo desde temprano. ¿Todo bien?

Pensó que estaba dormida en el auto debido a algún tipo de borrachera. Me di cuenta de que era de las personas que trataban de echarme una mano y experimenté una ola de gratitud cálida y culposa.

Asentí.

—Todo bien. Estaba pensando que podíamos deshacernos de algunos pendientes antes de que el centro comercial estuviera muy lleno. —Miré mi reloj: eran las seis y media, apenas había luz de día. Sentía los ojos llorosos y probablemente tenía en mi cara marcas del respaldo del asiento. Me reí de mí misma, sobre todo porque Doug estaba frente a mí—. Acabo de levantarme para ponerme en marcha, pero creo que primero debí tomar una taza de café.

Doug sonrió benévola y miró hacia la casa. Gabby estaba parada en la puerta principal, Caleb a su lado agarrado a su bata y rascándose inconscientemente una oreja y Hayden estaba asomado detrás de ellos, abriendo los ojos al nuevo día. Caminé hacia ellos:

—Buenos días, chicos. Pensé en adelantármeles y recoger a Hayden para ganarles a las multitudes de los sábados.

—¿Cuáles multitudes? —preguntó Hayden.

Mi mente aún se negaba a reaccionar. La noche anterior volvió a mi memoria y supervisé la calle rápidamente. No había señales de peligro, nada había cambiado desde que me dormí.

—Es sorpresa —improvisé sabiendo que más tarde tendría que pagar por ello—. Mientras más pronto te alistes, más pronto te enterarás.

Doug hizo sus estiramientos, se apoyaba en la defensa de mi carro y sostenía una pierna hacia atrás, brincaba un poco y luego cambiaba de pierna. Los niños entraron en la casa y él me dijo:

—Pasa, Gabby te va a poner al tanto de la noche. —De pronto señaló al carro—. Parece que alguien te dejó una nota. Seguramente estabas tan apurada que no la viste al salir de tu casa —seguí inventando excusas por mí. Antes de que se fuera trotando por la calle percibí una última mirada de perplejidad por su parte.

Un sobrecito blanco estaba atorado entre mi parabrisas y el limpiador. No lo había notado. De repente, el aire de la mañana se sintió todavía más frío. Jalé el sobre y me lo metí de inmediato en la bolsa del pantalón: me daba miedo tocarlo demasiado tiempo.

La cocina de Gabby estaba pintada de amarillo canario, demasiado pastel, demasiado huevo de Pascua. No me imaginaba que ese nivel de exposición forzada a la luz del sol provocara otra cosa que un delirio. Fuera de eso, olía maravillosamente y acepté agradecida una taza de café en lo que Gabby envolvía en papel unas tiras de tocino y las metía al microondas.

—Hasta donde sé, se quedaron despiertos toda la noche viendo películas —bostezó—. La tele seguía prendida cuando bajé en la mañana. No te preocupes, todas las cosas para adultos están bloqueadas.

No me preocupaba. Probablemente lo peor que salía de su tele de plasma era MTV. Gabby y Doug eran miembros imperturbables de la metaclasses de Cary: conservadores; enorme y felizmente desinformados sobre cualquier tema; también eran amables, generosos y casi completamente inconscientes de sus tendencias esnobistas. En una palabra, entrañables, pero no de un modo que los distinguiera de nadie que viviera aquí. Yo había alentado la amistad entre Hayden y Caleb enseguida, desde que se conocieron en el camión de la escuela el otoño anterior. Quería que se sintiera cómodo en este ambiente, sin importar cuál fuera la decoración; quería que tuviera este tipo de futuro seguro y banal.

Él estaba en el cuarto recogiendo sus cosas y en ese momento entró a la cocina cargando su *sleeping* y su maletita donde yo le había empacado su cepillo de dientes y ropa para cambiarse. Aparentemente no iba a usar ninguno de los dos: no se suponía que regresara a casa tan temprano. Tenía el pelo revuelto y una pinta desaliñada que me rompió el corazón de ternura. Parecía que Caleb y él habían desarrollado algún tipo de código ininteligible y empezaron a hacer ruidos extraños de pitidos y zumbidos, después decían que sí con la cabeza y se morían de risa como si se entendieran perfectamente.

—Niños, les dije que nada de eso cuando estuvieran en la casa —dijo Gabby distraídamente. Seguramente era el tono más rudo que usaba con su hijo, cosa que me pareció reconfortante. Se masajeó las sienes y dijo—: Me tomé un par de copas de vino de más, me excedí en viernes por la noche. ¿Cuándo voy a aceptar que ya no puedo darme rienda suelta como cuando tenía veinticinco?

—Yo también me desvelé mucho —confesé—. Oye, gracias otra vez por dejar que Hayden se quedara a dormir —dejé mi taza de café en la barra y me agaché, con las manos en las rodillas, para ver a mi hijo—. ¿Cómo se dice? Dile a la señora McPherson.

—Gracias, señora McPherson.

Ella se acercó y le revolvió el cabello; tuve que contener la tentación de darle un manazo. Me daba cuenta de que yo era extremadamente posesiva, pero con Hayden tenía una sensación de propiedad incomparable. Nadie más se hubiera dado cuenta, a menos que me observaran y se percataran de cómo me ponía tensa... Bueno, nadie salvo, quizá, Hayden. Se daba cuenta de más cosas de las que yo hubiera querido, y mucho más seguido de lo que me hubiera gustado.

Salimos a la frescura de la mañana y dejé el coche en marcha un momento para que se calentara. Le pregunté a Hayden cómo le había ido en la noche.

—Estuvo bien —respondió. Ya estaba completamente despierto, alerta y ansioso por irse de ahí—. Jugamos con el PlayStation de Caleb y su papá se quedó con nosotros como hasta las once.

—No debes acostarte tan tarde.

—¿Cuál es la sorpresa? ¿A qué multitudes hay que ganarles? Y como en realidad no tenía ninguna sorpresa preparada, improvisé sobre la marcha. Después de que nos bañamos, desayunamos y de que me entretuviera nerviosamente por la casa, fuimos al centro comercial de Southpoint a la matiné. Hayden y, como comprobé enseguida, todos los otros niños de la zona de Triángulo habían estado molestando a su mamá toda la semana para que los llevara a ver la nueva película de Disney-Pixar. Era una más de esas historias digitalizadas con animales parlantes. Los grupos de padres y niños se mezclaban en el lobby del cine, todos hablaban demasiado alto y algunos niños sólo observaban con los ojos abiertos de par en par. Un espectáculo que molestaba a los acomodadores adolescentes, pero que reconfortaba a las familias por compartir sus costumbres. Vi a algunos conocidos de la oficina e intercambiamos frases breves y amables, sin mucho interés. Si me hubieran preguntado cinco minutos después, no habría podido repetir una palabra de lo que había dicho o de lo que me habían respondido.

El argumento de la película era gastado, parecía que había llevado a Hayden a ver la misma película desde que tenía cinco años; incluso los mismos artistas hacían el doblaje de las voces. Fue agradable apagar mi mente y hundirme en el asiento del cine. Hayden apenas se movió después de los primeros minutos.

Sin embargo, antes de la mitad, empecé a sentir que el asiento se movía vertiginosamente y las lucecitas en el piso de los pasillos me recordaron las pistas de aterrizaje bajo las llantas de un avión. Perdí el interés en la película y empecé a pensar en el sobre que alguien había dejado bajo el limpiador del coche. Lo había abierto en la mañana cuando llegué con Hayden a la casa. El contenido me había provocado una sensación de vacío frío en el estómago, una reacción tan visceral que lo había arrugado inmediatamente y metido en un cajón.

Eran dos pedazos de papel. El primero era un encabezado recortado de un periódico: «NO HAY PISTAS SOBRE EL ASESINATO, DICE LA POLICÍA». El pie de título decía que era de Memphis, Tennessee. La fecha era de dos meses atrás.

Como el frío persistía, entré a internet mientras Hayden se bañaba. El periódico de Memphis de esa fecha incluía un artículo sobre una joven que habían encontrado muerta en su departamento; el diario no mencionaba pistas, ningún testigo reportó algún coche sospechoso en el estacionamiento del edificio o cualquier otra cosa; el novio, desconsolado, había sido excluido como sospechoso; la policía solicitaba cualquier información que pudieran proporcionar los lectores. Al final estaba escrita una pequeña mención de que el cuerpo había sido mutilado.

Junto con el artículo venía una foto de la víctima, una muchacha de veinte años llamada Julie Craven. Estudié sus rasgos tanto como pude soportar: una cara regordeta enmarcada por un corte de pelo masculino que llevaba cinco años pasado de moda, labios gruesos y una sonrisa bonita. Su rasgo definitorio era un par de ojos verdes penetrantes y almendrados tan hermosos que dolía verlos. No pude evitar imaginar que los habían removido y puesto alguna baratija en su lugar. Pero el artículo no especificaba nada.

Prensado al encabezado con un clip, había un papel suelto del tamaño de una de las suertes

que salen en las galletas de la fortuna en cualquier restaurante chino. Llevaba escrito con letra de molde: «¿HAS ESTADO OCUPADA?».

Él había puesto el sobre en el coche mientras yo dormía. Había estado sólo a unos centímetros de mí. ¿Habría mirado mi cara, habría dicho algo?

Si doblaba los dedos todavía podía sentir cómo agarraba mi mano mientras yo trataba de zafarme. Probablemente él recordaba en ese mismo momento todas esas emociones reprimidas que había proferido sobre mí, los detalles precisos de su discurso y de la forma en que me habló, que seguro eran considerablemente más placenteros en su mente que en la mía. ¿O habrá sido decepcionante como suelen ser ese tipo de momentos? ¿No había conseguido la actuación que había ensayado? ¿No había obtenido la razonable cantidad de justicia que había soñado durante todos estos años, cuando visualizaba la confrontación mientras se quedaba dormido?

En ese momento me di cuenta —sentada en el oscuro cine rodeada de una multitud de espectadores inconscientes, de todos esos niños ignorantes aún de la ilimitada variedad de peligros que les esperaban en sus incipientes nuevas vidas— de que Charles Pritchett seguramente llevaba *años* buscándome, averiguando dónde estaba el objeto de su desprecio. Y me di cuenta de que me había encontrado.

## II

La primera vez que leí sobre Cary fue casi seis años antes en *National Geographic*. Fue en su reportaje «La ciudad estadounidense del año» o algo así. En ese tiempo todavía vivía con mi madre, durante el breve período después del juicio, cuando todavía no tenía ningún rumbo claro y mi mamá quería que nos quedáramos ahí con ella, para esperar el impredecible futuro. Pero era obvio en la mirada de la gente de la calle y en la manera en que los amigos con los que había crecido me hablaban —ya fuera con vacilación o de modo intrusivo—, que no me iba a poder quedar en Tapersville. El pueblito maderero de Oregon donde nací, y donde mi madre todavía vivía, era demasiado pequeño, demasiado familiar, y no de una forma entrañable. La gente de ahí quería creer que era caritativa y tenía un sentido estoico de no juzgar a los demás pero, por supuesto, en mi caso ese tipo de restricciones se habían eliminado por el puro gusto de la obscenidad. En comparación con la niebla y lluvia infinitas, los bosques sombríos y antiguos de las colinas que rodeaban el pueblo y los camiones madereros que pasaban tambaleándose por los caminos con llantas rechinantes a todas horas del día y la noche, la mía era la mejor historia en años. La gente de los pueblos chicos se interesa por el escándalo y la tragedia, tanto como la de los suburbios de El Ray, de donde había huido como consecuencia del juicio.

Los datos del artículo sobre Cary eran prometedores: era un lugar con una gran afluencia de trabajadores profesionistas del noreste reubicados y fácilmente contratados por compañías como SAS e IBM, que tenían sus oficinas principales en las cercanías del Parque Triángulo de la Investigación; vivienda accesible, escuelas decentes, tasas de criminalidad bajas; tres universidades con la lejanía de media hora una de la otra. Los pobladores originarios parecían aceptar a regañadientes todo esto porque los nuevos vecinos llevaban mucho dinero con ellos. Inmediatamente lo reconocí como un buen lugar para pasar desapercibida y confundirme con el entorno sin condenar a Hayden a la misma suerte.

En ese momento estaba viendo a una psiquiatra. Mi mamá me llevaba en el coche de ida y vuelta y me esperaba mientras yo hablaba de mis problemas con la doctora Cannell. Probablemente la doctora Cannell era una profesional decente, bastante preparada para lidiar con asuntos de drogadicción, depresión o infidelidades. Pero en nuestras sesiones, usualmente sólo conseguía hacerme enojar, y en esa época particular de mi vida yo no podía soportar más enojo. Cuando le dije que me iba a mudar me respondió:

- Estás buscando una solución geográfica para tus problemas anteriores.
- Tiene toda la razón —le dije.
- No te va a hacer bien hasta que hayas enfrentado tus propios sentimientos de culpa.
- No es en mis propios sentimientos en lo que estoy pensando.

Y era bastante cierto. Cuando se terminó el juicio de Randy y el veredicto puso fin a sus esperanzas de volver a torturar a alguien fuera del sistema penal de California, el mismo juez que me concedió un divorcio agilizado y me cambió el nombre, también firmó una incautación de nuestros bienes maritales a mi favor. Pasaría un rato antes de que tuviera que volver a trabajar. Pero ya no tenía tiempo para entretenerme en el mismo lugar.

Cuando me mudé aquí, descubrí todas las cosas que el artículo no mencionaba. Como que los nuevos inmigrantes no sólo provenían del noreste, sino que muchos venían de lugares como India, Corea del Sur y Kenia. Hablaban con acentos magníficos y la mayoría parecía tener doctorados y desempeñarse en múltiples vocaciones. Era fácil dar con entrevistas de trabajo; pero las ofertas eran otra cuestión. Tanto los habitantes nativos como los recién llegados eran frecuentemente groseros y sarcásticos, y el pueblo era poco menos que un paisaje monótono de casas beige y blancas (hasta tenían una ley municipal que prohibía las fachadas de colores estridentes dentro de los límites de la ciudad) que se repetían de fraccionamiento en fraccionamiento salpicados con bosques en proceso de desaparición. Era el tipo de lugar donde los conductores no se molestaban en poner sus direccionales aunque el interruptor estuviera justo al lado del volante. En otras palabras: no era un lugar muy diferente de El Ray.

Sin embargo, había hecho un buen trabajo desapareciendo o al menos eso pensaba hasta que Charles Pritchett hizo acto de presencia. La empresa para la que yo trabajaba, Data Managers Enterprises Inc., contratava procesadores de información para varias compañías nacionales: programas para recopilar resultados de productos en prueba, listas telefónicas, encuestas, ese tipo de cosas. Yo empecé en un cubículo y había ascendido a supervisora de unidad en dos años. Ahora tenía ocho empleados a mi cargo. Para nada era tan interesante como mi trabajo anterior como analista de negocios, pero al mismo tiempo era lo bastante estimulante como para no ser tedioso, y justo lo suficientemente poco demandante como para tomar tiempo para mis asuntos personales y resolver cualquier necesidad que Hayden pudiera tener. Y estaba lo más lejos posible de El Ray, de Randy y del pasado, sin salir de Estados Unidos.

Pero no lo suficientemente lejos. Ya casi estaba lista para salir de la oficina el lunes en la tarde cuando me llamaron de Seguridad desde el lobby para decirme que tenía una visita. Pregunté quién era y el guardia dijo un nombre que no reconocí, seguido de la frase: «Dice que es del *News and Observer*».

—Dígale que ya me fui —colgué y agarré mi abrigo. La mayor parte de mis empleados ya se habían ido. Hayden estaba en casa de los McPherson con Caleb. Todavía me faltaba revisar unos reportes, pero después de la llamada no me pareció tan urgente. Un reportero sólo podía estar ahí por una razón: Pritchett había cumplido con sus amenazas y había estado difundiendo sus chismes sobre mí. Lo que significaba que Hayden estaba a punto de enterarse... Dios mío.

En el estacionamiento, una mujer salió corriendo tras de mí gritando mi nombre cuando me dirigía a mi Camry. Un hombre con una cámara colgada del cuello seguía los pasos de la mujer haciendo pausas frecuentes para tomar fotos. Me subí al carro y cerré las puertas antes de que me alcanzaran y la mujer se detuvo a unos pasos. El tipo tomó unas fotos más. La mujer empezó a hablar y yo la oía a través de las ventanas cerradas, decía que iban a publicar la historia de todos modos, y que era mejor que diera mi versión de los hechos para que constara. Encendí el radio y me fui rápidamente; casi le di un golpe con mi espejo retrovisor.



Cuando la historia se dio a conocer, el nombre de Randy estaba en todos los medios. Sí, él era *ese* Randall Roberts Mosley. Los periódicos siempre usan el nombre completo de los desgraciados como él, un respeto que nunca se les concede a las víctimas. No, vale la pena conocer a los asesinos y a los psicóticos por su nombre completo, pero no a los muertos. Randy mató por lo menos a doce personas en el lapso de una década. En A&E había un episodio de *American Justice* dedicado a él. Yo nunca lo había visto, pero había encontrado la propaganda de vez en cuando en la guía de programación o en los índices digitales. Ni siquiera me interesaba imaginarme cómo aparecía yo en el recuento de una hora de la impensable devastación que las manos de mi ex esposo habían provocado; obviamente yo no había sido una persona querida por la prensa durante el furor inicial. Probablemente algo tenía que ver con la manera desdeñosa como traté a los dos escritores de renombre que querían «mi versión de los hechos». Tanto Lane Dockery como Ronald Person me habían llamado varias veces; sus agentes y editores también: todos querían que diera la versión oficial. Pero no me arrepentía. No sólo me estaba protegiendo a mí.

Me enteré de que Randy había matado de nuevo en prisión —sofocó a otro convicto durante lo que los medios insinuaron, sin decirlo nunca abiertamente, un ataque sexual— en las bandas informativas que se desplazan infinitamente bajo las cabezas parlantes de uno de los canales de noticias de veinticuatro horas. Al principio sólo lo noté superficialmente, y cuando mi cerebro registró lo que había leído, el cuerpo se me electrificó. Fui corriendo a mi computadora y leí la historia en la página de CNN, y recuerdo claramente mi primer y último pensamiento sobre el asunto: «Debió haber sido él. Maldito, el muerto debió haber sido él». En ese punto ya habían pasado cuatro años desde su condena y sus apelaciones podían retrasar la ejecución cinco años más. California era notablemente lenta en ejecutar a la gente que condenaba a muerte. Y ahora otro recluso había tratado de tomar el tiempo en sus manos y de ahorrarle más gastos a los ciudadanos que pagaban sus impuestos. En lugar de eso, Randy había vengado inintencionadamente a otras víctimas, las que habían muerto a manos de su atacante. Empecé a temblar antes de poder apagar mi computadora. Me había ido a encerrar al baño y ahí tuve una especie de ataque de nervios y grité contra una toalla hecha bolas para no despertar a mi hijo. Fue entonces cuando decidí contarle a Hayden la mayor mentira de todas. Iba a ser la mentira que coronara la pila de mentiritas que ya le había contado. Había enterrado la historia real hasta que tuviera la edad suficiente para hacer preguntas.

### III

El martes en la mañana, en el trabajo, todo el mundo trataba de hacer como si no existiera. La atmósfera se sentía diferente: la fila de cubículos parecía una penitenciaría, los teléfonos llamaban una y otra vez como si hubiera una emergencia sanitaria, los teclados sonaban de forma omnipresente como parvada de pájaros.

Me había quedado en casa la noche anterior. Hayden no había dicho nada inusual cuando lo recogí, así que supuse que la prensa no lo había localizado aún. Había tratado de abordar la situación con él, honestamente lo había intentado, pero no había podido hallar las palabras adecuadas. Así que lo mandé a la cama temprano, me tomé un Xanax y me acosté a ver la tele. Habían pasado los programas de noticias locales de las diez de la noche sin que yo los viera: tenía miedo de hacerlo. Pero ahora me daba cuenta que todos sabían algo nuevo sobre mí sólo por la forma como los demás evitaban mi mirada. Tenía una junta de unidad apuntada a las nueve de la mañana, pero a las ocho cuarenta y cinco mi jefe me llamó a su oficina. Jim Pendergast era un tipo muy decente, modestamente atractivo y divorciado hacía unos años. Me había dejado clara su disponibilidad sutilmente, sin presiones, pero no me convencía la idea de salir con alguien del trabajo. Y eso que no había salido con alguien en un buen rato. Un par de años después de que nos mudamos había pasado por una etapa en la que trataba de asistir a actividades para solteros, pero siempre me sentía estúpida. Los hombres eran o tristes o intimidantes. E internet, absolutamente aterradora. Eso había sido hacía cuatro años y no había vuelto a hacer ningún esfuerzo real desde entonces. Hayden requería una buena parte de mi tiempo y a mí me satisfacía saber que estaba bien cuidado; por lo menos, ésa era la excusa que me daba cuando las noches se hacían largas y no podía conciliar el sueño. Me decía a mí misma que no extrañaba el mundo romántico y las satisfacciones y decepciones relacionadas, por lo menos no en un grado necesario. Si alguna vez fuera a lanzarme, seguramente Jim habría estado encima de la lista de blancos posibles. En realidad él era el único que estaba en la lista. Era oriundo de la zona y me encantaba su acento, sus coloquialismos deliberados; me daba cuenta por entero de que me parecía atractivo y sentía la culpa necesaria. Constantemente Jim estaba fuera de la oficina, porque cuidaba seguido a su hijo de trece años, que tenía incapacidades de aprendizaje debido a un brote temprano de alguna enfermedad infantil, del cual nunca me acordaba. Eso me daba más culpa.

En su oficina también estaba una representante de Recursos Humanos, una de esas chicas impecablemente vestidas que acaba de salir de la universidad, que se presentó como Susan Myers. Le di la mano y me sorprendí por su suavidad y frescura. Mis nudillos se cuarteaban y descarapelaban desde la primera sombra del invierno y ya estábamos a finales de enero.

Jim me ofreció asiento.

—Creo que ya sé de qué se trata —comencé.

Jim alzó las cejas y levantó del escritorio su ejemplar de la edición matutina de *News and Observer*.

—¿Lo leíste?

Dije que no con la cabeza y me lo extendió.

No esperaba que fuera la noticia principal, pero el artículo había conseguido colarse en la

primera plana, justo debajo de una foto de unos soldados que regresaban al fuerte Bragg de una temporada en el exterior. La foto que lo acompañaba era de la tarde del día anterior cuando me subía al coche; mi cara estaba cubierta a medias de la cámara. Me veía atormentada, culpable. El encabezado decía: «EX ESPOSA DE ASESINO SERIAL VIVE EN TRIÁNGULO.» Debajo: «ALGUNOS TODAVÍA TIENEN DUDAS SOBRE QUÉ SABÍA Y CUÁNTO». Me di cuenta de que sostenía el periódico con manos temblorosas.

—¿Quieres un minuto para leerlo? —preguntó Susan Myers.

Devolví la primera plana al escritorio de Jim. Me alisé la falda.

—Creo que ya sé lo esencial.

—Ya veo que vinieron a buscarte aquí ayer —dijo Jim.

—Jim, nunca hice alusión a este asunto porque es un capítulo de mi vida que quería que permaneciera cerrado. Lo siento mucho si le está ocasionando problemas a alguien aquí. Susan Myers empezó a decir algo, pero Jim la interrumpió.

—Ni se te ocurra pedirme disculpas. Has trabajado aquí durante cinco años sin ninguna queja y has sido una empleada valiosa y consistente para mí, personalmente, y para la compañía. Siempre tendrás un lugar aquí y si los altos mandos dicen algo, cuentas con mi apoyo. Pero este tipo... —se dirigió con desdén hacia el periódico—, este Pritchett. Parece que está en una especie de misión. Te sugiero que te tomes una semana fuera de la ciudad y dejes que el escándalo se muera solo. La gente va a encontrar algo más de que hablar.

Susan Myers había esperado pacientemente y ahora dijo:

—Estamos de acuerdo en que esto es algo que tenemos que dejar que se apague. Ya alertamos a la gente de seguridad para que no dejen entrar al señor Pritchett o a algún representante de medios que venga a acosarla. Pero sería un distractor menos para todos si toma el consejo de Jim.

De repente, por primera vez desde que Pritchett me abordó en el supermercado, me puse a llorar. No por las horribles cosas que habían pasado, ni por las espantosas posibilidades que veía flotando en el futuro, sino sencillamente porque el tierno de mi jefe y esta chica de veintitantos habían sido amables y respetuosos conmigo. No dijeron: «Oye, pero en serio, ¿cómo crees que alguien va a creer que no tenías idea de que tu ex esposo...?». No dijeron: «Tenías que haberte dado cuenta de que algo andaba mal».

Ambos fueron considerados y se sintieron incómodos con las lágrimas que no pude contener. Jim se ocupó en buscar pañuelos desechables, pero no tenía y terminó ofreciéndome la servilleta de su desayuno, un bisquet con jugo de carne que seguía endureciéndose sobre su escritorio. Ni siquiera le había dado tiempo de terminar de comer antes de llamarme. Por algún motivo eso hizo que me dieran más ganas de llorar, pero conseguí reprimirme y me limpié la cara de manera que no me echara a perder el maquillaje. Pedí disculpas una y otra vez y los dos me dijeron que parara con eso. Les dije que por lo menos quería terminar el día, aunque fuera sólo para distraerme. Susan Myers dudó un momento, pero al final estuvo de acuerdo. Me recomendó que me cuidara y que «hiciera algo divertido».

Trabajé bien un rato hasta que ya no pude ignorar las voces de los empleados de mi departamento. ¿Qué tendrán los cubículos que hacen que la gente piense que nadie los oye? Es un aislamiento tan falso. Las siete mujeres y el hombre de mi unidad, todos confiables, dulces y bastante trabajadores, también eran, desafortunadamente, chismosos irremediables. No importaba que hablaran de celebridades, gente de sus iglesias o vecindarios, o de sus compañeros de

trabajo. Cualquiera era susceptible de rumores e insinuaciones, y a lo largo de la mañana pude oír palabras y frases como: «Leigh ni siquiera es su verdadero nombre... Bueno, por lo menos es su segundo nombre... Le va mejor Nina... ¿Ya viste cómo se veía antes? Y su esposo, me choca admitirlo, por lo que hizo y todo eso, pero el hombre *era* muy guapo...». Éste fue el comentario que finalmente me mandó al baño a pasos rápidos; las cabezas se volvían en los cubículos para seguirme con la mirada. Me encerré en el último compartimiento para tener un verdadero ataque de nervios.

Alguien había dejado la primera sección del periódico de ese día en el barandal para discapacitados que había junto al papel de baño. Aunque ocurría con frecuencia, no pude evitar pensar que esta vez lo habían dejado como un mensaje exclusivamente para mí. Después de un buen rato lo levanté.

En su mayor parte, el artículo simplemente era una recapitulación de los horribles crímenes de Randy. Usaba los apodosos con los que la prensa se refería a él en ese entonces, antes de que se resolvieran los crímenes: el Asesino Cruza-ojos; el Segador. Había un pequeño artículo lateral con puntos que enlistaban los nombres de las víctimas junto con las fechas de sus muertes. O, en los casos de Wendy Pugh y Tyler Renault, las fechas de cuando habían encontrado los cuerpos. La historia describía cómo Randall Roberts Mosley eventualmente había sido baleado y capturado frente al patio de su propia casa mientras su esposa y su hijo miraban.

Algo sensacionalista, sin duda.

Había una foto mía que ni siquiera podía recordar haber visto antes; la debieron haber tomado poco después de nuestra boda, pero seguro antes de mi embarazo y, Dios, de verdad parecía veinte años más joven. En tiempo real, sólo había pasado poco más de la mitad de eso, pero hacía mucho que había comprendido que «tiempo real» era un concepto de mierda. Miré la sonrisa despreocupada de mi cara, qué pinche niña estúpida era, una niña estúpida sin una idea clara de cómo el tiempo podía ser elástico y acelerarse o detenerse del todo. El texto contenía una breve mención a que «la policía se dirigió a la casa por una llamada de la señora Mosley que había descubierto pruebas espeluznantes de la culpabilidad de su esposo». Habían sido considerados e incluido otra foto mía, que me habían tomado subiendo los escalones de la corte el día de mi testimonio inicial. El periódico decía que la policía había sospechado de mí porque encontraron mi fotografía en algunos documentos falsos que Randy guardaba y habían hallado presencia de mi ADN en dos escenas del crimen. Habían identificado cabellos míos, pero la policía concluyó rápidamente que provenían de la ropa de Randy. La policía nunca me inculpó por ningún crimen, pero eso no impidió que los medios especularan.

Quería sacudir el periódico y gritar: «¡Él quería que fuera así! ¡Él preparó todo para que dudaran de mí!», pero no hubiera servido de nada, así que sólo lloré un poco más. Lágrimas cálidas y avergonzadas que no me daban ningún alivio.

La tercera parte del artículo estaba dedicada a Charles Pritchett; era un recuento de la muerte de su hija a manos de Randy: «Siempre me molestó la participación de Nina Mosley, de la que nunca se habló satisfactoriamente en el juicio», lo citaban. Hablaba con la elocuencia de sus años de sufrimiento. Decía que había contratado una agencia de detectives privados para encontrarme. Ahora sus planes eran quedarse por aquí hasta que respondiera a sus preguntas. «No soporto pensar que esta comunidad tiene a alguien con estos antecedentes viviendo entre ellos sin siquiera saberlo» y el último comentario de Pritchett era: «Aquí viven muchas familias con niños».

Quería odiarlo. Era muy probable que fuera a destruir todo lo que había construido con tanto esfuerzo, todo lo que había recuperado tras el pesadillesco torbellino de ceniza que Randy dejó a su paso. Pero Carrie Pritchett sólo tenía veintidós años cuando murió, la misma edad que yo tenía entonces. Era estudiante, estaba por obtener el grado en Economía. Nunca llegó a los veintitrés. Randy le sacó los ojos y le puso unas ágatas pulidas en su lugar, luego dejó el cuerpo desfigurado en el piso de su departamento, donde unos amigos lo encontraron al día siguiente. Fueron a buscarla, preocupados, porque había faltado a un examen.

Oí que se abría la puerta del baño. Reconocí las voces de dos de mis empleadas, Betsy y LaTonya.

—Me sentiría mejor si no hubiera mentido al respecto —dijo Betsy—. O sea, cualquiera puede comprender si no fue tu culpa. Pero el engaño, no sé.

—Carajo, tiene un hijo. ¿Tú no te hubieras cambiado el nombre?

—Sí, yo creo que sí. Dios, ¿te imaginas descubrir que el hombre con el que has estado compartiendo tu cama es un homicida?

—Un asesino serial, amiga. No es como si le hubiera disparado a alguien por dinero o algo así. Oí que era como Ted Bundy.

Había tratado de contenerme, pero un sollozo me tomó por sorpresa, un sonido como de hipo que resonó en las paredes de azulejos. Hasta casi podía verlas señalando la puerta detrás de la que yo estaba y articulando «Dios-mío» mientras se ponían rojas. No dijeron nada más que pudiera distinguir, sólo oí el ruido del escusado, algunos murmullos ininteligibles y se fueron.

# CAPÍTULO 4


## I

CON FRECUENCIA RANDY LLEGABA A CASA con rasguños y moretones. Algunas veces después de un viaje de negocios y otras cuando sólo iba a la oficina durante el día. Le gustaba que siguiera el contorno de sus heridas con las uñas cuando estábamos acostados en la cama después de hacer el amor, viendo ociosamente la televisión, cuando ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Durante los primeros dos años con tan sólo tocarnos parecía ser una conexión suficiente para los dos. Dejaba que mis dedos se demoraran en la caricia. Los golpes no eran marcas de amor, pero las respuestas vagas y absurdas que me daba cuando le preguntaba cómo se los había hecho bastaban para crear remolinos en las más profundas y oscuras corrientes de mi corazón.

—Ahora que estuve en Los Ángeles estaban moviendo la maquinaria de lugar y me golpeé con ella —me respondió una vez que le pregunté—. En nuestra planta satélite están moviendo todo de acuerdo con un esquema que Drew Holloway se sacó de la manga. Se supone que incrementará su eficacia en un 4% o una mierda así. Yo creo que Drew estuvo presionando a los técnicos durante un mes siguiéndoles los pasos o algo por el estilo. Y estos cambios apenas están dentro de las expectativas.

Argumento que no explicaba por qué mi esposo tenía una profunda abrasión desde la garganta hasta el omóplato del hombro izquierdo. O por qué él, un Encargado de Cumplimiento de Normas, un tipo de reglas y regulaciones que no tenía que permanecer en el piso de producción más tiempo del necesario para calibrar la maquinaria o inspeccionar los registros de trabajo, había decidido echar una mano con la remodelación de la oficina.

La verdad es que cuando Randy fue a inspeccionar las plantas de Jackson-Lilliard en Los Ángeles, hizo tiempo en su última noche en la ciudad para torturar y matar a Carrie Pritchett. Ella fue una de las varias víctimas que dieron una pelea considerable y años más tarde la carne que le removieron bajo tres uñas de la mano derecha ayudaría a asegurar la condena de mi ex esposo.



Acariciaba sus heridas amorosamente, a veces las besaba. Él se emocionaba y excitaba, me envolvía con sus gruesos brazos y sus manos rasposas ya estaban sobre mis pechos. Me encantaba la sensación de dejarme llevar.



—

En otra ocasión parecía que lo hubieran golpeado en las costillas. Me dijo que un estúpido lo había atropellado en el pasillo del avión cuando todavía estaban en la pista de aterrizaje en SeaTac y de repente dicho imbécil trató de abrirse paso a codazos con un equipaje de mano demasiado grande. Randy y algunos otros pasajeros casi se enredaron en una pelea con el cretino y un sobrecargo eventualmente tuvo que sacar al estúpido del vuelo.

—Qué suerte tienes de no tener que viajar por trabajo — dijo—. No creerías la cantidad de pendejos de segunda que dejan subir a los aviones en estos días. Este tipo era un perdedor representante de ventas de Omaha que pasó su mejor momento hace veinte años y ahora está decidido a que todo el mundo sufra por ello.

Sus historias siempre estaban llenas de pequeños detalles. Esta vez acababa de regresar de Calgary, su primer viaje a Canadá. Dos mujeres jóvenes desaparecieron mientras él estaba en la ciudad, pero los más recientes reportajes que pude encontrar, mucho tiempo después, no mencionaban ningún sospechoso, ni ninguna resolución sobre el caso. Ninguna de las víctimas de Randy, presuntas o probadas, fueron de esa parte del mundo. Los cuerpos de las mujeres nunca aparecieron.

Pero, en mi mente, todavía puedo ver la forma de ese moretón: empezaba justo bajo la axila derecha y se extendía tres o cuatro costillas hacia abajo, púrpura y amarillo en el centro de la explosión, aproximadamente del tamaño de un puño cerrado.

## II

Para cuando me embaracé de Hayden ya sabía que algo estaba mal, pero en ese momento estaba asustada en un nivel tan básico que me estaba volviendo obsesiva compulsiva. El verdadero miedo no te hace gritar; el verdadero miedo paraliza y hasta respirar asusta. Uno se reduce a rezar para que el objeto del miedo pase de largo, que no le ponga atención: ésa es la última esperanza. Piensa en tus propias pesadillas, las que te dejan el corazón latiendo con demasiada fuerza cuando te sientas jadeando en la oscuridad de tu propia recámara: no te despertaste gritando, te despertaste tratando de respirar.

Randy me obligó a dejar mi trabajo en Shaw Associates cuando nos enteramos de que estaba embarazada; yo había protestado porque recientemente me habían considerado para otro ascenso, esta vez de analista a jefa de la división de *marketing*, un puesto que tenía en la mira desde hacía tiempo. Pero él me recordó que ya habíamos discutido el asunto antes de la boda, así que tuve que ceder. Randy siempre había dicho que quería tener un modelo de «familia tradicional», en la que él iba a ganar el pan y yo cuidaba a los niños. Cuando estábamos apenas comprometidos, todo me sonaba bien, pintoresco de alguna manera, pero luego había descubierto en mí una capacidad implacable para mi trabajo y una gratificante sensación de éxito cada vez que le ahorra dinero a la compañía por haber mejorado sus métodos de facturación o encontrado un proveedor más barato. Lloré y pataleé, pero Randy se mantuvo firme y me convenció de que un hogar perfecto, como el de Norman Rockwell, sería lo mejor para el bebé. Citó artículos de desarrollo psiquiátrico de revistas y diarios que yo sospechaba inventados, pero al final me pareció más fácil que se saliera con la suya. Me prometió que podría proseguir con mi carrera en cuanto nuestro hijo entrara a la escuela.

Con tantas horas libres que llenar, el miedo se agolpó en mi cuerpo. Durante un rato fui capaz de decirme que simplemente tenía demasiado tiempo en mis manos. Nuestra casa estaba limpia e impoluta, no había una mota de polvo tan diminuta que pudiera asentarse en algún mueble sin llamar mi atención. Llevaba seis meses en casa y me estaba volviendo loca. Randy se dio cuenta y me dijo que tenía que preguntarle al doctor qué podía hacer al respecto, porque le ponía los nervios de punta con mi constante desempolvar, pulir y aspirar.

—Siento que vas siguiendo cada mínimo movimiento que hago —se quejaba—. Me estás poniendo *muy* nervioso. ¿Me entiendes?

Yo decía que sí. Le echaba la culpa a mis cambios hormonales. En ese momento era naturalmente más dócil de lo que había sido jamás en mi vida. *No llames la atención*, pensaba. Le prometí que iba a consultar con un doctor; luego subí las escaleras y me encerré en la habitación donde antes estaba su oficina-bodega y que ahora estábamos remodelando como cuarto del bebé. La computadora todavía estaba ahí, junto a la cuna nueva. Me metí a internet y leí las últimas noticias sobre el asesinato irresuelto de la familia Hughes: Keith y Leslie. Vivían en Bakersfield, sólo a un par de horas de camino. Había sucedido más de seis meses antes, pero por alguna razón yo seguía leyendo sobre el caso. Los reportajes iniciales decían que habían mutilado los cuerpos, pero no especificaban nada. Había considerado hacer una llamada anónima a la policía de Bakersfield para preguntar: «¿Fueron los ojos? ¿Les hicieron algo a sus ojos?».

Nunca llamé. Unos estremecimientos delicados me recorrían los nervios de día y de noche. Me moría por un sedante, alcohol o pastillas para dormir, pero no podía tomar nada por miedo a dañar al bebé. Limpiar me ayudaba; los movimientos circulares y las repeticiones servían como tranquilizante; la verdad, pensar en lo que iba a pasar una vez que el bebé naciera tenía el efecto contrario.

—

Véía que Randy posaba frente al espejo del baño. En nuestra segunda casa, el baño principal daba a nuestra recámara, y cuando yo estaba en silencio y no se daba cuenta de que lo observaba o cuando simplemente no le importaba lo que yo pudiera pensar si lo veía, se ponía a hacer demostraciones de fuerza y a posar. Se dejaba el cabello negro muy corto, pegado al cráneo. En ese momento tenía una apariencia más conservadora de la que poseía cuando nos conocimos. Me imaginaba que hacía pesas en su cobertizo del fondo porque conforme pasaban los años, sus músculos se habían ido definiendo más en vez de disminuir, como si envejeciera a la inversa. Lo más seguro era que se sintiera acomplejado al estar llegando a la mediana edad y que se esforzara mucho en prevenir las señales externas. Una cosa era una vanidad saludable y otra muy distinta que fuera casi narcisista, especialmente con los rasguños y moretones. Teníamos un espejo de cuerpo entero enfrente de la regadera y él evaluaba sus heridas como si estuviera haciendo cálculos. Seguía los contornos con sus ojos brillantes. Recuerdo la forma de cada golpe y las pequeñas cicatrices que dejaron las heridas más profundas. Después de un tiempo, había dejado de preguntarle cómo se había herido. Simplemente lo notaba, catalogaba mentalmente y ahogaba cualquier sugerencia que pudieran hacer.

Tres rasguños superficiales sobre el ojo izquierdo. La delgada línea blanca que iba de su cuello hacia el hombro; ni siquiera se notaba cuando usaba camisa. Otro grupo de surcos le marcaban el estómago y el pecho. La mayoría de las heridas no eran muy profundas y desaparecían rápidamente, pero algunas resultaron permanentes.

—

Las víctimas que se habían resistido lo hicieron con coraje. Keith Hughes recibió más de cincuenta puñaladas antes de sucumbir. El ADN que se obtuvo de sus uñas también probó en la corte la culpabilidad de mi esposo. Jamie Hefner, Buddy Beckman y Daphne Snyder también dieron batalla antes de que Randy asestara los golpes finales. A veces me lo imagino, contra mi voluntad, parado encima de ellos mientras sus vidas se detienen; él las absorbe como si fuera un vampiro, jadeando, exhausto y eufórico por sus logros en tanto que otras luces humanas se extinguen tan cerca de sus manos. Se extinguen por medio de sus propias manos y las herramientas que él afiló y blandió.

Y cuando yacían muertos se iba de verdad al trabajo.

Llegaba a la cama y yo lo amaba dócil y distraídamente, pensando en emparejar el linóleo mientras hacíamos el amor. No puedo saber en qué pensaba él. Cuando se acercaba al clímax, ponía las manos sobre mis ojos y los apretaba con la fuerza suficiente como para que viera estrellas en explosión, rastros de cometas y lámparas de lava corriendo a través de mis párpados. Al principio me ponía los pelos de punta, después, durante un breve periodo antes de que me embarazara, como que me excitaba. Una vez intenté hacérselo a él: quitó mi mano con firmeza y la sostuvo a un lado de mi cuerpo mientras se azotaba con más fuerza contra mí, con ruidos sordos y constantes, escociendo mis muslos. Con el tiempo aprendí a dar la bienvenida a la oscuridad, con cariño primero y luego con ambición, le permitía tomar el control, bloquearlo todo y —*admítelo, admite lo peor, dilo*— esperaba que un día la luz no regresara para nada. En la luz se exponían demasiadas cosas, tenía demasiadas preocupaciones a mi alrededor, así que cuando alejaba la mirada de una, me encontraba de frente con otra.

Cicatrices. A él le encantaban las suyas, hasta las nutría. Y él sólo me concedió una, la cicatriz interior que me dejó después de cada una de sus evasiones y regaños condescendientes que minaban mi orgullo y mi paz mental; como si un príncipe le tirara un beso sin importancia a una insignificante plebeya entre una multitud y él lo olvidara enseguida, pero a ella ese recuerdo la acechara en las más largas noches de su vida por venir a partir de ese momento.

# CAPÍTULO 5

## I

HAYDEN ME HABÍA EMPEZADO A PREGUNTAR POR SU PADRE desde que tuvo la edad suficiente como para comprender que la mayoría de los niños tenían un papá. Cuando era muy pequeño yo evadía el tema diciéndole que lo iba a poner al tanto en cuanto tuviera la edad necesaria para comprender. Pero ya se sabe cómo son los niños: llegan a la edad necesaria mucho antes de lo que uno quisiera admitir. En esa temprana etapa, sinceramente, había considerado decirle la verdad.

Justo después de recibir condena y ser enviado a prisión, Randy había tratado de localizarnos. Llegaban cartas a casa de mi madre, nunca dirigidas a mí sino siempre a Hayden. Le decía a mi mamá que las tirara sin abrirlas, pero por supuesto que ella las abría y las leía. A ella le daban escalofríos al enterarse de su contenido: Randy quería establecer una relación con su progenie y aseguraba que tenía derechos legales. Y a lo mejor tenía razón.

Así que me cambié el nombre y me mudé al otro lado del país. Hayden ni siquiera supo que alguna vez fue un Mosley. Para cuando cumplió tres años, para mí ya era obvio que la verdad era exactamente de lo que nunca debía enterarse o no, por lo menos, hasta que tuviera edad para manejarlo. Es decir, cómo puede uno hacer que estas palabras le salgan de la boca con naturalidad: «Tu padre fue un homicida que mutiló y asesinó a una docena de seres humanos». Sin embargo, tenía que decirle algo. Constantemente seguía los pasos de hombres adultos cuando estábamos en lugares públicos y en el supermercado se agarraba de la parte baja de sus abrigos. Cuando íbamos al parque, notaba que entrecerraba los ojos cuando veía papás que cargaban a sus hijos sobre los hombros; hasta se quedaba paralizado cuando regañaban a los niños traviesos en los restaurantes.

Eventualmente, mis evasiones lo hicieron berrinchudo. Así que, con perdón de Dios, improvisé. Le dije que sí tenía un padre, pero que su padre había hecho cosas tan malas que ya no era posible que mamá y papá vivieran juntos. Le dije que su padre le robaba a la gente; le expliqué por qué era malo robar. Le dije que su padre era un hombre peligroso que nunca formaría parte de nuestras vidas. Podía ver la herida abierta en los ojos de mi hijo. Sabía que era mejor que la realidad.

Después vi la noticia en CNN sobre cómo otro recluso había tratado de matar a Randy y había resultado muerto.

La siguiente vez que Hayden mencionó a su padre, lo senté y le dije que había habido un incidente en la cárcel donde estaba preso. Le dije que su padre estaba muerto.

Pensé que era lo mejor. Pensé que pondría punto final a la conversación de una vez por todas. Pero mientras decía la mentira, podía oír la abrasadora amargura de mi voz. Esperaba evitar más

preguntas en ese momento y así fue, pero esa noche escuché que mi hijo lloraba en su cama y no pude ir a consolarlo. Siempre me había preguntado: «¿Tendrían eco en su memoria los disparos que hubo en nuestro propio patio de El Ray?». Ni siquiera tenía un año cuando sucedió, pero debió retenerlo en alguna parte, en el lugar de donde vienen los sueños. Siempre había tenido el sueño ligero y frecuentemente hablaba dormido, balbuceos infantiles que no entendía, pero que de todos modos me daban escalofríos cuando estaba acostada sola, despierta e inquieta en mi cuarto, junto al suyo.

Claro que sabía que en algún punto del futuro descubriría la verdad. Claro que siempre había reconocido para mí que llegaría el día, quizá en sus últimos años de adolescencia o a los veintitantos, en que me diría: «Mamá, ya sé que esa historia que me contaste de papá es pura mierda. Quiero que me digas la verdad». Y para entonces ya se habría desarrollado como una persona estable y equilibrada, capaz de soportar el shock de la realidad sin que lo desviara para siempre o lo contaminara sin remedio.

Pero Charles Pritchett y los medios locales habían decidido, sin mi consentimiento, que ese día llegaría en ese momento y no les importaba que no estuviera preparada, que no estuviera lista ni siquiera bajo la más escueta definición de «estar listo». No les importaba que mi hijo tampoco estuviera listo.

## II

La parada del camión escolar estaba a una cuadra de nuestra casa. Por lo general, Hayden tenía órdenes estrictas de irse directo a casa y cerrar la puerta con llave hasta que yo regresara del trabajo. Últimamente se quedaba las más de las veces con los McPherson, pero esta vez me había estacionado en la calle y estaba esperando a que el camión lo dejara. Después de escuchar la discusión en el baño de mujeres del trabajo, decidí tomarme el resto del día. Jim me había dicho en términos muy claros que no quería verme en la oficina, por lo menos, por una semana. Me dijo también que le llamara siempre que necesitara una oreja comprensiva. Me ofreció los números de su casa y su celular y yo los apunté dócilmente en mi teléfono.

La pintura amarillo brillante del camión poco hacía por disfrazar su antigua historia de transporte del Departamento Estatal de Correccionales de Carolina del Norte; la escuela le había comprado una flotilla al Estado a precios de ganga el año anterior, y el vehículo tenía una de esas narices chatas y feas que no se parecían en nada a las de los camiones que usábamos nosotros en Oregon cuando era niña. Ni siquiera se habían tomado la molestia de quitarles las cajas de malla de las ventanas, a lo mejor porque pensaban que eran más seguras para los niños en caso de un accidente. De todos modos, el efecto era inquietante: la estéril funcionalidad se combinaba con un evidente control.

Las puertas se abrieron con un siseo neumático. Siete u ocho niños se bajaron con dificultad cargando sus mochilas, demasiado grandes para ellos; un par de niñas pasaron corriendo por la banqueta junto al coche, hablando con emoción de lo que Kevin había hecho en la tercera clase. Otro niño solitario desembarcó hablando por teléfono. No tenía más de ocho años. Todavía no había señales de Hayden y la garganta se me cerró un poco. Pero por último, allí venía: bajó los tres escalones yendo de un lado al otro, tan visiblemente abatido que hasta parecía que le costaba trabajo mantenerse erguido. El corazón se me encogió por la pinta que traía, sabía qué auguraba aun antes de que alzara la cara y pudiera ver las marcas de mocos que cruzaban sus cachetes inflados.

El chofer del autobús lo observó un momento, después levantó la vista y vio mi coche en la calle, que abrí la puerta del copiloto y que llamaba a Hayden para que fuera conmigo. El chofer seguía viéndome incluso cuando apretó el botón para que se cerraran las puertas.

—Hola, campeón —dije cuando Hayden se subía a mi lado. Usó las dos manos para cerrar la puerta. Le dije que se abrochara el cinturón de seguridad y él lo hizo como si fuera un robot. Todas las lágrimas se me habían quedado secas en la garganta. *Sé fuerte ahora si has de serlo alguna vez, él te necesita más de lo que tú necesitas cualquier cosa, tú eres lo único que tiene y si te haces pedazos, no tiene a nadie que le ayude a levantarlos a ambos, no se puede saber cuál podría ser el daño a largo plazo...*

—¿Cómo te va?

Me miró desde su asiento con los ojos más fríos que le hubiera visto jamás. Cristales negros sin fondo. Tragué saliva, le sonreí forzosamente y manejé lentamente a casa. Cuando la puerta del garaje se cerró detrás de nosotros, me volví para agarrarlo de la mano, pero él ya estaba bajándose del coche. Tenía lista su llave. Antes de que hubiera recogido mi laptop del asiento



trasero, él ya había entrado y subido las escaleras. Lo encontré en su cuarto, bocabajo sobre la colcha, llorando inconsolablemente. Las cortinas estaban cerradas y la única luz provenía del protector de pantalla de su computadora infantil, un patrón geométrico azul claro que vibraba y giraba en su lugar. Me senté y le acaricié el cabello. Empecé:

—Corazón...

—Es verdad, ¿no? —dijo contra la almohada. Era casi un grito—. Está vivo y no es sólo un ladrón. Eso es lo que todos decían de mi papá en la escuela, ¿es verdad?

No me quedaba ninguna defensa.

—Sí.

Se dio la vuelta y su expresión era la de un adulto; para un padre siempre es desconcertante ver así a su hijo, pero en este caso era peor, era terrible, porque tenía la expresión misma de la traición. Supuse que si fuera un adulto esta expresión exacta lo haría parecer infantil por su sinceridad. No pude evitarlo, sentí lágrimas calientes obstruyéndome la garganta y tragué con esfuerzo. Su mirada era despiadada.

—Me dijiste que papá estaba muerto. ¿Cómo pudiste mentirme así? —consiguió decir—. Tú me di... dijiste que nunca dijera mentiras.

—Mi amor, perdóname —lo acerqué hacia mí y él se dejó, pero mantuvo los brazos a los lados de su cuerpo. ¿Cuántas veces podía romperse mi corazón? ¿Por cuánto tiempo más, incluso encerrado e inhabilitado tras el más implacable acero, Randy seguiría haciéndonos esto?—. No sabía cómo decírtelo.

—¿Papá *mató* gente? ¿Sin razón? —se alejó de mí y repitió la segunda pregunta.

Dije rápidamente:

—Nunca hay una razón. Escúchame, Hayden, porque es importante. Tu padre es un hombre muy enfermo. ¿Te acuerdas qué enfermo estabas cuando te dio varicela en el jardín de niños? —asintió con solemnidad—. Tu padre no estaba enfermo así. Estaba enfermo de la mente. Yo no me di cuenta cuando lo conocí porque él fingía que no estaba enfermo, y es más fácil esconderlo para la gente que está enferma de la mente que para la que está enferma del cuerpo. No tienen síntomas que puedan prevenirte. Él fingía que era como todos los demás, pero en realidad no lo era. Yo no lo descubrí hasta muchos años después, y para entonces ya te tenía y no podía hacer nada para cambiar lo que tu padre había hecho. Sin embargo, yo evité que se lo hiciera a alguien más porque llamé a la policía en cuanto me di cuenta.

Oí que los ecos de mi defensa contra Charles Pritchett sonaban igual de vacíos: «No fue mi responsabilidad, no fui yo, ¿cómo es posible que alguien espere que la persona que vive todos los días con el loco sepa quién es en realidad, cuál es su verdadera naturaleza?, no puedes esperar que lo consiga, sencillamente es poco realista, es demasiado...».

Pero ahora era mi hijo, y en este horrible momento de claridad entendí que lo que debí decirle durante todo este tiempo era ni más ni menos que la triste verdad.

—Le tenía miedo, corazón. Tenía miedo de que si me permitía comprender lo enfermo que tu padre estaba, y lo que le había hecho a otras personas, tendría que renunciar a ti y a todo lo demás por lo que habíamos... por lo que yo había trabajado tanto. Y más adelante, cuando me preguntaras por él, yo sabía que tenía miedo de lo que él podría hacerte si tuviera la oportunidad, porque estaba tan enfermo, y pensé que lo mejor para todos era que pensaras que estaba muerto.

Hayden se abrazaba a sí mismo a cierta distancia de mí, observándome cuidadosamente con

cara de alguien traicionado. Pero había dejado de sollozar y estaba atento, trataba de evaluar los conceptos de demencia y responsabilidad personal. Usualmente, uno no tiene que preocuparse por manejar estos conceptos abstractos con un niño de siete años. De repente, me di cuenta de que ésta era la primera vez que me atrapaba en una mentira. Nunca volvería a verme de la misma manera, como me había visto esa mañana. Todavía podía recordar la primera vez que supe que mis padres me mentían. Mis labios temblaron. Tragué saliva y respiré profundamente. Me concentré.

—Mi amor —dije—, ¿te acuerdas de que cuando el niño malo te robó tu pelota de beisbol en primer año y la maestra preguntó quién había sido, el niño no quiso admitirlo, pero la maestra la encontró escondida en su mochila de todos modos?

—Brian Carter —mi hombrecito ahora era pura y seria concentración. Estaba esperando que lo que dijera pudiera ser verdadero.

—Brian, sí. Bueno, ¿te acuerdas de que te dije que robar estaba mal, pero que mentir al respecto era peor y que si lo hubiera admitido a lo mejor la maestra no lo habría castigado? —Hayden asintió—. Bueno, pues yo me dije a mí misma que si no te decía la verdad sobre tu papá, a lo mejor no te lastimaba tanto. Nadie quiere saber algo así de sus padres, y odio a tu papá por hacernos esto, voy a odiarlo hasta el día que se muera, y ésa es la verdad. —Hayden había abierto la boca de par en par; sabía que «odiar» era una mala palabra. Redirigí el asunto—. Mi intención sólo era evitar lastimarte. Pero, ¿ves que la verdad salió a flote de todas maneras igual que cuando Brian te robó tu pelota? Siempre pasa así; por eso es mejor decir la verdad desde el principio, aunque sea algo malo. Ya sé que yo no lo hice, y sé que te defraudé. Perdóname. Estuvo mal que no lo hiciera. De ahora en adelante te prometo hacerlo mejor.

Podía ver la duda, la casi taimada frialdad que corría junto con su herida confusión: *Me ha mentido toda mi vida, ¿cómo podría creerle ahora? ¿Qué otras cosas me ha dicho que no son verdad?* Mi palabra no tenía mucho valor.

Me daba miedo su silenciosa evaluación. Traté de salvar del naufragio un poco de mi reputación, verdaderamente me desesperada pensar que no fuera capaz de volverme a ganar su confianza.

—¿Cuántas veces te he mentado antes?

—Ahora ya no sé.

—Eso me parece justo. Pero, ¿te acuerdas de la vez que te dije que el señor Donahue estaba infringiendo la ley la vez que regaba su patio durante la sequía del verano pasado y tú no me creíste porque dijiste que era muy amable y muy viejo, y que sólo era agua, pero después vino la policía y discutió con él y le pusieron una multa?

—Mmhmm.

—¿Y de la vez que te expliqué que el niño de *Hey, Simon* no estaba perdido en el bosque de verdad sino que era un actor de la tele y luego fue al centro comercial a firmar autógrafos y te dio uno? Te dije la verdad esas veces, ¿verdad?

—Está bien —dijo—. Ya entendí. Pero no es lo mismo, mamá.

—Ya sé.

—Y Ashton me dijo en la escuela que si mi papá era un criminal yo también iba a ser un criminal porque es *genérico*. Me tuve que morder la lengua por la repentina ola de furia que me embargó al oír tal chisme, e hice una nota mental sobre hablar con la mamá de Ashton Hale la próxima vez que la viera. Suponiendo que todavía se dignara a hablar conmigo.

—Creo que Ashton quiso decir «genético», corazón, y ya te dije que no le hicieras caso a ese niño. Está equivocado, como siempre. La genética son los rasgos físicos que papá y mamá les pasan a sus hijos. Muchos niños tienen un papá malo, o a veces hasta dos, pero ellos salen bien cuando crecen. Y algunos buenos papás tienen hijos malos. Genética significa que tienes el cabello del mismo color o que creces a la misma estatura que tus padres, pero no significa que vayas a actuar como ellos. Ésa *siempre* es una decisión tuya.

Me acordé de mi madre ocultando las infidelidades de mi padre. Me acordé de que se mentía a sí misma y a mí.

—¿Me parezco a él? —me preguntó Hayden.

Y me dejó perpleja con esa pregunta, porque por supuesto que se parecía. Hayden tenía mi cabello castaño y fino y, si la grasa infantil de su cara no se derretía, se iba a quedar con mis cachetes de ardilla, pero todos los demás rasgos de su cara eran de Randy: la barba afilada, los ojos cafés casi negros, la piel aceitunada y la sonrisa pícaro con demasiados dientes como para sentirse a gusto cuando era fingida. Un cierto modo de mover la cabeza cuando trataba de entender algo.

—No mucho —le respondí.

—¿Tienes fotos?

—Las tiré. Ahora escúchame. Lo que tu padre hizo está mal, es lo peor que puede hacer una persona. Y lo hizo más de una vez. Me mintió a mí y a todo el mundo, pero al final lo agarraron y la policía lo castigó encerrándolo en la cárcel. Va a estar ahí por el resto de su vida y nunca va a volver a salir. —Pensé en tratar de explicarle la pena capital, pero decidí que probablemente ya había tenido suficiente por un día. Sabía qué era lo que estaba a punto de decir y una parte de mí se encogió porque podía ver a Randy en los ojos de Hayden tan claro como el agua —*ay, no*— y sentí que casi estaba hablando con él en ese momento, condenando al padre a través de mi pequeño inocente—. Yo creo que es lo que se merecía. La mayoría de los demás también lo cree.

—Pero si está enfermo, ¿no puede curarse? ¿Los doctores no pueden hacer algo?

—Hay algunas cosas que los doctores no pueden curar, Hayden. Y yo pude haberlo perdonado por su enfermedad, pero él nunca trató de sanar. Él sabía que la enfermedad lo hacía hacer cosas malas, pero nunca trató de detenerse. Así que no debes pensar en él lo más posible. Ya sé que Ashton y otros niños de la escuela podrían mencionarlo, pero vas a tener que hacer un esfuerzo para ignorarlos. Pronto van a encontrar algo más de qué hablar y tú vas a seguir siendo el pequeño tierno que siempre has sido. Nunca vas a ser como tu padre, ¿sí? Te lo prometo. Todavía debía quedarme algo de credibilidad, porque las lágrimas volvieron con toda su fuerza y, esta vez, fue él el que se recargó sobre mí, rodeándome el cuello con sus bracitos delgados y perfectos.

### III

Lo metí a la cama temprano. En lugar de darme el usual beso de buenas noches, se dio la vuelta contra la pared y murmuró un «Te quiero, mamá» que ni siquiera fue la mitad de convincente que veces anteriores.

Tal vez algún día aprendería a mentir tan fácilmente como los adultos.

Yo todavía estaba temblorosa, pero no quería tomar más pastillas. Así que me distraje metiéndome a internet, para buscar las ediciones más recientes del *Memphis Star*. Sólo había un breve artículo de seguimiento sobre el asesinato de Julie Craven, publicado unas semanas atrás; la policía todavía estaba esperando que apareciera algún testigo. Un portavoz decía que estaban en proceso de entrevistar a todos los residentes del edificio donde vivía la víctima, pero hasta ahora no había «personas de interés» específicas. Otra vez consideré llamar a la policía de Cary. Me preguntaba si podría convencerlos de que el hecho de que Pritchett dejara el artículo en mi parabrisas era una forma de amenazarme. Obviamente él veía alguna relación entre el reciente asesinato y los crímenes de Randy, y por consiguiente conmigo, pero no entendía nada. Había asesinatos todos los días. Randy estaba encerrado en una cárcel de máxima seguridad esperando la pena de muerte, a cinco mil kilómetros de distancia.

Y cuando encendí las noticias de las diez, ahí estaba el mismísimo Pritchett en una entrevista en el canal once. La presentadora, una guapa periodista llamada Jennifer McLean, que trabajó brevemente en la sección de quejas del consumidor antes de que la ascendieran, le estaba haciendo preguntas sobre su campaña pública para ponerme en evidencia. Paciente y valientemente, él contaba la historia de lo que le pasó a su hija mientras transmitían en la pantalla imágenes de archivo del juicio de Randy. Pusieron fotos del exterior del departamento donde habían encontrado el cuerpo de Carrie Pritchett. Busqué similitudes con la escena del crimen de Memphis, pero no había ninguna obvia. Pritchett reiteró que nunca había quedado satisfecho con la conclusión de la policía de California sobre que yo no había estado involucrada en los crímenes de Randy. Jennifer McLean parecía escéptica de sus aseveraciones y obviamente había hecho su tarea. Le dijo que había hablado con las autoridades locales y que no habían recibido quejas de mí. Era muy extraño verlos así, usando mi nombre con tanta libertad, el nombre que no había usado en años; la sensación de irrealidad era tan absoluta, que quise pellizcarme. La entrevistadora le preguntó a Pritchett por qué gastaba tanto tiempo y dinero persiguiendo a alguien que no le había dado problemas a nadie en la localidad.

—Se cambió el nombre y trató de esconderse —recitó Pritchett con la petulante autosatisfacción de un fundamentalista religioso—. Yo no puedo esconderme de lo que pasó. Creo que ella tampoco debería poder.

La sangre me hirvió lentamente. La entrevista terminó con McLean haciendo un recuento de cómo Pritchett había hecho millones planeando y sirviendo en las fiestas de celebridades de Los Ángeles, y después había vendido su negocio tras la muerte de su hija. Cuando se refería a lo que ella llamaba su «cruzada» casi se podían ver las comillas, y me di cuenta de que la chica me caía bastante bien. La mayoría de las otras coberturas no se habían atrevido a cuestionar sus motivos porque, después de todo, era una víctima.

Por primera vez en varios años me encontré deseando, más que nada, un puto cigarro. Hasta podía sentir uno entre los dedos. Podía sentir el humo. La tienda estaba sólo a unos minutos de distancia, podía ir y volver antes de que Hayden se diera cuenta.

Pero había dejado de fumar por mi hijo. No por las razones habituales, sino por las cajas de cerillos que había encontrado algunas veces en sus pantalones cuando lavaba la ropa. Por los encendedores que había encontrado escondidos en el cajón de su escritorio. Por el hecho de que los hubiera encontrado en algún lado y por el hecho de que los hubiera escondido. Él sabía que no debía jugar con fuego; le había dicho que era peligroso. Lo había encontrado jugando con cerillos una vez cuando tenía sólo cuatro años; estaba quemando una caja completa en el garaje y había sido una de las pocas veces que le había dado una nalgada. Excepto durante mi embarazo, había fumado desde los quince. Volví a empezar antes de que Hayden cumpliera un mes. Sólo lo dejé definitivamente después de que lo encontré quemando esa caja de cerillos, al ver cómo entornaba los ojos y se concentraba en las llamas.

Traté de olvidar ese asunto: también es hijo de Randy. La misma sangre corre por sus venas. Las mismas derivaciones genéticas ejecutan las sinapsis de su joven mente.

Todos los libros que leí mientras estaba embarazada, puras novelas escabrosas de crímenes reales de Randy que había encontrado en una caja en su oficina y que no pude dejar una vez que había empezado, insinuaban de una manera u otra que los psicóticos estaban genéticamente predisuestos. Muchos provenían de hogares en los que habían abusado de ellos, una circunstancia atenuante que los astutos abogados defensores siempre trataban de presentar en los juicios. Antecedentes terribles de perversidad sexual o castigos marciales infligidos por madres autoritarias o padres borrachos. Pero los autores de libros sobre crímenes reales se esforzaban en recordarles a sus lectores que esto sólo reforzaba la idea de que había algo atrofiado en su psicología, en el cableado del perpetrador: una falta de control de impulsos, las malditas voces trastornadoras, las fantasías que no pueden negar cómo el resto de nosotros bloqueamos las peores visiones con las que nuestra mente nos sorprende durante nuestros momentos de ocio.

Los primeros signos: provocar incendios, mojar la cama y matar o torturar animales pequeños. Todavía encontraba húmeda la cama de Hayden de vez en cuando, mucho tiempo después de que debería dejar de ser un problema. Hasta donde yo sabía, no habían desaparecido mascotas misteriosamente en el vecindario. Pero, ¿qué pasaría si las hubiera? ¿Sería capaz de ver a mi hijo sin mirar a alguien arruinado para siempre?

Los disparos frente a nuestro patio de El Ray, los vecinos mirando y los policías reuniéndose mientras yo cargaba a Hayden y gritaba. La sangre que llenaba las válvulas de su corazón. Ecos.

# CAPÍTULO 6

## I

LA PRIMERA VEZ QUE VI LA FOTOGRAFÍA estábamos holgazaneando en su departamento; él llevaba una playera y unos boxers, y yo sólo una de sus playeras. Acabábamos de tener nuestro primer encuentro sexual verdadero. Las tres citas anteriores habían acabado en manoseos y arrumacos torpes, pero esa noche habíamos tomado mucho vino y contenerse hubiera sido injusto para los dos. Fue extraño, como frecuentemente son esos primeros contactos: ambos permanecemos con la cabeza contra el hombro del otro todo el tiempo que duró la relación sin mirarnos a la cara, pero cerca, muy cerca entre nosotros y eso se sintió bien. Luego él me prometió que la siguiente vez sería mejor y yo le dije que no tenía nada de qué preocuparse. Sus palabras de seguridad eran las trilladas, pero con la ventaja de que este tipo me gustaba bastante y eso no me había pasado en un buen rato, y parecía que yo también le gustaba. Los dos reconocíamos que ésa no sería la única vez que sucedería esto, sino que era la primera de una larga serie de noches. De inmediato fue reconfortante saber eso en un nivel básico, e incluso la extrañeza de la intimidad pronto fue remplazada por una conversación fácil e inocua, con buen ritmo, sin que nadie la forzara y ambos estábamos felices en secreto porque después de todo la experiencia no fue más decepcionante de lo que habíamos pensado.

Vivía solo, cosa inusual en un muchacho de veintitrés años en nuestro acogedor pueblo universitario. La mayor parte de los chicos de su edad tenían compañeros de cuarto por gusto cuando no por necesidad. Mis amigas y yo juzgábamos que la mayoría de los hombres no tenían la capacidad mental para vivir solos: tenían que parlotear pendejadas con alguien o se volvían retraídos y raros. Randy no sólo parecía capaz de manejar la soledad, sino también de usar el tiempo que pasaba solo para desarrollarse a un nivel impresionante. Era del tipo que los de Recursos Humanos llamarían «emprendedor». Su departamento estaba limpio y a la moda, sin ser amanerado; tenía una chimenea de gas y un par de cuadros agradables en las paredes, escenas de un océano impresionista y un paisaje rústico. Había abandonado la universidad en los primeros años, no por agotamiento sino porque estaba haciendo prácticas profesionales en Jackson-Lilliard, una compañía química internacional que tenía una oficina regional en Albany, una hora al norte de nuestro pueblo, Corvallis, y le habían ofrecido un puesto de tiempo completo y un salario que ningún hombre de su edad en sus cinco sentidos hubiera rechazado. Era muy poco común que un trabajo así resultara de un periodo de prácticas, pero su mentor estaba muy impresionado por la manera en que se había conducido y por el tiempo y la energía que le dedicaba a su trabajo.

Era un tipo muy impresionante.

Cuando Dana me lo había señalado la semana anterior, una cara del otro lado del bar Happy

Sam's, supe enseguida que era diferente a los chicos de fraternidad, los rockeros indie y todos los demás «poses» que atiborraban las aulas y los patios de la escuela. Se notaba en su porte, en sus gestos controlados, en su manera tranquila de hablar cuando Dana nos presentó. Conseguía que lo escucharan con claridad sin tener que alzar la voz, incluso en el bullicioso escándalo del bar. Se vestía adecuadamente, no era convencionalmente guapo, pero sí atractivo, con bíceps marcados y pecho amplio bajo una camisa Ralph Lauren de buen gusto. Tenía la suficiente confianza como para no tener que alardear para impresionar a alguien ni usar más joyería aparte de lo que parecía un Rolex de verdad. Cuando Dana lo invitó a nuestra mesa, no ofreció pagar las bebidas a todas, sólo a mí.

De vuelta a nuestra primera vez, él regresaba en ese momento de la cocina donde había llenado mi copa de vino. Yo sostenía una foto enmarcada que había encontrado sobre una de sus mesitas.

—¿Eres tú?

Me cambió la copa llena por la foto y una sonrisa nostálgica y melancólica le cruzó la cara.

—Es en Alaska —dijo sentándose en el sofá junto a mí—. Fui durante las vacaciones navideñas, el segundo año de la universidad. Unos compañeros del dormitorio iban a ir y yo no tenía dinero, pero al final dije *al carajo*, porque, ¿cuándo iba a volver a tener la oportunidad?

La habían tomado desde un ángulo bajo, a la altura de la cintura, y era el retrato de una silueta, una figura sin rasgos que evitaba al fotógrafo y miraba hacia el horizonte. El horizonte era lo más impresionante de la imagen: una ladera arbolada al atardecer, desplomándose bajo las primeras estrellas de la tarde, con una onda de la aurora en la parte superior, un doblez anaranjado de luz resplandeciente.

—Es bastante majestuoso —dije bromeando un poco—. Pero debiste mirar a la cámara y sonreír o algo. Es un poco melancólica.

—Es el efecto dramático —me reprendió—. La solitaria figura contra la noche por venir. Cuando el sol empieza a bajar, que en esa parte del año es a mediodía, sólo tienes una breve ventana entre la luz del día y la oscuridad completa. Y cuando oscurece es lo más negro que hayas visto jamás —sonaba nostálgico, pensativo; *efecto dramático*, supuse—. Allá arriba está realmente oscuro, en la cima del mundo.

Si ése no fue el momento exacto en que me enamoré de él, ya había una sensación palpable en mi pecho. Era posible que el momento fuera una pose, como la fotografía, pero no sentí que estuviera intentando impresionarme. Sonaba como si fuera algo en lo que ya había pensado antes, en algo que había reflexionado, y en ese momento postcoital me sentí terriblemente privilegiada de que compartiera eso conmigo. Me acurruqué contra él y olía bien. Empecé a besarle el cuello, que sabía a sal y jabón, y empezamos a hacerlo otra vez. Y esta vez fue mejor. Se fue poniendo mejor cada vez hasta que nos casamos.

## II

Supongamos que eres la joven Nina Leigh Sarbaines, recién salida de Tapersville, Oregon, un pueblo maderero de la parte este del estado; que creciste entre camiones que pasaban tronando por el camino de dos sentidos y la niebla constante que daba un resplandor de poca calidad. El paisaje era todo brillo verde musgo y gris laja, el olor de la fábrica de papel se impregnaba en el pueblo y los oriundos no lo percibían hasta que se iban por un tiempo. Me vestía de franela y tenía tres agujeros en cada oreja; tenía un tatuaje de mariposa en un tobillo. Me había certificado fumadora de tiempo completo a los quince, sexualmente activa a los dieciséis y estaba obsesionada por las celebridades; me gastaba el dinero de mi trabajo de medio tiempo en una farmacia en revistas de chismes, chamarras de mezclilla y accesorios femeninos, pero logré evitar las metanfetaminas y los problemas que conllevan por lo menos la mayor parte de mi adolescencia. Algunos de mis amigos sucumbieron, pero yo tenía ilusiones desde temprano y no quería poner en juego mis oportunidades así que me «viajaba» solamente lo necesario para sociabilizar.

Mi papá era el gerente regional de uno de los grupos de camiones, así que no éramos tan pobres como otros amigos míos cuyos padres trabajaban en las fábricas o talaban en las extensiones de bosque aparentemente ilimitadas (aunque los entrometidos ambientalistas de Seattle y California nos recordaran constantemente que los estábamos disminuyendo a cada instante). Nuestra casa, sin embargo, era demasiado pequeña, especialmente cuando mi mamá atrapaba a mi papá en una infidelidad y los cuartos gritaban de silencio durante semanas. Yo me encerraba en mi cuarto y hablaba por teléfono con mis amigos por horas, o veía mi telecita, o me ponía audífonos y oía todos los discos de grunge adolescente que pasaran por mi discman. Mi mamá nunca lo dejó; mi padre murió de insuficiencia hepática en mi último año de preparatoria. Nunca fue un borracho violento o particularmente negligente; la mayoría de mis recuerdos de él son bastante cariñosos y él me trataba como si fuera de oro, me consentía lo más que podía. Me compró aretes, discos y mi primer carro, un Volkswagen. Me imagino que eso era parte de lo que les parecía atractivo a las mujeres: cuando estaba contigo, eras el foco total de su atención.

Yo le echaba la culpa a mi mamá por sus infidelidades; ella pudo dejarlo en cualquier momento. Desde mi punto de vista, ella se había provocado la mayor parte de su miseria.

Mi carta de aceptación de la Universidad Estatal de Oregon fue como el puto premio mayor.

Cuando conocí a Randy ya habían pasado seis meses del final de mi primera relación «adulta», que después de todo resultó no ser muy madura. Brad era un estudiante egresado de Literatura Inglesa, uno de esos muchachos con el clásico estereotipo demacrado y libresco, alto y delgado, con lentes de montura metálica, tímido con otras personas, pero hablador cuando estábamos a solas. Tiempo después pensé que una de las razones por las que me sentí atraída instantáneamente por Randy fue porque era físicamente lo opuesto a Brad. Sin embargo, cuando conocí a Brad todavía estaba clavada en la etapa del romanticismo grunge-rock que definió mi adolescencia, y su pálida intensidad hizo que me estremeciera hasta la médula. Nos conocimos a través de amigos mutuos apenas en el segundo año de la universidad. Fueron nueve meses impetuosos, un gran romance llevado a un nivel poco saludable: los primeros días los pasé



secuestrada en su tapanco mientras su compañero de cuarto practicaba con su guitarra abajo. No salíamos mucho, perdimos contacto con amigos sin que nos importara; así queríamos estar, inmersos en nuestra relación de pareja. Así de fuertes eran los sentimientos y, para mí, nuevos. Había tenido algunas relaciones realmente delirantes en la preparatoria, pero siempre se templaban por las limitaciones de la casa y la comunidad, y porque yo sabía, y lo mantenía en secreto, que me iba a ir de ahí en cuanto me fuera económicamente posible. Con Brad la intimidad era completamente natural y el sexo era tan terriblemente bueno que me dejaba aturdida de satisfacción hasta horas después.

Luego vinieron los problemas, los celos y las insatisfacciones vagas y nebulosas, seguidas pronto por manifestaciones concretas: peleas a gritos, insultos deliberados y patéticas reconciliaciones alcohólicas. Llamadas telefónicas nocturnas y confesiones llorosas. Las dos chicas que vivían en mi departamento me aconsejaron claramente que mandara al cabrón a volar. Eventualmente nos dimos cuenta de lo que tan tenazmente evitábamos ver —por lo menos de mi parte—: que ya no íbamos a volver a estar bien, que hacía mucho que habían pasado los embriagantes primeros cuatro o cinco meses y sólo nos quedaban cenizas. Obviamente, Brad era un adolescente de corazón, un romántico que intentaría inclinarnos hacia una disolución romántica. Lo más probable era que tarde o temprano nos haríamos algo grave, y quizá hasta permanente, el uno al otro.

La ruptura nos tomó un par de meses más incluyendo varios intentos de reconciliación cada vez menos entusiastas de mi parte y cada vez más desesperados de la suya. En algún momento justo después de que nos mudamos a Cary lo busqué en internet unos años antes, cuando yo todavía tenía miedo de perder toda nuestra historia. (Y en algún momento la perdí, pero para entonces ya me había dado cuenta de que no estaba tan mal, tenía sus ventajas.) Brad tiene una esposa y dos hijos y da clases en un colegio comunitario de Nebraska. Le deseo lo mejor; espero que todavía piense en mí de vez en cuando y que sienta la misma punzada que yo siento. No nostalgia exactamente, pero sí algo más que cariño. El mejor tipo de dolor, si puede haberlo.

Así que digamos que eres yo, a sólo un año de graduarte de Mercadotecnia y sin ninguna idea sobre qué hacer después. Me daban ataques de comportamiento compulsivo: no hacía mucha distinción entre un atleta o un bohemio para pasar una noche de alcohol y sexo. Y siempre me dejaban sintiéndome peor que antes, de algún modo más vacía.

Después se apareció Randy Mosley. Al principio sólo cruzamos miradas a través del bar y nos besamos con torpeza, intercambiamos teléfonos y ya, pero él siguió llamándome, así que salí con él un par de veces y ¿quién diría? Resultó que era ingenioso, imponente, seguro de sí mismo y aparentemente conocedor de una diversa variedad de temas. En nuestra tercera cita me llevó un dibujo de mí hecho a lápiz, sólo un retrato facial; algo le faltaba a los ojos y parecía inacabado, lo que atribuí a su ineptitud artística, pero me pareció conmovedor el esfuerzo que había hecho, además de que era un aspecto de él que no hubiera sospechado. Lo más importante, quizá, fue su reacción una noche que me embriagué un poco y me puse a hacerle varias confesiones personales; apenas llevábamos dos meses de relación. Yo había pretendido que Brad era más una aventura que una relación amorosa en mi pasado, pero esa vez, a la mitad de la segunda botella de vino, todo salió. Y aún así después de esa ocasión Randy no abandonó el barco ni dejó de llamarme. En lugar de eso dijo todas las cosas horribles de Brad que yo necesitaba escuchar y nunca me cuestionó qué hacía con ese perdedor; simplemente evitó juzgarme y siguió adelante. Y antes de que me diera cuenta me quedaba a dormir en su casa, usaba su ropa y dejaba que pagara casi todo.

Una vez que rompí el bloque con el cuento de Brad, me encontré confiándole todo tipo de cosas, más de lo que jamás hubiera compartido con nadie, ni siquiera con mis amigas. Un fin de semana viajamos a un chalet en las montañas y, mientras estábamos acostados desnudos en la cama acolchada, le conté de una amiga mía que había muerto antes de que termináramos la prepa.

—Recuerdo cuando mi mamá me dijo que Jessica había muerto. Típico, mi mamá ni siquiera se refirió a ella como Jessica, sino que la llamó «la hija de Kay Flythe» y dijo algo así como «acaba de llamar la señora Stancil para decir que la hija de Kay Flythe se mató en un accidente en Old Bridge Road. Tú la conocías bastante bien, ¿verdad, mi amor?», como si no hubiera visto a Jessica más de diez veces. De hecho, yo había estado fumando a escondidas con Jessica y su novio Greg detrás del centro juvenil justo el día anterior. Greg perdió el control de su jeep y se volteó y Jessica no llevaba el cinturón de seguridad. Mi mamá mencionó también eso «no se puso el cinturón de seguridad», como si tuviera que asegurarse de que yo aprendiera una lección. —Randy me acarició el cabello y no me interrumpió hasta que acabé.

Él no me contó mucho de su pasado, sólo anécdotas casuales que fácilmente podrían haber sido de cualquier historia adolescente: un mejor amigo que lo traicionó por una chica; otros niños que lo molestaban porque era más inteligente que la mayoría, lo cual lo condujo a una soledad más profunda; cómo su perro favorito había desaparecido y después apareció muerto, víctima de algún vecino sádico. Mencionó un abandono temprano, una serie de casas adoptivas, algunas bastante abusivas. Y con un detalle por aquí y otro por allá —Navidades en las que todos sus regalos eran de segunda mano y una historia sobre que tuvo que hacer la exposición de un libro frente a sus compañeros de sexto con el ojo todavía hinchado por un golpe que su madre adoptiva le había dado—, intimó conmigo lo suficiente como para que yo supiera que la había pasado más difícil

que la mayoría y no me entrometiera en eso. A mí me sorprendía que hubiera resultado tan estable.

Jessica Flythe. Fue mi primera probada, la primera vez que la mortalidad se hizo presente y que comprendí lo rápido que puede terminar todo. Era demasiado real y, al mismo tiempo, para nada real, como si hubieran encendido un interruptor y hubiera un zumbido de baja frecuencia en el fondo de mi cabeza que no me permitía aceptar que esta chica nunca más me dejaría robarle un cigarro ni me ayudaría a arreglarme la blusa para que el amigo de Greg, Zac, me viera con más admiración. *Se había detenido*; nunca iba a volver a ir a ningún lado, nunca envejecería, nunca resolvería sus problemas de calificaciones ni sabría si la aceptaron en la universidad.

Mi papá me encontró llorando en nuestro garaje un día después del funeral de Jessica. Se sentó y me dio palmaditas incómodas en la espalda mientras yo sollozaba. No me ofreció condolencias. Me pidió un cigarro y me dijo que no le iba a decir a mi mamá si yo no le decía a ella.

### III

Victor Haddock era un asistente de residencia, uno de los que supervisan a los nuevos estudiantes en sus dormitorios cuando llegan a la universidad. Tenía veinte años cuando un muchacho de diecisiete llamado Randy Mosley se mudó al edificio Libertad de la Universidad Estatal de Oregon. Randy estaba ahí con una beca por adversidad que había solicitado tras las muertes de sus últimos padres adoptivos, que habían fallecido en un incendio en su casa el año anterior.

Según todo el mundo, Victor era un mentor amigable y capaz que había ayudado a muchos chicos a ajustarse a las presiones de la vida universitaria. Le gustaba estar al aire libre, era un ávido kayakista y senderista que se pasaba los veranos en lugares como el cañón de Snake River o en las tierras baldías de Utah. Un año antes de que Randy llegara a su vida, Victor había pasado un mes haciendo senderismo en el Parque Nacional y Reserva del Ártico en Alaska.

Uno de los primeros periodistas que me localizaron después del arresto de Randy, durante la primera semana cuando todavía vivíamos en nuestra casa de El Ray, antes de que mi mamá nos arrastrara de vuelta al forzoso aislamiento de Tapersville, fue un tipo de mi edad, amable y respetuoso, que hizo sus preguntas con cordialidad en lugar de gritarlas. Así que dejé que pasara a la casa y hablé con él francamente cerca de una hora antes de que mi mamá regresara del supermercado y lo corriera. Dejé que el reportero se llevara un álbum familiar con algunas fotografías. Mi razonamiento fue que sólo habíamos estado casados unos cuantos años y de todos modos no había muchas fotos en ese álbum, además de que ya no las quería. En ese momento tomaba muchos sedantes.

Ahí estaba la foto de Alaska de Randy y aparentemente tocó las mismas fibras en los miembros del periódico que había tocado en mí varios años antes. Justo el efecto que Randy esperaba que tuviera. Así que el periódico la publicó como parte de una historia de los antecedentes de Randy y por suerte la filial de CNN la tomó y la presentó a nivel nacional.

Los padres de Victor Haddock la vieron y llamaron a la policía. Confirmaron que tenían una copia de la misma foto y que la figura que aparecía en ella no era Randy: Victor había desaparecido durante las vacaciones de verano un año después de que Randy se mudara a su residencia. Había programado un viaje a Denver para pasar un tiempo con unos amigos, pero nunca llegó. En ese momento Randy estaba inscrito en la escuela de verano. La policía local había buscado a Victor después de recibir una llamada de sus padres; durante algunas semanas hubo copias de su credencial de estudiante cubriendo la universidad con la leyenda «DESAPARECIDO, AYUDA, POR FAVOR» e información de varios contactos. Pero luego los estudiantes regresaron en el otoño, hubo una nueva generación de nuevos alumnos y la policía pronto tuvo otras prioridades, como conductores ebrios, violaciones sexuales entre conocidos y el sinnúmero de comportamientos peligrosos e imprudentes que tienen los jóvenes cuando están solos por primera vez en su vida. El archivo quedó abierto. Los Haddock nunca se rindieron. Pero nunca recuperaron el cuerpo de Victor. Hasta hoy, nadie sabe lo que le pasó. Randy nunca lo mencionó en las entrevistas que la policía le hizo antes y después del juicio.

Está oscuro allá arriba, en la cima del mundo. Donde Randy sólo ha estado en su mente.

# CAPÍTULO 7

## I

LA MAYORÍA DE LAS VECES NO CONTESTABA EL TELÉFONO. Sonaba, escuchaba los mensajes y luego los borraba. Era medio triste y gracioso al mismo tiempo, porque casi se me salía el alma cuando el timbre dejaba de sonar y después observaba con ansiedad el número en la máquina contestadora esperando ver un número familiar. Durante los últimos años casi siempre aparecía la leyenda «NÚMERO DESCONOCIDO», lo cual significaba que eran vendedores o encuestas al consumidor. Usualmente contestaba y hablaba un momento con el representante de ventas, incluso cuando no tuviera intención de suscribirme a lo que fuera que me estuviera vendiendo, sólo para oír una voz adulta. A esa gente no le importa hacerte perder el tiempo, pero se ponen de mal humor cuando se dan cuenta de que les hiciste perder el suyo.

Pero ahora no dejaba de recibir mensajes. Llamaban periódicos y estaciones de televisión. Querían mi versión de los hechos. Podría haberles dicho concisamente que mi versión de los hechos era «Chinguen a su madre», pero no creía que esa declaración ayudara en mi favor. Jim llamó dos veces del trabajo y dijo algo como: «Sólo quería ver cómo estabas. Sólo quería que supieras que no tienes que pasar por esto sola». En lugar de hacerme sentir bien, esto me hirió en mi sentido de dependencia al mismo tiempo que me enfureció; después de todo, ¿qué podía ofrecerme él? ¿Un oído paciente y sexo incómodo? Claro, como si en ese momento él o alguien más pudiera comprenderme aunque fuera un poco. Después recordé lo que él había tenido que soportar con un hijo enfermo y una esposa infiel, y me enojé conmigo misma por ser tan severa con Jim. Pero no le devolví la llamada.

Y luego, la mañana del jueves, me encontré con este mensaje:

—Hola, ¿señorita Wren? Mi nombre es Carolyn Rowe. Mi esposo Duane y yo tenemos un servicio de investigadores privados en esta zona y lamento decirle que nosotros fuimos los que la localizamos a petición del señor Pritchett. Nos subcontrató una compañía afiliada que el señor Pritchett había contratado a su vez en California, que además resultó ser de lo menos clara en cuanto a las razones por las que se le estaba buscando. Llamo para ofrecerle nuestras más sinceras disculpas. Pensábamos que teníamos un sistema de evaluación bastante decente para evitarnos este tipo de problemas, pero parece que en este caso nos falló y usted carga con la peor parte. Entiendo perfectamente si no quiere hablar con nosotros, pero tenemos cierta información sobre el señor Pritchett que nos gustaría compartir con usted, algunos datos selectos que le pueden ayudar a quitárselo de encima. De verdad estamos muy, muy apenados por lo que le pasó y... bueno, supongo que es todo lo que puedo decirle. Nuestro número es... —Reconocí la clave de Clayton, una pequeña comunidad residencial al este de Raleigh.

A decir verdad, me daba curiosidad averiguar exactamente cómo me había rastreado Pritchett. En la entrevista que le hicieron había mencionado una empresa privada de Los Ángeles, y yo me había imaginado unos tipos con lentes oscuros, walkie-talkies e información satelital. Pero era una tontería. La verdad es que fuera de cambiarme el nombre y mudarme al otro lado del país no había tomado medidas extraordinarias para que no me descubrieran: lo único que quería era que Randy no nos encontrara y creía que sus medios eran limitados. Ahora me daba cuenta de que cualquiera podría haberme encontrado con sólo buscar media hora en internet en las páginas adecuadas.

El mensaje podía tratarse de una estafa, otra trampa de gente que no tuviera en mente mis mejores intereses.

Miré en la parte de «Investigadores privados» en la Sección Amarilla porque quién sabe, a lo mejor se habían anunciado ahí y efectivamente el número estaba escrito junto a un registro que decía «INVESTIGACIONES ROWE». No tenían más publicidad, sólo el título. Me quedé un poco más tranquila, pero no le veía ninguna utilidad el contactarlos. Pritchett tenía el dinero, la historia reciente y un resentimiento válido de su lado. Tenía que dejar que esto pasara como si fuera una tormenta y volver a sacar la cabeza cuando las cosas se aclararan.

... Si no me volvía loca antes.

Después Hayden regresó de la escuela y las cosas cambiaron otra vez. No estaba llorando, pero la cara se le veía tan turbada que bien podía ponerse a llorar en cualquier momento. Lo abracé y suspiré:

—Mi amor, pensé que ibas a ir a casa de Caleb.

—Su mamá ya no me deja ir —dijo y los ojos se le llenaron de rechazo, el más feo de los dolores—. Dice que ya no puede ser mi amigo.

Algo dentro de mí se paralizó y luego se puso rígido. Me pasé las siguientes horas tratando de animarlo con poco éxito. Pensé en llamar a Gabby McPherson para darle mi opinión exacta sobre su hijo, su casa, su esposo y su estúpido remedo de decoración de interiores. En lugar de eso, descolgué el teléfono y marqué el número que Carolyn Rowe había dejado en la contestadora.

## II

Nos encontramos en el parque Pullen de Raleigh un sábado en la tarde. Era un área de entretenimiento público con juegos, un estanque y un carrusel, y el día resultó soleado y claro, con ese color azul oscuro del invierno tardío, con una temperatura entre los 10 y los 13 °C. Mucha gente había decidido aprovechar el clima y el parque estaba muy lleno. Conseguí una mesa con una sombrilla cerca de las resbaladillas y los columpios para echarle un ojo a Hayden. Los Rowe, cuando llegaron, mencionaron que no tenían hijos y pronto supuse que ésa era la razón por la que se alteraban cada vez que un grupo de niños estallaba en risas o gritos. Se me había olvidado lo agudos que pueden ser los grupos de niños para un oído desacostumbrado. Duane Rowe dijo de broma que le recordaban a sus días de policía uniformado, cuando hacía redadas en fiestas escandalosas.

Era un hombre bajito, fornido y grueso, con una constitución como de luchador. Llevaba una gorra de beisbol de los Durham Bulls que se quitó para darme la mano y se la volvió a poner rápidamente. Me quedé con la impresión de que tenía un mechón de cabello prematuramente cano, muy corto en unas partes y más abundante en otras; me imaginé que la gorra era un accesorio de rutina. La chamarra de pana y los pantalones de mezclilla azul deslavada hacían que pareciera agradable instantáneamente, e indistinguible de la mitad de los hombres de mediana edad que había en el parque. Su esposa era físicamente lo opuesto, delgada y atlética, rubia teñida y bien conservada, aunque sus ojos delataban que era ligeramente más vieja de como intentaba verse. De todos modos, me imaginaba que la seguían tanto hombres de veintitantos como de cincuenta; un truco que no muchas de nosotras pueden llevar a cabo. Conseguía usar los pantalones de mezclilla a la cadera que usaban chicas de la mitad de su edad sin parecer ridícula. Había varios papás ociosos a nuestro alrededor, aparentemente cuidando a sus hijos, y más de una cabeza giró hacia ella en más de una ocasión. Parecía que Duane no se daba cuenta.

Carolyn también era una de esas mujeres sureñas que sienten la necesidad incontrolable de actuar con demasiada familiaridad; en lugar de darme la mano, me abrazó rápidamente:

—Ay, querida, no puedo decirte lo mucho que lo lamentamos —dijo de un jalón, con los ojos brillantes como si fuera a llorar ahí enfrente de todos—. Puedes golpearlos en la cara, tirarnos una bebida en la cabeza, lo que quieras.

—No es necesario —respondí. Nos sentamos en la mesa e hice una nota mental del lugar donde estaba Hayden: estaba sentado con otros niños cerca de los columpios; un par de ellos le hablaba amistosamente y se estaban riendo. Me recordé a mí misma que probablemente no lo reconocieran o no supieran quién era su mamá.

—Me gusta lo que te hiciste en el cabello —dijo Duane.

—Gracias. —El día anterior, mientras Hayden estaba en la escuela, me lo corté y oscurecí algunos tonos. También llevaba unos grandes lentes oscuros, y aun así tenía que ignorar algunas miradas hostiles—. Así que...

Carolyn se sentó junto a mí y sacó un folder de un morral de piel tan gastado que parecía como si lo usara desde que era adolescente.

—Enseguida; deja que te cuente un poco de nosotros. Duane fue oficial de policía en

Baltimore durante seis años y después otros ocho en un pueblo que se llama Reston, en Virginia. Yo era reportera en el periódico de Reston y ahí fue donde nos conocimos. Cuando decidí dejar el cuerpo nos mudamos aquí, porque yo crecí aquí y en ese momento mi mamá estaba enferma. Ahora ya está mejor, pero decidimos que nos gustaba vivir aquí y empezamos nuestro negocio. Nosotros investigamos sobre todo cosas como divorcios, fraudes a seguros, ese tipo de trabajos.

—Seguir gente —dije. Duane se rio.

—Exactamente —dijo Carolyn—. Es menos romántico de lo que la mayoría cree, pero ya sé que no tengo que convencerte de eso a ti. Lo cual es bueno. Ahora, en lo que te incumbe, hace como cinco meses nos llamó otra compañía de investigación de la Costa Oeste...

—Lo mencionaste en el mensaje.

—Creo que a la señorita Wren le gustaría que fueras al grano, mi amor —observó Duane.

—No, está bien —dije—. Lo que pasa es que todo sigue siendo surreal.

—Bueno, no importa, por lo general Duane y yo recopilamos suficiente información de los antecedentes de la gente que investigamos para evaluar si alguien quiere que la encontremos por malas razones. No ayudamos a acosadores y no trabajamos con aseguradoras que tengan malos historiales.

—Lo cual reduce un poco el campo de trabajo —dijo Duane con una sonrisa.

Carolyn le dio un golpe en el brazo.

—Estoy tratando de decirle lo que necesita saber —me miró ella—. ¿No me acaba de pedir que me apure?

Asentí divertida a pesar de mis buenas intenciones.

—¿Ya ves? —le dijo a su esposo—. Cállate hasta que termine. Bueno, entonces Duane tenía un compañero de cuando estaba todavía en Reston, un amigo que eventualmente se mudó del oeste. Este tipo trabaja para la compañía que te mencioné; obviamente, es mucho más grande que la nuestra. Es decir: ellos tienen como veinte investigadores, un buen presupuesto y todo eso. Bueno, pues este tipo le llamó a Duane e inventó que tú eras objetivo de un caso civil y que habías desaparecido y habías cambiado de identidad para evadir una citación. Ya tenían tu nuevo nombre y todo, incluso hasta tu dirección. Ellos sólo querían que confirmáramos que fueras tú, averiguáramos tu rutina y se la comunicáramos. Investigamos en internet, así que ya sabemos algunas cosas de tu historia, y te puedo decir que en este punto yo ya estaba en conflicto, pero para entonces ya habíamos aceptado el trabajo. Y yo me imaginé que habías hecho algo malo desde lo que le pasó a tu marido. Después vino el señor Pritchett y le dimos tus archivos, y supongo que los usó para espiarte. Oí que fue a buscarte cuando estabas comprando, ¿no?

—¿Cómo sabes?

—Discutimos con el señor Pritchett —dijo Duane—. Le llamamos y le expresamos claramente nuestro disgusto con su campaña de calumnias. Pero el equipo de mi amigo ya nos había dado un cheque y Pritchett sencillamente nos dijo que ya no necesitaba nuestros servicios. Luego me colgó.

—Me encanta que hagas tus compras de noche —me confió Carolyn acercándose y poniéndome una mano en el hombro. Hice todo lo que pude para no rechazarla—. No hay nada como una tienda vacía, sólo tú y la música de fondo. ¿Todavía le dicen música de fondo? De todas maneras, me rompe el corazón que te hubiera acosado así. No era nuestra intención que sucediera esto. Duane también tuvo una conversación bastante seria con su amigo de Los Ángeles.

—Este caso puso fin a un par de relaciones económicamente benéficas —dijo Duane molesto.



Quería que me cayeran bien. Pero cuando dijo eso, respondí antes de saber bien lo que iba a decir:

—La otra noche tuve que decirle a mi hijo la verdad sobre su padre. Siempre le había dicho que era un criminal insignificante y le mentí con que estaba muerto.

Los dos se quedaron callados un momento y todos miramos hacia los columpios. Hayden llegaba bastante alto, apretaba las piernas con fuerza cuando se columpiaba hacia atrás para agarrar más velocidad, el cabello volaba alrededor de su cara. Las nubes se habían cerrado y los niños exhalaban vapor, unos rastros difusos flotaban momentáneamente por donde ellos corrían.

—Dios lo bendiga, es precioso —dijo Carolyn Rowe con lágrimas en la voz. Sin embargo, cuando se volvió hacia mí, tenía los labios apretados y los ojos fríos—. Cuando nos dimos cuenta de en qué nos habíamos involucrado investigamos un poco por nuestra cuenta en la historia del señor Pritchett. Tenemos algunas ideas de cómo puedes hacer que te deje en paz.

—Antes que nada, de verdad tienes que responder a la prensa —dijo Duane—. Ya sé que suena idiota, pero si la gente no oye tu versión, asumirá que todo lo que dicen de ti es verdad. Jennifer McLean ha hecho la cobertura local más amplia y es la única que entrevistó a Pritchett, así que probablemente lo más efectivo sería que consiguiéramos que ella te entrevistara. Va a ser duro, pero una vez que expliques que tú fuiste tan víctima como Pritchett, va a ser más probable que la gente simpatice contigo.

—Esperen un minuto —advertí—. En primera, ¿cómo me encontró tu amigo de Los Ángeles? ¿Saben eso?

Carolyn suspiró y Duane asintió.

—Tu madre murió el año pasado, ¿no? Maldita sea. Lo sabía.

—El invierno pasado. Ni siquiera a mí me dijo que estaba tan enferma, decía que sólo eran cosas de la edad. Era cáncer de estómago. Dejó una nota que decía que no quería que le hicieran un funeral porque no deseaba que yo fuera ahí y llamara la atención.

—Seguro tenía buenas intenciones —dijo Duane amablemente—. Pero tanto tu nombre real como tu nuevo nombre estaban incluidos en su testamento, y depositaron la herencia en tu cuenta bancaria cuando liquidaron todo. Y firmaste con tu nombre real.

Eso justo fue en un viaje de dos semanas. Empaqué todo lo que había en la casa y contraté a unos hombres para que llevaran las cajas a la caridad. Evité a todos mis viejos amigos y sólo salí de la casa pocas veces. Hayden miraba las paredes con los ojos bien abiertos; sentía mi falta de conexión y se mantuvo alejado tanto como le fue posible. Jugaba con la computadora portátil en los cuartos vacíos y miraba fijamente las fotos de las paredes hasta que las empaqué. Me preguntó quiénes eran las personas de las fotos y yo le respondí que me tenía que concentrar. Le vendí la casa al banco con pérdida y sólo me quedé con tres cajas que contenían recuerdos, papeles importantes y fotografías, el archivo de mi mamá con todos sus editoriales recortados de periódicos. No pensé mucho en mamá mientras estuve ahí; más bien dediqué mi energía mental a maldecir a Randy una y otra vez.

Luego miré a los Rowe y les dije:

—No sabía qué hacer. Pensé que a lo mejor todos se olvidarían de mí. Siempre supe que mi mamá lo iba a arruinar todo en algún momento.

## CAPÍTULO 8

AL PRINCIPIO NO ME PARECIÓ QUE MAMÁ estuviera colmada por las buenas noticias, así que le acabé preguntando:

—¿Escuchaste lo que te dije?: vas a ser abuela.

—Sí, sí. Estoy encantada por los dos —respondió y su distracción era evidente, incluso por teléfono—. Dile a Randy que los felicito. Pero pensé que su plan era esperarse unos cuantos años. ¿Ya les avisaste a los de tu trabajo?

—Mamá, me acabo de enterar ayer.

En ese momento estaba de pie en la cocina de nuestra nueva casa, una construcción tipo colonial de novecientos quince metros cuadrados con sótano completo y dos lugares de estacionamiento; salvo por ser la última casa de un callejón sin salida (lo cual añadió otros veinte mil dólares al precio de venta) era más o menos idéntica a las otras casas de nuestro vecindario, y estaba a sólo diez minutos en coche de la casa donde habíamos vivido los dos años anteriores, la que ahora llamábamos nuestra «casa de principiantes». La construcción era enorme, con techos abovedados y unas escaleras muy modernistas que llevaban del recibidor de la entrada al sótano y al piso de arriba. La cocina era tan espaciosa que pensé que podría perderme en ella y la despensa parecía más una habitación que cualquier otra cosa. Los dos nos habíamos cansado de la vieja casa y nos habíamos sentido apretados y ansiosos. En cuanto le ofrecieron a Randy un ascenso a jefe regional, dijo que quería mudarse. Yo pensé que probablemente se sentía intimidado por convivir con un estrato social más alto. Todos sus nuevos compañeros de trabajo tenían familias, lo contrario de su equipo anterior, que era una clase de jugadores intrépidos y pretenciosos recién salidos de la escuela de negocios. Yo esperaba en secreto que no se sintiera presionado desde ese punto de vista aún; pensé que todavía me quedaba un rato de libertad antes de que la familia Mosley se expandiera para llenar nuestro nuevo espacio hogareño.

Pero había tenido náuseas durante las últimas dos semanas y, en el fondo, sabía el porqué. Mis sentimientos eran ambivalentes y apenas estaba asimilando el shock de lo que el doctor me había dicho la mañana anterior, así como un millón de asuntos extras: los cambios que íbamos a tener que hacer en nuestro estilo de vida, las restricciones financieras que nos tendríamos que imponer, arreglar la casa para la seguridad del bebé y todo eso. La idea completa amenazaba con darme una sobrecarga mental.

Y mamá, como siempre, «era» de gran ayuda.

—Mi cielo, no es mi intención sonar como si no estuviera emocionada —dijo entonces—. Claro que me parece maravilloso. Como bien sabes, te he estado animando desde el día que te casaste. Eras tú la que arengaba que tu trabajo te gustaba mucho y que todavía podías lograr

algunas cosas antes de tener un niño; supongo que me acostumbré a pensar igual.

Mamá me había estado guardando ese argumento por largo tiempo y ahora ella era quien reía al último. Randy me había orillado a un papel materno mucho antes de que estuviera lista y, por supuesto, durante los años pasados yo había sido bastante franca sobre mis sentimientos al respecto. Nunca había dudado en decirle a Randy o a cualquiera que me preguntara: «Todavía no». Randy siempre se quejaba: «¿A lo mejor antes de los cuarenta?» y yo ignoraba el sarcasmo y le respondía que por mí estaba bien. Antes de esa mañana, los cuarenta me seguían pareciendo un concepto abstracto. Ahora me daba cuenta de que tendría esa edad para cuando mi hijo o hija tuviera licencia de conducir. Volví a sentir náuseas.

Mi mamá siguió regodeándose, describiendo a profundidad los problemas que vivió cuando estaba embarazada de mí. La hinchazón de pies, el dolor de espalda, los espasmos repentinos y los súbitos ataques de llanto.

—Ya sabes lo que dicen: una siempre tiene el mismo tipo de embarazo que tuvo su madre, así que no envidio lo que te va a pasar durante los próximos ocho meses.

Desde que papá murió, mamá había salido de su concha, por decirlo amablemente. Había florecido, se había convertido en una especie de sabia en Tapersville: iba de voluntaria al centro juvenil, enseñaba en la escuela dominical y escribía en la página de opinión del *Tapersville Dispatch*. Para ser honesta, yo sólo pensaba que había «florecido» cuando no me sacaba de mis casillas; el resto del tiempo pensaba que tenía un trastorno obsesivo-compulsivo: me llamaba varias veces a la semana, criticaba y menospreciaba casi todos los aspectos de nuestra vida, cosa que me parecía incomprensible porque, desde mi punto de vista, estábamos viviendo una versión del sueño americano tan cerca de la perfección que casi empalagaba. En ese mismo momento sentía en los nervios el recuerdo emocional de cada ocasión en que me había criticado a partir de mi pubertad. *Son las hormonas que me están cambiando*, pensé tratando de inventarle excusas a mi mal humor hacia ella. *Siempre fue así conmigo porque sabía que papá me quería más*.

Yo estaba embarazada y ella estaba menopáusica. Sí, parecía que nos esperaba un «buen periodo» a las dos...

—Voy a tener que mudarme contigo por algunos meses después del parto —continuó mamá y tuve una visión de ella moviéndose como loca por la casa en donde crecí, con el teléfono atorado entre el cachete y el hombro, regando las plantas con una mano y tecleando en la computadora con la otra. En el fondo oía algo que sonaba muy parecido al choque de unas llaves—. Randy se va a tener que aguantar. Me lo va a agradecer después de los primeros días. ¿Cuánto apuestas?

—Ya sé.

Randy era infaliblemente amable con mi mamá, pero cuando no estaba presente no era un secreto que no la soportaba. En su defensa decía que sólo se burlaba de ella porque sabía lo acomplexada que me hacía sentir y porque todos mis defectos, reales o imaginarios, salían a la superficie tras estar unos minutos de estar en su compañía. La verdad era que los dos tenían personalidades opuestas. Mi mamá era mucho más frenética, no se concentraba lo suficiente; y si estaba en su presencia más de unas horas seguidas, lo distraía. Él era agudo, concentrado y ella le dispersaba la atención. Al principio trataba de mediar entre los dos, pero no me necesitaban, así que después sólo fui una atenta observadora.

Me paré del taburete en el que estaba sentada y caminé por el piso de duela mientras mi mamá parloteaba. Randy había puesto un estante para especias en la puerta de la despensa. La abrí y

admiré el barniz. Le di vuelta a los frascos de canela, perejil y estragón hasta que quedaron todos viendo para el mismo lado, con las etiquetas alineadas ordenadamente. Nunca usaba esos condimentos; la mayoría de nuestras cenas eran precocidas y no me molestaba para nada que fuera así. Me di cuenta de lo que estaba haciendo y volteé la canela a como estaba. *¿Ya lo ves?*, me dije como disculpándome de algo grave, *no sufres de trastorno obsesivo-compulsivo*.

—¿Vas a seguir trabajando hasta el parto? —me preguntó mi mamá—. Lo que quiero decir es que apenas estaba empezando a pensar en ti como mujer profesionalista, y sé que te gusta planear las cosas de antemano. Y esto parece algo terriblemente importante como para que te lo avientes tú sola. Había consultado el diccionario otra vez; desde que había empezado a escribir su columna «Oí por el pueblo», había desarrollado el desesperante hábito de deslizar en sus conversaciones palabras que ella consideraba rimbombantes y la mayor parte de las veces estaban fuera de contexto. De ninguna manera hubiera utilizado una palabra como «profesionista» cuando vivía en casa. Cuando me diera cuenta me iba a recomendar «sinergia». Coquetteé con la idea de mencionar a papá, que era la única forma garantizada de acortar la conversación. Pero habría sido un truco barato y yo me consideraba muy por encima de ese nivel, incluso si ella no lo estaba.

—Nuestro plan era esperarnos, mamá. Pero las pastillas sólo tienen noventa y nueve por ciento de efectividad, así que supongo que soy una de las excepciones que confirman la regla.

Con suavidad, la voz de mi esposo emergió del cuarto contiguo.

—Ya es hora de que tengas un bebé. Mamá dijo entre broma y broma:

—Pues a lo mejor deberías pensar en demandar a Ortho Try-Cycle. Las compañías farmacéuticas siempre negocian, sólo quieren evitarse los juicios y evitar la mala publicidad.

—Claro, mamá, una mujer casada y embarazada es mala publicidad —registré con retraso el comentario de mi esposo y miré hacia su cubil. Randy estaba recostado en su sillón de piel, uno de los lujos que se compró con su bono más reciente. Pensé que me iba a estar mirando y estaba dispuesta a colgar el teléfono antes de que se desesperara simplemente por tener que escuchar el final de la conversación. Pero tenía la cabeza enterrada en el periódico, no en uno local, sino un ejemplar del *Chicago Tribune*. Me quedé paralizada y mi mente se detuvo. Había estado en Chicago la semana anterior por el trabajo y encontré ese mismo número del periódico entre las cosas de su maleta cuando saqué la ropa sucia. Una horrible masacre se desperdigaba en la primera plana de la sección que estaba leyendo en ese momento: «FAMILIA DESCUARTIZADA EN CALUMET CITY, SOBREVIVIENTE SE ESCONDIÓ EN OTRO CUARTO». El artículo me había llamado la atención cuando revisé su maleta y me estremecí al recordar los detalles que salieron cuando lo leí. Habían asesinado a padre, madre e hija en un allanamiento en los suburbios. El texto especulaba que el crimen había sido el trabajo de un «asesino ritual», porque habían encontrado ciertas mutilaciones no especificadas. El hijo más pequeño, un niño cuyo nombre no publicaron por su condición de menor, había sobrevivido escondiéndose en el cuarto de invitados durante el ataque. Había estado brevemente hospitalizado por el shock, pero lo habían dado de alta y puesto bajo la custodia de unos parientes. Era algo inimaginable.

En ese momento vi el encabezado y me conmocionó que mi esposo se aferrara a un periódico de la semana pasada y de otra ciudad, y me pregunté distraídamente por qué estaba leyendo de nuevo un número que seguramente había recogido en el aeropuerto a su llegada o salida de esa ciudad.

Unas olas enturbiaron la superficie de mis profundidades; las corrientes se arremolinaron.

Algo se hundió rápido en la oscuridad, pesadamente.

—¿Le dijiste a Randy que te ofrecieron un ascenso? —me preguntaba mamá.

Shaw Associates me iba a hacer jefa de la división completa de *marketing*, lo cual era muy raro para alguien que llevara menos de una década trabajando ahí, y especialmente una mujer. Había conseguido un par de proyectos importantes y había ganado dinero para la compañía; había llegado a la cima. Era un departamento de poca monta, sólo treinta empleados asalariados y un par de vendedores comisionados, pero las cosas iban bien. Todavía no le había dicho a Randy nada del ascenso. Apenas me lo habían ofrecido la semana anterior y para entonces ya había hecho una cita con mi doctor.

—Ya sé que me odias por seguir tus pasos —le dije a mi madre—, pero por ahora voy a tener que pensar en algo más que en mis propios intereses.

—Muchas mujeres trabajan tiempo completo y son madres de tiempo completo. Yo pienso que hice un buen trabajo contigo, por supuesto, pero lo hubiera podido hacer y al mismo tiempo tener un trabajo de nueve a cinco.

—Ya sé que sí, mamá —dije para tratar de evitarme el sermón y, de repente, me sentí exhausta, agotada hasta los huesos. En esos días su parloteo me desesperaba igual que un montón de cosas, en realidad. Mi paciencia parecía gastada, aunque no hubiera nada agobiándome. Fui a la ventana y miré nuestro patio. No era enorme, pero era considerablemente más grande que el pedacito que teníamos en nuestra antigua casa del otro lado de la ciudad. Randy había comprado una podadora para mantener el pasto corto. Teníamos dos retoños de roble que, después de una década o algo así, podrían ser bastante lindos. Por entonces, su sombra apenas rebasaba el bebedero de pájaros. Después, en el fondo de nuestra propiedad —que terminaba con una barda gris—, estaba el cobertizo de herramientas de Randy. En nuestra antigua casa tenía un cuarto bajo las escaleras, en el sótano inacabado que estaba estrictamente prohibido para mí. Era su «cuarto masculino», como él lo llamaba, el lugar donde hacía pesas o apostaba en línea o lo que fuera... Sólo le había preguntado por sus actividades solitarias un par de veces y cuando le insistía debido a sus respuestas ambiguas era suficiente como para que me soltara una apología sobre el espacio personal y lo esencial que era para alguien como él que pasaba tanto tiempo entre gente cuya compañía no necesariamente disfrutaba, pero que tenía que tolerar como parte de su trabajo. Así que dejé de indagar y ahora él tenía su cobertizo de herramientas del que decía, orgullosamente, que había convertido en un espacio de ejercicio ordenado y satisfactorio. Era básicamente un cuarto prefabricado de tres por tres y yo no tenía ni el más mínimo celo ni interés en saber qué hacía ahí. Y se lo dije.

De todos modos puso un candado en la puerta.

—Ya lo habíamos hablado antes de casarnos —dije al teléfono—. Randy siempre me dijo que quería que me quedara en casa a cuidar a los niños, y ahora hay bastantes estudios que confirman que lo que papá y tú hicieron fue lo correcto. Es la mejor forma de darle a los hijos oportunidad de ser felices y exitosos —me sorprendí hablando como folleto—. De todos modos sólo es por unos años. Voy a regresar al trabajo en cuanto el bebé tenga edad para ir a la escuela.

—A menos de que tengas otro.

Tenía ideas bastante claras al respecto, pero en ese momento sentí que había alguien detrás de mí. Cuando me volví, Randy estaba ahí, recargado en la barra de la cocina, con los brazos cruzados. Saludó con la mano sarcásticamente.

—Mamá, me tengo que ir. Randy te manda saludos.

—Bueno, de verdad estoy muy, muy feliz por ustedes dos. Ya sabes que no podía esperar para consentir a ese niño, y ahora espero pasarme muchos años haciéndolo. Ninguno de los dos me lo impedirá —trataba de ser linda, y aunque sólo me cansaba aún más, finalmente le valió una sonrisa no forzada por mi parte. Le dije que la quería y colgué.

Randy abrió los brazos y me atrajo hacia sí.

—Ven acá, mami.

Yo sabía que significaba mucho para él. Su propia infancia había sido un desastre, por mucho; de lo poco que había podido reunir por sus rememoraciones reticentes, su propia madre biológica había sido una alcohólica que lo abandonó desde muy pequeño. Creció en una serie de hogares adoptivos e internados subsidiados por el estado, hasta que había podido hacerse su propio camino a los dieciséis. Tuvo trabajos de mierda hasta que obtuvo un grado académico. Sentí una ráfaga de culpa, lacerante y familiar, por haberme desesperado tanto con mi mamá en ese momento, cuando ella para mí sólo había tenido devoción. Incluso si su dedicación estuvo agazapada detrás de una furia virulenta contra mi padre, por lo menos ninguno de los dos me había dejado sola.

Así que dejé que Randy me abrazara y me apreté con fuerza contra él. Traté de hacer consciente la sensación de la vida que crecía dentro de mí, algo que ambos habíamos hecho juntos.

Afuera, unos azulejos peleaban y hacían alboroto en el bebedero. Por algún motivo, pensé de repente en los Renault, la familia cuyo asesinato había causado tanto escándalo el año anterior. El crimen nunca se había resuelto. *¿A dónde se ha ido la investigación?*, pensé. *¿Por qué la gente no ha exigido respuestas, castigo, responsabilidad?*

Entonces sentí en el estómago una contracción violenta y a la vez, aunque seguro era mi imaginación, casi consciente. Sabía que ni Randy ni yo podríamos volver a ser descuidados con nuestras vidas, con nuestros ingresos, con nada; era esencial que nunca bajáramos la guardia o fingiéramos ignorar la real amenaza que había afuera en el mundo.

Pasé los dedos por el cabello de Randy. Me guió hacia arriba en la frescura de la tarde, lejos de las ventanas y los chillidos de afuera.

## CAPÍTULO 9

JENNIFER McLEAN, DEL CANAL ONCE, fue amable y agradable hasta más o menos la mitad de la entrevista, cuando me sabotó. De hecho hasta ese momento exacto pensé que me estaba yendo bastante bien.

Los Rowe habían pasado la mayor parte de los últimos dos días preparándome, haciéndome las preguntas que creían tendría que responder, adecuando mis respuestas para que no diera la impresión de estar a la defensiva o de ser poco ingeniosa. Para ellos era esencial que respondiera públicamente a las alegaciones que se habían hecho en mi contra antes de cualquier otro intento de rescatar mi reputación. Me dejaron usar el patio trasero de su granja para hacer la grabación; estaba en las afueras del este de Raleigh, a cuarenta y cinco minutos en coche de donde vivía. De ninguna manera iba a dejar que las cámaras entraran en mi hogar. Todavía no había reporteros acampando fuera de mi casa; me imaginaba que seguían esperando a ver si la historia reunía más interés, subía los ratings, obtenía puntos en su página de internet... o como fuera que midieran estas cosas. No quería que Hayden tuviera que tratar con ellos, así que planeamos mi entrevista para un lunes en la tarde, mientras él estaba en la escuela.

Duane y Carolyn lo arreglaron todo. A esas alturas ya me sentía demasiado en deuda con ellos, y además tenía miedo de lo rápido que me había vuelto tan dependiente de su compañía. Incluso hasta podía hablarles de lo que me estaba pasando internamente. No había imaginado lo mucho que quería contárselo a alguien.

La reportera y su equipo llegaron alrededor de la hora del almuerzo y se pasaron una hora preparando el equipo entre las enormes y abundantes palmeras y los cactus floridos de Carolyn tratando de esquivar el elaborado sistema de rociadores y luces que había dentro del patio-invernadero de paredes de cristal. Carolyn lo llamaba su «cuarto de Florida». En cualquier otro momento hubiera estado impresionada por las extravagantes muestras de la buena mano para las plantas de Carolyn, pero los camarógrafos me preguntaron si quería maquillaje y cuando alcé las cejas hacia los Rowe, Duane dijo:

—Tal vez un poco en las mejillas. Las luces hacen que te veas más pálida de lo que eres. — Era su forma diplomática de decirme que me veía sombría.

Oí que alguien del grupo le preguntaba a Jennifer McLean si los Rowe eran mis representantes de relaciones públicas o mis abogados:

—Son detectives privados —dijo McLean enigmáticamente—. Todavía estoy tratando de definir su papel.

Ya éramos dos.

Nos sentaron en la mesa del patio, con una cámara detrás de McLean y otra detrás de mí para

capturar las reacciones de las dos, y entonces ella empezó con una sucinta recapitulación de los hechos. Podría haber pregrabado esa parte, pero me imaginé que quería calar mi reacción. Los Rowe habían prevenido esta introducción, así que fui capaz de mantener un rostro perfectamente neutral mientras McLean decía:

—Randall Roberts Mosley, conocido en la prensa como el asesino «Cruza-ojos» por la manera en que mutilaba a sus víctimas, aterró una amplia franja del Oeste y el Medio Oeste de Estados Unidos durante un periodo que duró bastante más de una década. Se cree que entre los años 1988 y 2000 mató a doce personas, y tal vez a más. Finalmente Mosley fue capturado en su casa de El Ray, California, en parte gracias a la información que su esposa brindó a las autoridades hace cuatro años. Mosley fue sentenciado en 2011 y permanece bajo condena de muerte esperando la ejecución. Como informó Noticias del Canal Cinco la semana pasada, la ex esposa de Mosley ha vivido en el Triángulo durante los últimos seis años, desempeñando un trabajo respetable y criando al hijo del asesino, que tan sólo tenía seis meses en el momento del arresto de su padre. Nina Mosley se cambió el nombre legalmente y cortó todos los lazos que la unían con su antigua vida. Recientemente su identidad fue expuesta por Charles Pritchett, padre de una de las víctimas de Mosley, Carrie Pritchett.

Entonces despegó los ojos de la cámara y me sonrió. La había visto en la tele durante años y sabía que tenía fama de ser responsable y profesional, con un comportamiento serio; su aguda atención y suave rostro eran perfectos para la cámara.

—En mi entrevista con el señor Pritchett le pregunté por qué querría exponer su identidad después de todos estos años, cuando en cambio usted simplemente había querido seguir adelante con su vida, como lo haría cualquiera de nosotros tras una tragedia tan devastadora. ¿Usted cuáles cree que sean sus motivos?

Respiré profundamente. Era algo que había ensayado, pero que al mismo tiempo sentía, así que mi tono, grave y sincero, era genuino.

—Sólo puedo imaginar el dolor que soportaron el señor Pritchett y todas las familias de las víctimas. Mi corazón está con ellos. Los recuerdo todos los días en mis rezos. No pasa una hora sin que desee haber podido hacer algo para evitar lo que les pasó a sus seres queridos. Pero Randy me engañó a mí de la misma forma en que engañó a todos los demás durante tantos años, desde la gente con la que trabajaba hasta la gente de nuestra iglesia. Nadie sospechaba de él.

—El señor Pritchett señala el hecho de que algunos documentos falsificados que se encontraron en la casa donde usted vivía con el señor Mosley estaban a su nombre —me lanzó una bonita sonrisa para demostrarme que no quería herirme, simplemente era su obligación presentar las dos versiones—. Creo que había una colección de licencias de conducir de varios estados y algunos pasaportes con su foto pero con un nombre falso. Y se encontró su ADN en dos escenas del crimen diferentes.

—Así fue. Pero como el abogado defensor le explicó al jurado durante el juicio, la gente que vive junta lleva encima el ADN de la otra persona todo el tiempo, en este caso, posiblemente había cabellos míos en la ropa de mi esposo. Podía haberlos obtenido en un traje que yo hubiera recogido de la tintorería o en uno de los autos que compartíamos. Después dejó los cabellos en las escenas del crimen, ya fuera a propósito o sin darse cuenta.

—¿Y las identificaciones falsas?

Traté de mostrarme reflexiva ante la cámara.



—He pensado mucho en eso. No sé qué era lo que pasaba por la cabeza de Randy, así como tampoco lo supieron los psiquiatras que lo entrevistaron después. Nunca hubo un acuerdo consensuado sobre si era un sociópata o estaba clínicamente enfermo o si estaba fingiendo. En todo caso, se sabe que los asesinos seriales tienen fantasías de vida complejas que los llevan a hacer lo que hacen, y esas fantasías generalmente tienen poco o nada que ver con la realidad. En su mente, Randy ha de haber pensado que podía convencerme de huir con él si lo descubrían, incluso quizá usando a nuestro hijo como señuelo. Lo que fuera que se imaginara resultó ser un error. Yo contacté a las autoridades en cuanto me di cuenta de que algo estaba mal. En cuanto estuve segura, los llamé.

McLean asentía. Sentí que me estaba yendo bien y cuando desvié la mirada hacia donde estaban los Rowe, ambos me levantaron el pulgar.

Después la reportera preguntó:

—¿Recuerda a un hombre llamado Lane Dockery?

Por un momento mi mente se quedó en blanco. Me acordaba del nombre, claro, pero no me imaginaba que fuera a salir en este contexto. Duane Rowe frunció el ceño.

—¿Se refiere al escritor de crímenes? Ella asintió

—Inicialmente mostró interés en escribir un libro sobre el caso de Randy, ¿no es así?

—Un par de personas se interesaron. —En concreto eran Lane Dockery y otro escritor mediocre que se llamaba Ronald quién sabe qué. Sabía que ese Ronald no vendía para nada tanto como Dockery—. Yo les dije a los interesados que no me interesaba colaborar en nada de eso. De hecho, rechacé cierta cantidad de dinero.

—¿Le sorprendería saber que el señor Dockery había estado investigando su caso últimamente, con vistas a terminar el trabajo que empezó en los tiempos del juicio, y que desde hace seis semanas su familia lo reportó oficialmente desaparecido?

Supe de inmediato que puse algún gesto inadecuado y casi sentí que la cámara se apretaba contra mí.

—No tenía idea —tartamudeé y, aunque era verdad, de alguna manera veía en la mirada de McLean que me había ganado la partida—. ¿Por qué estaría escribiendo al respecto después de todos estos años? —me pregunté en voz alta.

Carolyn se había movido hacia donde pudiera verla cortándose la garganta con la mano para indicarme que dejara de hablar.

—No sé —dijo McLean—. Acabamos de descubrir esta información mientras juntábamos datos para la entrevista. Llamamos al señor Pritchett para preguntarle si Dockery se había puesto en contacto con él, y el señor Pritchett afirma que no. El mismo señor Pritchett sugirió que a lo mejor había surgido nueva información que hubiera despertado otra vez el interés del señor Dockery.

Me recompuse.

—No tengo idea de qué información podría ser.

McLean hizo gesto de no saber nada con la boca y con los hombros.

—Tal vez el señor Dockery también la localizó. Su familia dice que la investigación está progresando, pero no han sabido de él en varias semanas.

Ella me estaba provocando así que sólo asentí.

En seguida cambió de tema y me preguntó cómo estaba afectando a mi hijo toda esta atención.

Respondí:

—Hemos aprendido una o dos cosas sobre quiénes son nuestros verdaderos amigos. Pero preferiría dejarlo fuera de todo esto, si se puede.

McLean estuvo de acuerdo. Los camarógrafos apagaron el equipo y empezaron a empacar. McLean se acercó y me dio una palmadita en el brazo. Me dijo que ella también tenía una niña pequeña y que iba a editar la última pregunta.

—Dockery —dijo Duane como si pronunciara una maldición. La gente se había ido y sólo quedamos nosotros tres entre la vajilla de terracota y las hojas colgantes. Miró a su esposa—. Tenemos que investigar más —complementó y luego se volvió hacia mí—. Entonces, ¿no se puso en contacto contigo?

—Yo ni siquiera había pensado en él en años —tenía tantas ganas de un cigarro que estaba pensando en enrollar una hoja de palmera y encenderla—. Tengo que irme. Tengo que llegar a la casa antes de que mi hijo regrese de la escuela.

Carolyn estaba desanimada.

—Déjame ir a buscarte e invitarte una copa el fin de semana —sugirió—. Te prometo ser una buena compañía y ni siquiera vamos a hablar de toda esta porquería. Sólo nos relajaremos. Hasta le pago a una niñera.

Tenía que admitir que sonaba bien. Pensé que estaba abriendo la boca para decírselo, pero en lugar de eso empecé a contarle sobre la nota que Pritchett había dejado en mi parabrisas. Les conté de la muchacha muerta en Tennessee. La voz casi se me hundió cuando les dije:

—De verdad estoy aterrada, chicos. Tengo mucho miedo por mi hijo.

## CAPÍTULO 10

SENTÍA EL LATIDO DE SU CORAZÓN DENTRO DE MÍ.

Cuando estaba acostada en la cama, con una novela en una mano y la otra recargada completamente sobre el suave bulto de mi panza, sentía cómo parpadeaba la pequeña vida que crecía en mí, algunas veces alarmanamente rápido, pero la mayor parte como un ruido de fondo regular. Era un eco de mi propio pulso, algo que había empezado a percibir mejor durante los últimos seis meses. Ya había oído hablar de eso antes a las mujeres embarazadas, algo hermoso para contrarrestar las minucias de los pies hinchados, el dolor de espalda y la impaciencia general. Nadie podría comprenderlo si no lo vive por sí mismo. Incluso cuando ponía la mano de Randy sobre mi estómago para que sintiera el corazón del bebé latiendo bajo mi piel y él recitaba las conmovidas frases apropiadas, me daba cuenta de que la carnalidad le molestaba. Casi pensé que sentía repulsión. Su palma siempre estaba sudorosa y nunca la dejaba más de lo que yo la sostenía sobre mí.

Ese sentimiento, esa sensación de conexión con algo al mismo tiempo interno y ajeno, eliminó mis reticencias iniciales. A veces sentía como si el pecho se me pudiera abrir de par en par por la alegría, aunque estas emociones frecuentemente iban seguidas por un pánico extraño y que salía de la nada, que me impedía respirar y me ocasionaba palpitaciones. *Es malo para el bebé*, pensaba y volvía a las respiraciones profundas y regulares que nos habían enseñado en el pediatra.

Esa noche en particular estaba distraída porque uno se acostumbra a lo que sea, incluso a la magia de la creación y a la vida concebida, y porque Randy estaba haciendo más ruido del habitual mientras se preparaba para acostarse. Tenía la puerta del baño cerrada, pero lo oía salpicando agua alrededor del lavabo de una forma que yo sabía que iba a dejar la loza peligrosamente húmeda y con charcos; hizo gárgaras y se enjuagó dos veces, tiró el platito para el jabón, maldijo y lo puso ruidosamente en su lugar.

Mi horario había cambiado significativamente desde que dejé el trabajo y eso nos molestaba a los dos. Yo había empezado a desvelarme hasta tarde, paseaba con ansiedad por la casa a todas horas de la noche y luego dormía la mitad de la mañana. Estaba comprando compulsivamente, sobre todo cosas para el bebé, después las acomodaba, las reconsideraba y acto seguido devolvía las cosas a la tienda. Nada me satisfacía. El cuarto para el bebé al fondo del pasillo estaba atascado de juguetes y aparatos para monitoreo. Lo había vuelto a pintar dos veces en los últimos dos meses, indecisa entre azul pálido o verde mar. Los manuales que había estado estudiando diferían en los tonos que estimulaban mejor las mentes jóvenes y frescas. A través de la puerta podía oír que Randy se pasaba el cepillo de dientes eléctrico por los cachetes, seguramente reclinado sobre el lavabo babeando hilos de espuma. Nunca pude comprender por qué no podía

dejar la boca cerrada mientras se lavaba los dientes; al menos yo podía. Obviamente estaba tratando de obtener alguna reacción de mi parte, su berrinche escandaloso era un plan infantil para atraer mi atención, pero yo estaba de verdad intrigada con la tercera parte del libro de Ann Rule *El extraño a mi lado*, y aunque Randy había logrado que perdiera la concentración, no le iba a dar el gusto de saberlo. Ay, el matrimonio: el concurso entre pares más antiguo, trivial e inmediato que se lleva a cabo continuamente en habitaciones de todo el mundo. Sin avance, sin retirada, sin rendición.

Randy entró secándose la cara con una toalla. Sin despegar los ojos de mi libro, le recordé que apagara la luz del baño. Se volvió, molesto, como si fuera un accidente, luego metió un brazo en el baño y barrió el interruptor.

—No tan duro —le dije—. Lo vas a romper.

No me respondió, sino que optó por apretar y rechinar los dientes mientras se acostaba en la cama. Hizo un show acomodándose las cobijas, acojinando la almohada, acostándose de un lado y luego del otro y, finalmente, estirándose para apagar la lámpara de su mesita. En ese punto yo ya estaba completamente distraída y había dejado el libro hacia abajo sobre mi panza esperando a que terminara de acostarse. Él suspiró pesada y dramáticamente.

—Si tienes un problema —dije con paciencia extraedulcorada—, ¿por qué no sólo lo dices?

Se dio la vuelta y me miró, luego suavizó su expresión y sacudió la cabeza. Hizo cara de niño lastimado, una máscara con la que tenía cierta familiaridad: algo quería.

—Perdón, este horario me pone de malas. Tus hormonas de verdad me están poniendo a prueba. Tengo que levantarme para ir al trabajo en seis horas y tú ni siquiera tienes sueño.

—Tú fuiste el que quiso que dejara mi trabajo.

—No sabía que ya no ibas a dormir.

—Mi amor, si crees que tu horario está revuelto ahora, espérate unos meses a que tengas que levantarte tres veces en la noche a alimentar al bebé o a mecerlo para que se duerma o a cambiarle los pañales. Y ya te lo dije antes, si te molesta puedo irme a leer abajo.

—Pero extraño estar cerca de ti —dijo sugestivamente. O burlonamente, ya no podía distinguirlo. No sonreí y él regresó a su pose de mártir. Tamborileó sobre la novela que tenía sobre la panza—. Además has estado leyendo mucho este tipo de basura. ¿Debería preocuparme?

—Encontré una caja completa de estas novelas en tu antigua oficina. —Durante los primeros meses después de mi diagnóstico, usamos los fines de semana para mover las cosas del cuarto del fondo del pasillo que llamábamos la «oficina» de Randy —aunque en realidad sólo la usaba de bodega— al cuarto de invitados del piso de abajo para convertir la «oficina» en el cuarto del bebé. Cuando estaba limpiando el closet, encontré una caja de cartón llena de libros de «crímenes reales», en su mayoría novelas amarillistas, muchas usadas, con precios entre cincuenta centavos a un par de dólares estampados en los lomos. Al principio Randy parecía avergonzado de que los hubiera encontrado, después afirmó que los había comprado todos en una venta de liquidación de una librería. Nunca lo había visto entrar en una librería, ni sabía si tenía credencial de alguna biblioteca.

La mayor parte de la colección trataba de un asesino serial u otro; de muchos ya había oído antes, pero otros eran completamente nuevos para mí. Las portadas eran típicamente sensacionalistas: sangre derramada sobre un portarretratos familiar o fotos de archivo de los monstruosos perpetradores. Casi todos contenían diez o quince páginas de fotos a la mitad del

texto: fotos de anuarios de hombres que después seccionaron seres humanos vivos en sótanos vacíos; fotos de escenas del crimen con cuerpos tirados en zanjas o habitaciones, debidamente pixeleadas o alteradas justo lo necesario para mantener su morboso atractivo sin ofender a los moralistas. Las sinopsis de las contraportadas regularmente estaban escritas por miembros del cuerpo policiaco, más que por críticos. El libro de Ann Rule era sobre Ted Bundy, pero también había historias no oficiales del Asesino de Green River, John Wayne Gacy y Richard Ramírez. Lane Dockery había escrito dos, uno de Jeffrey Dahemer y otro de un inmigrante ilegal que robaba trenes cerca de la frontera de Arizona, que era sospechoso de haber matado numerosas mujeres en pueblitos en medio de la nada. Recordaba vagamente el furor mediático que había ocasionado su publicación, porque muchos críticos lo etiquetaron de racista. Hasta donde sabía, la mayoría de los monstruos eran hombres estadounidenses promedio y lo único que sabía de ellos antes de leer esos libros mediocres era lo que había absorbido por ósmosis del eco de la cultura pop.

Pero por algún motivo en ese momento me estaba devorando esas novelas. Había leído seis de principio a fin desde los dos meses de embarazo. Era un desastre emocional, cosa que tanto Randy como yo atribuíamos a las hormonas; así de fácil evadíamos la situación real y mientras tanto, mi mente se iba llenando de los peores escenarios del mundo que mi hijo iba a habitar pronto. Y para ese punto ya sabíamos que íbamos a tener un hijo; el ultrasonido nos lo confirmó y, mientras que Randy no mantuvo su felicidad en secreto, yo tengo que admitir que en ese entonces sentí un poco de decepción por dicha situación. Una vaga intranquilidad me obligaba a enfrentar lo peor de la humanidad para que conociera la fealdad posible y fuera capaz de vigilar, de estar alerta para mantenerlo a salvo. Me conducía un incesante zumbido murmurado en la parte de atrás de mi cabeza, extraños sueños medio recordados y medio reprimidos de la familia Renault, sus retratos de los periódicos cobraban vida y me perseguían por los recovecos del sueño tratando de decirme algo, pero yo me tapaba los oídos y *corría*.

Randy miró la portada del libro y se encogió de hombros. Me dio la misma excusa que cuando encontré la caja:

—Yo también tuve mi etapa.

—Ya veo por qué —dije sin forzar mi entusiasmo—. Estas novelas son como comida chatarra. Te hacen adicto a voltear las páginas. Ni siquiera recuerdo haber oído la mayoría de los casos.

Él se dio la vuelta.

—Pues, ten cuidado. Como la comida chatarra, hacen que los dientes se te echen a perder. Por lo menos deberías darte un descanso, leer un libro de chicas.

—¿Prefieres que esté cursi y sentimental? Me dio la razón con una risa ahogada.

—Sólo no quiero que tengas pesadillas. Has estado muy agitada cuando finalmente te quedas dormida. La otra noche me despertaste a las cuatro y media de la mañana. Estabas gritando algo que no entendí. Te desperté, pero te apuesto que no te acuerdas, ¿o sí?

Me estremecí. Me chocaba la idea de estar despierta mas no consciente; y tenía razón: no me acordaba. Podría haberlo inventado por completo, pero ¿por qué lo haría? ¿Para que le diera la razón sobre mis hábitos de lectura? A lo mejor, pero sentía ese retortijón en el estómago que me decía que no estaba mintiéndome, a lo mejor me había despertado y había hablado con él, pero no me acordaba para nada. La falta de control que se requería me asustaba hasta la náusea, como si tuviera inconsciencia de borracha o me hubieran anestesiado.

Miré el libro y doble la punta de la página que estaba leyendo. Lo cerré y lo puse en la mesita

de noche.

Randy me dio un beso de buenas noches por mero compromiso. Con las luces apagadas, me quedé acostada en la oscuridad, sintiendo el latido del corazón dentro de mí. Pensé en Ted Bundy en el banco del teléfono junto a la joven señorita Rule. ¿Habría considerado matarla? ¿Habría pensado por un momento que sus persecuciones secretas la llevarían a tener una carrera exitosa? Cómo estos sicóticos acechaban a la gente, torcían todas las vidas con las que se encontraban, incluso las de aquellos que no fueron directamente afectados por sus apetitos. El último de los libros de Randy que leí se llamaba *El vengador de la dalia negra* y, de hecho, estaba escrito por un hombre que había llegado a creer que su padre era un asesino serial. Imagínate: tu propio padre. Me estremecí en la cama y me pregunté por millonésima vez: «¿Cómo lo mantenían en secreto? ¿Cómo podían fabricarse una vida tan opaca y maquillada tan cuidadosamente que incluso los más cercanos a ellos no lo sabían?».

# CAPÍTULO 11

## I

EL SUBDIRECTOR DE LA ESCUELA DE HAYDEN llamó a la casa. Thomas Beasley lograba sonar solemne y diligente por teléfono, aunque yo lo había visto muchas veces y me parecía un hombre de muy poco carácter. Estaba bien que trabajara en los grados de primaria; nunca hubiera podido mantener su papel de autoridad con adolescentes.

Pero una llamada de la escuela a mitad del día era una mala señal.

—Señorita Wren —dijo—. Hayden se peleó con un par de niños hoy. Necesitamos que venga a una junta, si es posible.

—Hayden nunca se ha metido en problemas en todo el tiempo que ha estado inscrito ahí —dije rápidamente y a la defensiva, con la piel erizada. Era verdad y seguramente Beasley lo sabía. Hayden nunca había tenido inconvenientes con su disciplina antes y ni siquiera podía imaginarme que usara los puños contra otros niños; a menos, claro, de que lo hubieran inducido o acorralado seriamente—. Deben de haberlo provocado.

—Me gustaría compartir los detalles con usted en persona. Aquí tenemos a Hayden en la oficina, así él le puede contar su versión de la historia. ¿A qué hora la esperamos?



Me puse el mínimo de maquillaje, lo suficiente para atenuar las sombras bajo mis ojos, me até el cabello por atrás e hice el camino de diez minutos a las instalaciones del Centro de Enseñanza Elemental de Cary. No era la escuela privada más cara de la comunidad, para nada, pero era un paso adelante de la escuela pública a la que, gracias a una redistribución extraña, Hayden hubiera tenido que ir tomando un camión de veinte minutos cada mañana hacia el otro lado de la ciudad. También las instalaciones eran mejores que las de la mayoría de las escuelas municipales; un testimonio de las colegiaturas anuales. Unos edificios beige y sepia con fachadas de mosaicos estaban agrupados en torno a las oficinas administrativas. Los salones de clases estaban distribuidos a izquierda y derecha, y detrás se extendían un gimnasio de última tecnología y el auditorio. Un guardia de seguridad me pidió mi nombre en la entrada. Le expliqué que me estaban esperando, pero me hizo esperar mientras llamaba por radio a la recepción. Entendí, ésa era la intención: se suponía que este espectáculo me hiciera sentir más tranquila por la seguridad de mi hijo mientras estaba en las instalaciones de la escuela, pero no estaba de humor para demostrar mi gratitud por ello.

Dentro del edificio, a través de las particiones de pared de cristal, pude ver a la recepcionista y a un par de maestros paseando por la dirección junto a un niño solitario que tenía cara de querer estar en cualquier otro lugar; estaba sentado en la sala de espera balanceando las piernas de atrás para adelante con nerviosismo. Entré y le dije mi nombre a la recepcionista. Me miró un momento más largo de lo necesario, una mirada que ya me había acostumbrado a ver cada vez que salía de casa durante la última semana: «¿No salió recientemente en la tele? Ah, sí...». Finalmente la recepcionista dijo:

—Espere un momento. Ya casi están listos para que pase.

Continuamente el director se la pasaba fuera del colegio en conferencias y compromisos del distrito que muchos de los padres no sabíamos bien a bien si de verdad existía. La mayoría de nosotros tratábamos —cuando había que tratar algo— con Thomas Beasley, cuyo papel de subdirector parecía incluirlo todo, desde asuntos de disciplina hasta la organización de juntas entre padres y maestros, así como la elección del menú de la cafetería. En el pasado yo había sentido cierta simpatía por él, si no es que abierta lástima; sin embargo, en ese momento no sentía ninguna de las dos. Cuando la puerta de su oficina se abrió, un par de minutos más tarde, ya tenía listas unas palabras selectas y vehementes para él. Pero no fue Beasley quien salió primero, sino un núcleo familiar entero: mamá, papá e hijo. En cuanto reconocí al niño que iba jaloneado por su padre, sentí que se me encogía el estómago; la cara del niño iba escondida detrás de un bonche de toallas de papel ensangrentadas, pero el cabello chino era familiar para todos los padres que tuvieran un hijo en la escuela. Yo conocía a la familia Hale más por reputación que por un encuentro verdadero, pero la pura reputación me confirmó que mi hijo no había empezado el altercado. Detrás de esos papeles sonreía maliciosamente uno de los pocos alborotadores reales que hubieran pasado por estos pasillos. Desde que el año escolar comenzó en agosto, ya habían encontrado a Ashton Hale descargando porno en las computadoras de la biblioteca —sí, un niño de siete años— y prendiendo cuetes en el estacionamiento; también había hecho que más de una de sus maestras considerara otra manera de ganarse la vida.

Andrew Hale, el padre, era un ejecutivo pálido y fofa de una de las compañías del Parque Triángulo de la Investigación, un tipo de información tecnológica que había estado probando sistemas de redes desde hacía veinte años y por eso había caído de nalgas sobre una pequeña fortuna. Apenas me miró a los ojos mientras pasaba rápidamente. Algo que sonó como un comentario sarcástico salió detrás de las toallas de papel y el hijo giró los ojos de fastidio hacia mí. Fue bueno que no entendiera las palabras ahogadas, porque estaba de humor para contestarle al pendejito. Que fue lo que hice con la madre, Jerri, un estereotipo suburbano de mamá alfa cosméticamente perfeccionada que claramente estaba en un estado de agitación tal que mandó a sus hombres por delante.

—Ustedes espérenme en el coche —dijo alzando los hombros—. Quiero hablar con Leigh... bueno, Nina. Ahorita los alcanzo.

—Hola, Jerri.

Beasley se estaba asomando desde su oficina con ojos inquietos; obviamente deseaba que no fuera a repetirse la escena que debió haber tenido lugar en su oficina. Se veía como si lo acabaran de bajar de la montaña rusa. Él dijo:

—Señora Hale, necesito hablar con la señorita Wren y luego...

—En un momento acabamos —Jerri volteó a la dirección sólo lo necesario para freírlo con la mirada.

El subdirector suspiró y regresó a su oficina, dejando la puerta abierta.

—La enfermera de la escuela dice que a lo mejor mi hijo necesita puntadas —anunció Jerri con los labios apretados, una expresión con la que seguramente dominaba a su marido en dos segundos, pero a la que yo era inmune.

—Lo siento —dije tratando de mantener la compostura y no golpearla ahí en la sala de espera. Pensé en que seguramente Hayden había sentido mucho miedo en la oficina de Beasley mientras esta mujer echaba sapos y culebras por la boca—. Pero estoy segura de que Hayden no hubiera hecho nada si no fuera para protegerse.

Su risa repentina sonó más como si se estuviera atragantando.

—No me digas. Ya hablé con mi abogado y, si la escuela no toma las medidas apropiadas, va a contactar en seguida a la administración. Tu hijo pudo haber lastimado a Ashton muy seriamente. No estoy bromeando..., —alzó las manos—, ¡ya ni siquiera sé cómo llamarte! A lo mejor te convendría encontrarle a Hayden otra escuela hasta que sea capaz de lidiar con este... trauma al que lo han sometido.

Lo dijo como si yo fuera la que lo hubiera sometido a esto.

—Suficiente —dije casi susurrando. Di un paso al frente y me puse tan cerca que podía oler su perfume. Qué asco, algunas personas comprarían lo que fuera con tal de que estuviera envasado en una botella llamativa y posmoderna—. Voy a que el señor Beasley me dé la información sobre lo que pasó; supongo que él sabe mucho mejor que tú qué fue lo que pasó entre los niños. Si Hayden se merece un castigo, puedes estar segura de que lo voy a castigar. Pero también puedes creerme que si me entero de que Ashton lo estaba provocando, vas a ser tú la que oiga de mi abogado.

Su risa de agravio sonó mucho menos natural esta vez, significativamente más forzada. Lo saboreé.

—Eres todo un caso —fue su comentario final y salió de la escuela enojada y de puntillas, como si tuviera que huir rápidamente antes de levitar por la pura fuerza de su resentimiento.

Así es como los padres del siglo xxi resuelven las peleas a puños de sus hijos de primaria: amenazando con demandar.

La oficina de Beasley estaba atestada de archiveros y macetas de plantas. Había diplomas colgados en la pared junto con una foto de Beasley como entrenador de fútbol en uno de sus trabajos anteriores. Junto a Hayden estaba sentada una mujer que no conocía. Él ni siquiera alzó la cara para verme a los ojos. Busqué en él rastros de moretones o cortadas, pero no encontré nada a primera vista. La mujer se puso de pie y me extendió la mano; se presentó como Rachel Dutton. Le apreté la mano rápidamente y traté de evaluarla; era una mujer grande, en traje sastre, y era difícil no sentirse desarmada ante ella; casi inmediatamente me hizo sentir tranquila, como si fuera una abogada defensora que se inclinaba por mi parte; y estuve en lo correcto al imaginarla en ese papel aquí. Tenía unos ojos almendrados impresionantes de un verde iridiscente y agudamente intuitivos. Su cabello castaño tenía un corte que enmarcaba su cara y resaltaba su aura de serenidad inteligente.

Tomé asiento al lado de Hayden y le levanté su cara por la barbilla. Él me miró desafiante. Le dije:

—Está bien, amiguito, yo estoy de tu lado —después volteé hacia los dos adultos—. Escucho.

Beasley hizo escándalo con unos papeles que había en su escritorio, me mentó la madre con la mirada brevemente sin poder contenerse, y dijo:

—El maestro de la cuarta clase de Hayden dice que algunos niños empezaron a empujarse cuando estaban en el pasillo camino al laboratorio de cómputo. Aparentemente, Hayden fue el que salió mejor parado del pleito a puños. Ya vio lo que le hizo a Ashton. Uno de los otros niños tiene una oreja lastimada en la que Hayden le pegó, pero dice la enfermera de la escuela que va a estar bien.

Puse un brazo alrededor de mi hijo y él se liberó de mí y se puso a ver por la ventana por sobre el hombro de Beasley. Le pregunté directamente:

—¿Qué te dijeron, mi amor?

Rachel Dutton, recargando su trasero sustancial y consolador en el escritorio de Beasley, se aclaró la garganta y dijo:

—Señorita Wren, hemos hablado un poco de lo que las noticias han estado diciendo al respecto de la historia de su familia. Para mí es evidente que no es culpa suya ni la de Hayden, pero la gente dice cosas. Especialmente los niños. De todos modos, Hayden tiene que aprender a controlarse en lo referente a golpear a la gente.

—Estaban diciendo cosas de ti —dijo Hayden en voz baja, levantando la vista hacia mí y luego volviendo la mirada rápidamente hacia la ventana—. Decían que deberías estar en la cárcel con papá. Ashton dijo que eras esa palabra que empieza con «P».

—Hayden, no puedes hacerle caso a la gente como él —le dije. Encaré a Beasley y Dutton—. ¿Por qué el maestro no hizo algo antes de que todo se hiciera más grande? ¿Por qué no van a castigar a Ashton?

—Aparentemente, el señor Drake no se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que la pelea empezó —contestó Beasley—. Mire, señorita Wren, por lo general hacemos que los niños se pidan disculpas y se den la mano. Pero como Ashton se fue con el labio partido, voy a tener que tomar una acción punitiva.

Ya estaba negando con la cabeza antes de que terminara la oración.

—Ah, no, absolutamente no. No a menos de que también «tome una acción punitiva» contra el niño Hale y los demás niños que hubieran abusado verbalmente de mi hijo. Ya sé que Hayden los machacó pero, seriamente, no puede dejar que los otros salgan impunes, no después de lo que dijeron.

—Bueno, pues es su palabra contra la de ellos y eran muchos.

—¿Cuántos, más de dos? Beasley suspiró.

—Creemos que por lo menos hubo cinco niños involucrados en el altercado.

Ahora fui yo la que rio con pesar.

—¿Cinco niños acosaron a mi hijo y sin embargo él es el único al que van a castigar?

Por un momento Beasley miró a Hayden con admiración.

—Pues él es el único que salió sin un rasguño.

*Sin un rasguño*, pensé. Estaba a punto de estallar, pero Rachel Dutton intervino inteligentemente.

—Señorita Wren, Thomas y yo estábamos discutiendo esto antes de que usted llegara y creo que acordamos una solución que me parece factible. Le proponemos que Hayden se quedé en la escuela después de clases durante dos semanas. Oficialmente le llamaríamos suspensión dentro de la escuela, pero no tendría que faltar a clases y se quedaría en mi salón durante el resto del tiempo posterior al horario escolar. Puede utilizar ese tiempo como horario de estudio.

La gratitud de Beasley era evidente.

—Rachel tiene experiencia trabajando con niños perturbados. Frecuentemente se queda con niños después de horas de clase... —vio mi cara y se echó para atrás rápidamente—. No estamos diciendo que Hayden esté perturbado. Tan sólo pensamos que se está portando mal y que ahora mismo un poco más de atención podría beneficiarle.

—Y evitaría que Jerri Hale llame a su abogado —completé.

Él se encogió de hombros.

—No sólo tomaría medidas contra nosotros, señorita Wren. Me parece que lo último que usted necesita ahora es cualquier tipo de problema legal.

Justo entonces, y ahí, me dieron ganas de perder el control. De romper los papeles ordenadamente apilados en el escritorio de Beasley, patear los archiveros, romperle la taza de café con el logo de Carolina del Norte en la cabeza calva y mediocre... Rachel Dutton vio lo que me pasaba por la cabeza tan claramente como si ya me hubiera levantado de la silla y su expresión, generosa y comprensiva, fue demasiado para mí. Tragué saliva y le pasé una mano a Hayden por el cabello.

—¿Qué te parece, Superman? Yo vendría a recogerte y no tendrías que tomar el transporte por un par de semanas.

Se encogió de hombros miserablemente:

—No van a dejar de decirme cosas malas. La próxima vez sólo no va a dejar que nadie los oiga.

Beasley se inclinó sobre su escritorio:

—Hijo, te prometo que si está en mis manos, esos niños ya no te van a molestar. Voy a traerlos aquí a cada uno de ellos, a esta misma oficina, y voy a hablar con ellos muy seriamente sobre su comportamiento. Lo que necesitamos es que te comprometas a que la próxima vez se lo digas a uno de los maestros en lugar de irte a los golpes. ¿De acuerdo?

Otra vez Hayden se encogió de hombros y yo dije:

—Mi amor... Él respondió:

—De acuerdo.

Ése fue más o menos el arreglo. Mientras salíamos por la puerta principal, sonó un timbre y los pasillos se llenaron de voces. Eran las tres de la tarde y los camiones del transporte estaban alineados en la calle, ociosos, llenando el aire con ese olor compuesto de dos partes de cansancio y una parte de oxidado. Cuando nos subimos a mi coche le dije:

—No les puedes hacer caso. Si les haces caso vas a tener que estar peleando todo el tiempo.

—Sí: voy a tener que estar peleando todo el tiempo, mamá.

## II

Para las diez de la noche, cuando pasaron las noticias, estaba tan agotada emocionalmente que ni siquiera pude sentir tanta ira contra Jennifer McLean. Nuestra entrevista terminó antes de que pudiera registrar lo que había dicho o cómo me había ido en televisión. Y no me importaba un carajo; simplemente quería que todo se acabara, quería regresar a la vida anónima y limpia por la que había trabajado tan duro durante los años posteriores al juicio de Randy. Quería que Hayden volviera a hacer amigos y que pensara que su padre era tan sólo un perdedor que no se merecía su tiempo o sus pensamientos.

Imposible. Ya lo sabía, pero de alguna manera me daba gusto haber dejado las mentiras atrás; por lo menos ya no vivía aterrada porque Hayden fuera a descubrir la verdad. Había salido a la luz y ahora tenía que afrontar las consecuencias.

Carolyn Rowe me llamó en cuanto las noticias terminaron.

—No estuvo tan mal como pensabas que iba a estar, ¿verdad? —dijo con una alegría que no le quedaba en lo más mínimo.

—La pregunta de Dockery salió como ella quería. Sonó como si yo tuviera algo que ver con su desaparición. Parecí culpable.

—Pero no lo eres. De hecho, pareciste una persona decente que sólo quiere volver a su vida normal. Más gente de la que crees va a identificarse contigo.

—Supongo que un investigador privado sabrá más de eso que la mayoría.

Se rio.

—Lo que me lleva al motivo de mi llamada. Voy a salir de la ciudad unos días para atar un par de cabos sueltos. Pero regreso a principios de la semana que entra y queremos reunirnos contigo, si te parece bien. A lo mejor Hayden y tú también deberían salir de la ciudad, rentar un lugar en la playa o algo. No ha de ir nadie en esta época del año.

Sonaba bien, así que le dije que lo iba a pensar. Sin embargo, cuando colgamos pensé en los kilómetros de playa vacía y deslavada, la apariencia metálica del mar bajo los cielos invernales. Si lo que quería era desolación, mejor me quedaba en casa y me ahorraba el hotel. Por la ventana de mi recámara se veía una matriz interminable de arquitectura repetida, casas comunes para gente común, cuyos juicios después de ver mi entrevista en la televisión seguramente serían tan pobres como la decoración de sus cocinas.

## CAPÍTULO 12

—CREO QUE ENCONTRAMOS ALGUNA INFORMACIÓN que podría ayudar para quitarte de encima a Pritchett —dijo Duane.

Estábamos sentados junto a la ventana en un restaurante de Champs, con vista hacia el parque al aire libre que atravesaba el centro comercial de Southpoint. Había poca gente en la tarde del fin de semana; la mayoría eran vendedores que fumaban sentados en el patio o hablaban por su celular. Un hombre que corría pasó trotando y manoseando su iPod. Horas antes los Rowe fueron a mi casa y nada más verme me dijeron con bastante seriedad que necesitaba salir a tomar aire fresco. No sólo no había ido a la playa el fin de semana, sino que ni siquiera había salido de mi casa; me quedé encerrada viendo películas infantiles con mi hijo. Ninguno de los dos habló mucho y yo me intentaba convencer de que no éramos un cuadro deprimente, pero no podía esperar a que regresara a la escuela el lunes.

Y después, ¡oh sorpresa!: en cuanto se subió al transporte ya lo extrañaba.

Carolyn Rowe se veía tan mal como yo me sentía. Tenía ojeras y la boca demacrada. Llevaba el teñido cabello rubio amarrado como pudo en la nuca y le salían mechales desordenadas por todos lados; parecía agobiada y hecha trizas. Por primera vez pensé que se veía más vieja que yo.

Desdoblé la servilleta de tela, saqué los cubiertos y después la volví a doblar. Los dos me miraban.

—Bueno —pregunté—, ¿y qué información tienen? Duane estaba complacido.

—Ésa es mi chica —dijo. Sacó una laptop de su morral y la encendió. El mesero se acercó y tomó nuestra orden. Duane tecleó algo y volteó la computadora para que yo pudiera ver la pantalla. Había una foto oficial de un hombre robusto con el cráneo rapado que tenía una cara demasiado estrecha por el breve espacio entre la barba partida y la frente arrugada. El hombre miraba directamente a la cámara. Enseguida venía una amplia serie de datos escritos en formularios, eran varias páginas.

Carolyn me sonrió y dijo:

—¿Ya habías visto un registro de antecedentes penales? Negué con la cabeza.

—De hecho, éste es un resumen. Su verdadero registro de antecedentes tardaría una hora en descargarse.

Duane dejó el formulario en la pantalla y abrió otra ventana. Ésta era un documento con puro texto, otra vez, de varias páginas de longitud. Duane fue pasando la información hasta que vi el nombre de Randy. En el pie de página había una fecha, que era del sábado pasado, y dos nombres más. Uno era el de Carolyn.

—¿Quién es Alfred Odom? —pregunté con los ojos entrecerrados, tratando de descifrarlo.

Miré a Carolyn—. ¿Dónde estuviste?

—En San Quentin. Al Odom es el hombre del registro de antecedentes penales que acabas de ver. Está condenado a muerte desde hace nueve años por el asesinato del guardia de seguridad de una tienda departamental, y lo entrevisté dos veces en los últimos días. Fungió como intermediario de un dinero que Pritchett le dio para contratar a un asesino. Odom le pagó a otro prisionero de nombre Lars Lindholm para que matara a Randy.

—Oh. —Apenas me acordaba del nombre de Lindholm, aunque debería haberlo tenido presente: fue la décimo tercera víctima de Randy, el hombre que murió al tratar de asesinarlo. No le habían dado mucha difusión en los medios más allá de la mención que había visto en los resúmenes del noticiero nocturno, que fue lo que me impulsó a contarle la desafortunada mentira a mi hijo—. ¿Viste a Randy mientras estuviste ahí?—Solicité una visita, pero él se negó —Carolyn me miró con cuidado—. Ya sé que debí haberte preguntado antes, pero no quería que te estresaras por eso. De todos modos no pude hacer mucho al haberse negado a mi entrevista. Y como no tengo ninguna prueba de que esté inmiscuido en nuevos crímenes, no hay una investigación legítima de la que pueda alegar que formo parte para obligarlo de alguna manera. Pensé que le gustaría tener compañía, ¿cuánto tiempo lleva condenado a muerte? ¿Seis años? Esos tipos están separados de la población general, así que no tienen mucho tiempo para socializar. Pero a lo mejor escuchó por ahí que hablé con Odom. Las noticias vuelan en prisión.

Miré por la ventana. Un guardia de seguridad holgazaneaba recargado en la pared de Barnes & Noble siguiendo con la mirada a una vendedora alta y ágil que iba pasando.

—¿No te da miedo ir a un lugar como ése? —le pregunté a Carolyn—. ¿No te da miedo por ella? —me dirigí a Duane.

—Me aterra —respondió ella.

—Ésa es la única razón por la que la dejo ir —dijo Duane—. Tiene el instinto de estar alerta. Volviendo a lo nuestro, Pritchett no le pagó directamente a Al Odom, pero él fue el que le dio la tarea a Lindholm, quien estaba esperando la ejecución por haber estrangulado a dos muchachas adolescentes, así que parece que sin querer Randy hizo una cosa buena en su vida. El pago original pasó a través de otro hombre, un guardia de la prisión, antes de llegar a Odom. Él está dispuesto a testificar básicamente porque cree que el guardia se puede meter en problemas. Aparentemente hubo una pelea de algún tipo.

Carolyn continuó.

—Todos se quedaron un tercio del pago, aunque Lindholm no lo supo. Pensó que le estaban dando el cincuenta por ciento. Típica contaduría carcelaria. No abordé al guardia y no creo que haya necesidad. Yo creo que con lo que sabemos va a ser suficiente para que Pritchett desista.

—¿Y qué si este tipo, el tal Odom, inventó todo? —pregunté.

Duane se encogió de hombros.

—De todos modos creo que nos da ventaja. En todo caso mancharía la causa de Pritchett ante la opinión pública. Y aunque tampoco lo puedo probar, creo que usó el dinero de su propia compañía para financiarlo todo. La misma suma que Odom dijo que era el total del pago, estaba enlistada en los libros de contabilidad de Pritchett ese trimestre por concepto de unos refrigeradores móviles que al final resultaron averiados. Y créeme, fue una pérdida sustancial para la compañía.

—¿Consiguieron toda esta información en cinco días? —dije sorprendida.



Carolyn se encogió de hombros haciéndose la avergonzada en actitud de broma:

—Somos muy buenos. Duane frunció el ceño.

—Aún así nada de esto sería suficiente en la corte. Y no querríamos que las cosas llegaran ni siquiera cerca de ese punto; ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía. Duane se había movido subrepticamente por debajo del agua para obtener toda esta información y sólo Dios sabe qué tipo de historia tuvo que inventar Carolyn para cruzar los muros de una cárcel de máxima seguridad. Le pregunté y me dijo que había dicho la verdad todo el tiempo; fue el guardia penitenciario quien le señaló a Odom. Sospechaba que ese convicto había tenido algo que ver en el intento de asesinato de Randy, pero no había podido probarlo.

—Y ese guardia en específico ha tenido muchos problemas con Randy, peleas con otros presos y otros guardias, varios viajes a confinamiento. También mencionó algo más que creo que deberías saber —levantó las cejas hacia Duane y él asintió para que continuara—. El guardia sospecha que Randy sostiene una relación ilegal con alguien fuera de la prisión; leen toda su correspondencia, salvo los intercambios con sus representantes legales, y aparentemente una parte del contenido es algo perturbadora. El guardia no me enseñó ninguna carta, dice que se necesita una orden judicial para retenerlas y hacerles copias, pero el contenido que me describió es impactante, especialmente en lo que concierne a Pritchett y a Lane Dockery. La firma de las cartas es CB Taylor, ¿te suena de algo?

Me encogí de hombros.

—No.

—La dirección es un apartado de correos público. No podemos investigar la identidad de la persona con la que Randy se ha estado comunicando porque también necesitaríamos una orden y por el momento no hay pruebas de que se haya cometido crimen alguno. Pero aparentemente las cartas hacen referencias a «la casa del organizador de fiestas» y «la casa del escritor». Eso fue lo que inclinó al guardia a pensar que podía haber motivos para preocuparse, especialmente después del atentado contra la vida de Randy.

Ambos me veían a la cara mientras pensaba en lo que me acababan de decir.

—Así que Randy les tiene rencor a Pritchett y Dockery. Considerando que uno trató de matarlo y el otro trató de explotarlo, no me sorprende. Randy es, lo que se dice, vengativo —traté de reírme, pero me salió un sonido cortado y tenso.

Duane preguntó:

—¿Y no tienes ni idea de con quién pudiera estar en contacto? Dije que no con la cabeza.

—Ni siquiera me lo imagino. Hay miles de locos por ahí que sienten fascinación por la gente como Randy. Quiero decir, ¿no hay mujeres que buscan tener relaciones con presos que son asesinos y cosas así?

Carolyn asintió indecisa.

—No es para nada tan común como a lo mejor has oído. Aunque es una perspectiva en la que debemos pensar. Detesto la idea de que Randy pudiera haberse conseguido un actor externo que opere en su lugar.

—No se me ocurre nadie que pudiera querer esa tarea —respondí. Sin embargo, dada mi propia experiencia con Pritchett y Dockery, *mi* parte vengativa le deseaba éxito a ese hipotético actor.

Finalmente, Carolyn le prometió al guardia compartir cualquier tipo de información útil

después de consultarlo con su cliente.

—Si te parece bien —agregó.

Dije que sí, pero la verdad es que estaba ausente tratando de comprender la situación.

—Así que Pritchett se gastó todo su dinero en matar a Randy y falló. ¿Y entonces el viejo desgraciado vino tras de mí en su lugar?

—No sólo fue el dinero —dijo Duane—. Odom cree que el viejo llevaba años tratando de reclutar activamente a alguien que cometiera el acto. En la cárcel ha habido rumores de que se ofreció una especie de contrato abiertamente, pero a menos de que el interesado consiga una considerable confianza por parte de la población de reclusos, así que nadie acepta hasta entonces. Hay una gran posibilidad de que sea una trampa. Hubo muchas «obras de buena voluntad» mientras se pactaba el trato, incluyendo una motocicleta nueva para el guardia y trabajo legal de compensación para Odom. No fue fácil. Pero para responder tu pregunta: sí. Fue después del atentado fallido contra la vida de Randy cuando Pritchett contactó a la compañía de mi amigo y trató seriamente de buscarte.

Llegó la comida y los Rowe empezaron como si estuvieran hambrientos. Yo apenas y piqué mi ensalada y me sentí indispuesta. Me había acosado durante dos años. Y viéndose frustrado en su objetivo, tomó sus propias medidas para frustrar mis metas.

Carolyn se cubrió la boca con la mano y eructó, luego se encogió de hombros con gesto infantil. El color le estaba volviendo a las mejillas y me di cuenta de que era alguien en su elemento. Me dijo que en su empleo anterior había sido periodista y supuse que seguramente había sido imponente haciendo su trabajo.

—Pasé un tiempo con el clan de Pritchett mientras estuve allá —dijo después—. En el círculo inmediato del señor Pritchett nadie le tiene mucho cariño y no les preocupa compartirlo con extraños. El clásico nuevo rico y un par de malas relaciones en el árbol familiar es la impresión que me da. Aparentemente hay una historia conocida sobre serios conflictos personales entre Carrie y su papá. Tuvieron una pelea bastante fuerte la noche anterior al asesinato. Un excuñado me dijo que su ex esposa le dijo que Charles fue a confrontar a su hija debido a su estilo de vida. Estaba en su cuarta universidad en cuatro años, es decir que se salía y reinscribía cada año. En su registro judicial contaba con dos arrestos por delitos menores. Así que papá la sentenció: le dijo a Carrie que o se componía o la iba a recortar financieramente. La mayoría de los miembros de la familia coincidieron en que era demasiado «despreocupada», como lo planteó uno de ellos, como para poder mantenerse sola. Fue una pelea fuerte. Él pensaba que sólo estaba siendo estricto; ella pensaba que la estaba desheredando. Sus amigos dijeron que se quedó llorando cuando Pritchett se fue del departamento —Carolyn hizo una pausa, aparentemente se acababa de acordar de que hablábamos de una jovencita muerta—. La siguiente vez que la vio, Randy había estado ahí antes.

Todos nos quedamos en silencio un momento. Duane dijo suavemente:

—Yo me puse en contacto con el editor y el agente de Lane Dockery para tratar de confirmar que estaba trabajando en un libro sobre Randy al momento de desaparecer. No quisieron decirme nada. Me imagino que pensaron que yo trabajaba para otro editor. Pero pude contactar a su hermana, Jeanine, que casi se vuelve loca desde que su hermano desapareció. Está segura de que está muerto y de que tuvo que ver algo sucio. Me dijo que no es común que pase tanto tiempo sin comunicarse. Va a revisar sus cosas en su oficina, me aseguró que conocía su sistema y me va a llamar si descubre algo.

Sólo lo oí a medias. Estaba pensando en Randy. A veces pensaba en lo mucho que se estaban tardando en ejecutarlo. Quería que estuviera muerto y que lo juzgaran y que lo condenaran también en una vida posterior en la que su alma permaneciera intacta, hipersensible e hiperalerta, mientras sus víctimas lo hacían jirones y lo destripaban una y otra vez en tanto que él observaba, impotente, incapaz de dissociarse de lo que sucedía, consciente, sin esperanza de descanso o absolución, mientras ellos se vengaban eternamente.

Lo deseaba en mi corazón, lo exigía. Me imagino que es un pecado rezar por algo así, pero de todos modos lo hacía fervientemente deseando que en algún otro lugar hubiera justicia. Lo poco que había en esta vida parecía estar distribuido arbitrariamente, repartido con maldad y sin tomar en cuenta quién se merecía qué.

—Me da la impresión de que Pritchett no cree en Dios —dije en voz baja cuando el mesero se llevó nuestros platos—. Y tiene que hacer justicia por su propia mano.

—Tiene los recursos —dijo Duane—. La mayoría de las víctimas haría lo mismo si pudiera.

—Ninguno de los otros lo hizo —dije—. Todos hicieron lo mejor que pudieron para seguir adelante. Tengo cierta familiaridad con la negación, chicos. Esta venganza significa que Pritchett ya está condenado. —Los miré a los ojos y dije rápidamente—: Déjenme explicarles. En los años entre el arresto de Randy y ahora, traté de seguir adelante y de construir algo aparte de él, aparte de lo que hizo y de cualquier culpa que yo pudiera compartir. No lo logré por completo, pero mi hijo todavía tiene una oportunidad. Creo que el esfuerzo vale la pena. En el caso de Pritchett, lo que está haciendo demuestra que nunca se zafó de eso, nunca fue libre, nunca lo sacó de su cabeza. Imagínense lo extenuante que ha de ser eso. No queda de otra más que volverse loco después de un rato. Yo no puedo hacerle más daño, nadie puede.

Duane era persistente:

—Ese tipo de gente no se vuelve loca, Nina. *Crece* con ello. ¿No oíste nada de lo que su propia familia piensa de él? El tipo era un idiota antes de convertirse en víctima. No sabría qué hacer si no tuviera un enemigo en quien concentrarse.

Pensé en corregir a Duane y pedirle que me llamara Leigh, pero ¿qué caso tenía? Ya me habían expuesto en los periódicos; me habían descubierto. *Soy libre de ser yo misma otra vez*, pensé con sarcasmo.

—Tú eres una persona muy decente —dijo Carolyn—. Pero él te quiere arruinar la vida.

—Yo soy la única que puede hacer eso.

Se miraron entre ellos y suspiraron. Duane cerró su laptop.

Me disculpé, les di las gracias, pagué la cuenta y salí.

# CAPÍTULO 13

## I

ERA EL 14 DE AGOSTO DE 2000. Sábado. En algún momento entre las nueve de la mañana y la una de la tarde, al abrigo de la poderosa tormenta eléctrica que caía sobre el valle desde la noche anterior, una muchacha de dieciséis años llamada Daphne Snyder fue asesinada en un parque público a menos de ocho kilómetros de nuestra casa. A Daphne le faltaba una semana para empezar el último año de preparatoria. Era una artista gráfica emergente y había diseñado la portada del anuario de su grupo. Andaba con el mismo muchacho desde el segundo año y su plan era reunirse con él en UCLA el siguiente año. En los periódicos, sus ojos eran azul cobalto. El cuerpo fue descubierto hasta la tarde, tirado en el baño público del parque, que era uno de esos edificios pequeños, chaparros y utilitarios con mosaicos verde bosque en el techo y letreros de madera para distinguir el de hombres y el de mujeres. La encontraron unos adolescentes que habían ido a fumar ahí. El parque estaba muy cerca de la calle principal, en el mismo camino por el que Randy se iba a trabajar y por donde yo hacía mis mandados diarios. Montones de carros habían pasado por ahí ese sábado, así que había muchos testigos posibles, de los cuales ninguno había visto nada.

## II

Randy estuvo inquieto y distraído todo el tiempo desde que tuve a Hayden y de eso ya se habían cumplido seis meses. Ahora era él el que me estaba volviendo loca. La mitad del tiempo mi esposo estaba pasmado; tamborileaba con los dedos sobre alguna superficie, se jalaba el pelo, se mordía las uñas; la otra mitad estaba retraído y distante. Apenas podía hacer que me respondiera con monosílabos. Me dije a mí misma que estaba manifestando una reacción de ajuste emocional, que estaba abrumado por la realidad de ser padre y las nuevas necesidades de tiempo y atención que nuestro hijo requería. Por supuesto, la verdad era que había mostrado poca o ninguna intención de ayudar a alimentar, mecer, cambiar o limpiar a nuestro recién nacido. Con excepción de las primeras tres semanas, cuando mi madre estaba para ayudarme, yo lo había hecho casi todo sola.

En este punto ya sabía que no habían sido las hormonas las que me alteraron durante el embarazo. Sabía que no era depresión postparto lo que me mantenía tan vigilante con Hayden, así como el no poder confiar en que lo cuidara él, incluso si hubiera tenido deseos. Me lo imaginaba cargando al bebé cuando yo acabara de decir algo que le molestara y lo veía estrellando el suave cráneo de Hayden contra la primera esquina puntiaguda que encontrara. Era absurdo, pero no me podía sacar esa idea de la cabeza.

En realidad, desde la primera vez que vi que Randy acunaba al bebé en sus brazos en la sala de parto, algo dentro de mí se había endurecido y solidificado. Tres semanas después, luego de que mi madre se fue, me di cuenta de que me daba miedo estar a solas con mi propio esposo. Nos había evitado durante casi todo el tiempo que mi mamá estuvo con nosotros. Ella había hecho un comentario tras otro, un inventario interminable de desaprobaciones: «¿Por qué no carga al bebé más seguido? ¿Por qué todo el tiempo parece enojado? Es como si apenas soportara estar con su propio hijo». Las excusas que le daba a mi mamá se convirtieron en las que me daba a mí misma.

Más tarde, la primera noche después de que mi mamá se fue, me desperté de una siesta que había hecho hasta bastante tarde y vi que Randy estaba sentado del otro lado de la recámara, cargando a Hayden y mirándome con una expresión casi amenazante, un gesto hambriento que hizo que sintiera frío hasta los huesos. Todavía tenía los párpados pesados y Randy no se había dado cuenta de que estaba despertando, así que vi que le estaba susurrando algo a Hayden, pero no entendí qué le decía. Sólo vi su mirada, que transmitía un sentido de absoluta propiedad, más de avaricia que de orgullo, más marcial que paternal. Hayden parecía demasiado pequeño y los antebrazos de Randy eran demasiado gruesos y duros, incapaces de sostener algo tan delicado sin aplastarlo. Hice como si acabara de despertarme, bostecé y me estiré. Randy compuso su cara rápidamente; yo compuse la mía.

### III

La mañana del 14 de agosto salió de la casa al amanecer sin haberse bañado siquiera. Nunca iba a ningún lado sin bañarse. Por las sábanas arrugadas de su lado de la cama, me di cuenta de que apenas había dormido. Dijo que tenía que hacer unos pendientes, pero se fue antes de que pudiera preguntarle a dónde iba. Yo tenía un terrible dolor de cabeza, me sentía como si hubiera dormido demasiado profundamente. Tenía los pensamientos confusos y no empecé a preguntarme la razón de que se hubiera ido tan rápido hasta después de bañarme y tomarme la segunda taza de café. Le di de comer a Hayden y lo acosté en su cuna para que tomara una siesta. Luego me aseguré de llevar el monitor del bebé en la bolsa al bajar las escaleras.

Antes de dejar el vaso de agua que había traído de mi mesita de noche en el fregadero, me descubrí a mí misma estudiándolo detenidamente, sosteniéndolo a contraluz, dándole vueltas. Randy me lo había subido la noche anterior. Y de pronto me di cuenta de que estaba buscando residuos de algo y pensé: «¿Residuos de qué? ¿Sabrías *de qué* si los encontraras? ¿De verdad crees que tu esposo está envenenándose? Y si es así, si de verdad tienes esas fantasías sórdidas, ¿no crees que es momento de buscar ayuda psicológica profesional?».

Randy regresó temprano por la tarde, no mucho después de la hora de comer. Yo había preparado un par de sándwiches de atún tostados y estaba a punto de decirle que agarrara uno de la barra de la cocina, cuando vi su aspecto. Llevaba puesto su impermeable con gorra azul oscuro, pero su ropa estaba húmeda hasta los pies e iba escurriendo agua en el piso del recibidor. Sus botas chirriaron cuando pasó enfrente de mí sin verme, encaminándose a las escaleras sin dirigirme ni una sola palabra.

—¡Estás dejando lodo por todas partes! —le grité. Oí lo chillón de mi voz, pero no me importó. Durante los últimos cinco meses me había convertido en una especie de bruja; era mi único mecanismo de defensa contra su indiferencia nerviosa. No respondió. Oí que una puerta se azotaba y que abría la regadera. Alcé las manos de desesperación, recordé que estaba sola y las dejé caer. Fui al pie de la escalera a inspeccionar el desastre y de verdad era peor de lo que pensaba. Había montoncitos de pasto húmedo, hojas embarradas y pegoteosas, y montones de mugre embarrados por toda la escalera hasta el segundo piso.

—¡Carajo, Randy!

Subí las escaleras furiosa, deteniéndome sólo para echarle un ojo al cuarto de Hayden —que estaba despierto pero tranquilo, mirando el móvil espacial que giraba en el aire sobre su cuna—, antes de seguir las pisadas enlodadas hasta nuestra recámara. La puerta del baño estaba cerrada y se oía el ruido del agua que caía a toda presión. Ya sabía que me la estaba buscando cuando abrí la puerta —porque los insultos más hirientes de Randy eran cuando me entrometía en su «espacio personal»—, pero era obvio que me iba a pasar horas limpiando la alfombra, así que no estaba pensando con claridad.

El baño era una pared de vapor. Su ropa estaba en el piso en un bonche desordenado y mientras estuve ahí parada contemplándola, él me gritó desde atrás de la cortina de la regadera que me saliera y remató con un: «¡Salgo en un minuto!» y entonces me di cuenta del estado de su ropa. No sólo era lodo lo que estaba adherido a su ropa: también había sangre. La reconocí de

inmediato, unas largas manchas decoloradas en los pantalones de mezclilla y la playera que traía puesta. Alcé la playera, hipnotizada, y todos los consejos iracundos que había pensado decirle con respecto a su falta de limpieza se me quedaron atorados en la garganta. La playera había sido azul cielo, con botones, de algodón ligero, y para ese momento estaba manchada de lodo y con manchas carmesíes que se mezclaban por la humedad. Podía percibir el olor, ese aroma rancio y ferroso.

Abrió bruscamente la cortina de la regadera y agarró una toalla del estante. Retrocedí con la playera en las manos. Cuando me di cuenta de que todavía la tenía, la tiré rápidamente al suelo. El vapor lo inundaba todo a mi alrededor cuando me paré en la puerta del baño. Randy se estaba secando con furia y vi que la toalla misma se teñía de rojo. Estaba sangrando de una rajada larga que tenía en el cachete derecho y de otra del brazo izquierdo. Se apretó la toalla contra el cachete y me dijo en voz baja:

—Salte. Te cuento todo en un minuto, si me permites cinco pinches segundos para secarme primero.

Me salí y él cerró la puerta detrás de mí. Atravesé el pasillo aturdida y me paré junto a la cuna de Hayden sin pensar en nada, bloqueando cualquier pensamiento que me pasara por la cabeza. Me dije a mí misma que estaba muy asustada porque me preocupaba el bienestar de Randy. Me dije a mí misma que me preocupaba que estuviera herido de gravedad.

—Me metí en un pleito con un pendejo en el Home Depot —dijo desde el pasillo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Se había puesto unos shorts y una playera, y presionaba un montón de papel contra la herida del brazo. Cerré el cuarto del bebé detrás de mí y le señalé que fuéramos abajo. Randy pasó primero y me pidió que bajara unas vendas del closet del pasillo.

Mientras le envolvía el brazo con algodón y gasa, me contó que los imbéciles de Home Depot habían hecho mal su inventario y ya sólo les quedaban un par de bolsas de abono —aparentemente había salido tempranísimo bajo la lluvia y sin bañarse para comprar... abono— y que este otro pendejo —«Parecía de esos chupapitos que andan en un Volvo, ya sabes de qué tipo hablo»— había tratado de arrebatarse a Randy su derecho sobre las bolsas que quedaban. Se habían hecho de palabras y las cosas subieron de tono.

—Nos pusimos a pelear justo en medio del área de jardinería —dijo Randy haciendo un gesto de dolor cuando le froté un algodón empapado de alcohol contra la herida del cachete—. Probablemente fuera algo bueno que el vendedor nos dijera que iba a llamar a la policía o de verdad que le hubiera puesto una buena madriza. Así como estuvo, creo que le rompí la nariz.

Abrí un par de curitas.

—A lo mejor necesitas puntadas. —La herida del cachete era tan profunda que no dejaba de sangrar y me mareaba verla. Tragué saliva y le di las curitas—. Póntelas tú. Si no puedes controlar mejor tu ira, a lo mejor tengas que...

—¿Qué? —La voz se le había vuelto fría mientras agarraba con cuidado las curitas de mis dedos—. ¿Tenga que qué?

—Yo creo que tienes que ver a alguien, pedir ayuda, tal vez.

Gruñó y se paró frente al espejo del recibidor para pegarse las curitas descuidadamente sobre la rajada.

—Eres tan predecible —comenzó. El resentimiento se percibía en cada palabra —. Me meto en una pelea que otro pendejo empezó, una pelea en la que yo sólo me estaba defendiendo, y tú asumes automáticamente que todo fue por mi culpa. No voy a permitir que cualquier imbécil me empuje en una tienda, y tampoco voy a permitir que tú me sermonees en la casa.

Traté de mantener mi discurso firme.

—Randy, ahora tenemos un hijo. ¿Qué pasaría si viene la policía? ¿Qué pasaría si la gente de Home Depot apuntara tu placa y te siguiera hasta acá? ¿Qué pasaría si te denunciaran por agresión?

—¡Pero yo no empecé!

—Eso no le va a importar a la policía. ¿Qué pasaría si te acusan por eso y luego se lo hicieran saber a los de recursos humanos en tu trabajo? ¿Y qué si deciden que la próxima vez que haya despidos y quieran deshacerse de los excesos financieros utilizan cualquier excusa que les hubieran dado? ¿No crees que se desharían de ti primero? Ahora que yo no estoy aportando ningún ingreso y que tenemos la casa y el bebé, no podemos darnos el lujo de que te quedes sin trabajo o tengas cualquier problema legal. Eso es lo que yo digo. —Se me ocurrió fugazmente lo absurdo que era este argumento tomando en cuenta que yo sabía que el altercado en el Home Depot era mentira.



Pero si no seguía hablando podía ponerme a pensar...

Se me quedó viendo un rato y luego respiró profundamente.

—Eres increíble, carajo. Voy a salir.

Azó la puerta de atrás. Fui a pararme a la cocina, viéndolo por la ventana mientras caminaba a su cobertizo. La lluvia había cedido un poco, pero volvió a mojarse por completo otra vez en lo que se peleaba con las llaves para poder entrar. Finalmente consiguió sacarlas y abrió el candado; gotas plateadas pasaban a su lado. Volteó hacia la casa y, aunque no le podía ver los ojos porque tenía el pelo pegado a la cara, sentí como si me estuviera apuntando. Después desapareció dentro del cobertizo.

Unos minutos después subí otra vez al cuarto del bebé. Me pareció que me quedé ahí durante horas, acariciándole la cara y el fino cabello, viendo que los ojos que había sacado de su padre me devolvían la mirada.

## IV

Randy no volvió hasta que ya casi estaba oscuro. Nos sentamos en la sala en silencio y ambos comimos mecánicamente una pizza congelada que yo había calentado. Le dije que quería ver las noticias de las diez para saber si el clima se iba a despejar; de ser así, estaba pensando en llevar a Hayden al parque para que tomara aire fresco. Randy empezó a pelear inmediatamente argumentando que él quería ver un partido de beisbol. Nunca antes había mostrado interés por ese deporte. Pensé que estaba de necio para castigarme por haber sido inquisitiva o juiciosa o irritante o de cualquier otro modo que él pensara que hubiera sido antes, cuando le estaba limpiando las heridas. Como sabía que no podía soportar otra pelea, simplemente agarré mi plato y me subí a encender la tele en nuestra recámara.

La noticia principal en los canales locales era el asesinato brutal de una muchacha de preparatoria de la zona, Daphne Snyder. La policía todavía no había dado muchos detalles, pero reconocí el parque de las imágenes: era a donde pensaba llevar a Hayden en la mañana. Las cámaras hicieron un paneo de los columpios, el gimnasio al aire libre y las bancas de las canchas de softball. Los periodistas estaban parados frente al edificio feo y gris donde habían encontrado el cuerpo de la muchacha. Yo había ido a ese baño y ahora lo veía en mi mente; los mosaicos mugrientos y los focos tan sucios que uno sentía que estaba debajo del agua mientras se sostenía para no sentarse en la taza. Qué lugar tan solitario para morir. Miré la televisión mientras pasaban una foto del anuario de Daphne, que le habían tomado la primavera pasada en su baile de graduación de la secundaria, y la presentadora leía más detalles de su breve vida. Había sido una muchacha bonita con el cabello peinado y planchado para la gran noche, pero era notorio que se hubiera visto igual de bien con una cola de caballo más natural. Tenía una cara franca con una sonrisa generosa y triste, como si supiera que algo se cernía en el horizonte. O a lo mejor era sólo que el muchacho con el que iba se había emborrachado y se comportaba estúpidamente. Nunca lo sabría.

Un tío suyo habló con los periodistas desde el porche de la casa de la familia y dijo que los padres de la muchacha no estaban en condiciones de responder preguntas, aunque agradecían los pensamientos y rezos de las demás personas. Hubo un matiz de hostilidad en la voz del hombre cuando le preguntaron qué habría que hacerle al culpable si lo atrapaban. El tío se negó a entrar en detalles: «Porque soy cristiano, pero Dios va a juzgar a este monstruo». Se le cortó la voz y el canal que estaba viendo cambió a una rueda de prensa improvisada en la estación de policía. El oficial que conducía la sesión de preguntas y respuestas evitó una pregunta sobre si el asesinato estaría relacionado con otros homicidios: «Hay un *modus operandi* similar al de otros crímenes, pero en realidad es lo único que puedo decir por ahora».

Cuando despegué la mirada de la tele, vi que Randy estaba parado en la puerta de nuestra recámara con los brazos cruzados, mirando. Me sobresalté un poco y él me miró con una sonrisa comprensiva. Parecía tener más emociones reales de las que había tenido en mucho, mucho tiempo. Habló con paciencia y bondad:

—Entonces, ¿dijeron si va a llover mañana? Porque yo podría sacar a Hayden si quieres. He sido un flojo con él y a lo mejor te caería bien un tiempo para ti misma.

—No, está bien. Deberías ir al doctor...

Pero él siguió hablando como si yo no hubiera dicho nada. A lo mejor estaba tan acostumbrado que ya no se daba cuenta cuando hacía esto.

—Sí, me lo voy a llevar a primera hora de la mañana para que tú puedas quedarte a dormir. Regresaremos en la tarde y entonces tú y yo podremos hablar. Ahora, vamos a dormir.

—

A lo mejor él durmió. Al principio yo sé que yo no. Una vez que la respiración de Randy empezó a ser regular, me levanté y fui al cuarto de Hayden pensando únicamente en subirlo al coche y manejar lo más lejos posible, lo más rápido posible antes de llamar a la policía. Pero cuando ya tenía a mi hijo acunado en mis brazos, Randy estaba en el pasillo, cerrándome el paso. Me dijo:

—No puedo dormir, así que voy a bajar a ver unas películas, ¿quieres venir?

Le dije que no. Regresé a la recámara con Hayden en brazos y me senté en la cama temblando. Randy subió con un vaso de agua para mí y se quedó parado viéndome hasta que me lo tomé todo. No sabía qué otra cosa podía hacer. No podía dejar de ver sus enormes brazos y las fibrosas venas del dorso de sus manos... Bebí y, un momento después, me quedé dormida. Lo último que sentí fue lo débiles que se habían vuelto mis propios brazos y cómo no pude resistirme en lo absoluto cuando Randy retiró suavemente a Hayden de mis brazos.

# CAPÍTULO 14

## I

ME DESPERTÉ DE REPENTE, A PLENA LUZ DEL DÍA. Era la mañana siguiente, el primer día en que la familia de Daphne Snyder se despertaría con la certeza de que ella se había ido para siempre. Me senté en la cama a la velocidad del rayo, jadeando, y sentí un dolor de cabeza como diez veces más pesado que la peor resaca que pudiera recordar. La luz que pasaba a través de las cortinas era tan intensa que apenas podía ver. Había un silencio absoluto, la casa se sentía abandonada.

—Ay, no —gemí mientras empujaba las piernas al borde de la cama. Tuve que sostenerme de la pared para ir tambaleándome al cuarto del bebé. Estaba vacío.

Abajo me sentí tan mareada y con tantas náuseas que casi no llego al lavabo antes de vomitar. No sabía qué me había dado Randy, pero era más potente que un sedante normal. Vomitar me ayudó a aclarar mi mente, pero no enfocó mi vista borrosa; los límites de todas las cosas se estremecían como la luz del sol sobre el hielo. Después de que me limpié las lágrimas de los ojos, vi la nota que estaba sobre la tabla de picar en la cocina.

«Amor», la había dirigido a mí, «salí con Hayden a que tomara un poco de aire fresco y para arreglar unos negocios pendientes. Regreso al rato, en la tarde. Llámame si quieres hablar antes. Te quiere, Randy».

Y encima de la nota estaba la llave de su cobertizo como pisapapeles.

No llevaba ninguna etiqueta y no creo que yo hubiera podido distinguirla de las otras que llevaba en su llavero. Pero ahí, donde estaba, no tuve la menor duda de que era la del cobertizo.

Estuve a punto de llamar a la policía en ese mismo momento. Debí hacerlo. Debí llamarles el día anterior en cuanto se arrastró escaleras arriba, ensangrentado y mojado. Cuando contestara el operador o emisor —o como sea que se llamen esas personas—, podría haber dicho: «No sé si esto va a tener sentido para ustedes: digamos, en caso de que hubieran matado a una muchacha cerca de mi casa recientemente, que mi marido...».

Técnicamente ni siquiera habría tenido que llamar al 911, porque conocíamos a un policía: Todd Cline. Él todavía vivía en nuestro antiguo vecindario; fue el que nos soltó los perturbadores detalles del caso de la familia Renault después de su asesinato unos años antes. Aunque nosotros nos habíamos mudado, todavía íbamos a la misma iglesia, aunque con mucha menos frecuencia, y ahí nos encontrábamos a Todd y a su familia. Todd Cline, con su imprescindible bigote de policía, el pecho amplio y su manera suave de hablar. Todd Cline, quien nos contó que Trudi y Dominique Renault habían sufrido mucho a manos de su asesino, que les había hecho cosas horribles en los ojos... Los Renault. *Ay, Dios mío, Randy, no.* No pude llamar a la policía la noche anterior después de ver las noticias, porque para entonces estaba sobre mí como un guardaespaldas.

Seguramente habría intervenido si me hubiera encontrado hojeando el directorio de la iglesia frenéticamente en busca del número de teléfono de Todd Cline. Pero pude haber peleado, hubiera podido no beberme el vaso que él me ofreció y enterrarle un cuchillo de cocina, hubiera agarrado a mi hijo y manejado todo el camino hasta Oregon...

Ahora era demasiado tarde. Tomé la llave y enseguida la solté; tenía los dedos entumidos. Efectos secundarios que quedaban de —*dilo, ahora lo sabes, tú lo sabes*— cualquier droga que mi esposo me hubiera dado. El sonido de la llave al chocar contra la barra de la cocina era desproporcionadamente enorme en nuestra casa vacía, y me pasó un rayo de adrenalina a través del cuerpo. Agarré la llave y la mantuve en mi puño mientras leía la carta otra vez. Abrí la palma. Me di cuenta de que, por primera vez en años, mi esposo estaba tratando de hablar conmigo. Estaba tratando de tener una conversación significativa.

## II

El patio todavía estaba húmedo por las tormentas del día anterior, pero el cielo estaba despejado y el pasto brillaba como un jardín de diamantes a la luz de la mañana. Unos pájaros se amontonaban alrededor del bebedero; alzaron el vuelo y planearon en pequeñas órbitas cuando pasé a su lado camino al cobertizo. Todo el mundo parecía tan entumido como mis extremidades hormigueantes. Sólo me tomó veinte pasos llegar al cobertizo, y pensé que siempre había sentido que se abría un abismo entre las dos estructuras. El mundo de Randy y el mundo que compartíamos. Ahora, él por fin se iba a abrir conmigo.

Era una bodega típica de tres por tres que levantaron entre dos muchachos de la tienda de herramientas que trajeron todo el kit en una camioneta. Era toda de madera revestida y tenía dos ventanitas a cada lado, con el cristal empapelado desde dentro. En todo el tiempo que llevábamos viviendo en la nueva casa, nunca había puesto un pie ahí. Respetaba su privacidad, su necesidad de pasar tiempo solo. Con frecuencia él me recordaba lo importante que era para su paz mental. Puse la llave en el candado y esperé por última vez que estuviera equivocada, a lo mejor simplemente era por su trabajo que se volvió tan retraído, a lo mejor de verdad le surgió repentinamente el interés de estar a solas con su hijo, a lo mejor... Pero entró perfectamente, casi sin rozar, y el candado cedió. Lo dejé en el pasto, giré la perilla y la puerta se abrió.

Adentro estaba oscuro. La luz del día apenas penetraba la capa de papel que les había puesto a las ventanas, y tuve que buscar el interruptor con torpeza. Una luz se encendió en el techo, un foco desnudo que llenó el espacio con un resplandor amarillento que de alguna manera todavía dejaba lugar para las sombras. Olía raro ahí adentro, pero no pude identificar el dolor de inmediato. Algo químico... La luz no conseguía que el cuarto se sintiera menos enclaustrado. Sólo había una silla de rueditas en medio de las placas de triplay que formaban el piso. La puse a un lado para poder moverme por todas partes. Dejé la puerta abierta de par en par y miraba hacia ella constantemente, en parte porque temía que Randy saliera corriendo por la puerta trasera de nuestra casa con un cuchillo al estilo de Barba Azul.

Nada era abiertamente perturbador. Había dos archiveros grandes con cajones, de madera rubia y sin terminar y con agarraderas de metal alineados contra cada pared, y un closet o gabinete de tamaño completo en la pared del fondo. Una especie de foto o dibujo estaba agarrado con una tachuela a las puertas dobles, pero lo ignoré por el momento, porque me daba miedo asimilar demasiado de una vez. Abrí el primer cajón que estaba a mi izquierda y el aliento se me quedó atorado en la garganta. El cajón estaba lleno de municiones, cajas y cajas de balas de diferente calibre. Levanté una y leí: «REMINGTON .357 PUNTA HUECA/50 PUNTOS». En el siguiente cajón abajo, estaban las pistolas correspondientes, seis en total, todas enfundadas en piel. No reconocí el calibre o las marcas, sólo su horrible apariencia negra. Randy me había dicho que iba a tirar con algunos compañeros de trabajo de vez en cuando. Nunca me había dicho que tuviera una pistola. El siguiente cajón tenía cuchillos, también con cubiertas de piel, tan pulidas y engrasadas que se sentían blandas al tacto. Saqué unos cuantos. A Randy le gustaba la variedad: había uno con la hoja larga y dentada; otro era más corto y con un gancho al final; uno más era ancho de un lado y plano del otro, lo suficientemente afilado como para cortar la madera cuando lo deposité

suavemente en la barra. Regresé los cuchillos a su lugar. En otros cajones había otras herramientas que no reconocí: una especie de ventosa y un utensilio plateado que parecía pertenecer a la mesa de un cirujano; rollos de cinta de aislar; un aparato manual que tenía una pantallita y el logo de GPS; una caja de guantes de hule y una red para el cabello; y finalmente rollos de cuerda gruesa, amarrados con fuerza y dispuestos en montones simétricos.

Me regresaron las náuseas. Seguía mirando hacia atrás, a la puerta abierta, que parecía a kilómetros de distancia aunque sólo estuviera a pocos metros.

Del otro lado del cuarto, en el primer cajón que abrí, había documentos organizados ordenadamente en fundas laminadas. Tomé una licencia de conducir de Wisconsin con la foto de Randy. Decía que se llamaba Gerald Hamby. Otra identificación, de Delaware, era de Wilson Hamby. Seguí escarbando y encontrando más: pasaportes, tarjetas bancarias, tarjetas de crédito, todas con nombres falsos. Me pregunté si las tarjetas eran válidas, si había un respaldo económico detrás de ellas. (En el juicio se reveló que tenía varios miles de dólares en cada cuenta.) Randy siempre había sido un asiduo ahorrador, así que probablemente tenía dinero de sobra. Empezaba a comprender por qué nunca me dejaba participar en las finanzas familiares. Toda su mierda machista de que era la «responsabilidad del hombre» era justamente para eso, pero en realidad nunca se lo discutí. Siempre estuve un poco agradecida de no tener que lidiar con ese aspecto de nuestras vidas.

Después vi un folder con mis iniciales. Lo abrí y se escurrieron más tarjetas hacia el cajón. Una foto mía me miraba desde otra identificación de Delaware; la misma foto que aparecía en mi licencia de California, salvo que Randy me había cambiado el nombre a Debra Hamby. Revisé las tarjetas y documentos que faltaban hasta que todos quedaron revueltos sobre la barra.

El inventario final: cinco identificaciones diferentes para él, tres para mí. Éramos los Hamby o los Johnson. Yo era Debra o Darlene. Había un pasaporte a nombre de Darlene Johnson con la misma foto de los otros documentos. Tragué saliva y pensé con claridad, como si me hablaran en voz alta dentro de mi cabeza: «Él piensa que vas a estar de acuerdo con todo esto. Cree que le vas a seguir la corriente. Ha de pensar que ya sospechabas algo». Mi reacción inmediata, completamente defensiva, sólo para no arrancarme en pelo de la cabeza, fue encabronarme. El hijoputa de verdad se había convencido de que iba a seguirlo en cualquier tipo de vida secreta que llevara, como si fuera algo que hiciera todo el mundo, una humana indiscreción como las indulgencias de nuestros vecinos, como el gusto de Felicity Conrad por el percocet, o el amorío de Dan Youngblood. Todo el mundo se sabía estos cotilleos, todas las mujeres del vecindario chismorreaban al respecto cuando Felicity o Dan no estaban presentes. Ese tipo de tropiezos se aceptaban como el precio natural por una vida normal, una superficie serena con tiburones rondando debajo. Nuestro vecindario podía asimilar los tiburones.

Pero cuando empecé a comprender que Randy me tenía en un concepto tan bajo que me veía tan sólo como una facilitadora, una poca cosa que no pondría reparos una vez que confiara en mí, fue como si me hubiera golpeado en la cara. A lo mejor pensaba que con un poco de paciencia y explicaciones podría hacerme ver que la situación no era tan perversa después de todo, que no era tan terrorífica como me lo había imaginado...

¿Y qué era exactamente lo despreciable? Todavía no sabía nada más allá del hecho de que mi marido era un fanático de las armas con un montón de documentos falsos almacenados detrás de nuestra casa. No había visto pruebas de nada más.



Devolví los documentos al cajón, arreglándolos lo mejor que pude según como recordé que estaban. Aún faltaba el gabinete del tamaño de la pared que estaba al fondo del cobertizo. Conforme me acercaba, el dibujo pegado a la puerta doble se fue haciendo más claro y se me cortó el aliento otra vez. Era uno de los dibujos de Randy, uno muy parecido al que había hecho de mí cuando empezamos a salir hacía mil años: rudimentario y tosco, con líneas y sombras a lápiz. Pero este dibujo era de un niño que parecía estar entre los principios o mediados de la adolescencia. El chico tenía una bola de pelo que hacía que pareciera un maniquí, algo falso y artificial, con una boca torcida de labios finos, cachetes regordetes y cejas pobladas, como si hubiera capturado su imagen en un momento de confusa autorreflexión. Y luego estaban los ojos, de alguna manera apartados del espectador, entrecerrados con un gesto que podría ser de expectación o de un placer secreto, pero corrupto. Sin colores no había forma de distinguirlos de cualquier otro par de ojos, excepto por esa expresión maléfica. No reconocí para nada al niño, pero luego empecé a pensar en eso y la respuesta vino a mi mente aunque me resistía a sus implicaciones. Había visto ojos que llevaban esa mirada antes; de hecho, se la había visto a mi esposo el día anterior. Era *su* apariencia secreta, *su* pesada maldad, *su* proyección, él mismo de joven. Después tuve una sospecha aun peor: a lo mejor estaba equivocada y era como él quería que *Hayden* fuera alguna vez. Quizá era nuestro hijo, una infeliz visión del futuro atrapada en la sombra oscura de su padre.

Abrí las puertas dobles jalándolas hacia mí y todo se vino abajo.

### III

Una hora después caminaba por el patio de un lado a otro, mascullando para mí misma sólo para oír algo de ruido, esencialmente para no volverme loca. Cuando Todd Cline, el policía que era nuestro vecino, salió del cobertizo después de estar dentro sólo unos cuantos minutos, me dijo:

—Tengo que pedir refuerzos y necesito obtener una orden de arresto.

—No puedes —le dije—. Ya sabes que tiene a Hayden. Me lo prometiste.

Trató de sonreírme con amabilidad, pero estaba pálido. El policía veterano estaba perturbado.

—Te di el avión porque primero quería ver por mí mismo de qué estabas hablando. En serio, Nina, tenemos que manejar esta situación ahora mismo.

Apenas recordaba haber salido del cobertizo después de ver el gabinete de Randy, primero tropezándome y después corriendo hacia la casa a través del patio. Podía recordar imágenes vagas de mí hojeando el directorio de la iglesia hasta que encontré su número. ¿Qué le había dicho? De eso no me acordaba, sólo de lo aliviada que me sentía de que estuviera en la casa. Me parecía que me había dicho algo de que su familia usualmente salía a comer los domingos, pero ese día no habían ido porque a una de sus hijas le dolía el estómago.

El tiempo que transcurrió entre que colgué y él llegó estaba claro como el cristal en mi memoria. Hasta ese momento, habían sido los peores veinte minutos de mi vida.

Cline reflexionó un momento y continuó:

—Nina, no sé qué decirte. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestro poder por asegurar el bienestar de Hayden, pero primero tenemos que localizar a Randy y poner tantos hombres tras él como podamos. ¿Puedes llamarle para saber dónde está?

—Le puedo llamar, pero no sabemos si nos va a decir la verdad. Hasta donde sé, podría estar observándonos ahora mismo.

—Ya se me había ocurrido —admitió Cline. Me tomó del codo y me dirigió de vuelta a la casa dejando la puerta del cobertizo abierta—. Pero mira, en serio, tengo que reportar esto. Le voy a explicar la situación a mi jefe y vamos a involucrar más gente.

Así que me quedé ahí parada, sintiéndome, literalmente, al borde del colapso, como si los tejidos que mantenían mi cuerpo conectado pudieran soltarse de sus amarres y fuera a quedar reducida a una pila de vísceras tambaleantes en el piso bien trapeado y pulido de mi cocina. Cline llamó a la estación por su celular y habló con cierta urgencia. Después de un minuto más o menos, me pidió que llamara a Randy—. Necesito que nos des permiso para rastrear la llamada. Si está en el celular, a lo mejor podemos localizarlo, aunque sólo sea en general. ¿Crees que puedas hablar con él sin que se dé cuenta de que estoy aquí? —me preguntó con seriedad—. Tengo que estar seguro de que puedas.

No estaba segura para nada, pero tenía que saber dónde estaba Hayden... y eso era todo lo que mi mente me permitía saber. Llamé por el teléfono de la casa y Randy contestó al segundo timbrado. Cline se acercó a mi oreja y yo viré el teléfono un poco para que pudiera oír.

Parecía que estaba sonriendo al hablar:

—¿Cómo ha estado tu mañana, Nina?

—Me siento como si estuviera cruda. ¿Dónde están, chicos? —mi voz sonaba

sorprendentemente firme.

—Bueno, pues como el parque que está cerca de la casa estaba acordonado con cinta de la policía, traje a Hayden al parque Wesley, cerca de los edificios de City Center. ¿Ya sabes dónde?

—Sonaba tranquilo y alegre como si no me hubiera dejado la llave, como si no tuviera a Hayden como moneda de cambio.

—He ido una o dos veces —sentí que la garganta se me cerraba y tragué saliva rápidamente—. ¿Y cómo está el pequeñín?

—Está bien. Está sentado en el asiento junto a mí.

—Entonces, ¿ya se fueron del parque?

—Estamos en el carro. ¿Quieres que vayamos a la casa, Nina?

Por un momento no le entendí. Todd Cline sostenía su celular y giraba el dedo índice indicándome que siguiera hablando. Improvisé:

—Estoy lista para hablar, si a eso te refieres.

—Desde hace mucho que quería hablar contigo, amor. Me llevé una mano a la frente y sentí que el sudor se condensaba.

—¿Creías que no podías confiar en mí?

La pausa duró más de lo que me hubiera gustado, pero ahora Cline me estaba dando la señal de que estaba bien. Randy dijo:

—Es algo bastante fuerte. Todavía no estoy seguro de que me hayas entendido.

—Lo único que sé es que quiero que regresen —dije.

—En cuarenta y cinco minutos.

—¿Tanto?

—No lo vas a sentir. Y, ¿amor? Gracias. —Colgó. Dejé el teléfono y dije.

—Dios mío, va a matar a Hayden, ¿verdad?

Todd Cline me dio unas palmaditas raras en el brazo.

—No creo. En la central lograron localizar la señal y dicen que está como a media hora de distancia. No hasta City Center, pero lo suficientemente lejos como para que podamos prepararnos. Yo voy al frente a encontrarme con los demás. De todos modos me voy a quedar en donde puedas verme y te voy a decir cómo debes manejar las cosas antes de que llegue. Vamos a contemplar distintos escenarios posibles, ¿de acuerdo?

Dije que sí con la cabeza, tambaleándome en todo el sentido de la palabra.

Volvió a tocarme, esta vez para pararme en firme. Me recargó contra la barra de la cocina y dijo:

—Hiciste bien en llamarme. Es posible que le hayas salvado la vida a alguien, posiblemente a más de uno.

—Tú entraste —dije, incapaz de evitar acercarme a él y agarrarlo de la camisa; necesitaba un anclaje físico—. ¿Eso es lo que yo creo? ¿Lo que estaba en la caja de Petri o como se llame?

Él dudó, luego asintió.

—Se parecía a los que he visto. Es difícil saber cuando no están conectados con nada.

Yo sólo retenía flashazos de imágenes. Si trataba de concentrarme en ellas, cosa que de verdad no quería hacer, aunque mi mente seguía dando vueltas en el pasado, sólo encontraba fragmentos, no tenía sentido del todo. Recordaba el dibujo del muchacho adolescente. Recordaba haber abierto el gabinete. Había un monitor de computadora, negro y en silencio, y el teclado estaba

debajo, en una repisa deslizante. Las paredes internas del gabinete estaban empapeladas con fotos a color: a veces partes aisladas de una cara o un cuerpo —una barba cortada, el diente ensangrentado de alguien, un músculo estirado y expuesto; otras fotos mostraban escenas que parecían poses, casi cuadros, cuerpos desgarrados y carne colgante sobre un piso de madera pulido, o sobre sábanas impregnadas de sangre. Se parecían a las fotos que salían en los libros de crímenes reales que leía cuando estaba embarazada, salvo que ninguna parte estaba borrosa o pixeleada; esta vez veía las caras ligadas a la carne violentada. Las cuencas de los ojos vacías. Las cuencas con objetos insertados en donde habían estado los ojos; geodas lisas, dados volteados hacia el seis, resortes chiquitos, incluso había uno en donde el bulbo de alguna flor emergía de donde antes había habido un ojo.

Cuando choqué por la espalda con la silla, casi grito. Me di cuenta de que tenía la mano sobre la boca. Siempre había creído que era un gesto excesivamente teatral, algo que sólo se veía en las películas, pero en el cobertizo me di cuenta de que era completamente involuntario, como si mi cuerpo evitara respirar algo, alguna contaminación que, si no era inmediatamente letal, de seguro me condenaría a una vida de cuarentena. Afuera, los pájaros cantaban con furiosa cacofonía, sonaban como si se hubieran vuelto salvajes y estuvieran despedazándose entre ellos, sus garras afiladas y ganchudas sacaban plumas, picos y ojillos negros de pájaro. Aleteos. Después de que eché la silla a un lado, llegué a la puerta y empecé a correr. Tenía que encontrar el teléfono, tenía que llamar a alguien.

Porque no sólo había fotografías. Junto a la computadora había un plato de cristal poco profundo, a lo mejor de ocho centímetros de profundidad, lleno a medias de un líquido lechoso. Un par de hemostatos de acero inoxidable se salía por un borde. Agarrado por las pinzas, en el centro del plato, había un globo del tamaño de una pelota de ping-pong, nacarado y rayado por los vasos sanguíneos rotos. Un coágulo de tejido se distendía de donde lo apretaba el acero, un escurrimiento viscoso como el de la clara de un huevo. Supe qué era en cuanto lo vi, aunque nunca antes había visto algo así. Mi mente simplemente me transmitió la información: «Eso es un ojo humano reposando en lo que sea que eso sea; Dios mío, es algún tipo de conservador». Un cutter estaba recargado en el otro extremo del plato, enfrente del hemostato; vi que unas cortaditas se extendían por un lado de la mesa, como si lo hubiera probado.

En ese momento, Todd Cline me miró y asintió de nuevo:

—Él quiere que lo atrapen, Nina. Eventualmente eso es lo que estos tipos hacen: enloquecen y necesitan que los gratifiquen y los reconozcan públicamente por esos «logros» que consideran sobrehumanos. Un criminólogo vino a hablarnos de esto hace unos años, después de lo que les pasó a los Renault.

Actué como si no hubiera entendido. Me comportaba como una inculta esposa de suburbio:

—¿Estos tipos? Por Dios, Todd, nos sentamos junto a ti en la iglesia.

—Lo siento —respondió—. Pero por lo que tiene en el cobertizo... No es que haya tenido un ataque repentino de locura.

Y tenía razón.

Él salió dejándome en la cocina con la certeza de que tenía razón, que esto había estado sucediendo a lo largo de mucho, mucho tiempo, a lo mejor durante toda la vida de Randy. Y de seguro la mayor parte de su vida conmigo. Y también estaba lo que Cline había mencionado y yo evadido, lo que yo sabía que él había visto y la prueba incriminatoria que yo no podía pasar por

alto. Una de las fotos de la pared, que estaba clavada con una tachuela cerca del borde superior, justo a la altura de los ojos de quien se sentara en la computadora para entrar a sabrá Dios qué clase de páginas de internet, era el retrato de un niño pequeño, con el cuello doblado en un ángulo imposible, tirado entre hojas muertas en un pedazo de tierra anodina de algún lugar desconocido y dejado de la mano de Dios. La mirada sin ojos, el grito silenciado para siempre, era la cara de Tyler Renault.

## CAPÍTULO 15

ESA TARDE RANDY SE ESTACIONÓ frente a nuestra entrada cinco minutos después de las dos de la tarde. Yo estaba parada en el porche esperando y tratando de mantenerme tranquila hasta que pudiera asegurar a Hayden. Desde mi punto de vigilancia podía ver toda la calle, desde el callejón sin salida hasta Maple Avenue, la arteria principal que llevaba de nuestro vecindario a la ciudad; mientras daba vueltas veía el cruce de caminos con la certeza, hasta el momento mismo en que apareció su carro, de que Randy nunca más iba a regresar. De que nunca iba a volver a ver a mi hijo. Que iba a tener que pasar por todo esto yo sola.

A lo largo de la calle predominaba un ambiente de vacaciones de verano: dos casas abajo, Tony y Sheila Johnson estaban sentados en su terraza, ella leía una revista y él balbuceaba algo en su teléfono inalámbrico; enfrente de ellos, Betsy Morrison vigilaba a su pequeño hijo que chapoteaba en una alberca para niños; Max Flores trabajaba con su podadora, sin playera; su espalda peluda era el blanco del pasto cortado y los mosquitos. Todd Cline había movido su Expedition un par de casas más abajo y lo había estacionado junto a la banqueta. Cuando miré hacia su carro no pude ver ni una señal suya, aunque sabía que estaba ahí. En todas partes reinaba la inconsciencia de lo que en verdad pasaba, salvo en mi cabeza, donde había estado agazapada durante tanto tiempo.

Cline me había dicho que sacara mi Accord del garage y lo estacionara en frente de nuestra entrada para tajarla. Randy se paró detrás de mi carro y apagó la marcha de su BMW. Oí que puso el freno de mano. Yo ya estaba cruzando el patio para encontrarme con él.

Abrió la puerta y vio inquisitivamente mi forma de estacionarme.

—Estaba pensando en lavarlo —dije rápidamente. La voz se me estremecía en cada palabra.

Su cara, hasta ese momento, mostró durante un breve instante una nueva y extraña confianza que me hizo sentir como si me dieran una puñalada en el corazón. En cuanto me miró a los ojos, sin embargo, la expresión cambió a una de decepción; puso una mirada arrepentida y de reproche que daba a entender que esperaba más de mí. Se quedó de pie sin moverse mientras yo abría la puerta trasera del BMW. Hayden estaba asegurado a su silla de bebé y movió las manos con felicidad cuando me le acerqué. Las lágrimas se me salieron, cálidas y fuera de control, mientras me peleaba con el cinturón hasta que pude soltarlo y tomarlo en mis brazos.

Cuando salí, Randy seguía ahí, a sólo un brazo de distancia, con las manos apretadas a los lados. Vio mis lágrimas y dijo:

—¿De verdad pensaste que sería capaz de lastimarlo?

Yo ya estaba retrocediendo de vuelta a la casa sin quitarle los ojos de encima. La cara de Randy se endureció. Empezó a ir tras de mí.

Al mismo tiempo la puerta de otro coche se azotó calle abajo. Todd Cline gritó el nombre de Randy a veinte metros distancia, donde había dejado su Expedition.

Mi esposo volteó y vio que el policía se acercaba. Cline llevaba su revólver de servicio a la vista en el cinturón.

—Oye, Randy, ¿podemos hablar?

Yo me había quedado paralizada viendo que Cline acertaba la distancia. Le susurré a mi pequeño a la oreja, a su suave y preciosa oreja que todavía no podía entender lo que le estaba diciendo, que todo iba a estar bien, su mami estaba ahí, su mami lo mantendría a salvo. Le besé la cabeza y acaricié su pelo. Él sabía que algo estaba pasando, porque empezó a gemir y llorar.

Unas llantas rechinaron al inicio de nuestra calle, donde se cruzaba con Maple Avenue. Tres patrullas de policía, una después de otra con sólo el espacio de las defensas entre ellas, se acercaron rápidamente a la casa. Betsy Morrison se paró y caminó hacia la entrada de su casa para ver lo que pasaba. Sheila Johnson tomó a su esposo del codo y señaló hacia nosotros. Randy, que se había volteado cuando Cline gritó su nombre, se había girado otra vez para verme. Dijo con una tristeza tan inmensa e impenetrable que por un momento fue como si estuviéramos de nuevo en su departamento en los primeros días, cuando yo me embelesaba por el romance, el misterio y las demás mentiras:

—Nina, pensé que por fin íbamos a poder compartir algo de nuevo.

Llevaba esos shorts flojos color caqui que todos los hombres de su edad del vecindario usan en el verano, con bolsas tan profundas a los lados que uno puede cargar casi cualquier cosa. Movié la mano derecha hacia el bolsillo de enfrente y yo vi que ese lado de los shorts caía hacia abajo por el peso.

Lo señalé y le grité a Cline:

—¡Tiene una pistola!

Cline sacó su arma cuando Randy se volteó en su dirección. Buscaba una pistola compacta calibre .44 automática que llevaba escondida, pero el martillo se le atoró en el bolsillo interior. Nunca consiguió sacarla. Cline no le gritó que la soltara, no le dijo «¡Arriba las manos!» ni nada de eso. Simplemente le disparó dos veces. Randy recibió el impacto en el lugar donde estaba, con la mano derecha todavía buscando en los shorts. Bajó la mirada hacia donde la sangre le había empapado la playera instantáneamente, y después cayó de lado sobre el pasto. Podía escuchar que respiraba con dificultad. Cline se acercó y se paró sobre su brazo izquierdo, luego le torció el brazo derecho hasta que lo sacó del bolsillo. Las patrullas se habían detenido con un jalón de la suspensión y ahora había oficiales por todas partes. Escuché que uno repetía: «Hubo disparos, se solicita ambulancia» por el walkie-talkie. Aparentemente, Randy no podía hablar, así que los miraba desafiadamente, con burbujas de sangre saliéndole de la nariz y la boca como espuma. Un policía sacó la .44 de su bolsa y dio marcha atrás rápidamente sosteniendo la pistola por el cañón.

Max Flores seguía cortando el pasto. Había estado cortando una franja en la dirección opuesta hasta que su esposa salió a prevenirlo de la confrontación que se estaba llevando a cabo a sus espaldas. La podadora se calló y finalmente todos miraron.

De pronto me di cuenta que estaba gritando. Uno de los oficiales se me acercó, me tomó del brazo y me llevó a la casa. Estaba histérica, apretaba tanto a Hayden que el policía tuvo que forzar mis manos: «Lo va a asfixiar», me decía, pero yo me hacía a un lado cada vez que se acercaba a nosotros. Finalmente me tranquilicé y me quedé parada inconscientemente, mirando por la ventana

mientras más y más gente aparecía, había una congregación constante de oficiales uniformados y también gente sin uniforme que asumí que eran investigadores de algún tipo en nuestro patio. Enseguida la multitud era tan densa que perdí de vista a Randy. Los últimos que llegaban le daban palmaditas en la espalda a Todd Cline y le preguntaban si estaba bien. Oí que Randy tosía horriblemente. La ambulancia gemía a lo lejos, pero me daba la impresión de que todo el mundo esperaba que los paramédicos no llegaran a tiempo para salvarlo. Yo no sé qué esperaba.

Pero llegaron a tiempo.



# CAPÍTULO 16

## I

DESPUÉS DE QUE ME REUNÍ CON DUANE Y CAROLYNE para almorzar, el resto de la semana pasó tranquilamente. Para el miércoles no habían mencionado mi nombre ni una sola vez en los periódicos o en la tele desde el fin de semana. La última vez había sido en un reportaje de la edición dominical de *News and Observer*, que era básicamente una recapitulación de la línea del tiempo de crímenes, arresto y juicio de Randy junto con una selección de insinuaciones al caso de Pritchett. Citaban que el fiscal que había conseguido la pena de muerte contra mi ex esposo hacía seis años, decía que nunca había habido ningún interés en mí, ni había ocurrido nada desde entonces que hubiera llevado a sospechar mi participación en su crímenes. El reportero había contactado a algunos familiares de las víctimas de Randy, pero todos se negaron a dar otra declaración salvo que esperaban dejar el pasado atrás.

Que fue lo que todos habíamos hecho, salvo Pritchett que parecía estar atrapado en el remolino de su pena, y sabía que no podía hacer nada para mitigar su agitación.

Probablemente tenía que haber regresado a Data Managers a trabajar, pero vi el momento como unas merecidas vacaciones y me quedé en la casa a leer revistas y hacer el quehacer. Se sentía vacía sin Hayden. Cada día veía que el reloj pasaba lentamente por el mediodía y continuaba interminablemente a través de las pocas horas que faltaban antes de que fuera a recogerlo a la escuela después de la suspensión.

El miércoles, después de almorzar tarde, me puse a aspirar el piso de abajo. Mi intención era terminar la sala y el recibidor del frente, después bañarme e ir a buscar a mi pequeñín. Pero cuando apagué la aspiradora escuché afuera un ruido que, junto con la tarde, se fundía hacia el crepúsculo de principios del invierno. Sirenas, una bandada de sonidos de distintos matices subía y bajaba a contratiempo no muy lejos de la casa. Me pregunté si habría habido algún choque en la carretera. Luego oí la televisión que había dejado encendida en la sala mientras trabajaba.

Me dije a mí misma que estaba oyendo mal.

Cuando entré a la sala ya estaba temblando. La banda de últimas noticias daba vueltas en la parte baja de la pantalla. Agarré el control remoto y subí el volumen. Cambiaron la escena de una presentadora muy seria en el noticiero y lo que pusieron en su lugar hizo que me temblaran las piernas. Era una toma amplia, desde un helicóptero que sobrevolaba el Centro de Enseñanza de Cary. Reconocí las estructuras, el gimnasio y el campo de entrenamiento. Había varios vehículos policiales, todos con las luces girando y estacionados desordenadamente enfrente del edificio que estaba a la derecha de las oficinas administrativas.

—Aún nos están llegando los detalles a Noticias del Canal Once —decía la voz en off—, pero

para aquellos que nos acaban de sintonizar, la policía de Cary confirmó la muerte de, por lo menos, una persona en el Centro de Enseñanza de Cary. Se trata de una escuela primaria justo en Davis Drive. Ahora, los oficiales nos confirman que la mayoría de los estudiantes ya se habían ido a casa cuando ocurrió el incidente, así que les piden a los papás que dejen de llamar a menos de que tengan motivos para pensar que sus hijos estaban todavía en las instalaciones para realizar algún tipo de actividad extracurricular. Las líneas telefónicas de la escuela están saturadas y se les recomienda a los padres que llamen al Departamento de Policía de Cary si tienen más...

Me puse en marcha. Agarré mi bolsa de una mesita y corrí al garage. La puerta del garage se estaba abriendo y yo seguía peleándome con las llaves del coche cuando el pitido de una sirena apagándose sonó detrás de mí. El sonido fue tan repentino y agudo que el corazón casi se me sale del esternón. Cuando me di la vuelta, una patrulla de policía se estaba estacionando en la banqueta, junto a mi entrada.

Un policía se inclinó por la ventana:

—¿Señora? ¿Señorita Leigh Wren?

—¿Mi hijo está bien?

El policía se bajó y abrió la puerta trasera de la patrulla para que me metiera:

—Señora, nos pidieron que la lleváramos a la escuela. No tenemos más información por ahora, pero seguramente le van a explicar todo cuando lleguemos.

## II

Les dije que se apuraran todo el camino. Usaron la sirena y las luces. Pasamos volando junto a los coches que se quitaban para cedernos el paso. Llegamos a la escuela en menos de cuatro minutos, pero me parecieron horas. Sin embargo, fue lo suficiente para que pudiera llamar a los Rowe por el celular. Lo hice, sobre todo, como algo para ahogar mi mente y ahuyentar la conclusión obvia.

Duane contestó al segundo timbrazo.

—Hola, Nina. Qué bueno que hablas, de hecho hoy estamos por tu rancho, tuve que dejar una deposición en la corte de divorcios de Raleigh. ¿Pensaste en lo que te dijimos para ponerle freno a Pritchett?

—Algo pasó en la escuela de Hayden. Está en la tele y la policía me está llevando para allá, pero no me han dicho qué le pasó —me di cuenta de que estaba hablando con calma. Debería estar gritando, perdiendo los estribos, pero en lugar de eso sólo tenía una sensación de frío profundo, una inmovilidad glacial, como si mi corazón se hubiera alentado a un latido por minuto. Era como una hibernación súbita, como si sólo pudiera ver el mundo a través de una grieta de mi cueva mientras los eventos se llevaban a cabo afuera, más allá de mi voluntad o control.

Duane me pidió la dirección y se la di mecánicamente. Podía oír que del otro lado de la línea tronaba los dedos con fuerza; imaginé que la cara de Carolyn se alarmaba y ella se sentaba a su lado. «Por favor, apúrense», dije y colgué.

Llegamos a la escuela un momento después; el conductor paso zigzagueando entre los vehículos que estaban alineados en la rotonda. Se estacionó y yo empecé a jalar la manija de la puerta, pero no se abrió. De repente se me había borrado de la cabeza que estaba en la parte posterior de una patrulla. El oficial que iba de copiloto me abrió la puerta y se quitó del camino. Localicé a Beasley entre un grupo de policías que estaban reunidos afuera de la entrada del edificio de la izquierda, el que habían revisado de arriba abajo en el reportaje de las noticias. Fui directamente hacia el subdirector. Los oficiales que me habían llevado me seguían de cerca para decirme «Señora, espere, por favor», un par de veces antes de rendirse.

En cuanto me vio, Beasley empezó a decir que lo sentía tanto. El mundo me amenazaba con volverse negro y yo luchaba por mantener la consciencia.

—¿Dónde está Hayden? —pregunté y supe por las caras de los que me rodeaban que la voz me había salido en un alarido. Oí que alguien decía «Ahí está la mamá», y pensé que me iba a volver loca parada ahí. Un hombre que llevaba caquis y corbata me tomó con firmeza del brazo y me llevó al edificio administrativo—. Alguien respóndame, por favor —imploré. El hombre que me llevaba del codo se presentó como el detective Justin Matthews. Era joven y de apariencia saludable; las patillas completamente grises eran el único indicio de que tuviera alguna experiencia como policía fuera de la simulación por computadora. En otras circunstancias me hubiera parecido atractivo.

—Señorita Wren, la única manera de decirle esto es francamente: secuestraron a su hijo. Un agresor aún no identificado entró en el salón donde Hayden estaba, mató a la maestra que estaba con él y después dejó las instalaciones con su hijo. No sabemos si este agresor tiene algún cómplice, pero sí conseguimos una descripción del vehículo en el que abandonó la escena. Dos

testigos vieron un minivan de modelo reciente, beige o blanco que salía de la escuela. ¿Le suena familiar un vehículo así?

La mitad de los papás de Cary tenían un carro similar. Dije que no con la cabeza.

—¿Lo secuestraron? —no tenía ningún sentido. Matthews continuó:

—Ya publicamos un llamado a la comunidad con la foto que teníamos de su anuario, pero necesitamos que usted nos dé más características específicas. ¿Nos puede ayudar con eso?

—Secuestrado —repetí. No podía recuperar el aliento. El mundo se volvió un caleidoscopio.

Lo siguiente que supe es que me estaban sentando en una silla en la oficina de Beasley, la misma silla que Rachel Dutton me había cedido amablemente en nuestra entrevista espontánea de la semana anterior. Matthews y otro oficial me sostenían de los brazos. Matthews le dijo al otro que fuera a buscar a los paramédicos. «Está en shock», dijo en voz baja.

—Estoy bien —dije parpadeando y el cuarto tomó forma: la computadora sobre el escritorio de Beasley, sus macetas con plantas, la foto enmarcada de él en sus días de entrenador. Miré fijamente a Matthews con fuerza y firmeza para demostrarle que podía comportarme coherentemente—. ¿Qué necesitan saber? ¿Cómo puedo ayudar?

Sacó una libreta y una pluma. Un par de oficiales más se amontonaron en la oficina para tomar nota. Uno de ellos salía a la recepción todo el tiempo para hablar a través de un radio repitiéndole al receptor, que estaba en algún lugar al otro lado de la línea, todo lo que yo decía. Los llamados a la comunidad me eran familiares, los señalamientos en la carretera que divulgan características físicas, ropa y números de placas.

No podía creer, ni siquiera durante el espacio de una preciada respiración, que esto estuviera pasando.

Me preguntaron cómo había ido vestido Hayden a la escuela esa mañana. Les describí sus pantalones de mezclilla, sus tenis, su ligera sudadera café. Me preguntaron si tenía cicatrices de cualquier tipo. Les dije de la leve decoloración que le había quedado del lado interior izquierdo de la barbilla de cuando se cayó en la alberca el año anterior. Tuve una visión repentina y lúcida de un trabajador de funeraria levantando la cara de mi hijo con dos dedos cubiertos de plástico para buscar la cicatriz. Mi reacción fue rápida e imparable: me volteé y vomité en el bote de basura de Beasley. La convulsión pasó y busqué unas mentas en mi bolsa. Me comí una y les ofrecí la lata a los oficiales. Me miraron con preocupación y le dije a Matthews:

—Estoy bien. Continúen, por favor, quiero ayudar tanto como sea posible.

Matthews me preguntó si había alguien en específico que pudiera querer lastimarme a mí o a mi hijo o a la maestra de mi hijo.

Finalmente asimilé lo que habían estado diciendo sobre ella.

—¿La señorita Dutton? Ay, no.

Matthews desalojó la oficina. Una vez que los otros oficiales salieron, cerró la puerta y dijo:

—He estado siguiendo su historia en los periódicos. Ya tenemos a alguien que está contactando a las autoridades de California para ver si su ex esposo sabe algo al respecto. ¿Usted cree que pueda saberlo?

—Lo único que sé es que está bajo una puta condena de muerte, así que no sé cómo podría...

—¿Y qué hay de Charles Pritchett?

Me encogí de hombros.

—Me odia. Pero no es posible que esté tan loco, ¿o sí? Quiero decir, todo el mundo sabe que ha estado tratando de lastimarme y no creo que hiciera algo tan obvio. Me parece que es un tipo infantil y vengativo, pero no creo que sea capaz de hacer algo así.

—Infantil y vengativo describe a la mayoría de los criminales con los que trato —dijo Matthews con voz firme—. Especialmente a los violentos. ¿Tiene los datos del señor Pritchett?

—Mis investigadores privados los tienen... Es decir, sus investigadores privados —le expliqué a Matthews sobre Duane y Carolyn. Mientras lo ponía al tanto, oí la voz de Duane en la recepción. Estaba hablando con los policías, tratando de averiguar dónde estaba yo. Le pregunté a Matthews si Duane podía pasar.

Carolyn también había ido. Matthews los invitó a pasar y se hizo a un lado mientras Carolyn me abrazaba. Matthews dijo:

—La señorita Wren dice que posiblemente ustedes sepan dónde podamos encontrar a Charles Pritchett. Podemos llamar a los hoteles, pero me imagino que sería más rápido...

—Está en el Hilton de Raleigh —dijo Carolyn. Sacó un par de hojas de su bolsa y se las dio a Matthews—. Es un resumen de lo que hemos podido averiguar sobre él. Lo escribí en el camino hacia acá, así que a lo mejor necesita que le traduzca un par de garabatos. ¿Cree que tenga algo que ver con todo esto?

Matthews inclinó la cabeza hacia mí.

—La señorita Wren no cree que encaje. Pero seguramente queremos hablar con él. —Evaluó a Duane—. Entonces, ¿tiene antecedentes en la policía, señor Rowe?

—Catorce años. Seis en Baltimore y otros ocho en Virginia.

—¿Considera que Pritchett es una posibilidad?

—¿Puede decirme lo que pasó concretamente? No quiero inmiscuirme en asuntos ajenos, pero podría ayudar tomando en cuenta las investigaciones que he hecho para Nina en las últimas semanas.

Matthews estaba de acuerdo.

—La señorita Wren me explicó que ustedes la localizaron para Pritchett y después, cuando hizo público sus motivos, ustedes la buscaron y le ofrecieron ayuda por la pura bondad de sus corazones...

—Yo tampoco lo creería —aceptó Duane—. Déjeme darle unos números telefónicos de referencia.

Por primera vez me di cuenta de que Matthews veía sospechosamente a los Rowe. Estuve a punto de gritarle: «¡Pero si ellos quieren ayudar! ¿Qué carajos está haciendo? ¡Deje de hacernos preguntas estúpidas y salga a encontrar a mi hijo! Mi pobre Hayden, ay, Dios, ha de tener tanto miedo». Me puse a temblar y Carolyn les pidió a los hombres que nos dejaran un momento a solas.

Los estremecimientos pasaron más rápido de lo que pensaba. Carolyn sacó una caja de kleenex que encontró buscando en los cajones de Beasley, pero yo todavía no lloraba. Le dije:

—Si algo le pasa no voy a poder vivir.

No me respondió con ninguna frase hecha sino que dijo:

—Ya lo sé.

Matthews regresó a la oficina unos minutos después con Duane, Thomas Beasley y otro oficial uniformado. Matthews dijo:

—Señora, si usted no tiene objeciones con la participación de los Rowe, yo tampoco. Su experiencia puede ser de ayuda.

—Quiero que participen.

—De acuerdo. Señor Beasley, ¿nos puede poner la grabación de seguridad otra vez? A lo mejor la señorita Wren vea en el agresor algo que le suene.

—¿Lo grabaron? —estaba horrorizada—. A mí los guardias de seguridad casi me quitaron la ropa para revisarme la semana pasada cuando vine a hablar con el señor Beasley. ¿Cómo pudo alguien entrar a un salón?

Beasley pareció enfermo.

—El personal de seguridad sólo está en las instalaciones durante los horarios de clases regulares.

Las caras de todos se quedaron inexpresivas, como si fuera un mero asunto de presupuesto. Pero yo sabía; yo me acordaba de cómo no hacía mucho tiempo era de los niños de los que todo el mundo temía. De nuestros propios niños.

### III

Beasley tecleó en su computadora por un minuto y luego volteó el monitor para que todos pudiéramos ver. Me di cuenta de que tenía la mano sobre la boca y la quité por fuerza de voluntad. Carolyn le preguntó a Matthews si era necesario que yo lo viera.

—Como ella quiera —dijo el detective—. Pero es sólo la cámara del pasillo. No hay nada del salón donde pasó.

De todas maneras, Carolyn me tomó la mano mientras veíamos. Todos nos amontonamos alrededor del escritorio del subdirector, mirando pensativamente. Las manos estaban ocupadas sobre las barbillas y hubo una buena cantidad de movimiento. Beasley y Matthews la habían visto antes, pero el resto de nosotros sentimos esa sensación enfermiza de intrusión que siempre se tiene cuando se observan este tipo de acontecimientos. Imágenes de Columbine, el muchacho cayendo desde una ventana; estaciones de metro en pánico; choques de aviones en tiempo real. Una parte distanciada ligeramente de mí comprendía que este video probablemente aparecería en internet tarde o temprano, y que gente enferma lo miraría, lo regresaría y lo volvería a mirar, no para ayudar a mi hijo, sino por la excitación indirecta. Las cosas que a unos les dan náuseas a otros les dan emoción.

El ángulo era desde arriba del pasillo, de una cámara situada sobre la puerta que llevaba al terreno de la escuela. Mostraba una vista parabólica y un poco distorsionada de las filas de casilleros que había a ambos lados del pasillo, y que se interrumpían intermitentemente por las puertas de los salones de clase. Beasley señaló en la pantalla que la señorita Dutton tenía el tercer salón de la izquierda para las sesiones extraescolares. Hayden había sido su único alumno ese día.

Una figura entraba por el pasillo y pasaba bajo la cámara a las 3:29 pm, según el reloj luminoso que parpadeaba en la esquina inferior izquierda de la pantalla. Me di cuenta de que la persona que estaba viendo en el monitor estaba en ese mismo momento en algún lugar con mi hijo como rehén. No podía procesar ese hecho como una cuestión real.

Tampoco podía procesar el hecho de que eso sólo sería verdad si Hayden seguía vivo.

El hombre era delgado, con pantalones de mezclilla ceñidos a la cintura, pero flojos alrededor de las rodillas. Llevaba una sudadera con la capucha sobre la cabeza. Llevaba la cara escondida de la cámara conforme se alejaba de ella; iba revisando las puertas hasta que llegó a la tercera de la izquierda. Llevaba una mochila que parecía pesada. Matthews me preguntó si había visto algo que me llamara la atención, pero no.

El asesino primero abrió la puerta ligeramente, luego desapareció adentro y la cerraba detrás de él. El pasillo quedaba quieto, nada se movía. Beasley apretó el mouse y empezó a adelantar el video, los minutos se desenvolvían a toda velocidad en la esquina.

—¿Cuánto tiempo estuvo adentro? —preguntó Duane.

—Dieciséis minutos —contestó Matthews—. Es un trabajo bastante rápido si tomamos en cuenta que los ató a los dos y luego le hizo a la maestra lo que le hizo.

—¿Qué le hizo? —dije y todos se volvieron hacia mí—. A la maestra, ¿qué le hizo?

Era obvio por las miradas que intercambiaron Matthews y los oficiales que ninguno quería decirlo. Beasley recargó la cabeza en una mano y se quedó viendo su computadora en silencio.



Duane le dijo a Matthews que lo íbamos a leer en el periódico de todos modos. Matthews todavía tenía sus dudas, pero puso la cara tensa y dijo:

—Creemos que le cortó la garganta a la señorita Dutton poco después de que entró en el salón. En ese momento había otros maestros en el edificio y nadie la oyó gritar, así que debió hacerlo rápidamente. Después la mutiló de una manera similar a como hacía su esposo con sus víctimas.

—Ex esposo. —Me oí decir estúpidamente. Sentí que tenía ganas de vomitar otra vez. Recordé sus ojos, lo simpáticos y pacientes que fueron cuando se puso de parte de mi hijo después de su pelea con Ashton Hale. Me había mirado directamente y me había ofrecido su ayuda.

—¿Se llevó sus...? —No pude decirlo. Mi voz perdió fuerza en medio de la última palabra.

—Sí, eso creemos —dijo Matthews.

—¿Dejó algo en su lugar? Dudó y luego me dijo:

—Creemos que es un tipo de semillas. Los forenses van a tener que identificarlas.

—Dios mío —dijo Beasley tomando aire—. Señorita Wren, sé que ella hizo todo lo posible por Hayden.

—No lo dudo ni por un momento —dije convencida.

El subdirector tenía lágrimas en los ojos y se las limpió con fuerza y furia con el dorso de la mano, disculpándose con todos en general. Le dijimos que estaba bien. Se volteó de nuevo hacia la computadora y levantó el dedo del mouse. La escena volvió a alentarse a tiempo real: 3:45 pm. La puerta del salón se abrió. La figura salió con unos grandes lentes oscuros sobre los ojos y un paliacate sobre la boca y la nariz. Entre toda esa capa sólo se veía una franja de piel. Tenía sangre en todo el frente de la sudadera, y las mangas largas completamente manchadas. También sus manos estaban ensangrentadas; debió ser difícil sostener a mi hijo, que luchaba. Sentí la presión de la mano de Carolyn en la mía, pero no tenía sensación táctil. Hayden tenía cinta de aislar alrededor de las manos a la altura de las muñecas y en los pies alrededor de los tobillos. Otra cinta le cubría la boca, y en ese momento probé en mis labios el sabor amargo del adhesivo, sentí la tirantez de la cinta. Pero mi hijo estaba luchando, por Dios, se revolvía para zafarse del asesino. Por un momento breve lo conseguí y cayó al piso. Me encogí como si yo hubiera sido la que se golpeaba contra el mosaico grasiento. El asesino lo agarró de nuevo, ahora de la parte de atrás de la playera haciéndola bola y levantando a Hayden. Decía alguna advertencia o amenaza tras el paliacate. Hayden se calmaba considerablemente.

La boca del asesino seguía moviéndose mientras pasaba bajo la cámara, pero ahora inclinaba la cabeza hacia arriba, como si le hablara directamente a quien viera más tarde la grabación. Como si me hablara a mí.

Los ojos de Hayden estaban tan abiertos, eran tan prominentes que se tragaban toda la parte superior de la cara sobre la ridícula tira de cinta en su boca. Eran los ojos más asustados que hubiera visto en él, apenas los reconocía. Él también se quedó viendo a la cámara mientras pasaban debajo, después salieron de la escena y se fueron.

Matthews dijo:

—Sé que fue difícil para usted ver esto, señorita Wren. Pero necesito saber si hay algo del sospechoso que le resulte familiar de alguna manera. Cualquier cosa que hubiera reconocido.

Sacudí la cabeza. Me daba miedo hablar. Sabía que iba a necesitar tener la cabeza despejada para el futuro inmediato, y no quería que nadie en la oficina pensara que era demasiado débil como para no poder manejar cualquier cosa que me pidieran. Cualquier cosa que pudiera hacer,

todo lo que estuviera en mi poder, lo haría. Ya se había establecido un nuevo rezo en mi cabeza, un mantra al que mi mente volvía cada vez que no estaba obteniendo nueva información: «Por favor, que esté bien, Dios santo, Dios mío, haré lo que quieras, pero déjame recuperarlo, déjame traerlo a casa».

Probablemente las víctimas de Randy rezaban. Probablemente cada una de ellas le pedía a Dios las mismas cosas que yo le estaba pidiendo ahora.

Le dije a Matthews que quería ver la grabación otra vez.

# CAPÍTULO 17

## I

ENCONTRAMOS A PRITCHETT CENANDO EN EL BAR del Hilton acompañado por un hombre de mediana edad y una mujer más joven. Aparte de ellos, el salón estaba casi vacío; sólo luces bajas, mesas vacías y un mesero que pasaba una escoba cerca de la entrada de la cocina. Pritchett alzó la vista cuando nos acercamos. Yo iba caminando enérgicamente enfrente de Duane y Carolyn, con Matthews y un par de policías uniformados que apenas me vigilaban. Pritchett se levantó y me enfrentó.

—Lo vi en las noticias —dijo anticipándose, señalando una televisión sobre el bar desierto. Pasó la mirada despectivamente por los uniformados y se dirigió a Matthews—. No tengo nada que ver con esto. No es lo que yo quería que pasara.

Por el gesto adusto de su boca y su presteza para la confrontación, leí dos cosas enseguida: lo más probable era que él no fuera responsable del secuestro de Hayden, pero estaba más seguro que nunca de que yo había tenido algo que ver en el asesinato de su hija.

Seguí adelante de todos modos.

—Usted amenazó a mi hijo la primera noche que fue a buscarme —dije. No me había dado cuenta de que estaba gritándole con los dientes apretados hasta que Duane me tomó del brazo. De hecho estaba a punto de echármele encima a Pritchett, que había palidecido notablemente, aunque parecía resuelto a enfrentarme. Matthews me advirtió que controlara mis emociones si quería quedarme. Luego le pidió a Pritchett que le hiciera un recuento de sus actividades de la tarde. Por primera vez, Pritchett presentó a las personas que estaban sentadas en su mesa. Se levantaron al unísono e, increíblemente, sonrieron con amabilidad al saludar al detective.

—Elliot Talese y Denise Sanders —dijo Pritchett—. Dos representantes de mi compañía que volaron aquí para consultarme sobre un cambio inminente en el área de *marketing*. Hemos estado en videoconferencias a lo largo de todo el día.

—Usted vendió su compañía —apuntó Duane.

—Pero todavía estoy en la junta de directores —respondió Pritchett. Evaluó a Duane con curiosidad por un momento y luego asintió al reconocerlo—. Oí que tu esposa y tú estaban ayudando a la señora Mosley. Seguro que no hay conflictos de intereses. —Lo ignoró tan casualmente como lo había hecho con los policías y continuó su defensa ante el detective—. Mire, yo no planeé que el señor Talese y la señorita Sanders estuvieran aquí. Fue un asunto de último minuto y la compañía me avisó que venían apenas antier. Puede llamar para verificarlo con cualquier cantidad de personas que quiera.

Talese y Sanders parecían ansiosos de apoyarlo y Matthews los mandó a otra mesa para que

los policías pudieran tomar sus declaraciones. Matthews le dijo a Pritchett que le interesaría revisar todas las llamadas y visitas personales que había tenido desde que llegó a la ciudad.

—No hay problema —dijo Pritchett—. Le voy a decir al hotel que también le enliste las llamadas que he hecho desde mi habitación. —Todavía estaba hablando con Matthews, suponiendo correctamente que del juicio del detective dependería que esto fuera una molestia pasajera o un problema continuo, y sin embargo seguía volviéndose hacia mí con los ojos brillantes—. Yo nunca podría lastimar al hijo de alguien más. No después de lo que le pasó a mi hija. —Y luego, como si no pudiera evitarlo—: Pero por fin ahora ya sabe qué se siente.

Duane no se contuvo.

—¿Ha estado practicando ese argumento por mucho tiempo?

—He estado practicando algo similar desde hace nueve años, cuando destazaron a mi hija —contestó Pritchett con el sentido intacto de la dignidad herida—. Eso no significa que pudiera, o quisiera, herir a su hijo.

Carolyn lo llamó hijo de puta.

—Los dos quedaron expuestos por culpa de su campaña de difamación. Aunque no haya sido usted, esto pasó porque puso su cara en los periódicos y en la televisión.

—En ese caso, estoy seguro de que aceptará su parte de la responsabilidad, señora Rowe —dijo Pritchett con una sonrisa.

Matthews sugirió que lo esperaríamos en el lobby.

—Yo estoy bien —dije tranquilamente.

Duane sacó un cheque de su bolsillo, lo rompió en cuatro y dejó los pedazos en el plato de Pritchett, entre migajas de pan de ajo y restos de pasta.

—Ahí está nuestra parte de responsabilidad. Es lo que nos pagó por encontrarla. Lo había estado cargando en espera de tener la oportunidad de devolvérselo en persona. Desde que salió al aire, supe que era algo de lo que no quería formar parte. Y si me involucró en algo que pudiera lastimar a un niño, si me manchó las manos con algo así... —vio la mirada de advertencia de Matthews y terminó—: No importa lo que haga, nada va a traer a su hija de vuelta.

—Y ese exagerado resentimiento tampoco va a traer de vuelta al hijo de la señora —dijo Pritchett—. Si quiere discutir su tarifa, va a tener que hacerlo a través de McClellan Associates. Ellos lo contrataron, no yo personalmente. Pero eso espero que ya lo supiera.

Matthews se sentó en la silla donde había estado Talese. Sacó de su bolsillo un pedazo de papel doblado. Era el recorte de periódico que me habían dejado bajo el limpiaparabrisas la noche que Pritchett me abordó, el artículo sobre la mujer asesinada en Tennessee. Carolyn se lo había dado al detective, junto con otros antecedentes sobre este incidente, antes de que saliéramos de la escuela. Matthews dejó que Pritchett lo viera el tiempo suficiente como para reconocerlo y después le preguntó la razón de habérmelo dejado.

—Me enviaron ese artículo anónimamente unas semanas antes de que me enterara sobre los datos verdaderos de la señora Mosley —dijo Pritchett. Seguía llamándome por mi antiguo nombre provocándome para que lo corrigiera, pero me había propuesto no darle esa satisfacción—. Para ser honesto, creo que ella me lo envió, quizá como advertencia debido a que la gente que había contratado para que la encontrara —e hizo una pausa lo suficientemente larga como para mirar a cada uno de los Rowe— fue torpe y la alertaron sobre que no iba a poder mantener en secreto su identidad y paradero por mucho más tiempo.

No supe si reírme o gritar.

—Puedo comprender que todavía piense que yo participaba en lo que hacía Randy. En este punto no puedo hacer nada para cambiar su opinión. Pero no es posible que piense que secuestré a mi propio hijo. ¿Por qué lo haría?

Pritchett no tenía una respuesta y todos lo vimos reflejado en su cara. Pero mantuvo la compostura, aunque era notorio que le costaba mucho trabajo. Era como ver un tipo de implosión, su boca se hizo hacia abajo y los labios se le adelgazaron. Así que volvió a sus viejas acusaciones.

—¿Por qué su nombre estaba en los documentos falsos? —fue lo mejor que se le ocurrió—. En el cobertizo, donde él guardaba sus trofeos, su nombre estaba en todas partes, en licencias y pasaportes. Y su ADN...

—Porque Randy estaba loco, señor Pritchett —dije desesperada. Deseé tener un altavoz para poder gritárselo en la cara. Quería ser estridente para obligarlo a pensar razonablemente—. Estaba loco. Estuvo a punto de volverme loca a mí y aparentemente consiguió volverlo loco a usted. A lo mejor yo me merezco pagar por lo que le pasó a Carrie, pero mi hijo no. Así que, por favor, si sabe algo que pueda ayudarnos, *por favor*, díganoslo. Se lo ruego.

Pero ya no me miraba. En lugar de eso, le pidió a Matthews que organizara una cita formal al día siguiente para que fuera a la estación a dar su declaración. Matthews sugirió que se hiciera un tiempo para ir esa noche. Pritchett llamó a su subordinado Talese y le pidió que llamara a Los Ángeles:

—Diles que voy a necesitar representación legal —dijo. Mi ira declinó cuando vi que cruzaba los brazos y miraba sin expresión como si yo no estuviera. Cuando finalmente consiguió llamar a un mesero para pedir un vaso de whisky, era evidente que ya era un hombre destrozado.

## II

De vuelta a mi casa me demoré afuera del cuarto de Hayden en el pasillo del piso de arriba, incapaz de cruzar el umbral. Matthews había asignado un turno de policías para que vigilaran la casa, y un par de expertos en tecnología habían entrado a poner un rastreador en mi teléfono. Firmé unos documentos en los que les daba permiso para rastrear todas las llamadas que entraran a la casa y a mi celular. Carolyn se había tomado dos minutos para refrescarse y dejar su bolsa en el cuarto de invitados antes de ponerse a hablar por teléfono. La oía en el piso de abajo tecleando en la computadora y murmurando para sí misma horarios de partida. Duane había regresado a su casa para empacar sus cosas. Iba a volar esa noche si era posible o temprano por la mañana si era lo más pronto que podía encontrar un vuelo. Les dije que no sabía cómo podía pagarles sus esfuerzos y ellos me hicieron callar sin más mis comentarios. Tenía la sensación de ser una observadora marginal en un juego que sólo tendría consecuencias para mí.

La primera parada de Duane sería en Detroit, la ciudad de Lane Dockery. Iba a verificar que la hermana de Dockery, Jeanine, organizara las notas que pudieran ser pertinentes para nuestro caso. Duane planeaba estar ahí sólo por algunas horas antes de seguir más hacia el oeste. Si podía hacer una cita, iría a ver a mi ex esposo en persona.

—Los oficiales de la prisión entrevistaron a Randy y aseguran que está consternado por la situación —dijo Carolyn suavemente a mis espaldas. Di un brinco y ella puso una mano tranquila sobre mi brazo—. No quería espantarte. Subí las escaleras en silencio por si estabas durmiendo.

Al reírme involuntariamente con la idea de poder dormir en ese momento, ella me dijo que tarde o temprano tendría que descansar un poco. Pero oía la televisión en el piso de abajo; las noticias de las diez seguían hablando del incidente en la escuela una y otra vez. Repetían y repetían la descripción del minivan que habían visto abandonando las instalaciones y conduciendo erráticamente a la hora del crimen. CNN había seleccionado la historia y se suponía que iba a tener cobertura en toda el área del sudeste, con llamados constantes a la comunidad en bandas informativas debajo de los programas de comedia, *reality shows* y juegos de basquetbol. Me pregunté si la gente los iba a ignorar como yo lo hacía usualmente.

—Si no fue Pritchett, entonces fue Randy —aseguré—. No sé cómo lo hizo y no sé a quién reclutó para que lo hiciera, pero tuvo que haber sido él. Estoy pensando en las cartas de las que te habló el guardia de San Quentin cuando fuiste. A lo mejor no sólo iba contra Pritchett y Dockery.

—Estoy de acuerdo —dijo Carolyn—. Estamos revisando a todos sus conocidos de la cárcel desde que ingresó. Van a vigilar el buzón de correos al que Randy mandaba sus cartas. Si de alguna manera podemos conectarlo con el artículo que Pritchett dejó en tu parabrisas, el que dice que recibió anónimamente... Matthews dice que su equipo forense no pudo sacar ninguna conclusión. Pero quien mató a la muchacha de Tennessee es posiblemente el mismo que secuestró a tu hijo. Confirmamos con las autoridades que lo que le hicieron a la víctima de Tennessee fue lo mismo que le hicieron a la maestra de la escuela de Hayden, Rachel Dutton.

—Y lo mismo que Randy les hizo a todos los demás. Mi ex esposo tiene un imitador —dije sacudiendo la cabeza—. Un compañero de crimen que completa sus cuentas pendientes. Puedo entender que alguien quiera lastimarme, pero a Hayden...

—Olvídate de tratar de entender. Sólo alguien tan enfermo como Randy puede determinar cómo funciona su mente. La policía lo está investigando, igual que la gente de San Quentin y nosotros. Pero hay órdenes que los jueces tienen que firmar, logística que resolver... ya sé que todo eso te suena a puras pendejadas, pero te lo digo para que entiendas que va a tomar un tiempo.

Miré el cuarto oscuro de mi hijo. Su cama estaba a medio hacer, pero por lo menos las cobijas estaban extendidas. Si iba a dormir esa noche, sería ahí, en su colchoncito, bajo su poster de los Backyardigans y el certificado de graduación de primer año que enmarqué y colgué el año anterior, aunque él decía que no era para tanto. Me descubrí pensando en la fallecida Rachel Dutton. «¿Estaría casada? ¿Tendría un novio? ¿Una novia?». Me di cuenta de que no sabía nada de ella, ni siquiera su edad. Me imaginé unos teléfonos sonando, la policía tocando suavemente en una puerta.

—Ya sé a qué se refería Pritchett hace rato —murmuré.

—¿A qué?

—Cuando dijo: «Ahora ya sabes qué se siente». Tenía razón. Todo este tiempo había pensado que estaba herida porque Randy me había engañado, y porque hasta cierto punto, ya ni siquiera importa qué tanto, pero hasta cierto punto yo había permitido que me engañara. Y pensaba que eso quería decir que comprendía, que sentía empatía con las víctimas reales. Pero era pura mierda, Carolyn, era mierda del peor tipo — Carolyn empezó a decir algo, pero la detuve—. No. Yo tenía cierta responsabilidad y durante todo este tiempo que me he sentido culpable y he sufrido por ello, me olvidé de la verdad esencial. Lo que Pritchett quería decir es que ahora sé lo que se siente no tener *ninguna utilidad* en todo esto, que me hayan hecho algo *a mí*, y es peor, porque la situación está completamente fuera de mis manos, más allá de mi control. Soy inútil. Así es como Pritchett y todos los demás han estado viviendo todo este tiempo: como inútiles.

—¿Darte cuenta de ello te reconforta? ¿Va a ayudar a recuperar a Hayden?

—No sé.

—Pues no. Y *sí* lo sabes. Así que olvídale. Concéntrate en lo que *sí* puedes hacer. Si no puedes dormir, baja a ayudarme a revisar las notas del juicio de Randy. Pedí una transcripción cuando empezamos a buscar la manera en que Pritchett había ido tras él en la cárcel. A lo mejor algo de ahí puede ayudarnos. Así que la seguí sintiéndome como una sonámbula. Podía leer las palabras de la transcripción, pero por lo que alcanzaba a comprender, bien podían estar escritas en otro idioma. Durante todo el tiempo, un reloj seguía su curso en mi cabeza. Los segundos avanzaban en la vida de mi hijo mientras que las autoridades trabajaban en firmar órdenes, coordinar logística y toda esa mierda.

## CAPÍTULO 18

—NO SÉ EXACTAMENTE CÓMO ERA que los iba eligiendo. Puedo decir que no era estrictamente visual, aunque sí en parte. Pero primordialmente era un instinto visceral, como cuando uno se encuentra con la mirada de otro a través de una habitación y hay una atracción instantánea, esa especie de flash sensorial, salvo que en este caso era sólo de mi parte. Bueno, hasta donde yo sé... Pero siempre los veía entre un grupo grande de personas y era como si se destacaran con más fuerza, como si estuvieran más definidos. Casi como si alguien los hubiera resaltado.

La sala estaba en absoluto silencio salvo por el sonido de la voz de Randy. Los abogados de oficio habían presentado una declaración de no culpabilidad alegando demencia, y habían aclarado que él no testificaría en su representación. Randy, sin embargo, ya le había dado a la policía una larga y, al parecer, exhaustiva confesión mientras estaba en el hospital recuperándose de los disparos que le había infligido Todd Cline. El diagnóstico inicial de los doctores no había sido bueno: había perdido un trozo considerable del bazo y un pulmón le había colapsado. Y tuvo miedo de morir antes de dar a conocer sus hazañas a una audiencia mayor. Sus abogados habían solicitado una moción para suprimir la confesión, pero hubo rumores de que Randy les pidió que no lo hicieran. Sabía que era su momento. Aunque su voz en la grabación digital sonaba como de piedra, y tenía que hacer pausas constantes para aclararse le garganta, las palabras le salían con claridad.

Los fiscales pusieron partes de la confesión a lo largo del juicio y, el día que yo iba a testificar, eligieron este fragmento. El audio estaba demasiado fuerte y retumbó con un ruido metálico en las paredes amarillas de la sala número tres. La sala la precedía la juez Rita Oliver, una mujer fornida, de cabello gris laja y ojos azules y penetrantes. Tenía reglas muy estrictas; las pocas veces que los familiares de las víctimas se pusieron emocionales, Oliver había pedido que las escoltaran enseguida fuera de la galería de observación; rápidamente reprendía las preguntas dirigidas tanto de la defensa como de los fiscales; en varias ocasiones le había hablado a Randy condescendentemente, e incluso él parecía tenerle un resentido respeto. Anthony Turnbull, el fiscal principal, un hombre bajo y guapo de sesenta y tantos, que usaba corbatas de moño y se comportaba de una manera eficiente y ligeramente amanerada. Él me advirtió que quizá me perturbara lo que iba a oír, al igual que al jurado, los reporteros y los miembros de familia que se reunieran para atestiguar el juicio; ésa exactamente era la intención de las grabaciones. Los hombres y las mujeres del jurado encorvaban los hombros e inclinaban la cabeza hacia las bocinas que se habían puesto a cada lado de la mesa de la fiscalía. En el lugar donde me habían sentado, el estrado de los testigos, no podía hacer nada más que verme las manos mientras la cinta sonaba.



La única vez que me encontré con la mirada de Randy me observó como un animal hambriento. Uno de sus abogados, un tipo estresadísimo de cabello rizado y panza cervecera que se llamaba Allan Beyer, había ido a la casa la semana anterior para buscar un traje del guardarropa de Randy y que así no tuviera que presentarse en la corte con el overol de la cárcel. Yo quería quemarlo o tirarlo todo, pero la fiscalía me dijo que había una remota posibilidad de que en algún momento requirieran algún artículo cualquiera como evidencia. Así que mi mamá y yo lo empacamos todo y lo guardamos en el garage.

Incluso con una camisa planchada y corbata, el aspecto de Randy era descuidado; se había dejado crecer el pelo y tenía una barba escasa que sólo hacía que se viera más agresivo. Su tono en la grabación era familiar y animado, como si estuviera platicando con unos amigos mientras se tomaban unos tragos.

—Una vez que los había visto, una vez que había sentido la chispa inicial, era casi un hecho seguro. Los seguía desde el momento en que los veía, manteniendo una buena distancia, como si me bebiera lentamente los detalles de su forma de caminar, el tipo de ropa que llevaban, cómo interactuaban con la gente en la calle. Ya saben, si eran amables o groseros, si dejaban propina a las meseras. Se puede decir mucho de la gente por ese tipo de cosas sin jamás cruzar una palabra con ellas. Si era una mujer, y usualmente era una mujer, memorizaba su corte de pelo y la marca de los zapatos que usaba. Trataba de adivinar sus medidas, ese tipo de cosas.

Intervenía la voz de un detective que había estado ahí durante la grabación:

—¿Qué pasaba cuando se subían a un carro?

—Estaba listo para seguirlos. O sea, tienen que comprender que estos encuentros por lo general ocurrían en un bar o un restaurante, a lo mejor una o dos veces en el aeropuerto. Si ves a la gente como yo la veo, tienes la sensación de que se están preparando para irse, y para entonces yo también estaba listo. Rentaba carros a través de mi compañía porque usualmente estaba en el lugar que estaba por el trabajo. Excepto en algunos de los primeros, como la familia Renault.

—Y Daphne Snyder. Ella también era de El Ray —dijo casualmente uno de los entrevistadores.

Hubo una pausa larga.

—Sí, ella fue diferente —dijo Randy finalmente, con un tono de arrepentimiento o de nostalgia en la voz, era difícil decir de qué—. Ella fue la que me hundió. Sus papás han de estar tan orgullosos.

Oficialmente el juicio era por los asesinatos que había cometido en California, y los padres de Daphne Snyder estaban en la sala. Yo los conocía porque había visto sus caras en los periódicos, y no fui la única que volteó a verlos en ese momento. Varios periodistas los miraban abiertamente. El señor Snyder estaba concentrado en la nuca de Randy, como si pudiera prenderle fuego con la sola fuerza de voluntad. La señora Snyder, que se veía como si no hubiera dormido para nada en los cinco meses que habían pasado desde el crimen, se levantó de su asiento en el extremo de la fila y caminó con firmeza hacia afuera sin volver la vista atrás. Un momento después su esposo la siguió.

—Pero la mayoría de los otros fue en ciudades lejanas —rememoraba Randy sentimentalmente—. En parte eso fue el porqué les tomó a ustedes tanto, tanto tiempo atraparme. La mayoría de los asesinos seriales opera a una o dos horas de su casa, algo que seguramente ustedes ya saben. Leí en el periódico que habían traído un experto en perfiles criminales del FBI. ¿Voy a conocerlo?

—Si sigues hablando con nosotros, sí —le dijo uno de los detectives.

Randy se rio, sabía que lo estaban engañando, se deleitaba.

—Bueno, pues de verdad quisiera conocerlo. Me interesaría oír sus impresiones. Pero volvamos a lo que estaba diciendo. Viajaba bastante por el trabajo y me imagino que sería casi imposible rastrear a alguien que selecciona a sus víctimas de una manera completamente azarosa. La mayoría de los perpetradores tienen algo que los delata, como que sus víctimas se parecen entre sí o que todas eran prostitutas o algo así. Pero en mi caso eran todas diferentes. Veía a esas personas, sentía el impulso, y sabía que eran las indicadas. Luego las seguía a casa y comenzaba la cacería. Usaba las noches después de las juntas y conferencias, mientras los otros idiotas se emborrachaban en el hotel o trataban de encontrar un servicio de acompañantes que no fuera un timo total, pero yo hacía mi investigación. Inspeccionaba la casa, daba vueltas por el vecindario, tanteaba el terreno. En estos días se pueden encontrar en internet cualquier cantidad de rutas de escape, pero yo solía usar mapas de papel. —Habían encontrado las direcciones de sus víctimas más recientes en su laptop y en la computadora que usaba en el cobertizo. Esa computadora también había delatado su obsesión con una serie de páginas web repugnantes, algunas en las que pasaban cirugías o autopsias, otras que hablaban de sadomasoquismo y otras que mostraban una foto tras otra de pares de ojos anónimos—. Observaba la casa, me aprendía la rutina de la familia, como a qué hora iban y venían y cuánto tiempo se quedaban despiertos en la noche. Después juntaba mi equipo, ya saben, mis herramientas, cosas que no podía subir conmigo a los aviones. Estoy seguro de que ustedes están familiarizados con los objetos que mi mujer encontró en mi cobertizo en casa, pero en los viajes era más fácil conseguir los cuchillos, la cinta y ese tipo de cosas en tiendas locales. Como que disfrutaba esa parte. Siempre había un arroyo o un estanque donde pudiera deshacerme de las cosas después de usarlas, y nunca compré todo en un solo lugar, para que ustedes, compañeros, nunca pudieran hacer seguimiento de mis recibos.

»Y después, la última noche o la antepenúltima noche que iba a estar en la ciudad, realizaba la pieza... Y así es como yo pensaba en eso, saben, como si fuera un concierto o una presentación. Siempre supe que algún día recibiría el crédito por lo que hacía, y quería que cada vez fuera especial, que tuviera sus propias variaciones. Cuando la pieza estaba terminada, regresaba a mi hotel y me limpiaba. Noventa por ciento de las veces estaba en un avión de regreso a casa en cuestión de horas, de vuelta a los brazos de mi amada esposa, y nadie sabía un carajo.

—Aunque tu *modus operandi* era siempre el mismo —le recordó un detective—: La extracción de los ojos y la implantación de un objeto ajeno en las órbitas. Las jurisdicciones del país sabían que se trataba de un asesino serial. Tarde o temprano habríamos rastreado tus patrones de viaje, hubiéramos descubierto que la misma persona viajaba en avión a los lugares donde sucedían los crímenes.

—Eso dicen ustedes —se burló Randy evidentemente en la grabación—. Pero «tarde o temprano» nunca pasó. Las jurisdicciones relevantes nunca se reunieron para comparar notas. Nunca me habrían atrapado si mi esposa no me hubiera delatado.

Mis palmas estaban empapadas. Me las secaba en la silla, pero era de piel, así que al final tuve que limpiármelas en la tela de mi vestido. Turnbull y el equipo de la fiscalía me habían aconsejado sobre mi apariencia, aunque no podían aconsejarme en mi testimonio; llevaba una blusa seria azul marino y una falda que combinaba. El fiscal y su consejero del jurado dijeron que necesitaban un aspecto de «profundamente herida, pero no patética».

—Entonces las personas que se te presentaban... —el sonido amplificado de alguien que hojeaba sus notas llenó la sala— «resaltadas» (fue el término que usaste), ¿siempre vivían en los suburbios?

—No todas. Carrie Pritchett, no. Ella vivía en un departamento. Lo que hacía las cosas más difíciles porque cualquiera que se asomara por su ventana del patio podría haberme visto forzando la puerta.

A alguien se le escapó un sollozo en la sala. Vi la cara contraída de un hombre en la tercera fila y lo reconocí gracias a un reportaje sobre él. Era el papá de Carrie Pritchett, que se rumoreaba había hecho una fortuna organizando eventos dispendiosos en Hollywood. La juez Oliver lo miró con el ceño fruncido. Pritchett tenía la mano sobre la boca, pero se le escaparon unos suspiros más antes de que pudiera controlarse. Ha de haber sentido mis ojos sobre él, porque cuando finalmente alzó la mirada me vio directamente. Era una mirada dura para un hombre que estaba sufriendo. Me sentí impertinente y bajé la vista; sabía que ni siquiera podía imaginar el dolor que Randy le había provocado a ese hombre.

Anthony Turnbull se levantó y paró la grabación. El fiscal pretendía dar una seria sensación de importancia histórica, algo así como si su corbata de moño tanto como su actitud estricta cargaran el peso del pasado y el futuro de la jurisprudencia estadounidense con su amanerada presentación. Su ligera forma de sesear se convertía en una herramienta de énfasis. Se dirigía a mí por mi nombre de casada, aunque ya estaba divorciada legalmente; el fiscal quería que el jurado sintiera mi íntima traición.

—Señora Mosley, escuchó lo que dijo su esposo sobre volver a casa con usted. ¿En alguna de esas ocasiones, en las que ahora sabemos que cometió un asesinato cuando estaba de viaje de trabajo, regresó a casa perturbado o confundido?

—No, señor.

—¿Notó que estuviera alterado o con algún tipo de molestia emocional?

—No que yo recuerde. Turnbull se acercó al jurado.

—Y sin embargo, la defensa quiere que piensen que el señor Mosley es un lunático, un hombre tan trastornado que no distingue el bien del mal. Le pido al jurado que considere cómo puede ser que un hombre que planea los asesinatos con tanto detalle, que hasta revisa con atención las áreas por donde va a entrar en las casas de las víctimas, un hombre que planea atentamente sus rutas de escape, pueda encontrarse en un estado de impedimento mental tan severo como para ser considerado inocente por alegato de demencia. El estado sostiene, justificado por el testimonio de la señora Mosley, que el señor Mosley no estaba trastornado en lo absoluto, sino que era un coherente y vil carnicero. Sólo una mente fría y calculadora que funciona en un nivel normal, o incluso por encima del promedio, puede llevar a cabo semejantes actos y después estructurar su comportamiento para extender un velo de engaño tan absoluto y competente que ni siquiera su propia esposa, la mujer que compartía su casa diariamente, sospechaba que podía ser culpable de nada.

Pensé en los moretones y las excusas de Randy. Me acordé de los regalos que me compraba cuando empezamos a salir, el collar de oro y el disco grabado que me había hecho, y los viajes de fin de semana que planeamos. Pensé en el dibujo que me había hecho y me regaló en nuestra tercera cita, cómo mi cara parecía incompleta, necesitada, un retrato de una carencia que quizá nunca podría satisfacerse; desde entonces había querido controlarme ofreciéndome una visión de

mí misma que era insuficiente sobre todo para mí. Pensé en cómo lloraba dormido por las noches. Recordé que me escuchaba por horas, como si yo fuera la única persona en el mundo que valiera la pena escuchar.

Turnbull cruzó los brazos contemplativamente.

—De hecho, durante los últimos días de testimonios hemos establecido que el señor Mosley engañó a casi todos en su vida. Hemos oído a compañeros de trabajo que no tenían ni idea de lo que había detrás de su fachada. Hemos oído cómo se inventó una historia de vida completa. Aseguraba haber vivido en orfanatos y casas adoptivas, haber sufrido abusos a manos de empleados y de las familias donde lo colocaban. En realidad, hemos visto los registros que muestran que aunque su madre pudo haber abusado de él ocasionalmente y su padre biológico estuvo ausente cuando el acusado tenía tres años, no fue puesto en custodia del estado sino hasta que casi cumplió los catorce años. Vivió solamente con una familia adoptiva, que según todos los recuentos lo trató con sumo cuidado, como un hijo propio, hasta que murieron en un incendio cuando él tenía diecisiete años.

—Objeción —señaló Beyer, el abogado defensor principal—. Esa insinuación está fuera de lugar. No sólo el señor Mosley no está en juicio por la muerte de sus padres adoptivos, sino que ninguna entidad jurídica estableció o expresó jamás que se hubiera cometido un crimen en ese incidente.

—Se sostiene. Señor Turnbull, manténgase en los cargos que corresponden —la juez Oliver, una imponente figura con su toga negra, sin una pizca de parcialidad, se volvió hacia el jurado—. No tomen en cuenta las insinuaciones del abogado en lo concerniente a la muerte de los padres adoptivos del señor Mosley.

Turnbull frunció el ceño. Obviamente quería continuar, pero en lugar de eso se sentó y volvió a accionar la grabadora. No tenía nada que perder si dejaba hablar a Randy.

Y habló. Randy describió detalladamente los asesinatos de Keith y Leslie Hughes, quienes fueron encontrados en su hogar en San Bernardino, apuñalados a muerte y desfigurados, a principios de enero de 1999.

—Estaban durmiendo; le puse unas esposas flexibles a Keith antes de que Leslie se despertara siquiera. Yo creo que esos me tomaron, mmmh, unas tres horas. Primero los desangre. Fueron los de los foquitos de Navidad, ¿no?

Uno de sus entrevistadores decía que sí, que Randy había metido foquitos de colores en los cráneos de la pareja después de extraerles los ojos. La abogada suplente de Turnbull, una mujer arreglada de cabello oscuro de cuarenta y tantos que se llamaba Gladys Meisenheimer, repartió fotos de la escena del crimen mientras corría la grabación, y los miembros de jurado miraron rápidamente las fotos en papel brillante y las pasaron a lo largo de la fila.

Me acordé de que ese año faltaba una serie entera de luces cuando guardé los adornos de Navidad. Randy estaba tan emocionado por su próximo viaje de negocios que pasamos el Año Nuevo en casa para que pudiera descansar. Lo miré en ese momento y vio que también yo me acordaba. Gesticuló las palabras «te amo».

Todo el asunto era una farsa y casi todos en la sala lo sabían. Randy ya estaba atado en la cámara de inyección letal, pero ésta era su manera de mantenerse bajo los reflectores por un momento más. Así podía absorber la atención, los rostros horrorizados del jurado, los incontenibles ruidos de pena y de dolor que con frecuencia hacían los familiares entre la

audiencia. A pesar de todo lo que ya sabía de él, nunca hasta entonces comprendí la verdadera profundidad de su sadismo.

Turnbull detuvo la grabación después de la descripción del asesinato de la familia Hughes. Se acercó al estrado de los testigos y me habló con ternura:

—Nina, sé que hay gente que ha insinuado que tú podrías haber tenido algo que ver con todo esto, o por lo menos que seguramente habías encubierto a tu esposo. Así que tengo que preguntarte, ¿alguna vez hubo en tu mente alguna indicación de que tu marido pudiera estar envuelto en estos actos infaustos? ¿Alguna pista de que estuvieras compartiendo tu hogar con un demente? Llevaba un tiempo pensando cómo iba a contestar esa pregunta. Empecé a hablar, pero más bien tosí. Me aclaré la garganta y dije:

—Para nada. Lo peor que pensé fue que tenía un amorío, pero sólo porque parecía distante y me dije a mí misma que tarde o temprano todos los esposos van por ese camino. Los únicos momentos en los que estaba lejos de mí por periodos largos eran por trabajo. Tenía su cuarto en el sótano, y después su cobertizo en la parte trasera de nuestra segunda casa, pero yo nunca entraba y nunca vi nada que pudiera llevarme a sospechar que estuviera... haciendo lo que en realidad estaba haciendo.

—¿Así que su máscara nunca se quebró?

La defensa objetó que Turnbull me estaba guiando. La juez sugirió que Turnbull reformulara su pregunta.

Turnbull se encogió de hombros.

—La retiro del todo, si eso hace feliz a la defensa. Una última pregunta, Nina, y un simple sí o no es suficiente. Antes del último fin de semana, tu esposo y tú estaban juntos como marido y mujer, me refiero al fin de semana en que volvió a la casa con la sangre de Daphne Snyder en la ropa, ¿alguna vez consideraste la idea de que pudiera ser un asesino serial?

Y mentir nunca había sido tan fácil.

# CAPÍTULO 19

## I

CAROLYN ME DESPERTÓ A LAS DIEZ. No podía creer que me hubiera dormido; la última vez que me acordaba haber visto el reloj eran casi las cuatro de la madrugada.

—¿Está muerto? —fue mi primera pregunta. Carolyn dijo que no con la cabeza.

—No, pero Duane está en el teléfono y quiere que escuches mientras me pone al tanto. Jeanine Dockery lo recogió en el aeropuerto y llevan algunas horas hablando.

Con la misma ropa del día anterior me tomé una tapa de Listerine y la seguí al piso de abajo haciendo buches. Había movido su campamento de la sala a la cocina para estar más cerca de la cafetera. Me deslumbró el sol que entraba entre las cortinas; ella apretó el botón del altavoz.

—¿Amor? Ya está aquí.

—Nina, ¿cómo vas? —Duane trataba de sonar fresco y activo, pero se notaba el cansancio en su voz; me incliné en el fregadero y escupí. Seguramente había dormido aun menos que yo.

—¿Qué descubriste?

—Pues Jeanine ya arregló las notas de su hermano en lo que ella cree, y yo estoy de acuerdo, lo que es burdamente un orden cronológico. Él tiene un sistema propio, así que es difícil decirlo. Lo que sí sabemos es que el señor Dockery de verdad estaba trabajando un libro sobre el caso de Randy. Aparentemente se quedó estancado con él todos estos años y conservó un archivo con los documentos de las apelaciones y condenas de Randy. Aparentemente, pensaba que el tiempo estaba por terminarse y que una vez que ejecutaran a Randy se iban a levantar algunos obstáculos legales que le habían impedido escribir la historia completa. Su primer impulso fue buscarte, porque, y cito unas de sus más recientes notas: «Sin la versión de la historia de la ex esposa, es sólo otro PP sórdido y ese mercado está SAT».

—PP es «Procedimiento Policial» y SAT la abreviatura de «saturado» —dijo otra voz en la línea, grave y tersa, como de una fumadora de toda la vida que ha soportado demasiados sermones sobre sus hábitos.

—Gracias, Jeanine —dijo Duane.

—Gracias por su ayuda —mencioné con vehemencia.

—Encuentren a mi hermano —suplicó y Duane le prometió que íbamos a hacer todo lo posible.

—Así que Dockery estaba convencido de que sólo si conseguía tu versión, Nina, podía escribir la historia. Pero no tuvo mucha suerte para encontrarte.

—Porque no nos tenía a nosotros —dijo Carolyn presuntuosamente y enseguida se dio un manazo en la boca. Yo sabía en qué estaba pensando: si no hubieran sido lo suficientemente

buenos como para rastrearne, quizás no habrían secuestrado a mi hijo. Puso la otra mano en mi brazo y yo le dije:

—No te preocupes.

—Así que en lugar de eso fue a ver a Randy —continuó Duane—. Aparentemente, por lo que encontramos en la agenda de Dockery, se encontraron frente a frente por lo menos una vez y eso lo confirmamos con las autoridades de California. Por cierto, Randy rechazó mi solicitud de entrevista, Nina, dice que sólo hablaría contigo.

—¿Tú crees que él sepa quién se llevó a Hayden?

—Sigue negando cualquier tipo de participación. La verdad no lo sé. A lo mejor está detrás de todo esto y se lo está guardando para hacerla de emoción, o para torturarte. Es posible que no sepa nada, pero va a tratar de aprovecharse de nuestro interés para hablar contigo y disfrutar cualquier tipo de placer que le proporcione oír la turbación de tu voz. Por su perfil general, apuesto a que va a sacar algo de ello. Pero estoy bastante seguro de una cosa: no nos va a ayudar a encontrar a Hayden —Duane no sonaba completamente convencido de ninguna de sus teorías, más bien sonaba como si su obligación fuera a mantener todas las posibilidades sobre la mesa aunque supiera, o no, lo que podría pasar.

—Si hay una mínima posibilidad de que sirva de algo, voy a hablar con él —Carolyn no parecía cómoda con la idea, pero no me importaba. Si Randy quería un poco de tiempo para joderme la cabeza, era un pequeño precio por cualquier pista que me pudiera ayudar a recuperar a mi hijo. Y a lo mejor yo tenía unas cuantas palabras guardadas para él.

—Carolyn, tú tienes el número de la cárcel, así que llamen cuando estén listas, si aún lo deseas. Pero primero escúchenme porque creo que tengo otra pista que vale la pena seguir. En las notas de su entrevista con Randy, Dockery dice que Randy le recomendó buscar a una persona llamada Carson Beckman. ¿Se acuerdan de él?

Carolyn tecleó en la computadora buscando: sabía que había oído ese nombre antes. Pero yo no necesitaba que me lo recordaran.

—El único sobreviviente de los ataques de Randy —dije.

—De hecho hubo dos. Después de que arrestaron a Randy, cuando su cara estaba en todas partes en la tele, una mujer de nombre Patricia Lineberger lo identificó como el hombre que había tratado de agredirla quince años antes. Fue mucho antes de que haya evidencias de que hubiera matado a alguien, y el criminólogo de perfiles del FBI que más tarde entrevistó a Randy pensaba que ella fue su primer intento. Trató de meterla a la fuerza a un coche cuando regresaba a su casa de un bar, cerca de donde Randy vivía con sus padres adoptivos. Se escapó, pero se asustó tanto que levantó una denuncia. Pero el caso de Carson es muy distinto. Randy mató a los otros tres miembros de su familia en uno de sus últimos ataques, un poco menos de un año antes de que lo entregaras. Carson tenía entonces catorce años, y sobrevivió por haberse escondido en el cuarto de visitas.

—Recuerdo su testimonio. Fue una de las cosas más espantosas que haya visto —dije sintiendo el sudor que me salía de los brazos—. La defensa lo llevó al estrado uno de los días que estuve en la sala. Pobre niño.

—Tengo la impresión de que las cosas no mejoraron mucho para él después —dijo Duane—. Randy le sugirió a Dockery que encontrara a Carson porque, y déjame citar lo de las notas que tomé: «Randy Mosley sentía que ambos compartían un lazo común de infancia arruinada. Habló de

Carson Beckman como si fuera importante para él». Dockery sugiere que pudo haber contacto entre ambos hombres, víctima y perpetrador, después de la sentencia de Randy.

Dentro de mí todo se quedó estático.

—¿Carson Beckman? ¿CB? ¿No era así como estaban firmadas las cartas por las que el guardia de San Quentin estaba preocupado?

Carolyn se me quedó viendo con la boca abierta.

—CB Taylor.

—¿Dónde está Carson Beckman ahora? —pregunté.

—No estamos seguros. Después de los asesinatos de Randy, un tío del lado paterno se convirtió en su custodio legal. Dockery tenía apuntada una cita para encontrarse con ellos en su agenda, y según Jeanine la fecha es de unas pocas semanas antes de su desaparición.

—Dos semanas antes —confirmó Jeanine en el fondo.

—He estado llamando al tío una y otra vez durante la última media hora, pero todavía no me ha contestado. Le dejé un mensaje. Pero estoy mucho más adelantado que ustedes y llamé a Matthews antes.

Yo sacudía la cabeza.

—¿Por qué alguien que Randy lastimó...? ¿Por qué querría hablar con él en primer lugar?

—No sabemos —dijo Duane—. Mira, no tiene caso que vaya a California si Randy no está dispuesto a verme. Pero el tío de Beckman vive no muy lejos de Chicago, y la señorita Dockery me ofreció llevarme en la tarde.

La voz de fumadora se volvió a escuchar.

—Traté de comunicarme con ellos hace semanas, pero no quieren hablar conmigo. Tengo la sensación de que van a estar más dispuestos cuando sepan lo que le pasó a su niño.

Carolyn les dijo que dejaran de perder tiempo hablando con nosotras y se pusieran en camino.



## II

La tarde fue tortuosa. La policía no quería que saliera de la casa por si el secuestrador de Hayden trataba de ponerse en contacto conmigo. Matthews llamó después de que ambos hubiéramos hablado con Duane y nos advirtió que no sacáramos conclusiones prematuras.

—Incluso si este muchacho Carson está implicado de alguna manera, aparentemente nadie sabe en dónde está. Pudimos rastrearlo hasta un departamento donde estuvo viviendo hasta el noviembre pasado, pero el propietario dice que lo corrieron y no tenemos una dirección actual. La foto más reciente que pude encontrar es de hace casi ocho años. En ese tiempo ha pasado de ser un adolescente a un adulto, así que no se va a ver igual. Duane dice que va a tratar de encontrar una más reciente y me la va a mandar por fax, si es que el tío se la proporciona.

Fuera de eso todo fue silencio. No hubo llamadas ni llegaron mails a mi computadora o a la de Carolyn. Yo paseé de un lado a otro y traté de comer. Sólo conseguí tragarme medio sándwich. No dejaba de pensar en los ojos de Hayden cuando pasaba bajo la cámara del pasillo de la escuela; tan grandes y aterrados, tan impotentes, implorantes. Había estado desaparecido por casi veinticuatro horas y en compañía de un hombre que le había cortado la garganta a Rachel Dutton. Un hombre que había adoptado la perversión ocular de mi marido.

Carolyn trató de distraerme. Primero habló de trivialidades, pero percibió el tono desinteresado de mis respuestas y cambió el tema a los escenarios posibles. Carson podía ser el secuestrador; Carson podía ser sólo un muchacho herido destruido todavía por lo que le pasó a su familia; Carson podía estar muerto. Yo miré a través de la ventana mientras ella hablaba. Una patrulla estaba estacionada del otro lado de la calle y de vez en cuando venían a tocar a la puerta para saber cómo estábamos. Yo estaba dividida entre querer invitarlos a pasar para que no estuvieran en el frío y odiarlos por no encontrar a Hayden. Era su trabajo, y en lugar de salir a buscar estaban sentados esperando; me estaba volviendo loca.

Esperaba que a la mejor esta vez hicieran algo bien, que llevaran la foto de Hayden a alguna parte, le informaran a la gente, interrogaran a testigos posibles. O quizá alguien reconocería el vehículo, vería al secuestrador de Hayden pasar por algún lugar y llamarían. Quizá por algún milagro un agente de tráfico con suerte rescataría a mi hijo y recibiríamos la llamada en cualquier momento.

Y sí, alguien vio el coche. La policía lo encontró abandonado a menos de cuatro cuadras de la escuela de Hayden, en un estacionamiento cerca de un edificio de oficinas. Unas cámaras de seguridad del vecindario lo habían visto pasar menos de veinte minutos después del ataque del día anterior. La cara del conductor no era visible desde ningún ángulo que pudieran aislar. Matthews nos llamó con la noticia sólo un momento antes de que apareciera como boletín en una franja en la parte baja de la televisión en el horario de las telenovelas del canal 41.

—Suponemos que tenía otro vehículo esperando. Estamos entrevistando a la gente del área, pero hasta ahora no hay nada concreto que reportar —Matthews sonaba cansado y deprimido—. ¿Ya habló con su ex esposo?

—Voy a llamar a San Quentin en cuanto cuelgue con usted —fue mi respuesta.

## CAPÍTULO 20

EN CUANTO CARSON BECKMAN SE SENTÓ en la silla de los testigos durante el juicio de Randy, supe que me había equivocado en lo del dibujo que estaba en la puerta del gabinete del cobertizo detrás de nuestra casa. Después de todo, no era un retrato de un futuro Hayden, ni de Randy de joven. No, era este muchacho: tenía la misma boca delgada y sin sonrisa, los cachetes redondos, los ojos vacíos. Incluso tenía el mismo mechón de cabello fino y opaco, sólo que en la sala se podía distinguir el color rubio cenizo. Randy había escogido a este niño como modelo de su dibujo, como había dibujado mi propio retrato muchos años antes. Sentí que nos unía una relación instantánea y desagradable.

Como todos sabían por lo que había pasado, esperaban que fuera dolorosamente infantil. En realidad, había cumplido dieciséis años recientemente y más que un adolescente parecía un hombrecito extraño y encorvado. Carson, con traje y corbata obviamente una o dos tallas más chicas que la suya —cada vez que tragaba el movimiento de su manzana de adán le levantaba todo el cuello—, se sentó en la silla de los testigos y respondió las preguntas del abogado defensor monótonamente. La carencia de inflexión y emoción con la que el muchacho recitaba la historia sobre cómo Randy había asesinado a toda su familia inmediata, con arranques breves e inconsistentes, era surreal.

—Esa noche, ¿cuándo te diste cuenta de que algo andaba mal? —preguntó Alan Beyer. El defensor público había permanecido sentado en la mesa de la defensa, así que cada vez que Carson miraba en su dirección, tenía que ver también a Randy. Me pregunté desde la galería si yo también me había visto así cuando estaba en su lugar, renuente a dirigir los ojos hacia él. Carson, básicamente, miraba a la distancia, hacia algún punto sobre las señales de salida que estaban encima de las puertas de la sala.

Beyer era el más joven de los abogados defensores de Randy, y el que el jurado toleraba mejor. El más viejo, Gavin Plummer, era un tipo calvo de gesto malhumorado que hacía reflexiones largas y divagaciones retóricas que sólo conseguían que la audiencia girara los ojos de fastidio y más de una vez había provocado la inmediata burla de la juez. Beyer se había hecho cargo de la mayoría de los interrogatorios ese día. Ahora había esperado casi un minuto entero, jugando ociosamente con las puntas de su cabello encanecido, antes de repetir la pregunta.

Carson parecía estar sonriendo sentado en su lugar y supuse que estaba flotando sobre una nube de medicamentos. Yo me había tomado por lo menos un Xanax al día desde el arresto de Randy.

—Cuando Dana me despertó —dijo Carson sin fuerza.

—¿Qué te dijo tu hermana?

—Me dijo que había alguien en la casa.

El chico no dio más información, pero esta vez Beyer no dejó que reinara el silencio.

—¿Cómo sabía?

—Escuchó que mamá gritaba una vez, supongo que la única vez antes de que él le tapara la boca con la cinta.

—¿Quién?

—El señor Mosley.

Yo me había quedado en la sala después de sufrir lo que los abogados llaman «contrainterrogatorio», un cambio que me había parecido extremadamente ofensivo, pero que la fiscalía concluyó que era inevitable: la defensa me llamó a testificar otra vez y por «otra vez» me refiero a que fue en relación al argumento de que Randy era mentalmente inestable cuando cometía sus crímenes. Turnbull sospechaba que la defensa iba a argumentar que ya que Randy me había dejado la llave de su cobertizo, sabiendo lo que iba a encontrar ahí y que reaccionaría llevando a cabo las acciones que pondrían fin a sus actividades, en realidad *quería* que lo atraparan, juzgaran y ejecutaran. Esto, según la teoría de Turnbull, probaría más allá de cualquier duda que la mente de Randy no estaba funcionando de manera racional.

—Un último recurso para salvarlo de la inyección letal —fue la conclusión de Turnbull—. Inusual, pero de alguna manera posible.

Sin embargo, haber llamado al estrado, por las mismas razones, a este único sobreviviente de las locuras de Randy, era peor de lo que me habían hecho a mí. Aunque los asesinatos de los Beckman habían ocurrido fuera del estado, la defensa había argumentado que el testimonio de Carson era relevante para determinar la situación mental de Randy cuando cometía los crímenes. Se había estipulado, y anotado, que el testigo testificaba bajo protesta, pero Beyer y su socio pálido y gruñón citaron un precedente arcaico en un caso antiguo y la juez Oliver tuvo que acceder renuente a que Carson diera su testimonio.

Así que en ese momento Carson parecía entretenerse con algo en la silla de los testigos con los ojos puestos en el espacio. Un archipiélago de acné le cruzaba la barba y llevaba el pelo aplanado y sin peinar. Su piel tenía un matiz cenizo que insinuaba meses encerrado en la misma habitación; salía para ir a la escuela, pero para nada más. La tía y el tío de lado de su fallecido padre, que tenían la custodia legal del muchacho, estaban sentados en la galería, cerca de mí, pero no soportaba encontrarme con la mirada de ellos.

Beyer se secó los dedos y se inclinó hacia adelante sobre la mesa de la defensa.

—¿Qué te dijo Dana que hicieras?

—Dijo que atravesáramos el pasillo y nos escondiéramos en el cuarto de invitados —respondió Carson. Como si le hubieran movido un interruptor, de repente se puso más animado y empezó a hablar fluidamente—. Dijo que nos saliéramos por la ventana. Pero estábamos en el tercer piso y creo que no estaba pensando con claridad. Yo tenía miedo, así que la seguí y cuando estábamos en el pasillo oímos que algo estaba pasando en el cuarto de nuestros papás, pero la puerta estaba cerrada, así que no pudimos ver nada. Pero cuando nos metimos en el cuarto de visitas oímos que la puerta del cuarto de nuestros papás se abrió y luego una voz dijo el nombre de Dana. No era mamá ni papá. No pude voltear porque ella me estaba empujando hacia adelante, y cuando entré en el cuarto azotó la puerta y fue la última vez que la vi hasta que todo acabó.

La sala estaba en silencio total salvo por el sonido de la respiración agitada de Carson. La

juez Oliver le preguntó si estaba bien para continuar. Le dijo que podía tomarse un descanso si quería. Carson dijo que no con la cabeza y le ofreció una sonrisa que, dadas las circunstancias, era extrañamente encantadora.

—Prefiero terminar de una vez —dijo.

Beyer siguió el interrogatorio y Carson contó la historia: había tenido demasiado miedo como para moverse o encender la luz, así que se hizo un ovillo en el cuarto de invitados, en la oscuridad, escuchando todo lo demás. Su hermana había gritado sólo una vez luego de que la puerta se cerrara tras él. Carson describió los sonidos de la pelea. Dijo:

—Hubo... ruidos de humedad, como cuando se camina sobre el lodo. También de alguien que golpeaba una pared o a lo mejor el piso, no sé.

En la sala pocos podían verlo mientras decía estas cosas, pero yo sí lo veía. No podía mirar hacia otro lado. Una sombra de intensidad lúbrica, una pálida especie de emoción que yo asociaba con el trauma profundo y permanente cruzó su rostro antes de que volviera la inexpresividad de muerte.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí? —preguntó Beyer.

—La policía me dijo después que fue más de una hora, pero no lo sé. No llevaba reloj.

—¿Cuándo saliste del cuarto de invitados?

—Luego de que él me dijera que todo estaba bien.

Beyer no tuvo que levantar la vista para notar el completo cambio en la atención de todos; era palpable.

—¿Quién te dijo eso? ¿El señor Mosley?

Carson asintió; después se inclinó hacia el micrófono montado en el estrado de los testigos.

—Sí.

—¿Él sabía que estabas escondido ahí?

Carson se había puesto terriblemente pálido y, por un momento, pensé que se iba a desmayar y que se resbalaría al lado de la silla. Pero se quedó en su lugar, con la cara congelada y moviendo apenas los labios.

—Estaba sentado en el piso, recargado en la puerta por si él trataba de entrar. Me había dicho a mí mismo que probablemente iba a morir. Oí que alguien salía del cuarto de mis papás y atravesaba el pasillo, y me acuerdo de que yo tenía las manos encima de la boca, tratando de que él no escuchara mi respiración ni nada. No hubo más sonidos y empecé a pensar que tal vez ya se había ido y que debería salir de la casa y buscar ayuda para Dana, papá y mamá, pero estaba demasiado asustado. Soy demasiado cobarde.

Beyer dijo:

—Hijo, nadie está insinuando que hubieras podido hacer algo para evitar lo que le pasó a tu familia. No fue tu culpa. Deberías estar agradecido por estar vivo.

—Eso pensaría uno, ¿verdad? —dijo Carson de repente. En ese momento ya todos lo estábamos viendo atentamente, inclinados en nuestros asientos hacia el frente, mientras él miraba primero al paternalista abogado defensor y, después, finalmente a Randy.

—Él supo todo el tiempo dónde estaba escondido. Él sabía. Estaba parado afuera de la puerta, justo del otro lado, y simplemente empezó a hablar, como si fuera una conversación normal. Dijo: «Yo sé que había un niño en esta familia, pero no lo encuentro en toda la casa. Voy a tener un hijo, pronto. Mi esposa todavía no lo sabe, pero yo creo que va a ser niño, lo percibo», y luego he de

haber hecho algún ruido porque hizo «*shhh*» y luego me dijo que esperara unos minutos antes de salir. Dijo que no viera a mis padres ni a mi hermana, que fuera directamente abajo y llamara a la policía. Y después se fue y yo esperé e hice lo que él me había dicho.

Beyer cambió su atención hacia el jurado.

—En todos los años que llevaba cometiendo los más terribles crímenes, el señor Mosley nunca había tenido el hábito de dejar sobrevivientes. Incluso habló con Carson antes de irse de casa de los Beckman, completamente consciente de que Carson podría identificar su voz con la policía, cosa que hizo, de hecho, más de un año y medio después. Les pedimos que consideren si éstas son las acciones de una persona que actúa buscando sus mejores intereses personales, o más bien las de una persona perturbada incapaz de razonar, como pone en evidencia el claro deseo de ser aprehendido. —Randy vio que el abogado estaba a punto de terminar y susurró algo al oído de Beyer. Con obvia renuencia, el abogado defensor hizo lo que su cliente le pedía. Se volvió otra vez hacia el testigo:

—Una pregunta más, joven. ¿Puedes ofrecernos alguna explicación diferente a la insensatez del *por qué* el señor Mosley te dejó vivir luego de lo que le hizo a tu familia? ¿Puedes pensar en algún motivo razonable para que te dejara vivir?

La juez miró a Turnbull, esperando que objetara. El fiscal ya se había puesto de pie cuando Randy habló desde la mesa de la defensa, dirigiéndose directamente a Carson Beckman, que se quedó pálido e inmóvil en el estrado.

—Él sabe —dijo Randy.

Carson lo miró como si pudiera hacerlo desaparecer. Su voz era firme.

—No, no sé.

La juez Oliver le dijo a Randy que controlara su lengua si no quería que lo sacaran de la sala. Beyer y su compañero fruncieron el ceño y Beyer puso una mano sobre el brazo de Randy. Pero Randy seguía viendo a Carson y esta vez sólo gesticuló las palabras, igual que cuando había gesticulado que me amaba cuando yo estaba en el estrado: «Sí. Tú sabes».

El equipo de la fiscalía de Turnbull me sacó de la corte por una puerta trasera para que evitara las cámaras y las preguntas de la multitud de reporteros que acechaban la escalera principal. Esa salida llevaba a un estacionamiento privado, reservado para empleados de la corte y testigos que llamaban a testificar; era una estructura de concreto fría y sombría que en mi imaginación le podía provocar tendencias paranoicas y claustrofóbicas hasta a la gente más estable. Turnbull me prometió que ésta era la última vez que tenía que ir a la corte, a menos de que quisiera estar presente cuando dieran el veredicto, que esperábamos que fuera cualquier día de la semana siguiente.

—¿Hay alguna posibilidad de que lo declaren inocente? —pregunté.

—Siempre hay una posibilidad —dijo Turnbull jugueteando con su corbata de moño—. Pero yo creo que el jurado va a ver más allá de la defensa por demencia. Lo que hicieron con el muchacho hoy raya en la crueldad, y el jurado usualmente no responde bien a ese tipo de tácticas.

—Entonces no tengo que estar aquí —dije.

Me volteé hacia mi Accord cuando oí que una de las puertas de la salida se abría detrás de nosotros. Ví a mi alrededor y observé a Carson Beckman saliendo de entre una fila de coches estacionados, flanqueado a cada lado por sus tíos. Mi intención era subirme al carro e irme a casa lo más rápido posible, pero al verlo ahí, una figura empujada entre sus guardianes mayores, no sé qué me poseyó. No lo pude evitar.

Se pararon junto a un auto plateado y Carson abrió una de las puertas de atrás cuando yo me acerqué a unos metros y me aclaré la garganta. Se volvió, igual que su tío, un hombre de apariencia distinguida y mortificada con cabello blanco como la nieve y un traje de tres piezas. Los dos se me quedaron viendo.

—Disculpen que los moleste —dije oyendo el temblor en mi voz pero dispuesta a sobreponerme y decir lo que tenía que decir—. Soy Nina Sarbaines, antes Nina Mosley. ¿Podría hablar contigo un momento, Carson? Sólo un minuto.

Su tío parecía estar a punto de intervenir y pedirme amablemente que me fuera y los dejara en paz; de hecho, casi podía ver que las palabras se iban formando en su cabeza, pero Carson asintió y caminó rápidamente a cierta distancia de ellos. Lo seguí y cuando lo volví a tener enfrente no pude resistir acercarme y ponerle una mano en el brazo. Él se encogió y quité mi mano.

—Sólo quería decirte que lo siento —dije atropelladamente, casi tartamudeando. Y por supuesto que eso no era todo lo que quería decir, pero la garganta se me cerró y no pude continuar. Quería decirle que comprendía que lo que mi esposo le había quitado era irremplazable. Quería decirle que aunque sabía que mi situación era diferente, Randy también me había quitado muchas cosas.

Me miró fijamente con curiosidad por un momento, no abiertamente ofendido, pero tampoco consolado. Luego de una pausa que duró lo suficiente como para que me preguntara por qué había querido hablar con él, dijo en voz baja y profunda:

—No siento bien. No siento lo que debería sentir —completó como si la ausencia de respuesta emocional de su parte me hubiera asustado—. Algo malo me pasa.

—No digas eso —le rogué—. Ni siquiera lo pienses. Eso es exactamente lo que Randy

querría, y no podemos darle ni una satisfacción más de la que ya sacó de lo que nos hizo. —No pude encontrar las palabras para expresar lo que de verdad quería compartir con él, decirle que yo sabía lo que era reprimir algo enorme y horrible; era como un bloque sólido en el pecho, un estado de shock que parecía interminable. Pero el nivel de mi presunción al querer llevarlo aparte me pesó, mi audacia era indefendible.

—Con el tiempo te vas a sentir mejor —conseguí decir y oí la estúpida debilidad de mi servicial afirmación. Qué condescendiente he de haberle parecido, tratando de impartirle un poco de esperanza a un ser cuya familia entera había sido eliminada por mi marido mientras yo fingía con indiferencia que no pasaba nada malo. Trataba de comunicarle un sentimiento de que, eventualmente, siempre algo nuevo surge, una sensación de que la carga tarde o temprano se aligeraría, que era a lo que yo aspiraba desesperadamente, pero que, en realidad, aún no comprendía para nada. En mi cabeza gritaba que también me habían engañado, pero por supuesto que la manera como lo habían engañado a él era mucho mayor. Finalmente, terminé con patetismo:

—No puedes dejar que nadie te diga cómo estar en duelo. Pasará en su momento, cuando decidas que estás listo.

—Pero ni siquiera *quiero* que pase —dijo y puso un toque de terror e incertidumbre en lo que decía como el que había salido momentáneamente a la superficie cuando estaba en el estrado de los testigos. Fue como si me estuviera rogando algo, como si me pidiera que le diera la confianza de que en algún momento iba a sentirse como debía hacerlo, que iba a tener contacto con algo que era esencial y evasivo dentro de sí mismo.

Ahora me daba cuenta, demasiado tarde, de que no tenía absolutamente nada que ofrecerle como disculpa o reafirmación. Su tío atravesó el estacionamiento hacia nosotros y sentí un impulso de agradecimiento porque me estaba dando una excusa para alejarme de la desesperación de Carson. Volví a tomar sus manos frías y sin reacción y caminé directamente hacia mi carro. No fui capaz de voltear atrás.



# CAPÍTULO 21

## I

MATTHEWS SE ESTACIONÓ ENFRENTA de la casa unas horas después de la última vez que hablamos con Duane. No llevaba la sirena encendida, pero para Carolyn y yo, que lo observamos atravesar con prisa la banqueta hasta la puerta, era obvio que estaba apurado. Abrí la puerta y él nos saludó con la cabeza cuando entró.

—Tenemos que hablar —dijo, dejando un portafolio en el sofá. Inmediatamente se puso a buscar algo en él; sacó bonches de papeles, fotografías escaneadas y reportes oficiales; después los acomodó en pilas mientras Carolyn y yo intercambiamos miradas de ansiedad. Finalmente, abrió su laptop y la puso al lado de Carolyn.

—¿Ya pudo hablar con su ex esposo? —me preguntó.

—Los de la prisión me dijeron que me van a devolver la llamada más tarde. Seguimos esperando. Carolyn cree que quieren interrogarlo ellos primero. ¿Has sabido algo de mi hijo? —pregunté.

Matthews negó con la cabeza.

—Lo siento. Pero durante las últimas dos horas estuve en el teléfono con Duane y con varios departamentos de policía del área de Detroit. Duane les manda disculpas por no haber estado en contacto con ustedes, pero cree que vamos a hacer las cosas más rápido si obtenemos la información de primera mano. Casi todo el tiempo nos ha estado mandando cosas por mail. Les voy a contar todo, pero primero quiero que Nina vea esto. —Se calló y hojeó unos papeles hasta que encontró lo que buscaba. Me extendió una copia granulosa de una fotografía evidentemente enviada por computadora o fax. Reconocí la boca delgada y los ojos oscuros de Carson Beckman, pero era un retrato muy diferente al niño que vi en la corte por última vez. Sus rasgos estaban más definidos y los cachetes ya no estaban llenos como antes, como si la piel hubiera perdido tensión en la superficie y se hubiera amoldado a una máscara suelta. Parecía asustado, como un animal frente a un depredador. Llevaba tres aretes en la oreja derecha y dos en la izquierda. A su aspecto descuidado se añadía una barba de chivo.

—¿Lo ha visto recientemente? —me preguntó Matthews. Negué insegura.

—No creo. Es difícil saber.

Matthews habló emocionado, como si tratara de comprimirlo todo en un resumen, pero sabía que no tenía posibilidades.

—Es la identificación de Carson que nos dio su último jefe, un servicio de entregas donde trabajó hasta hace seis meses. La foto es de hace más de un año, así que probablemente desde entonces haya cambiado algo su apariencia. De todos modos, enviamos una copia al Departamento

de Policía de Murphy, Tennessee, y dicen que concuerda con la descripción del sospechoso del asesinato de Julie Craven —sacó otra foto, ésta de una muchacha de universidad. Me la pasó y vio que se me desencajaba la boca.

—Dios mío —dije.

—Se parece mucho, ¿verdad? —concordó Matthews.

—¿A quién? —preguntó Carolyn. Dejé la foto con manos temblorosas.

—A la maestra de mi hijo: Rachel Dutton.

—Todavía no significa nada necesariamente —nos advirtió Matthews. Finalmente parecía tener las cosas en el orden que quería; se recargó en el sofá y respiró profundamente antes de continuar—, pero los asesinos compulsivos, especialmente en los últimos tiempos, frecuentemente buscan víctimas que comparten ciertas características físicas. Así que con todo lo que hemos descubierto en las últimas horas, es la pista más segura que tenemos. Bueno, entonces después del asesinato de su familia, Carson se quedó bajo la custodia de su tío paterno, un hombre llamado Joe Beckman y su esposa Laurie.

—Duane fue a verlos —dijo Carolyn.

—Fue desde ahí donde me llamó. Aparentemente, la hermana de Lane Dockery llevaba un tiempo tratando de ponerse en contacto con ellos, desde que su hermano desapareció, pero no le respondían, ya fuera porque su entrevista con Dockery no salió bien o porque Carson les dijera que no hablaran con nadie al respecto, no sabemos. Pero cuando Duane les habló de Hayden, cedieron. Carson vivió con sus tíos desde la época de los asesinatos hasta hace dos años, cuando se mudó a un departamento del otro lado del pueblo. Ellos pensaban que todavía estaba ahí hace unas seis semanas, hasta que el agente inmobiliario les llamó para decirles que iba a recuperar el departamento por falta de pago. Todavía quedaban unas cuantas cajas y los tíos, que autorizaron vaciar el inmueble, las recogieron y guardaron en su garage. Aseguraban que no habían tenido ningún contacto con su sobrino desde entonces. Duane les sacó parte de la historia y yo conseguí el resto con la policía local, pero lo demás proviene de las mismas posesiones de Carson —me extendió unas cartas escritas a mano. Tragué saliva con dificultad al reconocer la letra—. Jeanine Dockery dice que encontró el reloj de su hermano entre las cosas de Carson, en las cajas. Está grabado con las iniciales de Lane Dockery. Hasta ese punto, los tíos habían estado reticentes, pero Duane dice que la hermana de Dockery perdió la paciencia y ella y la tía se pusieron a gritar mientras el tío llamaba a su abogado. Duane convenció a Joe Beckman de que más adelante sería mejor para él que lo consideraran una ayuda y no un obstáculo. Los pobres parecían estar hasta la coronilla de todo el asunto.

Puse una mano sobre el brazo de Matthews. Sentí su piel caliente y su pulso acelerado.

—Empiece por el principio, por favor. Respiró profundamente otra vez y dijo:

—Está bien, está bien. Básicamente, Carson tuvo problemas desde que se mudó con sus tíos hasta que se fue.

—Lo cual es de esperarse, después de lo que le pasó —dijo Carolyn.

—Estoy de acuerdo. Pero tú has estado en el negocio tanto tiempo como yo, no has de poder dejar de darte cuenta de cuántas veces la víctima se convierte en el agresor. Lo siento, pero es un hecho de la vida. Toma de ejemplo a Charles Pritchett. Duane dice que la tía repetía y repetía que Carson estuvo en varios tipos de terapia durante todo el tiempo que vivió con ellos, y que no se les podía pedir que hicieran más de lo que habían hecho por él. Sus propios hijos ya habían

crecido y se habían mudado de la casa con sus propias familias, y, de repente, tenían un adolescente problemático viviendo bajo su techo. Sus hijos trataban de hacer que Carson se sintiera como en casa cuando volvían para las fiestas y esas cosas, pero Joe Beckman asegura que mientras más trataban de incluirlo, él se apartaba más. Finalmente se convirtió básicamente en un trato en el que ellos le daban comida, alojamiento y una pensión a alguien que sentían como un extraño. Insinuaron algunos problemas con las autoridades, pero Duane no consiguió que especificaran cuáles. Entonces llamé a la policía local. Carson ya tiene edad suficiente como para que sus registros juveniles fueran removidos, pero eso no pasa siempre, ni en nuestra propia oficina, así que me imaginé que valía la pena intentar. Hablé con un tipo de registros, le expliqué la situación, que un niño podía estar en riesgo, y encontró lo que necesitaba.

Matthews deslizó unos papeles y nos dejó verlos. Eran reportes policiales, uno de un cargo por agresión contra una mujer por parte de un menor. Carson estaba enlistado como sospechoso.

—Éste es de cuando tenía dieciséis —dijo Matthews—. Sólo unos meses después de que testificara en el juicio de Randy: atacó a una niña de la escuela. No la lastimó gravemente, pero ella se asustó tanto, que sus padres levantaron una denuncia y lo expulsaron de la escuela. El juez del caso sintió pena por el pasado de Carson y suspendió la sentencia, por lo que le permitieron terminar la preparatoria en un colegio privado. —Nos mostró otro reporte—. No estuvo preso por esto, pero llevaron a Carson a declarar como sospechoso por una serie de denuncias por voyerismo en el vecindario. Creo que tenemos amplias evidencias de un joven que realmente se está desviando del camino.

Removí los papeles y encontré uno que me había llamado la atención antes. Le pasé las cartas a Matthews y le pregunté:

—¿Y éstas? Asintió.

—Son de Randy. Son bastantes, y parece que Carson conservó la mayoría, lo que sugiere que quería que las encontraran en algún momento. Han estado en contacto durante años. Por eso te pregunté si ya habías hablado con Randy.

Carolyn sacudía la cabeza.

—¿Por qué querría Carson mantener correspondencia con el hombre que asesinó a su familia?

—No es estable —dijo Matthews encogiéndose de hombros—. Es decir, no puedo saberlo a ciencia cierta, y sólo tenemos la parte de la correspondencia de Randy. Me imagino que tenías razón al suponer que las autoridades de la prisión en California están tratando de sacarle información. Ya me puse en contacto con ellos y dicen que registraron la celda de Randy, pero no encontraron nada. Él sabía que leían su correo, todos los prisioneros lo saben, así que me imagino que destruía las cartas de Carson conforme llegaban o, por lo menos, antes de que todo esto se descubriera —me miró a los ojos—. Tenemos que volver a llamar a San Quentin y pedir que te comuniquen con él ahora mismo.

—Todavía no —dije—. Tengo que saber el resto sobre Carson. Él está suelto y Randy no.

—Bueno, pues como dije, terminó la preparatoria y tuvo varios trabajos en el área y los alrededores. No hay un registro de actividades extracurriculares, pero no es inusual en un muchacho de su edad. No hemos podido localizar a ningún amigo o conocido, así que la policía de Detroit va a comenzar con sus compañeros de trabajo y su jefe más reciente. Tenía contacto poco frecuente con sus tíos hasta la entrevista de Dockery, después de la cual desapareció. No supieron nada de él hasta que el supervisor del departamento les pidió que recogieran sus cosas. —Sacó

varios papeles, copias de las cartas de Randy para Carson—. Éstas están más o menos en orden cronológico, según nosotros. La primera parece ser de hace dos años, justo después de año nuevo. Randy hace referencia a la «decisión» de Carson, que según Duane y yo ha de ser un impulso interno que llevó a Carson a iniciar el contacto. En ese entonces tenía veintiún años, y las enfermedades mentales más severas usualmente se manifiestan a finales de la adolescencia y principios de los veinte. Después está esto: «Dices que has tratado de dejar todo atrás, pero sigues con los sueños. Dices que no paran y que la doctora Vale y sus pastillas tampoco te ayudan. Te aconsejo que te preguntes por qué me contactarías a *mí*», y el énfasis es de Randy, «entre toda la gente del mundo. Las respuestas que buscas ya están dentro de ti, si tienes el valor de enfrentarte a ellas. Yo no puedo darte las respuestas, pero puedo ofrecerte toda la ayuda que pueda darte, eso es lo menos que te debo. Unas cuantas reglas, sin embargo: seguramente ya sabes que leen el correo que entra y sale antes de entregarlo. Lo más que puedo hacer es prepararte una especie de mapa, un modo de que navegues hacia tus propias respuestas. Ahora mismo te aconsejo que dejes de tomar las pastillas. Los medicamentos sólo embrutecen tu alma y oscurecen la verdad».

—Dios —susurró Carolyn.

Matthews nos mostró otras cartas.

—Fíjense cómo empieza a dirigirse a Carson después de que llevan unos meses comunicándose —vimos el nombre del destinatario «Hijo». Me acordé de que Randy había tratado de comunicarse con nosotros después de que lo encarcelaron, de cómo le dirigía constantemente cartas a Hayden. Tragué saliva y sentí náuseas. Matthews continuó—. Su código no era muy sofisticado, pero no tenía por qué serlo. A menos de que les digan lo contrario, los censores de la prisión sólo pueden buscar menciones abiertas de actividad criminal. La razón por la que el guardia empezó a sospechar fue que Randy mencionó «la casa del organizador de fiestas» en los días posteriores al intento de asesinarlo. Para tratarse de dos tipos que tienen muy pocas oportunidades de convertirse en propietarios próximamente, encontramos muchas referencias a bienes raíces. De Randy: «Mi sugerencia es que empieces con algo mucho más viejo. Algo que tengas que arreglar y que nadie más quiera. El riesgo es mucho menor, porque esas estructuras usualmente están solas y separadas de las vecindades más populosas. Ya sé que no son tan atractivas o románticas como lo que tú llamas tu “casa soñada” o tu “lugar ideal”, pero te aconsejo ampliamente que empieces con algo más rudimentario. De otra forma, la casa idealizada podría necesitar más de lo que tú puedas soportar». Randy habla de que revise la zona de antemano. Le dice a Carson «asegúrate de familiarizarte con los otros posibles compradores que se interesen por tu adquisición». Le dice que busque «vistas». Creemos que se refiere a familiares y vecinos.

—Instrucciones de cómo acechar a alguien —dije.

—Eso parece. Y no mucho después empieza a haber referencia a «la casa del organizador de fiestas». El momento coincide con el atentado fallido contra la vida de Randy.

—¿Lo manda tras de Pritchett? Matthews nos miró.

—No podemos estar seguros, ¿verdad? Pero aparentemente Carson no estaba a la altura del trabajo y algunas de las cartas más recientes de Randy son bastante provocativas. Esta dice: «Sobre tus páginas y más páginas de petulancia indecorosa sobre lo bien que te fue con el lugar de Tennessee, y que quizá como fue tu primer casa podría ser tu mejor casa y a lo mejor ya no quieres

volver a mudarte, los dos sabemos que las cosas no son así. Si alguna vez quieres tener ganancias serias, sabes que tienes que construir un portafolios completo».

—Es él —afirmó Carolyn—. Randy ha de haberlo enviado aquí después de que Pritchett te puso en evidencia.

—De hecho, la última carta que tenemos es de justo después de que Lane Dockery fuera a ver a Carson, justo antes de que Carson desapareciera del mapa. Randy dice: «Así que ya ves que puedo informarte sobre las oportunidades adecuadas. La *casa del escritor*», el énfasis es mío, «abre nuevas posibilidades de beneficios para ti. Ahora estamos unidos por algo más que nuestro pasado en común, estamos unidos por un presente vivo y un futuro seguro. Tú eres mis manos».

Los dos me estaban viendo cuando Matthews dejó la última página sobre la mesa. Apreté los dientes. Le dije a Matthews que llamara a la cárcel y pusiera las cosas en movimiento.

## II

Esa voz...

...Era impresionante: aunque hubiera podido decir que la había bloqueado por completo de mi memoria, en cuanto se puso al teléfono fue como si todos los días, desde la última vez que lo vi, además de haberlo oído en la grabación en la corte, hubiera estado oyendo su voz, arrogante y corrupta, en la parte trasera de mi cabeza. Después de que pasamos todos los trámites con las autoridades de la prisión y preparamos las grabadoras, ahora estaba ahí, en mi oreja, como si otra vez estuviéramos juntos en la misma habitación.

—¿Nina? ¿Eres tú?

Matthews y Carolyn estaban pegados a mis hombros, oyendo por el auricular. El detective me había preparado sobre qué decirle; cómo reprimir las reacciones de miedo y de odio que sin duda sentiría, cómo darle a Randy la idea de que controlaba la situación para sacarle cualquier dato que pudiéramos obtener.

En mi mente lo más importante era Hayden y respondí:

—Hola, Randy. Soy yo.

—Por Dios, te oyes terrible. Enseguida me doy cuenta cuando has estado reprimiendo las lágrimas, tratando de ser fuerte. He leído estudios que dicen que la represión puede hacer que te dé cáncer. El cuerpo sencillamente se atraganta de tanta emoción y se envenena a sí mismo. Tienes que soltarte, aunque sea una sola vez en tu vida —su alegría era forzada y traté de saborear el triunfo personal de que fracasaba al tratar de mortificarme, que obviamente era lo que él quería, pero era difícil por el pulso acelerado de mis orejas.

—Randy, ya sabes la razón de haberte llamado: alguien se llevó a nuestro hijo. Necesito saber qué sabes al respecto.

—Momento —dijo, y ahora la burla apareció rápidamente y sin restricción en su tono—. No he hablado contigo en seis años y lo más probable es que nunca lo vuelva a hacer, así que hagamos que valga la pena. Tú me vas a oír a *mí*.

Y me sorprendió oír la desesperación en *su* voz. ¿Se habría quedado despierto, a lo largo de los años, imaginándose esta conversación, tratando de encontrar la manera de infligir más dolor? Si así era, estaba dispuesta a aguantarlo. No significaba nada para mí.

—Te escucho, Randy.

—Tú y un cuarto lleno de policías, seguro —aparentemente consiguió controlarse y su voz se hizo firme—. Creo que la última vez que te vi fue en la corte, cuando montaste tu escenita sobre lo sorprendida que estabas por haber descubierto la verdad sobre mí. Tengo que preguntarte, ¿te entrenaron?

—No. No les estaba permitido.

Resopló.

—Si tú lo dices. Por favor, no me aburras, Nina, porque ya estoy muy aburrido. No tengo nada con qué entretenerme excepto pensar en ti y en lo que debes estar pasando, así que compártelo conmigo.

—Me estoy muriendo —declaré tan sencillamente como pude.

—Ah, por fin —dijo—. El anillo de la verdad. No eres estúpida, Nina. Nunca lo fuiste. Sabías algunas cosas de mí mucho antes de que te regalara mi llave.

—No me pareció un regalo, Randy, más bien me pareció una maldición. Me pareció que querías lastimarme desde el principio y lo hiciste con mentiras y una vida secreta. Y cuando ya no podías hacerlo de esa manera, lo hiciste con la verdad. Eres un sádico, Randy, y tienes razón en que lo sabía en algún lugar en mi interior. Pero nunca quise creer que estuviera viviendo con alguien tan monstruoso como tú.

Sin que pudiera evitarlo, me vino a la memoria el recuerdo de él y yo sentados en el sofá de su departamento, la noche que me vine abajo y estuve lloriqueando una hora y media por mi ex novio Brad. Fue un melodrama exagerado, una representación horrible, especialmente porque en ese momento Randy y yo sólo llevábamos unos meses juntos. Sin embargo, se sentó junto a mí, me frotó los hombros y me limpió las lágrimas de los cachetes con dedos cuidadosos. Volví a sentir el vértigo, la emoción que me embargó cuando dijo «Yo puedo cuidarte», la aceptación de que sabía que no podía amarlo como había amado a la sombra ausente, pero que él me iba a amar a pesar de eso, sin condición, y lo mucho que la ternura de su acto me consoló. En ese entonces pensaba que necesitaba que me cuidaran; no podía concebir que pudiera sobrevivir después de estar completamente sola.

—Lo que queremos creer y lo que creemos rara vez son la misma cosa —decía ahora—. Ya sé que tampoco vas a creer esto, pero yo nunca te odié. Nunca me sentí sádico contigo. Sentía una conexión como nunca la sentí con nadie que conociera. Incluso consideré compartírtelo antes. Antes de Daphne Snyder, quiero decir. —Su voz creció acercándose a una especie de rapsodia—. No puedes imaginártelo, la intensidad que se siente cuando tienes a otro ser humano a tu merced y...

—Tienes razón: no me lo imagino. ¿Dónde está Carson Beckman?

—¡A lo que vas! —Randy se rio y la risa se convirtió en tos. Tras un momento, se controló y disculpó—: Perdón, es que aquí no hay mucho que hacer más que fumar, y lo hago con gusto. Ahora, ya que están grabando esta conversación, no quiero dejar nada afuera, ¿está bien? Quiero que puedas recrearla y buscar detalles y mensajes escondidos en ella. Pero te digo de una vez, gratis, que no los va a haber. Mis apelaciones ya casi se consumen y después de este asunto estoy seguro de que me van a dar fecha de ejecución, incluso en este estado cobarde. Así que no quiero que haya más mentiras entre nosotros, Nina, ni nada que no pueda verificarse por completo en un lapso de tiempo dolorosamente breve. Ya sé que ahora estás sufriendo, pero probablemente pronto llegará el momento en que desees el lujo de la incertidumbre. A veces es peor conocer el final. Te voy a decir la verdad, Nina. Pregúntame.

—¿Dónde está Carson Beckman? —repetí.

—No tengo la menor idea. No me he comunicado con él, ni por teléfono ni por correo, desde hace ya varias semanas. Nada desde la primera vez que oímos sobre ti en las noticias. Inicialmente se suponía que iba a ir tras de Pritchett, pero Carson es un muchacho de recursos limitados y poca experiencia, y nunca logró hacer muchos progresos. Creo que a lo más que llegó fue a enviarle un artículo sugerente al viejo tonto, una forma de alardear sobre sus recientes hazañas y molestar a Pritchett al mismo tiempo. Me pareció que fue un buen detalle, pero no era la venganza que yo hubiera preferido. Pero luego Pritchett te encontró y ahora yo tengo la corona de espinas puesta. Me doy cuenta de que tú y tus amigos policías pueden pensar que tengo a Carson a

mi diabólica servidumbre, que le controlo la mente o alguna de esas pendejadas, pero les aseguro que el joven es un actor independiente. Yo no lo hice lo que es, simplemente lo descubrí.

—¿Y qué es?

—Es igual que yo, por supuesto. Un asesino por naturaleza, un sociópata, cualquier marca con la que quieran etiquetarlo. No te puedes imaginar el impacto cuando lo descubrí. Siempre creí en la noción de un universo sin dios, que la entropía lo movía todo, y que sólo había que rendirse cuentas uno mismo. Pero después de Carson, las cosas empezaron a cambiar, porque me di cuenta de que haberlo elegido entre todos los blancos del mundo... Bueno, es demasiado como para llamarlo coincidencia, ¿no crees? Primero vi a su madre y a su hermana caminando por Ashland Avenue y las dos estaban resaltadas. Eso nunca había pasado antes, dos personas resaltadas en una observación, pero en su momento lo achaqué al mero azar, pura suerte o una posible evolución de mi gusto. Las seguí, aceché afuera de su casa según mi *modus operandi* usual. Mientras observaba, el segundo día de vigilancia, mierda, nunca lo voy a olvidar... Era un día claro y el aire estaba seco y frío. Nadie más estaba en la casa cuando Carson se bajó del camión de la escuela justo enfrente y diez minutos después salió sigilosamente por la puerta de atrás, cargando algo en sus brazos, como si fuera el secreto más grande del mundo. Era un saco de tela cruda, como si llevara papas. La dejó en el patio de atrás, y vi que regresaba adentro y volvía a salir con una pala; después cavó un hoyo profundo en la parte de atrás de la propiedad, tan cerca que, si no hubiera estado tan obviamente concentrado en lo que hacía, me habría preocupado que fuera a verme. No era el funeral de una mascota querida, eso era evidente por la forma como volteaba hacia un lado y otro y hacia la casa, para asegurarse de que nadie se acercara mientras estaba ocupado en su labor. En su mayor parte, los árboles lo escondían de los patios de los vecinos, que era una de las ventajas en las que yo mismo había pensado para entrar. Cuando el hoyo estuvo listo, volteó la bolsa para que el cuerpo del gato cayera en él, y estaba destazado en varias partes. Vi su cara cuando lo hizo. Se quedó viendo un buen rato, recordando, y me di cuenta de que se emocionaba por las imágenes que llegaban a su mente. Enrolló la bolsa, cubrió el hoyo y entró en la casa sin mirar atrás. Hasta casi se me había olvidado respirar. Lo vi. *Lo reconocí.*

—¿Por eso lo dejaste con vida?

—Pues, claro. No puedo jactarme de haberlo previsto todo, nunca me imaginé que se iba a poner en contacto conmigo. Simplemente quería que estuviera desatado y libre en el mundo y saboreara la idea de que probablemente yo lo había estimulado, tomando en cuenta lo que le pasó a su querida familia, que no tenía ni idea de quién o qué era su hijo. Lo que les hice, seguramente más adelante en la vida habría llevado a los extremos incluso a una persona normal. Pero con él prácticamente estaba asegurado —afirmó con simpleza, como si fuera una reflexión académica—. Cuando me contactó, al principio sólo pensé en ello como un ejercicio, en una relación estilo maestro-alumno. Quizá creyó que a lo mejor yo pudiera darle alguna información que le evitara cometer algunos de los errores que yo cometí. Me sentía importante, no voy a decir que no, pero en realidad no había considerado usarlo como una extensión mía hasta el torpe atentado de Pritchett contra mi vida. Eso sucedió sólo unos meses después de mi primer contacto con Carson. Una vez más, lo tomé como una señal de un poder superior que me había ofrecido esta herramienta, aunque fuera roma y sin formación. Creí que el muchacho podía ser de utilidad, pero, desafortunadamente, está demasiado verde como para controlarlo desde lejos. Lo que sí es seguro es que si alguna vez consigue canalizar sus impulsos, va a sobrepasar mis números. Pero como es



ahora, no hay modo de saber lo que va a hacer. Honestamente, yo quería que los matara a los dos, enseguida. No estoy seguro de qué se trata esto del secuestro y todo eso. A lo mejor el chico está envenenado por las historias de Hollywood y cree que puede negociar con alguien.

No podía atenerme más a las restricciones de Matthews. Dije:

—Por Dios, Randy. Hayden también es tu hijo.

—Y ahora no lo va a olvidar nunca —respondió Randy—. Ni tú tampoco.

—Adiós, Randy.

—¿Nina? Si se pone en contacto contigo, te sugiero que lo tomes en serio. Lo que sea que le pase a Hayden, no creo que Carson pueda hacérselo sin dirigirse a ti personalmente. Creo que, a lo largo de nuestros años de comunicación, sí conseguí transmitirle un poco de esa obsesión que tengo hacia ti.

—¿Cuándo vas a dejar de lastimarme? ¿Cuándo vas a dejar de lastimar a todos?

—El daño que hago dura por generaciones. Puedes preguntarle a cualquier familiar sobreviviente de mis víctimas. Y en tu caso, mi daño termina con las generaciones.

No pude evitar reírme de él, pero fue el tipo de ruido que nunca quisiera admitir haber hecho.

—Eres patético, Randy. De verdad. Espero que lo sientas cuando te mueras, cuando te claven la aguja en la carne. Espero que te duela. —Y luego azoté el teléfono contra la mesa. Carolyn me abrazó. Matthews no podía mirarme a los ojos.

## CAPÍTULO 22

ESA NOCHE CAROLYN FUE AL SUPERMERCADO a comprar provisiones. Llevábamos dos días seguidos sin dejar la casa y lo que quedaba en el refri era escaso o poco apetecible: media coca de dos litros sin gas, unas rebanadas de queso, un par de cenas congeladas, aderezo para ensaladas y uvas con hongos. Me acosté en el sofá mientras ella iba por las compras y pensé en Hayden, en Carson y en todo el asunto. Hacía horas que Matthews se había ido; nos había asegurado que nos llamaría si se enteraba de alguna noticia. En la tele, una serie balbuceaba y mascullaba, y las risas grabadas, que hasta en mi programa favorito me parecían odiosas, ahora me consolaban, como las olas en la playa de un mar extraño.

No me di cuenta de que me había quedado dormida hasta que se abrió la puerta principal. Carolyn se quedó parada sosteniendo mis llaves mientras yo parpadeaba y me sentaba. Estaba roja y no traía bolsas del supermercado.

—¿Ahora qué? —pregunté.

Vio detrás de ella, echó una breve mirada hacia la patrulla de policía que estaba estacionada en la entrada, volvió a mirarme y cerró la puerta.

—Voy a confiar en que vas a hacer lo correcto —dijo—. No hagas que me arrepienta. Esto estaba en mi parabrisas cuando regresé de la tienda. —Y sacó un sobre del bolsillo de su abrigo.

Su mano estaba temblorosa y noté el ligero estremecimiento en la mía cuando tomé el sobre. Era un sobre liso, blanco, tamaño carta, justo como el que Pritchett me había dejado del mismo modo. De la misma forma como Carson Beckman se lo había entregado a él. Adentro sólo había una hoja de papel con caligrafía de molde escrita con marcador: «Sigue las direcciones y ven mañana a las nueve. Sola Nina. Sin policías, sin amigos. Si no vienes sola, le saco el otro». Después del texto había una lista de instrucciones de calles, derechas e izquierdas que, según lo que reconocía, me llevarían a una media hora al oeste de Cary, en Chatham County. Era una de las pocas zonas rurales que quedaban en el área de Raleigh-Durham-Chapel Hill, sobre todo granjas que formaban pequeñas comunidades, invadidas por complejos aislados. Uno de los pocos lugares donde los residentes todavía luchaban contra Wal-Mart.

Las manos me temblaban tanto que no pude sostener el papel más tiempo. Lo dejé con cuidado en la mesita de centro junto a la laptop de Carolyn. Me volví hacia ella:

—¿Cómo que «le saco el otro»? ¿Qué significa? Contestó:

—Quería que primero lo leyeras. Yo creo que ésa era la intención. Y creo que hay que sentarnos —después me entregó otro pedazo de papel doblado que venía con la carta.

En él había escaneado una fotografía. La foto mostraba a mi hijo, con cinta de aislar en las muñecas y los tobillos, recargado en un sofá cuyo tapiz ha de haber estado de moda en los setenta.

Detrás de él, una pared plana y vacía, de sótano o bodega; bloques grises de concreto sin ventanas visibles. Hayden tenía otra tira de cinta sobre la boca, igual que en las fotos de la cámara de vigilancia de la escuela. Sólo que ahora también tenía un pedazo de gasa negra y de apariencia corriente agarrado con cinta de aislar sobre el ojo izquierdo.

—Ay, Dios —me puse una mano sobre la boca, otra vez, como hice tantos años antes en el cobertizo de Randy, ese sello involuntario. *Los ojos de mi bebé*, pensé agobiada.

Carolyn se sentó a mi lado y con cuidado me arrancó la foto de las manos.

—Tenemos que salir ahora mismo y decirle a la policía. Ellos van a llamar a Matthews. Podría mandar a un equipo swat en una hora y traer a Hayden esta misma noche.

—No —mi respuesta fue inmediata y tajante. En mi mente, ya podía ver que los policías sacaban una bolsa del tamaño del cuerpo de Hayden por la puerta delantera de una casucha anodina. Escenas de situaciones de rehenes en las noticias de la tarde se pasaban una y otra vez en mi mente. Los resultados raras veces eran buenos. Y Carson estaba completamente loco. Carajo, por lo menos tan loco como Randy y a lo mejor un poco más. Agarré de nuevo la foto e hice que Carolyn la mirara.

—Ya viste lo que le hizo en un ojo. Si ese cabrón puede hacerle eso a un niño, ¿crees que tendría algún problema en matarlo? Míralo.

Carolyn trató de razonar conmigo.

—Si vas sola, los va a matar a los dos, así de sencillo.

Me di cuenta de que estaba respirando con trabajo. Era como si hubiera habido un zumbido apresurado y absorbente en mis oídos y en mi cabeza, y de repente se hubiera quedado en silencio. Quieto, calmado y claro.

—Tal vez no —dije—. Tal vez me quiera a mí más que a Hayden. O sea, de esto se trata todo, ¿no? Ya oíste a Randy en el teléfono, está usando a Carson como su última oportunidad para acabar conmigo, para hacer lo que quiera de mí. Si Carson quería matar a Hayden, no hubiera mandado este mensaje, sólo lo hubiera matado y enterrado, y luego hubiera venido por mí en otro momento.

—A lo mejor ya lo hizo —dijo Carolyn tan bajo como pudo—. No sabemos cuándo tomó esa foto ni lo que ha pasado desde entonces.

—No me hagas jugar con la vida de mi hijo, Carolyn. No puedes.

Ella sabía bien que estaba hablando en serio, pero hizo un último intento.

—Por lo menos déjame llamar a Duane. Carson tuvo que estar en este vecindario en la última media hora. Ha de haber vigilado la casa y me siguió a la tienda para dejar la nota. Es posible que todavía nos esté observando.

Negué con la cabeza y tomé la dirección.

—Entonces nos ha estado vigilando más tiempo que las últimas horas. Sabe que la policía está aquí. Si los policías no lo han visto durante todo este tiempo, ¿por qué crees que lo van a poder rastrear ahora?

—Ha de haber cámaras de seguridad en el estacionamiento del supermercado. A lo mejor podamos averiguar qué tipo de coche usa y...

Puse las dos manos sobre sus hombros.

—Carolyn, detente. Si tengo que hacerlo, encontraré la forma de escabullirme de ti y de la policía. Carson no está pidiendo rescate, no pide nada. No tiene la intención de que

sobrevivamos. Eso lo sé. Pero, ¿te acuerdas de lo que dijo Randy? Dijo que tomara a Carson en serio y yo creo que se refería a esto. Es mi oportunidad de hacer algo, y necesito tu ayuda, pero no puedo arriesgarme a que alguien más lo vaya a echar a perder. Tú ya me ayudaste más de lo que hubiera podido pedir, pero esto es lo más importante que puedes hacer por mí en la vida, lo que va a borrar que hayas ayudado a Pritchett a encontrarme y todo lo que ha pasado por ello. Ayúdame a salvar a mi hijo. No le digas a nadie. Ni a Duane ni a la policía.

Dejó caer la cabeza y vi las lágrimas que caían, pero no hizo ni un sonido. Por fin fue a su maleta de noche y sacó una pistola que parecía pesar veinte kilos.

—Si estás tan decidida, tienes que llevarte una de éstas. Y yo voy a ir contigo, por lo menos hasta que llegues a la casa. Puedo esperarte en la esquina de la calle si quieres, pero voy a ir. No es negociable.

—Yo quiero que vayas —le aseguré—. Pero ahora mismo tenemos que bajar las cosas del supermercado de tu coche antes de que la policía se dé cuenta de que algo anda mal.

## CAPÍTULO 23

### I

—SI INSISTES EN SEGUIR ADELANTE yo insisto en que lo uses —dijo Carolyn—. Duane y yo los llevamos en el carro en caso de que nos metamos en problemas. Después de lo que le pasó...

Como parte de sus esfuerzos por evitar que respondiera a la convocatoria de Carson, había pasado una buena parte de la noche contándome, con todo lujo de detalles, cómo había terminado la carrera policiaca de Duane. En ese entonces era detective, después de haber cumplido su tiempo en las calles como patrullero. Él y su compañero habían ido a arrestar a un funcionario corrupto; al funcionario le habían dado el soplo de que iban para allá; cuando llamaron a la puerta, los invitó a pasar amablemente y después les disparó a los dos a un metro de distancia. El compañero de Duane murió instantáneamente; Duane tenía heridas en el pecho y en la cabeza; después, el funcionario volvió el arma contra sí mismo y se disparó. Así fue como Duane Rowe dejó el departamento de policía de Reston, Virginia, con una pensión completa por incapacidad, y esa fue la manera como consiguió el dinero para empezar su propio negocio. Ella lo conoció mientras cubría la historia para el periódico local y el resto, como dicen...

Carolyn me recordó los detalles más graves mientras jalaba las tiras alrededor de mis costillas y aseguraba los lados. Consiguió lo que buscaba al decirme los números: Duane necesitó cerca de veinte bolsas de sangre en la unidad de emergencias, se sometió a ocho cirugías diferentes en un periodo de veinte meses y soportó cuatro años de una dolorosa terapia física durante su recuperación. El cabello nunca le volvió a salir sobre las heridas de bala en el cráneo y por eso, hasta ese día, siempre usaba una gorra de beisbol.

Dejé caer los brazos hacia atrás. El chaleco antibalas era voluminoso e incómodo, y le dije que no quería hacer nada que hiciera que Carson sospechara de mí, pero ella no me permitió decir que no.

—En la nota no decía nada en específico sobre tu protección. —Me advirtió por enésima vez.

No tenía caso recordarle que no estábamos tratando con una persona que se iba a tomar el tiempo de considerar si llevaba o no la apariencia adecuada; ella lo sabía. Se sentía impotente y asustada, porque no estaba pasando lo que ella se había imaginado. Ella quería que un equipo swat descendiera de un helicóptero, que hubiera francotiradores desde los árboles. Yo sólo quería a mi hijo a salvo en mis brazos. Era mi responsabilidad llegar a él, aunque fuera para que ninguno de los dos estuviera solo cuando Carson hiciera su movimiento final contra nosotros.

Carolyn me ayudó a ponerme el abrigo, luego dio unos pasos hacia atrás y me observó.

—Si te catea lo sabrá de inmediato.

—Pero no importa, porque tú vas a estar cuidándonos — me di cuenta, sombría y

remotamente, de que, en ese punto, no tenía expectativas de sobrevivir. Hayden era lo único que importaba.

—Ése es el plan —dijo con un suspiro—. Sabes que estamos haciéndolo todo sin saber realmente en qué nos estamos metiendo. Todas nuestras suposiciones podrían estar equivocadas. Podría estar trabajando con algún socio. Podría haber trampas idiotas en la casa, podría verme cuando llegemos...

La detuve.

—Tienes razón, no lo sabemos. Así que mejor nos ponemos en marcha con lo que tenemos. — Eran las siete y media. El camino nos llevaría de media hora a cuarenta y cinco minutos y yo quería tener mucho tiempo por si había tráfico o algún otro impedimento.

Carolyn llevaba una pistola en una funda bajo el hombro y otra en el cinturón. También llevaba un cuchillo corto agarrado al cinturón. Yo llevaba el revólver que ella me había dado en el bolsillo derecho del abrigo.

Inclinó la cabeza contra la mía y nos quedamos así de pie, en contacto, mientras ella movía los labios en silencio. Cuando ella dijo «Amén» yo contesté «Amén».

Habíamos pasado parte de la noche anterior buscando en internet y viendo fotos satelitales de la propiedad que Carson nos había especificado en sus instrucciones. Era una casita en medio de cinco acres de tierra; las escrituras todavía estaban a nombre del banco, pero la hipoteca estaba al nombre de un tal señor Abraham Locke. Encontramos su número en la guía telefónica. Carolyn lo apuntó en una nota, donde incluyó la dirección de la casa y un resumen de nuestras intenciones, que les dejamos a los policías para que la encontrarán en caso de que algo saliera mal. Estábamos actuando bajo la suposición de que el señor Locke no tenía nada que ver con el secuestro; lo más probable es que estuviera fuera de la ciudad o muerto. Locke tenía setenta y ocho años, y había sido viudo por más de una década. Sus hijos, ya crecidos, vivían en Florida.

Por los planos que estaban disponibles en línea, daba la impresión de ser una casita acogedora, aunque con pocos lugares para esconderse. Tenía closets y un taller, pero toda la casa era de un solo piso y un sótano. Carolyn pensaba que el lugar más probable para que Carson tuviera a Hayden era el sótano; seguramente ahí había tomado la foto. Yo estaba de acuerdo, pero no podía ver esa foto más de unos segundos antes de sentir náuseas. Carolyn me forzaba a verla una y otra vez. Me preguntaba qué veía. ¿Cuáles eran las salidas posibles? ¿Cómo íbamos a bajar, a encontrar a Hayden y a sacarlo? Fuimos de un escenario a otro; todos los resultados parecían desesperadamente malos.

Pero ahora no teníamos más tiempo, así que fuimos al garage y no cerramos la puerta detrás de nosotras. Le dije a Carolyn que planeaba traer a Hayden de regreso a casa antes de que el día se terminara.

## II

Carolyn se detuvo un momento para hablar con los policías que estaban estacionados en la calle.

—Voy a llevar su carro al servicio —dijo reclinada en la patrulla para hablarles por la ventana—. Había hecho una cita para que le revisaran los frenos antes de que todo esto pasara, y yo de todos modos necesito aire fresco. Pero no la molesten a menos de que sea importante. Hice que se tomara un Xanax. La señora necesita dormir.

Cuando ya habíamos salido del vecindario, me arrastré fuera de la sábana bajo la que me había metido en el piso del asiento de atrás.

—Me choca que hayas tenido que mentirles —dije.

—A mí también.

Era una mañana fría y gris, nublada, justo en el límite de frío que pronostica una lluvia helada o aguanieve. El tráfico estaba bastante pesado en la carretera interestatal, típico entre semana. Miré por la ventana a la gente que viajaba a diario en sus carros, parlotando por celular o canturreando cualquier canción que pasaran en el radio. Pensé con mucha claridad: «Dios mío, no tienen ni idea. No tienen idea de que es posible que vaya a ver a mi hijo por última vez». No tenían idea de que por el mismo camino iba una persona como yo, que alguna vez había compartido sus alegres e ignorantes filas, pero que ahora peleaba por la vida de la persona que más amaba. Deseaba decirles a todos que redujeran la velocidad, ¿no sabían lo fácil que era tener un accidente, todas las consecuencias involuntarias que podía tener quitar la mirada del camino para contestar el teléfono o ajustar la estación de radio? Quería advertirles que abrazaran a la gente de sus vidas con muchísima fuerza, especialmente a los niños, que pasaran por alto las molestias cotidianas y celebraran cada momento que pasaran juntos. Yo me había quedado corta con Hayden, no lo había cuidado tanto como debía, no había alentado sus pasiones, no había memorizado sus ojos o su risa mientras crecía. Uno hace todo eso cuando es padre por primera vez, pero conforme pasa el tiempo se olvida de que están cambiando y de que cada día es un día menos que va a tener con ellos. Ay, Dios, mi dulce hijo querido.

Recé porque estuviera bien. Recé porque estos conductores apurados, que me parecían ingeniosas imitaciones de los vivos, apartados de todo lo que estuviera fuera de sus vehículos, se pusieran listos y se volvieran más diligentes para que no tuvieran que sentir el terror mordiente que sentía en mi interior. ¿Cuántos de ellos, en ese mismo momento, se sentían sofocados por negar sospechas inexpresadas, alguna vaga preocupación resultado del comportamiento de alguien cercano a ellos? ¿Qué tan atentamente cuidaban a sus propios hijos y cuántos ocultaban sus propios secretos? Una parte de mí quería envidiarlos por su inconsciencia, pero entonces, en ese punto, reconocí ese impulso como la más peligrosa de las seducciones. Fue mi propia negativa a enfrentar la realidad lo que me había llevado a ese momento.

En cuanto salimos de la autopista I-40 y de Chapel Hill para entrar en Cahtham County, el número de carros disminuyó y el camino se convirtió en uno estrecho de dos carriles que se abría paso entre campos y bosques ondulantes. No dejaba de ver mi reloj; la noche anterior había sentido que el tiempo pasaba tan lentamente que iba a enloquecer, pero ahora cada segundo transcurría demasiado rápido.



Seguimos las instrucciones de Carson hasta Old Lystra Road. Una granja vacía y derruida desbordante de uva kudzu marcaba la vuelta. Un poco más de un kilómetro adelante vimos el borde de la propiedad de Abraham Locke. Había un buzón de metal color beige de pie entre los árboles al final de una entrada de grava. Carolyn pasó por enfrente a buena velocidad y siguió por el camino hasta que encontró un lugar adecuado donde pudimos dar la vuelta. El paisaje era tupido, con zonas densas de árboles, y todas las casas parecían estar bien apartadas del camino. A sólo unos kilómetros atrás, la urbe se comía el campo, pero aquí los nativos se resistían con fuerza.

Lo cual era malo para nosotras, porque una vez que diéramos vuelta en la entrada de Locke, quedaríamos absolutamente fuera de vista desde el camino. Carolyn paró el coche y nos cambiamos de lugar. Ella se metió bajo la misma sábana que me había cubierto a mí cuando salimos de mi casa. Mis manos se sentían frías y húmedas dentro de los guantes, aunque teníamos la calefacción encendida. Me eché en reversa para dar vuelta y volví lentamente por Old Lystra hacia la entrada de Locke. Eran diez minutos antes de las nueve. Me decía una y otra vez que pronto tendría otra vez a Hayden.

—Una vez más —dijo Carolyn detrás de mí.

Lo habíamos repasado más veces de las que me había importado contarlas pero recité lo que sabía que ella quería escuchar:

—Si sale a revisar el coche y Hayden no está con él, tú le disparas y confiamos en que todo salga bien —no podía evitar sentirme escéptica de nuestro poco brillante plan de contingencia—. Si no, yo entro sola. Esperas diez segundos a que yo haya entrado y luego vas detrás de mí. Si Hayden no está al alcance de Carson digo en voz alta «¿Dónde está?». Tú vas por atrás y revisas la puerta del sótano, que, si los planos eran precisos, debería ser accesible desde el patio trasero. Pero lo más probable es que Carson tenga a Hayden con él si quiere negociar su libertad.

—Cosa que no quiere, porque lo hubiera especificado en su nota.

—No sabemos nada seguro.

Carolyn decidió que era la hora del amor duro:

—Sí sabemos: quiere matarlos a los dos. No voy a entrar hasta que sepamos que Hayden está vivo, pero si alguna de las dos tiene oportunidad de dispararle a Carson directamente, tenemos que hacerlo. No le dispaes para herirlo. Apúntale al centro mortal del pecho o a la frente. El área del pecho es un blanco más amplio, así que apúntale ahí si puedes.

Dijo eso una y mil veces.

—¿Y si trae un chaleco antibalas?

—Entonces apúntale a los putos ojos —su voz era desapasionada y fría, exactamente lo que necesitaba escuchar—. ¿Ya le quitaste el seguro?

Revisé por tercera vez. Le dije que estaba lista. En una vida de mentiras, negación y ceguera voluntaria, estaba más lista que nunca.

### III

A los cinco minutos para las nueve, di vuelta en la entrada de Locke. Era como si pudiéramos oír cada fragmento de grava pulverizándose bajo las llantas. La estrecha entrada se doblaba ligeramente a la derecha, después, la casa estuvo a la vista. Era exactamente como nos la habíamos imaginado por los planos; un rancho de un piso con árboles cerca del patio; a veces, sus ramas rozaban las tejas estropeadas por el clima. El camino terminaba en un garage para dos carros. Un Land Cruiser de Toyota y una limusina Lincoln compartían la bahía. Carolyn, todavía agachada en la parte de atrás me preguntó qué veía. Le describí todo apenas moviendo los labios.

—Lane Dockery tenía un Land Cruiser —recordó.

—Entonces Carson le ha de haber cambiado las placas.

Apagué el motor e intenté tragar saliva, pero la garganta sólo hizo un ruido seco. Me quité los guantes, metí la mano en la bolsa del abrigo y tome la culata de la pistola. Había una puerta después del Land Cruiser, o podía tomar el camino de ladrillos que daba la vuelta al garage hacia la puerta principal.

Carolyn me preguntó:

—¿Lo ves?

—No.

—Estoy segura de que él te ve a ti. Ponte en marcha.

Por fin conseguí destrabar mis músculos y salir del coche. Mi respiración pasaba a raudales por mi cara y pensé que iba a vomitar. La quietud amortajó al mundo entero; sólo se oía el sonido impersonal y ártico del viento, que movía las ramas de los árboles muy arriba de mi cabeza; las más débiles crujían estrepitosamente cuando se doblaban y chocaban entre ellas. Caminé rígidamente alrededor del garage hacia la puerta de enfrente. Las cortinas estaban bien cerradas en los dos pares de ventanas que podía ver. A mi izquierda sólo había una gruesa intrusión de árboles, a lo lejos se veía intermitentemente la carretera a cincuenta metros. No pasaron carros.

Levanté la mano frente a la puerta sin adornos para tocar, cuando una voz que venía del otro lado dijo:

—¿Con quién hablabas allá afuera?

—Conmigo misma —contesté sin dudar.

—Entra con las manos en alto donde pueda verlas —todas las palabras sonaron con un temblor, como si quien hablara tuviera tanto miedo como yo, aunque no creía que fuera posible. Estaba tan aterrada, que me sentía drogada, extraída de mi corporeidad, capaz de desintegrarme en cualquier momento en un hato de fantasmas.

La puerta principal se abrió mostrando un corredor en penumbra, con una sala amplia a mi derecha. La ausencia de luz y las cortinas corridas le daban a la escena un brillo subacuático, y me tomó un momento que mis ojos se adaptaran. Pero el olor rancio fue inmediato. Conforme las sombras se disolvieron en la penumbra, vi un cuerpo tirado en el pasillo que llevaba a la parte de atrás de la casa; estaba envuelto en plástico transparente, así que no podía ver las facciones, pero era del tamaño de un hombre, no de un niño. Había sangre coagulada en los bordes de la envoltura, y un par de pies amarillentos con uñas largas y enroscadas se exponían al final del

rollo. Me pregunté brevemente cómo habría muerto Abraham Locke; si Carson simplemente había llamado a su puerta y lo había saludado con furia fulminante, o si había entrado en la noche. ¿El viejo habría despertado a tiempo para ver la navaja yendo hacia él? ¿Habría conservado los ojos, aún estarían dentro de esa mortaja opaca?

Recordé las cartas de Randy para Carson, en las que le recomendaba que acechara a los viejos y débiles porque estaban solos y era más probable que pasara mucho más tiempo sin que los reportaran desaparecidos que a una persona más joven, con más contactos. Probablemente Locke no había muerto por otra razón que la de su casa retirada del camino transitado, lo que se adecuaba a los planes de Carson.

Los pisos eran de madera, las paredes tenían un tapiz de un diseño beige que seguramente había sido alegre en los años antes de que se decolorara hacia un matiz amarillento y sucio. Los techos de estuco mostraban marcas de humedad y colgaban telarañas de las esquinas mohosas. Estaba fresco ahí dentro, la temperatura no era mucho más alta que afuera. En algún lugar de los cuartos más lejanos de la casa, un reloj avanzaba ruidosamente.

Me volví hacia la derecha y vi a Carson Beckman sentado en la sala, en un desgastado sillón de terciopelo falso frente a una chimenea fría y vacía. Me miraba con atención estática en la penumbra, evaluando el nivel de mi miedo, y un gesto de placer le cruzó la cara cuando jadeé al encontrarlo ahí. Un pescado considerablemente grande estaba montado sobre el marco de la chimenea detrás de él, una forma de pez retorcida y plateada con la boca abierta y los ojos de canica vacíos. Había fotos familiares enmarcadas en la pared: Locke con su difunta esposa y sus hijos, todos vestidos a la moda de hacía una década. Había un sofá bajo las cortinas de la ventana, una vieja sábana o colcha gris se extendía sobre los cojines. Carson llevaba un arnés y mi hijo iba atado en la parte de adelante. Obviamente era un artilugio improvisado, Hayden era demasiado largo para él, pero cuando Carson se paró, se hizo evidente que también era efectivo: el cuerpo de mi hijo se movía en sintonía con el de su captor. Las manos de Hayden estaban sujetadas delante de él, y llevaba la misma cinta en la boca. Los dos ojos estaban cubiertos con gasa. Sus pies estaban libres, desnudos y pateaban. Se me escapó un gemido involuntario cuando vi su absoluta vulnerabilidad. Hayden lo oyó y empezó a retorcerse y a gritar tras su mordaza. Carson llevaba una escopeta recortada que apuntó hacia mí.

Mantuve las manos arriba. Carson sonrió, la sonrisa de un tiburón bajo la superficie del océano negro y señaló la escopeta:

—No puedo comprarme una de éstas en Illinois por mis antecedentes de salud mental. Por suerte el dueño de esta casa tenía una en el closet. Ayer la disparé un par de veces en el patio. La cosa cortaría un árbol a la mitad, así que no me jodas.

No podía despegar la mirada de Hayden. Estaba luchando y Carson se mecía una pulgada o dos a cada lado, tratando de mantener el equilibrio contra los veinticinco kilos de niño que trataba de zafarse de su pecho.

—Ay, Dios, mi amor —susurré—. Mamá está aquí.

No era el mismo Carson que había estado en la corte la última vez que lo vi. Ni siquiera el mismo muchacho solitario y condenado de la identificación que me había enseñado Matthews. Estaba más demacrado, desgarrado, disminuido a pesar de su estatura, como si se lo hubieran comido del centro y fuera a quebrarse en dos si trataba de doblarse a la altura de la cintura. Llevaba unos pantalones de mezclilla tan flojos que parecía que se iba a tropezar con ellos, y

botas de excursionista sin anudar demasiado grandes para sus pies. Probablemente las había sacado del mismo closet que la escopeta de Locke. En las sombras su cara se veía devastada, arrugada y picada con marcas más pronunciadas que las de hombres que le doblaban la edad. Unos círculos negros le rodeaban los ojos, que contenían mundos muertos de cenizas ondulantes. Se me quedó viendo y una sonrisa triste y seria se propagó por su cara como una grieta en una montaña que se desmorona.

—Déjalo ir —le pedí.

Carson apuntó la escopeta hacia mí. Dijo:

—Él se va a sentir tan orgulloso de lo que he hecho.

Fue entonces cuando me di cuenta de que me iba a matar. El instinto tomó el control. Me encogí hacia los lados mientras me movía hacia él para tratar de agarrar a Hayden. No fue una buena idea, porque el chaleco antibalas me protegía del frente y la espalda, pero no se extendía a los lados, donde sólo estaban las tiras de tela y los broches. El estallido de la escopeta fue enorme y de alguna manera hueco, como un muro de piedra desplomándose contra un piso de mármol. Recibí el golpe de lleno en las costillas, y choqué contra la pared del recibidor. Mis piernas dejaron de funcionar y me quedé despatarrada bocabajo. No podía respirar. Oí sus pisadas acercándose, y me di la vuelta bocarriba. Mi lado derecho estaba completamente entumido; no podía mover ese brazo. La pistola estaba en ese bolsillo. Mi pecho se alzaba, tratando de inhalar contra lo que se sentía como una tonelada de presión sacando el aire de mis pulmones.

El zumbido en mis oídos casi bloqueó lo que Carson me estaba diciendo mientras estaba parado sobre mí; todavía salía humo del cañón del arma que se había disparado. El otro estaba a menos de treinta centímetros de mi cara y podía sentir su calor.

—La semana pasada los iba a matar a los dos —dijo sonriendo de una manera remota—. Pero luego te seguí a la escuela cuando fuiste a recoger a Hayden y entonces vi a la maestra. Esa mujer era *exactamente* mi tipo. Resaltó y cambié mis planes. Apuesto a que tu esposo se encabronó. De todas maneras, sólo lo pospuse.

Traté de decir «Mi ex esposo» pero sin aire era imposible.

No escuché lo que él escuchó, pero volvió la cabeza, se volteó rápidamente y con una agilidad sorprendente para una persona que tiene amarrada a otra al pecho, disparó con el segundo cañón a través de la ventana del frente. Las cortinas se separaron, el vidrio se hizo pedazos y vi a Carolyn sacudir una mano cuando caía al suelo. Se estaba acercando a la puerta, agachada, pero él la había oído. Traté de gritar y respiré fuego. Hayden todavía gritaba a través de la mordaza y Carson le pegó en la cabeza antes de volverse otra vez hacia mí.

—No juegas limpio —me reprendió—. Se suponía que tenías que venir sola. Aunque no esperaba que lo hicieras. Pero ésa ya cayó, y estoy listo para todos los que vengan. Dios, ¿no es increíble *sentir*? —Se arrodilló y me pasó una mano por el cabello. Se la embarró de sangre y me la enseñó. El mundo me dio vueltas y el pie de Hayden, que pateaba, me rozó el brazo. Traté de agarrarlo, pero Carson me empujó la mano mientras se paraba y abría la culata de la escopeta. Sacó de ahí los cartuchos vacíos y dos proyectiles más de la bolsa de su pantalón.

—Te puedo decir una cosa que a lo mejor te tranquiliza —dijo Carson—. No pude matar a tu hijo. Randall me dijo que segarle los ojos a un niño era especial, que ellos ven cosas especiales y que era una especie de exquisitez. Él piensa que soy igual a él, pero no es así: yo no podría

hacérselo a ningún niño. Ni siquiera le toqué los ojos. Eso sólo fue para hacer que vinieras. Lo intenté, pero no pude. Es muy parecido a como era yo, mucho antes de que todo empezara. Quiero que tenga una oportunidad, lejos de ti y de su padre. Me lo voy a llevar conmigo. Es mi hermano.

Yo boqueaba como un pescado fuera del agua. Pensé en el robalo montado encima de la chimenea, cómo seguramente se había muerto esforzándose en el agua superficial y sucia del fondo de un bote.

—Tu esposo fue el único que me reconoció por lo que de verdad era —dijo Carson tranquilamente, jugueteando con las balas entre su pulgar y los dedos—. Si alguien más lo hubiera sabido, habría tratado de encerrarme, pero Randall me entiende. Él sabe cómo es vivir completamente solo, sin que nadie pueda conocerte realmente, lo que de verdad te sucede por dentro. Durante todos esos años, desde que empecé a crecer, yo sabía que me pasaba algo malo. Soñaba que le hacía cosas a la gente, cosas horribles y espantosas, y sabía que no estaba bien. Sabía que no le podía contar a nadie. Así que lastimaba otras cosas. Pero después, Randall Roberts Mosley entró a mi hogar y aun después de dejarme vivo, en realidad nunca *me dejó*. Seguía soñando todas esas cosas que quería hacer, pero ahora también soñaba con él. Pensé en ponerme en contacto durante años y años antes de contactarlo de verdad. Eso fue lo más valiente que hice en mi vida: poner la primera carta en el correo. Cuando me respondió, cuando me di cuenta de que me entendía aunque hablábamos en código... Fue entonces cuando supe que en realidad podía *hacer* las cosas con las que siempre había soñado. Él me dio la fuerza para dejar de resistirme, para aceptar quién era y salir a buscar los rostros de mis sueños.

—Él es... una mierda —conseguí decir. Carson me miró con tristeza.

—Lo sé —dijo—. Pero yo también —cargó las balas en el cañón y trató de cerrar la escopeta, pero Hayden lo volvió a patear y esta vez su tierno piecito se atoró entre el cañón y la culata. Gritó. Carson se rio y movió su pie. La puerta principal se abrió. Carson se volvió mientras Carolyn se tiraba a través del pasillo, se acomodaba en el piso con las dos manos en la pistola y apuntó con firmeza mientras disparaba dos veces. Los disparos fueron como pequeñas oclusiones en mis oídos que zumbaban. La cabeza de Carson se hizo a un lado y luego al otro, sangre y tejido explotaron y su cara se desintegró. Le grité a Carolyn que se detuviera, segura de que le iba a dar a Hayden. Carson se dio la vuelta y cayó de lado, frente a mí. Hayden se sacudió todavía agarrado a él, y una cascada de sangre se derramó sobre los dos.

Carolyn dejó la pistola con cuidado sobre la alfombra y me miró. Vi que tenía la espalda desgarrada por el perdigón, un jirón de tendón expuesto y ensangrentado asomaba encima de la cintura. El aire se llenó de un humo azul cuando dijo:

—Llamé... llamé a la policía antes de bajar del coche.

No pude responderle. Me arrastré por el piso con las uñas. Llegué hasta Hayden y Carson, jalé las correas del arnés y las tiras que ataban a mi hijo. Gritó cuando le quité la cinta de la boca: «¡Mami! ¡Mami!»). Le pregunté si estaba herido, pero no dejaba de llorar. Jalé las correas hasta que se soltaron y cayó en mis brazos. Él mismo se quitó la cinta de los ojos y parpadeó. Vi el azul de sus pupilas y entonces perdí el control y me puse a gritar y a llorar con él.

Finalmente dejó de sollozar y consiguió decir:

—Ma... mamá, estás sangrando. ¿Estás bien?

No le dije que cada vez era más difícil respirar. Miré a Carolyn y dije:

—¿Hayden? Tienes que agarrar la sábana que está en el sofá y ponérsela en la espalda, ¿sí?

Sostenla lo más fuerte que puedas.

No quería separarse de mí, pero lo hizo. Carolyn hizo un ruido de dolor cuando la sábana le tocó la piel, y yo no estaba segura de que fuera la medida más higiénica, pero estaba sangrando mucho más profusamente que yo. Ella no llevaba chaleco, así que no había habido nada que absorbiera la explosión más que carne y hueso. Me miró fijamente; parecía más exhausta que nada. Supuse que estaba en shock y su siguiente comentario no me dejó la menor duda:

—Te doy el chaleco y consigues que te dispare en el único lugar donde no te cubre —dijo con un tono de voz de alguna manera intrigada y sorprendida—. Seguramente voy a tener problemas por no haber llamado antes a la policía. Así que más te vale vivir lo suficiente para explicárselo todo a Duane.

# EPÍLOGO

## I

LA EJECUCIÓN DE RANDALL ROBERTS MOSLEY se programó para el 10 de marzo a las seis de la mañana. Todavía era de madrugada cuando llegué a la penitenciaría; pasé junto a un pequeño grupo de opositores a la pena de muerte que alzaban pancartas y velas mientras marchaban afuera de las rejas. En un reportaje, me enteré de que algunos de los familiares de las víctimas de Randy estaban entre los manifestantes; admiré su capacidad de perdón y su idealismo, pero yo nunca podría estar en sus filas. Por Randy, no.

Me senté en la sala de observación junto con otras once personas, parientes de las víctimas, en su mayor parte, y un par de testigos de la prensa. No asistió ninguno de los abogados de Randy. El guardia entró, se presentó y nos resumió brevemente lo que íbamos a ver y las reglas de comportamiento. El guardia Jenkins era un hombrecito sesentón, vestido informalmente con una camisa sin cuello y una chamarra caqui. Nos aconsejó reprimir cualquier demostración emotiva, aunque comprendía lo difícil que era. Dijo que, en circunstancias normales, al prisionero se le daba la oportunidad de decir sus últimas palabras, pero que el señor Mosley no estaba manejando bien la situación y no iba a hacer declaración alguna.

Randy había tratado de comunicarse conmigo varias veces a lo largo del último año, desde la terrible experiencia con Carson Beckman. Ignoré sus solicitudes. Me daba gusto que no pudiera decir nada ese día. Sentía que ya le había dado una amplia oportunidad de decirme todo lo que tenía que decirme. Dos años de novios, cuatro de matrimonio y luego otros siete en los que había sufrido sola; para nada habría vuelto a oír una sola palabra que saliera de su boca.

Lo llevaron a la sala cinco minutos antes de las seis, completamente sujeto; dos guardias sostenían sus piernas y otros dos sus brazos. Me desconcertó momentáneamente lo gordo que se había puesto; había subido unos cincuenta kilos desde el día que me había dejado la llave. También estaba calvo, lo que lo hacía parecer aún más patético. No hacía justicia a su imagen temible que se retorciera y resistiera a cada paso que daban. Varias personas se movieron con incomodidad en la sala de observación y yo comprendí por qué: las películas nos habían entrenado para que fuera una ocasión solemne, nos habían instruido sobre la gravedad silenciosa del condenado y la honorable satisfacción del injuriado. Pero Randy, como siempre, parecía resuelto a arruinarlo todo. Gritaba a través del protector bucal de goma y empujaba a los guardias mientras lo amarraban a la mesa. Unas tiras de tela aseguraban sus brazos y piernas, y no pude evitar pensar en Hayden y Carson Beckman.

Había dejado a Hayden en el este, con los McPherson, quienes me volvieron a hablar cuando me convertí en una celebridad aceptable. Imaginen, lo único que necesitaba era que me dieran un

balazo.

A mi derecha estaba Dennis Hughes, el hermano menor de Keith. Keith y Leslie Hughes fueron asesinados menos de un año antes de que me enterara de que estaba embarazada de Hayden. A mi izquierda estaban Paul y Katherine Zimmerman, su hija Jane fue asesinada poco después de que Randy y yo nos casamos, cuando él estaba en un viaje de negocios en Minneapolis.

Dennis me tomaba la mano derecha, con fuerza. Katherine Zimmerman tomaba mi mano izquierda.

La mayoría de las familias afectadas habían rechazado la invitación. A pesar de los muchos que habían ido a las noticias para expresar su oposición a la sentencia, la mayor parte estaba satisfecha con ella, pero no sentían la necesidad de ver en persona que se llevara a cabo. Charles Pritchett estaba en la sala de observación, sentado atrás de mí a la derecha. No tuve motivo para hablar con él y, por fin, me ofreció el mismo respeto.

Los cirujanos me habían extraído cuarenta perdigones del costado. La fuerza del impacto me rompió dos costillas y nunca jamás volvería a dormir sobre el lado de la herida. Perdí parte del hígado y, más tarde, me dijeron que había estado a unos minutos de desangrarme cuando los paramédicos llegaron a la casa de Abraham Locke. Tuve el gusto de enterarme de que el hígado es un órgano regenerativo y volvió a crecer. Pasé dos semanas en el hospital e infinidad de horas en interrogatorio con el detective Matthews y otros policías, todos igualmente disgustados conmigo. Sin embargo, ninguno estaba tan enojado como Duane Rowe, que apenas me había dirigido unas cuantas palabras desde que pasó todo, a pesar de que su esposa y yo seguíamos en contacto. Al principio estaba tan furioso con Carolyn que pudieron haberse divorciado, si no hubiera estado tan feliz de tenerla con vida. Sus heridas no eran tan serias como las mías, pero se había sometido a múltiples injertos de piel y había pasado varios meses en recuperación.

Rechacé las ofertas para hacer un libro y una película, pero les di a los Rowe mi bendición para aceptar esa oportunidad. Por lo que había leído en los periódicos, vendieron los derechos por una buena cantidad de seis cifras. La hermana de Lane Dockery estaba escribiendo su propio libro.

Cuando finalmente terminaron de amarrar a Randy, aparentemente dejó de resistirse del todo. Los médicos ladearon la mesa donde estaba extendido; quedó ligeramente inclinada para que él pudiera vernos. El vidrio que separaba la sala de observación del cuarto de inyección era traslúcido, y el guardia nos había dicho que Randy iba a poder vernos claramente. Le concedió su última mirada a cada uno de los testigos, con su cara enjuta y retorcida. Oí que Pritchett lo maldecía por última vez. Después, los ojos de Randy se detuvieron en mí. Trató de hacer una sonrisa amenazante, pero con el protector bucal entre los dientes sólo parecía enfermo.

Pero yo sonreí por él. Mientras el médico le conectaba la intravenosa y empujaba el émbolo de la primera jeringa, la que contenía el fármaco para sedarlo, no dejé de mirarlo directamente a los ojos. Quería que mi cara fuera lo último que viera en su vida.

El terror y la pena que experimentó al final fueron claros en su expresión, hasta que las drogas llegaron a su sistema nervioso y sus facciones se hicieron flácidas. Después, el médico introdujo las otras drogas en la intravenosa, las que lo paralizarían y, al final, detendrían su corazón. Transcurrieron unos minutos antes de que su pecho dejara de subir y bajar. Más o menos un minuto después, un doctor lo declaró muerto.



## II

Dos meses después, estaba con Jeanine Dockery en Pullen Park, viendo a los niños que jugaban bajo la suave luz del sol. Jeanine había llegado esa mañana y se iba al día siguiente para reunirse con sus editores de Nueva York. El resplandor me hizo recordar cuando conocí a Duane y Carolyn Rowe en ese mismo parque el invierno anterior. Habían pasado tantas cosas desde ese encuentro; yo ya no veía a Duane, y a Carolyn sólo de vez en cuando. La atención que hubo en torno al caso de Carson Beckman dificultó que pudieran mantener el anonimato en su profesión, así que cambiaron sus labores de trabajo de campo a administrar una pequeña plantilla de investigadores privados, que consistía en su mayor parte de ex policías que Duane conocía personalmente. Carolyn me dijo que el detective Matthews se había retirado de la fuerza policial para tomar un trabajo en su empresa.

—Hacen un buen trabajo —dijo Jeanine cuando le conté—. Y me ayudaron a escribir el libro. —Jeanine se veía mejor de lo que me imaginaba cuando sólo la conocía como una voz en el teléfono. Era una mujer delgada y de facciones delicadas de cincuenta y ocho años con ojos avellana y cabello castaño rojizo, ligeramente encorvada por un inicio temprano de osteoporosis. En ella, las arrugas que se amontonaban en su rostro cuando sonreía eran un rasgo atractivo en vez de desagradable. Su voz seguía siendo el mismo ruido grave y gutural, y disfruté escucharla mientras me contaba las fechas de publicación de su libro de no-ficción. No dejaba de referirse a él como «el libro de Lane», pero yo sabía por Carolyn que Jeanine había hecho casi todo el trabajo.

—Discúlpeme por no haberle ayudado más —reconocí—. Necesitaba olvidarme de eso lo más que pudiera.

Ella sacudió una mano sin darle importancia a ese asunto y mordió un poco de su helado con cuidado para no que no chorreara en su traje sastre rosa. Miró hacia los columpios.

—Gracias por dejarme venir a visitar a Hayden —dijo—. Necesitaba ver la vida que se había salvado. Necesitaba saber que la muerte de Lane había ayudado a alguien de alguna manera.

En una de las últimas cartas de Randy para Carson Beckman, había una mención de «los arreglos finales a la propiedad del escritor». Randy decía que la vista sonaba espectacular, pero que probablemente Carson «debió hacerlos más lejos de su propiedad». Después de la muerte de Carson, Jeanine y una multitud de policías de Illinois habían peinado las cuerdas aledañas al departamento que Carson rentaba antes de que lo desalojaran. No encontraron nada. Probaron por la red suburbana donde vivían sus tíos. A cinco kilómetros de su casa había una construcción de edificios abandonada porque un grupo de ambientalistas habían demandado exitosamente a la constructora por estropear un santuario de aves a la orilla de un río. En parte del terreno ya se había empezado el aplanado y la excavación de los cimientos. Encontraron el cuerpo de Lane Dockery bajo una pila de escombros, en uno de los hoyos vacíos, entre los huecos de la tubería y las ramas de árboles. Le había cortado la garganta, removido los ojos, hecho bolas las páginas de uno de sus libros de crímenes reales y llenado sus órbitas con ellas. Leí la noticia con pena y arrepentimiento. Recordé que mi parte vengativa le había deseado lo peor a Dockery, cuando durante todo el tiempo él sólo había querido contar una historia que le parecía fascinante.

Aparentemente, el público lector estaba de acuerdo. La versión del caso Randy Mosley-Carson Beckman de Jeanine aparecería apenas en dos semanas, y ya era un *bestseller* en Amazon y otras preventas. Ella no me lo dijo con orgullo, sino como advertencia de que la publicidad podía ser molesta para mí por un poco más de tiempo. A pesar de que le había dicho que necesitaba olvidarme de todo, el olvido desde hacía mucho no era una opción para mí. No podía dejarlo todo atrás y las dos lo sabíamos.

—Parece que le está yendo muy bien, tomando en cuenta por lo que pasó —dijo Jeanine observando todavía a Hayden.

—Al principio no fue así —le aseguré—. No estaba herido, pero tuvo que quedarse en el hospital unos días para que se le pasara el shock. Tenía pesadillas y los dos estábamos en terapia —no sabía si las sesiones con el loquero que nos habían recomendado en el hospital me estaban ayudando, pero parecían ayudar a Hayden. Había regresado a la escuela y se estaba reponiendo en las clases a las que había faltado durante el resto del invierno después del secuestro. En ese mismo momento, él, Caleb McPherson y otros niños se turnaban para empujarse, demasiado alto, en los columpios. Les grité que tuvieran cuidado y Hayden me respondió: «¡Sí, mamá!» y enseguida ignoró mi advertencia, columpiándose aún más alto que antes. Me parecía peligroso y me froté las manos con nerviosismo.

Jeanine Dockery se acercó y puso sus manos frías sobre las mías. Eran firmes, tranquilas, reconfortantes.

—Es una buena señal que no tenga miedo —dijo.

Quería creerle. Quería entregarme al poder de la simple valentía en un mundo donde había muchas cosas que temer. Pero ignoraba la verdad de fondo: que el miedo a veces te dice algo que necesitas saber y eso me había costado, me había estado costando durante años. Le dije a Jeanine:

—Estoy tratando de encontrar la línea entre una cautela saludable y la paranoia. Es un poco difícil.

—No le hagas —contestó bruscamente y las dos nos reímos un poco—. La mayoría de la gente va por su vida sin darse cuenta, y a la mayoría le funciona bien. Hayden y tú saben más de los verdaderos peligros del mundo de lo que cualquiera debería saber. Pero el peligro no lo es todo. Mira a tu alrededor. Piensa en que tú estás aquí, viva, y te recuperaste de tus heridas físicas. Todo eso son bendiciones. Tú hijo es una bendición. Ahora te corresponde a ti sacar algo bueno de lo que se te ha concedido. Con todo y las cicatrices.

Ésas eran las palabras más generosas que alguien me había dicho desde que todo empezó y se me llenaron los ojos de lágrimas a pesar de mis esfuerzos. Jeanine, que empezaba a reconocer como una mujer verdaderamente fina, sacó un pañuelo de su bolsa y se disculpó con amabilidad mientras yo me limpiaba los ojos. Se acercó a los columpios y le dijo a Caleb que se sentara en el columpio junto a Hayden y después, uno por uno, los empujó a los dos. Pensé que era algo bueno que hubiera terminado el trabajo de su hermano.

Mi celular empezó a sonar y lo saqué de la bolsa de enfrente de mis shorts. El identificador decía que era alguien de Data Managers, aunque me había tomado el día libre. Sabía qué significaba eso. Desde que había regresado al trabajo, las tibias insinuaciones románticas de Jim Pendergast, mi jefe, habían pasado a una nueva etapa. Incluso habíamos salido a comer algunas veces e insistía bastante en que saliéramos a cenar. Yo no dejaba de rechazarlo con el pretexto de que era muy difícil encontrar una niñera para Hayden, pero la verdad era que no estaba preparada

para dejar solo a mi hijo. Ahora, que lo veía empujar las piernas hacia adelante y atrás en el columpio, haciendo arcos en el sol como si pudiera alzar el vuelo y no le importara mirar abajo, decidí que era hora de contestar el teléfono.